COLECCIÓN PÚRPURA

ESMERALDA BERBEL

A veces la vida

ED DE
SALTO | PÁGINA

A VECES LA VIDA

ESMERALDA BERBEL

ED DE SALTO PÁGINA

Cada individuo hallaba en sí mismo una parte, por minúscula que fuese, de aquel Otro.
El Otro soy yo.

RYSZARD KAPUSCINSKI

EN LOS JARDINES, CON PABLO

—

VALLCARCA, 10 DE LA MAÑANA
INTERIOR

7 de abril de 2003

Creo que nací en el Hospital del Mar, en la Barceloneta, creo; nací largo, muy rojo, y me tuvieron que dar muchas hostias para respirar, se ve que no reaccionaba, se ve que la comadrona me dio pero bien, no sé, me lo contaron. ¿Quién?, los fantasmas de mi abuela, me refiero a los recuerdos que para mí son como fantasmas, ¿o fueron los fantasmas de mi madre? De joven esto no lo pensé, pero lo intuyo ahora, creo que yo no tenía ningún tipo de deseo de estar aquí.

Mis padres eran un matrimonio pues como de aquella época, la mujer era mujer y el hombre era hombre, como ahora, pero con menos hipocresía. Soy hijo único. Vivíamos hacinados. Este era el recuerdo: mis tíos, mis padres, mis abuelos y yo en un espacio de cincuenta metros cuadrados. Vivimos ahí hasta que pudimos irnos a un barrio prefabricado, un edificio del movimiento franquista, pisos nuevos para emigrantes, construidos por emigrantes. Ese barrio era el futuro. La gente prefería ir a ese barrio porque era el futuro, huían de su pasado. Del paso negro de emigrar. Ahorraban durante años para llegar a un piso nuevo, era su sueño, un piso con luz, con baño, con habitaciones individuales. Ahí fuimos. Recordar todo esto ahora, pero sigo, sigo.

El recuerdo que tengo de mi madre es que era atenta, era el prototipo de mujer de aquella época, muy ama de casa. Se murió cuando yo tenía quince años, se murió de cáncer de ovarios, hizo metástasis en el hígado y en los riñones. No la recuerdo, hice clic y cerré. Tengo que concentrarme mucho, veo pequeñas imágenes oscuras y cortas. En aquella época yo dibujaba, dibujaba mucho, me dibujaba a mí mismo, era yo pero muy bien, sentado en un parque disfrutando de la vida, paseando por el parque con una bufanda

blanca, con mi flequillo de los setenta, ¿te acuerdas? No tengo los dibujos. Lo recuerdo porque se los regalé a una amiga, un día me la encontré y me lo dijo, los volví a mirar, ¡dibujaba fatal!, pero era yo intentando verme en otro sitio. No creo que los pueda recuperar, he cortado con muchas cosas.

A mi madre la enfermedad le duró cinco años. Hubo una decadencia física muy importante, pues hubo una vez, ¿cómo fue la cosa?, cuando estaba bastante enferma vino mi abuela, yo dormía al lado de la habitación de mis padres, y una noche, ¿cómo fue?, oí gemidos, luego llorar, no logro saber ahora de quién eran las lágrimas, tengo una laguna, entonces me levanté y vi pasar a mi madre a cuatro patas por el pasillo y mi padre detrás, llorando, sí, era mi padre, y mi abuela paralizada en el pasillo. No sé qué impacto real hay de esto en mí. No sé qué daño me ha producido eso, qué alcance ha dado en mí, otra laguna.

Tampoco lo he contado, apenas, esta es la tercera vez. No sirve contar lo mal que lo has pasado, tampoco sé si libera.

No, no estoy seguro. Ahora me viene otro recuerdo: tenía que ir a buscar morfina para mi madre, no era fácil encontrarla, tuve que ir a montones de farmacias, llegué hasta Fontana y ahí me la dieron, era inyectable, cogí un taxi, llegué a casa, se la inyectaron y ese día murió, ahí; hizo unos botes en la cama, no sé, tengo una laguna, pero fue ese día, me acuerdo que compré una caja de seis y que sobraron cuatro.

¿Puedo fumar?

Ella no molestaba ni daba sufrimiento, no, siempre con una sonrisa; luego, con la quimio, perdió el pelo, eso le impactó mucho, a mí también. No sé de qué forma, tampoco. El médico le dijo a mi padre que ella iba a vivir tan solo cinco años, se lo dijo el día 12 de diciembre y murió cinco años después, el 14 de diciembre. Tú imagínate mi padre lo que tuvo que sentir.

Él y yo casi no hablábamos, es que no lo veía, trabajaba quince horas diarias, era joyero, era un manitas pero se ve que no nos llegaba, era un manitas pero no bien situado. Los fines de semana sí lo veía, pero no me acuerdo. Con él siempre ha sido, casi siempre, fricción; sí, mi madre era la que suavizaba, tengo lagunas. Recuerdo algún paseo; ellos no sé, se debían de ver de noche, no sé si se llevaban bien o mal.

En aquella época yo quería ser batería, de eso sí me acuerdo bien, lo tenía clarísimo, estaba loco por una batería y se lo dije a mi padre; parece ser, no recuerdo el proceso, que hubo una discusión, me cogió del cuello, me tiró contra la pared y me dijo: «Cabrón, a tu madre le quedan unos meses de vida y tú me vienes con la mariconada de

querer una batería». Me tiró al suelo y me dio puñetazos y patadas. Pero él no era violento, ¿eh?, estalló. Yo lo hice estallar. ¿Qué? Bueno, sí, ahí sí era violento, pero, somos violentos.

Ahora sé que he heredado muchas cosas de él. Cuando mi padre decía las cosas, eran como puñetazos, no lo que decía, sino la manera, la mirada, el gesto. Eso, de alguna forma, yo tengo problemas con eso. Todo esto me afecta mucho. Voy a levantarme.

Yo a veces soy violento.

Ya está. Puedo continuar. Mira, no recuerdo que mi padre me pidiera perdón nunca, no te lo podría decir, no recuerdo. Yo tampoco se lo eché nunca en cara. Supongo que eso lo llevo, ahora me doy cuenta de cosas. Eso con más cosas.

Eso que te he contado ocurrió en su taller. Empecé a llorar, pero no sé qué hice luego, no lo sé. Por esto y por millones de cosas me pondría a llorar ahora mismo, pero no lloro.

Sigo con lo de mi madre, estábamos ahí, ¿no? Yo qué me iba a imaginar. Todos me decían que mi madre se pondría bien, y cuando oí eso, la palabra morir, ni había asimilado ese concepto, esa palabra.

Me quedé solo con mi padre. Entonces lo veía un poco más. Yo vivía en su casa, claro. ¿Qué? Bueno, en nuestra casa. Entonces, claro, las posturas se hicieron más marcadas. Él se volvió más padre, más mandón, más férreo, creía que así yo sería mejor, no sé, pero yo cada vez era más rebelde, más transgresor.

Al cabo de ocho meses de la muerte de mi madre, él estaba muy mal y yo me había encerrado en mí mismo, estaba en plena adolescencia, yo también lo estaba pasando mal, y me fui de casa.

Conseguí una batería y me fui a tocar con un grupo. Ahora es un grupo mítico dentro del *punk*. Ensayábamos en Sant Boi, éramos unos niñatos, imagínate. Entonces ya tocaba la batería, sí, sí, sí. Me escapé y me fui a vivir al local donde ensayábamos, dormía en un saco, cualquier cosa me parecía bien. A él le fue fácil encontrarme, me buscó con mi tío. Cuando me encontró se echó a llorar. Yo no, yo ya estaba colapsado, ¿sabes?, fosilizado, así que no reaccioné. Mi tío me dijo: «¿Por qué lo has hecho?». No dije nada. No podía decir nada. Antes de irme de casa había empezado a fumar porros y en el grupo probé por primera vez las anfetas y el LSD; podíamos comprar porque nos salían baratas: la cantante del grupo tenía dieciocho años, trabajaba en un centro médico, cogía recetas, era fácil, y en Sant Boi siempre había alguien que traía de Ámsterdam, era casi regalado. El peligro de que nos pillaran formaba parte del *show*. Nos gustaba colocarnos, pero lo que más nos gustaba era ir en contra. ¿En contra de qué? Pues del sistema. Volví a casa. Hubo un período en que la relación fue mucho mejor, pero yo seguía viviendo una lucha interna conmigo. No sé si ahí tuve un desamor o fue esa especie de depresión

que creo que sentí durante toda mi adolescencia, no sé, no recuerdo la razón, pero ahí hice mi primer intento de suicidio. Tenía diecisiete años. Me tomé una caja de Valium, entera. Me encontró mi padre, me pegó unas tortas hasta que me espabilé. Hablamos, no me acuerdo de qué, pero pobre hombre, imagínate, más gastado que la hostia y lo que le había caído conmigo, ¡lo que le faltaba! En esa época seguí con el mismo grupo, ¿o no? No, no, me metí con otro grupo, un grupo que fue muy importante en mi vida porque eran mayores que yo y me mostraron cosas nuevas. Ahí apareció mi amigo Kyran, él me enseñó que en la vida también había poesía.

Yo seguí tomando anfetas, y empecé con el alcohol, pero era muy inocente. Lo hacía todo en grupo, lo hacíamos porque todo era nuevo, yo lo que quería era conocer cosas nuevas. Y ahí estaban las cosas nuevas. Empecé a pasar del cole. Sí, pero yo en el cole, fatal, lo recuerdo como una condena, a los chavales más difíciles, o sea yo, pues éramos los tontos, y entonces asumí que era tonto . Yo tenía un problema de abstracción, podía ir mirando la ventana, con cualquier cosa me iba. El cole no me estimulaba nada; una vez a mí me interesaba mucho la asignatura de Lengua, ¿sabes?, y un día el profe se puso enfermo y vino un sustituto que no tenía datos sobre nosotros, y mandó hacer una redacción y la mía le gustó tanto que empezó a alabarme como si yo fuera una lumbrera, y para los niños, que yo era el hazmerreír, ver que alguien, un profe, me destacaba como inteligente pues fue un *shock*; ese creyó en mí, pero duró quince días. Durante quince días me sentí bien. Volvió el otro y todo otra vez en su sitio, volví a ser el tonto. Me dolía. Ese dolor aún está igual. Sí. Todos mis pensamientos están en tierra de nadie. Sí, están por ahí, como un gas.

Poco a poco dejé de ir. Hacía muchas campanas, hasta que dejé de ir. Estaba siempre con mis grupos, tocando la batería. Mi padre se enteró de que hacía seis meses que no iba al cole, otra vez follón. Yo vivía con él mintiendo.

En esa época apareció mi primer amor. Fue la primera vez que llegué al otro planeta. A vosotras. Era preciosa. Llegar a ella, poder tocarla, fue, bueno, llegar al otro lado y que fuera tuyo, eso sí que era nuevo, ¿sabes?, ¡el mundo femenino! Duró poco, había atracción, pero éramos muy jóvenes, solo hubo un acercamiento de sentir los labios, el calor, tocamientos, nada más. Cuando se acabó sentí un vacío, pero no fue catastrófico, ahí no. Ah, cuando mi padre descubrió que no iba al cole, me dijo: «Si no estudias, pues a trabajar». Empecé con él, no lo aguantaba, no aguantaba nada, ni los horarios, ni a él, ni lo que tenía que hacer. Sus miradas seguían siendo como golpes; si le confrontaba, me hacía callar, me levantaba la voz. Estuve trabajando con él durante tres años, un suplicio. Después de trabajar me iba a tocar, todas las

tardes; si podía también me iba por la noche, los fines de semana, me lo combinaba como podía. Él me lo prohibía, pero al final acababa diciéndome que hiciera lo que quisiera con mi vida. Él quería que tuviese un buen futuro, algo seguro, y yo para él hacía todo lo contrario. Pocas veces me hablaba de mi madre.

Yo no. Nunca le hablé de ella. No sé si alguna vez estuvo con otra mujer, yo no la vi. A veces, de repente, surgía un acercamiento y hablábamos. El intentaba acercarse y yo me dejaba, pero en cuanto me decía algo que me molestaba, yo me iba. Casi siempre huía de él. Yo estaba en una fiebre total de adolescente, sufría mucho, pero también me lo pasaba bien, me lo pasaba bien con el nuevo grupo, me lo pasaba bien tocando la batería, para mí tocar era la posibilidad de conocer gente, de pertenecer a otro engranaje, de ser alguien, de tener poder; además, el grupo iba bien, teníamos éxito.

Tocar era lo que más me gustaba. ¿Por dónde iba? Sí, dejé de trabajar con mi padre y empecé a irme de casa. Siempre volvía. En esos intervalos en que desaparecía y volvía a casa, yo me sentía humillado, rendido. La segunda vez me fui con una chica. Con ella estuvimos en cuatro mil casas, no había un trabajo, no había estabilidad y, a la mínima, tenía que volver, no tenía sitio para dormir, sí, a veces en casa de los amigos, pero acababa volviendo. Mi padre siempre me abría la puerta. Entonces, para ganar algo de dinero, empecé a pintar pisos porque era un trabajo libre. Antes, ¿eh?, ahora no, antes era fácil, hacías una capa de pintura y te ibas a ensayar, y si había actuaciones, podías estar tres días sin ir a pintar. Pero, aun así, me iba de casa y volvía. Sí. No sé, no sé cuántos años he estado así, creo que hasta el año 85. Siempre me iba por chicas, cuando acababa la relación con ellas volvía a casa de mi padre. Me acogía bien, me decía: «¿Ya la has cagado otra vez?». Pero me dejaba vivir ahí. Éramos dos extraños, padre e hijo.

Yo volvía con una tremenda sensación de derrota, o sea: «A mí me ha ido mal en mis ideas y entonces tenía razón papá». Intuyo que siempre he sido muy paranoico, creo que yo veía cosas que solo estaban en mi cabeza, digamos que mi olfato es, no sé cómo decirlo, a veces lo tengo muy afinado y a veces no doy pie con bola. Ya sé que él no quería que yo fuera músico ni nada que se saliera de ser un hombre de familia y con una raya al lado, como Aznar, pero es que yo tenía una fiebre, ¿sabes?, era joven.

Quiero hablarte de Kyran, fue una de las primeras personas que me hizo cambiar. Entonces se hacía llamar *Charli*, porque Kyran, en aquella época, era un nombre muy *hippy* y nosotros éramos *punks*; sus padres eran *hippies*, habían ido a la India y esas cosas, él también les hacía la contra. En esa época, nos drogábamos, vamos a ver, tomábamos anfetaminas y alcohol, pero nunca caballo, no estábamos

interesados; la coca era inalcanzable por el precio, y el caballo, pues no, porque no surgió, no estaba en aquel ambiente, si no yo creo que hubiese caído, no sé, además el caballo requiere una jeringuilla y eso me da mal rollo; la anfetamina es acción mental, no paras, y el caballo es ralentí, te quedas paralizado, a mí eso no me interesaba. Bebíamos cerveza con menta, con grosella, cócteles, martinis, pero sin remover, como James Bond.

Te estaba hablando de Kyran. Kyran es básico. Te pongo al corriente de cómo apareció Kyran en mi vida y yo en la suya: yo hacía campana y me iba al local de ensayo que había en mi barrio. Eran un desastre esos locales, pero, hija mía, ahí empezó todo, iba a ensayar allí, yo entonces no *erapunk* ni nada, yo quería ser músico, batería, y ser como mis estrellas: Sweet, los reyes del Glam, ¿no?, un tipo de sonido de los setenta, por eso toqué la batería. Aquí empieza el querer ser otro, mi héroe era Mick Tucker. Alquilé el local yo solo. Estaba ahí cada tarde, solo, tocaba como un loco, me costaba quinientas pesetas al mes, de las pagas y lo que pillaba de mis astucias: ve a comprar un bistec y la leche. Y volvía con cinco duros y me los quedaba. Me pasaba toda la tarde ahí, y entonces apareció un grupo y alquiló el local de al lado. La estética de ese grupo no tenía nada que ver conmigo ni con la estética nuestra, digamos que era más *punk*, iban de cuero negro, botines, americana de cuero, camisa de *tigre*, y, claro, él, Kyran, como era diferente y yo era muy corto, mal rollo con Kyran; un día me hizo una broma, te cuento: en las puertas del local había un candado abierto, éramos así, y él lo cerró, me quedé dentro, me puse muy rabioso, no recuerdo cómo fue; al final salí y, con toda mi rabia, arranqué la puerta o me abrió alguien, no sé. Fui a su local y fui a por él, nos empezamos a pegar y nos paramos, nos mirábamos a los ojos, paramos, me miró y sonreímos, nos levantamos del suelo y nos fuimos a un bar a hablar, sí, y nos pasamos cuatro o cinco horas bebiendo Voll-Damm y hablando; y lo que él despertó en mí fue una pasada, me empezó a hablar de nuevas músicas, de poesía, de Baudelaire, de Rimbaud, de David Bowie, Iggy Pop. ¿Has visto mi tatuaje? Mira, es de esa época. ¿Te gusta? Kyran me habló de los misterios de la noche, yo estaba hipnotizado, él sabía hablar, contar, era un dandi; cambié, tuve discos nuevos, me dejó ropa e hicimos un grupo, nos volvimos inseparables, sí, hacíamos música, escribíamos juntos, las noches eran verdaderos rituales, leíamos *La voz, El albatros, Elevación*, escuchábamos a David Bowie o Iggy Pop en su casa o en la mía, tomábamos anfetas, cervezas, bailábamos, nos inundábamos de sonido, de luz, de poesía, y a veces de sexo. Había, supongo, un trasfondo homosexual, pero lo importante era la comunión; a nuestra manera, digamos, éramos dos dandis. Todo era pura magia. Lo pasamos bien hasta que un día se fue a Alemania y nos separamos.

Pero durante ocho años mantuvimos correspondencia, una correspondencia que era pura poesía, y luego yo ya había desarrollado una forma de ser, había cambiado mi percepción y mi recepción, las dos cosas. Leía poesía en voz alta. Fue mi mejor época.

Mi padre me tiró todas las cartas de Kyran a la basura en un ataque de ira. Seguía detestando todo lo mío y, en un momento, cogió un paquete con mis cosas sagradas y me las tiró todas. Sí.

Apareció otro grupo, pero no pongas el nombre, eran gente mucho mayor, me daban mucha información, con ellos cada día se convertía en una fiesta. Yo, en aquella época, empecé a jugar con la ambigüedad, tenía diecinueve años, no sé, me daba apertura, podía acercarme a los hombres igual que a las mujeres y, de repente, en esa época, me entraron muchas ganas de saber.

¿De saber qué?

Aún no lo sé, chica. No lo sé aún.

Se nos acabó la hora, Pablo.

Sí.

VALLCARCA, 10 DE LA MAÑANA
INTERIOR

8 de abril de 2003

¿Dónde me quedé? Ah, sí. Sí, sí, déjame un minuto. ¿Dónde? Ya. Seguía con gente que era pura dinamita, gente con poder, gente que jugaba con todo, que se metía de todo y que también escribían buenas canciones, como… no pongas el nombre. Pon «X». Sí, porque, bueno, X vino un día a mi casa, yo entonces vivía en la calle Darai, con una chica, y él vino a decirme que él ya había hecho todo en la vida, había hecho buena música, había amado a su chica, chupado pollas, robado y que estaba cansado, que había perdido el rumbo; yo no entendí el trasfondo, sí, me quedé embobado y no entendí que se estaba despidiendo, sí, se suicidó al día siguiente. Me quedé hecho polvo, yo entonces estaba viviendo una fuerte confrontación con mi padre. A todo esto, yo había editado ya dos discos nuevos con un grupo y tenía cierta fama en el ambiente. Yo ya era más o menos como el hombre de mis sueños, pero pobre, pobre en el sentido de que aún no era una

estrella. Actuábamos mucho en vivo, para mi ego eso era como sumergirme en el poder, estaba borracho de esa potencia, de estar en un grupo que sobresalía, que era especial, estaba embriagado por las actuaciones en directo. Tomábamos anfetas a tope. Creo que había algo de autodestrucción; no lo creo, lo había; y de rabia, pero toda esa intensidad me daba mucha fuerza, una gran fuerza que nunca supe hacia dónde dirigir. Las anfetas no crean dependencia, no te hacen sentir yonqui, pero en aquella época que quería más y más y más, la anfeta te lo proporcionaba. Yo siempre tenía dudas, dudas de todo, y eso me producía mucha melancolía. Tenía depresiones cada lunes, la bajada era tremenda. Ya no iba al cole. Lo dejé a los quince años. Ya era músico. Cuando me quedaba sin dinero pintaba pisos. Aún iba a casa de mi padre. Cuando estaba derrotado me dejaba caer ahí. ¿Ya la has cagado otra vez? Sí.

¿Sabes de qué me doy cuenta ahora?, de que me hubiera gustado mucho estudiar, pero no sé qué. Ahora me interesan muchas cosas, pero ahora estoy roto, fermentado. Aunque estoy abierto, aún hay una parte de mí que quiere cosas nuevas. Me gustaría, cómo escoger unas palabras para decirte, digamos que necesito cambiar, estoy dejando cosas atrás sin tener nada delante. Lo del pasado no funciona ya. ¿Crees que estoy a tiempo?

Ahora no me drogo nada. Pero bebo, no mucho, o sea, a veces bebo para apagar un poco el fuego, porque el fuego es el mismo que cuando tenía ocho años, de una forma u otra siempre he tenido este mismo fuego. Hay cosas que no cambian. Tengo ganas de apagar este fuego. O de tener una dirección. Siempre voy a tientas. Como dice Krishnamurti: «En fragmentos».

Pero, dime, ¿crees que aún estoy a tiempo?

Sí, claro que sí.

Gracias.

Sigo con mi padre. En vez de mi historia parece la historia de mi padre. Claro, es nuestra historia. Nuestra guerra. Entre mi padre y yo siempre ha habido guerras. Siempre tenía ganas de acercarme a él, pero me era imposible, él hacía lo que podía, no se lo puse nunca fácil, yo estaba siempre tenso. Me autoculpaba, pero no sabía cómo remediarlo, siempre conflictivo. Un día, lo recuerdo muy bien, hubo un acercamiento, casi imperceptible, yo tenía treinta y un años, empecé a acercarme, déjame pensar, él trabajaba en la General Óptica, de portero, había dejado su joyería por una crisis que hubo, él

trabajaba por libre, y de pronto se encontró, ya mayor, con cincuenta y seis años y que el negocio le empieza a ir fatal, sin un duro; recuerdo que el pobre hombre empezó a tener deudas, y así pasó de joyero a portero; él era un manitas, un manos de oro. Durante esa época yo lo iba a ver a la portería, comíamos juntos, intentábamos no provocarnos. Cuando maduré más, ya dejé de odiarlo, de verlo como un enemigo, me daba cuenta de que los dos habíamos vivido un calvario en el mismo infierno. Siempre he tenido una visión triste de esta vida. Él supongo que también, aunque no lo sé. Desde que mi madre se puso enferma, todo fue un calvario. No recuerdo haber hablado de eso con él. Sí, ahora recuerdo, una vez, yo había tomado anfetas y estaba muy lúcido, muy mental, y jugaba, recuerdo que jugaba hasta con la depresión, la transformaba en algo muy poético, y ese día empecé a imaginar cosas muy bellas, me dio un ataque de amor y lo fui a ver, pero no me acuerdo de qué pasó, me parece que todo fue algo interno. Sí.

Solo te he hablado de un suicidio, pero hay otros.

Mi padre, del tercero, ni se enteró. El último intento lo hice a los veintiocho años, creo. No te lo puedo decir exacto porque en ese intento nunca sabré lo que ocurrió ni lo que pasó más tarde, pero cambiaron muchas cosas. Ahora tengo un lapsus. Sí. Una laguna. Clic.

Mi padre se creía que yo vivía de la sopa boba y un día me vino a visitar al trabajo. Me vio trabajando, estaba pintando una escalera y él, mira, fue a verme y se dio cuenta de que yo trabajaba mucho, y vi cómo me miraba. Creo que éramos como dos buscadores, sí, dos buscadores que se agarran el uno al otro y se van ahogando. Desde entonces ya discutíamos menos. Mi sensación con mi padre siempre era de derrotado, ya te lo he dicho, no de perdedor, ¿eh?, cuidado, no. Ahora viene una fecha clave, voy a llorar, mira, fue un día antes de que se jubilara, antes, bueno, dos semanas antes de que se jubilara, él iba a cazar, le gustaba mucho, ahí vivía con él, pues yo ese día me fui de marcha y cuando volví me lo encontré retorcido de dolor con la ropa de cazador, y eran las doce del mediodía, él debía de llevar así unas seis horas, se iba solo a la montaña y volvió solo, con el puto dolor; nada más verme empezó a insultarme: «¿Dónde coño estabas, cabrón?». Parece que se cayó y se clavó algo. No sé por qué no llamó a nadie, no sé. Pues ese día, el día antes de jubilarse, yo estaba muy contento porque se jubilaba mi padre, había ahorrado dinero y pedí un adelanto a la empresa para celebrar con mi padre su jubilación, compré pizzas, coca-colas, helados, y llego a casa y me lo encuentro otra vez retorcido en el suelo con unos dolores, quizá fue a partir de la caída en la montaña, no sé; lancé las pizzas, lo cogí, busqué un taxi y al hospital, y allí, imagínate, un día antes de su jubilación. Se

recuperó, pero a partir de entonces algo ya no funcionaba, él se acojonó, una hernia, nunca acabó de encontrarse bien. Voy de un lado a otro, ¿no? Así es la memoria. Al cabo de un año me pidió que lo llevara al hospital. Le encontraron un tumor en el hígado. No parecía importante, por lo que dijeron. Aquí pon el capítulo: «El mundo de los médicos». Se operó, todo fue bien, pero tenía que hacer siempre régimen y medicarse, él tenía miedo. Me pedía que volviera con él y yo no podía porque, ¡puf!, como siempre, el mundo de ahí fuera y el mundo de casa de mi padre, no sé, ir ahí de nuevo era como tirar la toalla.

Él estaba totalmente solo. Siempre hemos sido solitarios, sin quererlo, sin quererlo nos hemos hecho así. Sin quererlo. Es inconsciencia. Por inercia. Yo, a partir de entonces, iba más a menudo a verlo. Se volvió a encontrar mal enseguida, muy mal. Lo ingresaron de nuevo. Los médicos no me decían nada, hasta que me lo dijeron: «Tu padre tiene una cirrosis bastante avanzada». Yo me quedé parado. No me lo podía creer. Un amigo suyo me dijo: «Tu padre, de joven, bebía mucho, y todo se paga». Pero mi padre no bebía desde el año 67, ni fumaba, no podía beber ni una copa porque el alcohol le producía manchas en la piel; aquí ahora me confundo, ah, sí, sí, me dijeron que le tenían que hacer un trasplante, yo le dije: «Papá, saldremos de esta». ¡Cómo me miró! Lo operaron, salió, y una nueva vida. Una nueva vida que duró cinco meses. Hubo un rechazo y lo llevaron a Sant Gervasi, a la Rotonda, que es donde van los enfermos terminales, y allí estuvo ocho meses. Y yo, cada día, allí, durante ocho meses, ¡joder!

Mi padre se convirtió en una cosa pequeñita y delgada, pero con el mismo furor que siempre. A veces aún me insultaba, pero ahí ya era otra cosa, me daba cuenta de que él hacía lo que podía. Nos acercamos mucho, se rompió la frontera entre padre e hijo. Un día vinieron los médicos a decirme que el deterioro iba a ir a más, y que, si prefería adelantar la muerte o mantener la vida, una vida cada vez peor. Yo, solo, tuve que decidir eso. Y yo creí que, si le adelantaban la muerte, iba a durar aún unos días, no sé, unas semanas, pero no, fue de un día para el otro, ¿o fue el mismo día? A todo eso, él, en la habitación, debió de intuir algo, porque yo salí a llamar a varias personas amigas, yo estaba temblando, apareció un amigo, me caí de rodillas, me abracé a él y me puse a llorar, ¡joder!; mi amigo me cogió, me levantó y me llevó a un bar, y cuando volví, él estaba consciente: «Hijo de puta, cabrón, ¿dónde estabas?, te quiero aquí, a mi lado». Mi padre pasó de la rabia a un estado de agitación, y yo diciéndole: «No pasa nada, no pasa nada»; y lo abracé y vi su mirada,

y miró hacia arriba, hacia el techo, y desde esa agitación le cambió la cara, como si hubiera visto algo que no se esperaba, y ahí murió, en mis brazos. Nunca había sentido la soledad como en aquel momento. Me puse a llorar como un loco con mi padre en los brazos. Llegaron las enfermeras y se lo llevaron. Eran las dos de la madrugada. Totalmente ido y sumiso, cojo un taxi; llorando, le digo la dirección, llego a su casa, cojo ropa limpia, de mi padre, y me voy a pompas fúnebres y me dicen en la oficina: «¿Su padre tenía un seguro?», y pagué una locura por todo, como estaba tan ido.

Ahí acabó todo. Sí.

Luego vino otra época para mí. Yo no lo sabía, ni me lo esperaba, pues resulta que mi padre había ahorrado un dinero y me sirvió para dejar de trabajar durante un año. No cogí la brocha en un año. ¿Qué hice? Me sumergí en las drogas: *aspit*, ¿qué? A ver. No, así no se escribe *esp*, no, así no. Déjame. *Speed*. Así. No das ni una, lo escribes todo mal lo de las drogas, ¿no? *Speed*. Eso es. Mírame. Hoy estoy cansado, y lo que viene ahora creo que merece tener ganas de contarlo. Pero no me mires así. Así, como…

¿Cómo?

No sé. Con esa intensidad.

Disculpa. ¿Salimos a dar un paseo?

Sí.

VALLCARCA, 5 DE LA TARDE
INTERIOR

12 de abril de 2003

¿Te apetece un café, Pablo?

No, llevo ya seis mil.

¿Sabes qué he estado pensando estos días?, que ser drogadicto es como ser facha. Sí. La droga hace, te incita a ser reaccionario, vives en un mundo interior artificial, fuera de la realidad. Según qué droga tomes exagera las emociones, deteriora bastante tu alrededor, estás mucho más sensible, nervioso, totalmente arriba-abajo, y para poder

enfrentarte a eso tienes que hacerte reaccionario, te montas unos escudos. A los soldados americanos se les suministraban anfetas, así sus actos podían ser pasadísimos. Hitler, en sus últimos años, tomaba mucha anfeta, eso exageró mucho más su enfermedad.

Sí, lo sé seguro. Yo nunca he parado. Ahora no tomo nada, nada. Pero desde los quince hasta los treinta y cinco, igual bajaba la dosis, me metía poca, pero cuando murió mi padre me volqué de lleno inconsciente y conscientemente, lo hice para huir de todo lo que había pasado. También para autodestruirme. ¿Culpable? Sí. Hombre, culpable de todo. ¡Hostia! Es que esto me lo he preguntado cuarenta mil veces. Es una especie de tortura. ¿De qué? Yo podía haber evitado muchas cosas. Desde la relación con mi padre, con la gente, haber cogido otra dirección en mi vida, pero por otra parte me he dejado llevar, que no es excusa, ¿eh?, ¡para nada! Me he dejado llevar por una inconsciencia que, chica, se me escapa de las manos. Esa inconsciencia gira como un viento, que no es excusa, ¿eh? No es excusa. No sé si me explico bien. Culpable de mi inconsciencia. Lo que yo pienso de mí no me deja ver las otras posibilidades. Justo estaba pensando: «Que no me pregunte eso, que no me lo pregunte». Que no sé lo que pienso de mí, ¡joder! No lo sé. Ni idea. Si me acuerdo de alguna, te llamo por teléfono. Sí. Ah, sí. Va. Dime tú algo. Dime algo que tú pienses de mí. Para eso estás aquí, ¿no? Te escucho. Es cómodo estar ahí, ¿no? Disculpa. La droga me ha dado mucha castaña, bueno, me he dado mucha castaña a mí mismo. Solo quería que dijeras algo bueno de mí.

Te escucho.

Eres todo corazón. Y delicado. Como los poemas que leías con tu amigo.

¿Cuáles?

«*El albatros», por ejemplo. Y eres tierno, mucho.*

Bueno, para. Ya.

Podría decir muchas más cosas, las voy a decir. He visto los dibujos que me dejaste y he escuchado los discos. Eres muy bueno.

Gracias. Ya está por hoy. Me he quedado, estoy osito de peluche. Y te lo vuelvo a decir, muchas gracias. Para mí es muy importante lo que dices de mí, es como un bálsamo. Sí. Sí, claro que me lo creo,

pero, no, no sé si me lo creo, ¡hostia!, ¡cojonudo!, pero, bueno, no voy a rizar el rizo, no quiero darle a la olla de si te equivocas o no, esto es lo que, sin bucles, está bien así. Las otras me las dices luego, en el jardín. Sí. Que yo recuerde, muchas personas me han demostrado amor. Sí. Yo no tengo dificultad de dar, pero no sé recibir. Cuando me dan me quedo parapléjico. Cuando me dan regalos me bloqueo, me incomoda, lo agradezco mucho pero según cómo me dan muchas ganas de llorar. Me emociono. Y no quiero. No quiero. No es que sea un reprimido, amputado, eso sí. Sí, emocionalmente y además de raíz. Hay muchas barreras insalvables hasta llegar a las emociones. Sí. Insalvables. ¿Sabes por qué?, pues porque, aunque tengas muy buena fe, tus padres, hermanos, familia, no te hacen natural. No es que te hagan impuro, pero es muy difícil. Nadie es libre de sí mismo. ¿No crees? Yo sí lo creo. La pregunta es: ¿qué esperar hacer de mí? No tengo ni idea, guapa, de los planes que tengo. He pensado mucho, pero no sé. Estoy aún empezando a crecer. Ahora tengo un entorno que ayuda. Aquí estaré solo unos días. Como mucho un mes. Aunque estoy bien, ¿eh? Pero, cuando pienso en irme me viene mi casa actual. No te lo he dicho, pero estoy solo por primera vez, estoy pintando mi casa y flipo de cómo la estoy dejando, me falta nada, en cuanto salga de aquí. Eso es muy importante para mí. Yo, tengo un trabajo tan bestia conmigo que se me quitan las ganas, pero aquí vamos a la pregunta de antes, la del principio, ¿me siento culpable? Sí, pero no siempre, porque tengo fe y la pregunta es: ¿fe en qué? No sé, pero aquí estoy. Cuando tengo fe se me pasa el miedo y no se me aparecen los otros Pablos. Cuando tengo fe pienso en que en una semana acabo con esto y acabo de pintar mi casa y empiezo una nueva vida. Sí. Cuando los otros Pablos se quedan tranquilitos, todo va bien. Nunca se sabe cuándo va a aparecer el Pablo ansioso, el Pablo enfermo, el Pablo cobarde, el orgulloso, el pasota, el noble (me cuesta reconocerlo, pero también está), el trabajador. Estoy demasiado en mí. Desde que me levanto hasta que me voy a dormir estoy totalmente dependiente de mí, y mi relación conmigo mismo es fatal. Muto. Muto según lo que venga. No cambio. Muto. Me gustaría estar tranquilo. A gusto. Necesito parar. Estoy esperando que el mundo de afuera me haga parar, y eso hace cuarenta y dos años que lo espero. Sí. Ahora me doy cuenta de que no es el mundo de afuera.

¿Dónde nos quedamos? Nos quedamos en la época, ¿te acuerdas? Bueno, yo no quería hacer nada. Quería disfrutar de ese dinero que me cayó como del cielo, y me creé una ficción conmigo mismo. La del dandi decadente. Buscaba en la oscuridad. Me gasté dos kilos y medio en nueve meses. Todos los ahorros de mi padre, y, como fue de esa forma, pues me pareció hasta largo. Salía cada noche, me drogaba, flotaba continuamente, diferentes vicios sexuales, bueno, no eran

vicios, digamos diferentes formas, ropa nueva, no hacer nada, siempre comía en restaurantes, disfrutaba del tiempo de una manera melancólica y lánguida. ¿Me gustó? Sí. Sí. Lo repetiría y me lo pasaría mejor. Sí. Ahora soy más práctico. En ese momento huía de la muerte de mi padre, de la relación que tuvimos, y, además, era su dinero, y eso, cada peseta que gastaba, había en ello una culpabilidad. Ah, ahora no haría eso, haría otras cosas. Gastaría lo imprescindible, trabajaría igual, pero mucho más tranquilo. ¿Algo que no haría? Pues, no volvería a gastar en prostitución, no, ni en drogas. Más práctico. Así es como viví el duelo. ¡Vivir! Vivir sin vivir en mí. Sí. Huía, pero no siempre. A veces lo afrontaba de cara.

Cada día de mi vida me acuerdo de él. Cuando tengo un buen momento, en el que hilo fino, lo veo bien, tengo buen recuerdo, pero la verdad es que esta relación me ha dejado un poco tocado. El otro día lo pensaba, sí, y creo que más que la droga fue la relación con mi padre lo que me ha dejado tocado. Ayer, ayer pensaba en ello. Me ha tocado. Por eso, para empezar de nuevo, me tengo que liberar de eso. Para ser yo. Necesito bastante infraestructura.

Cuando se me acabó el dinero volví a trabajar. Me costó empezar, bajar del globo, de la película que me había montado. Seguía yendo de prostitución de vez en cuando, a veces pagaba solo para ver el cuerpo de una mujer y tocarla, no para echar un polvo. Era incapaz de tener relaciones sin ir de prostitución. Me era imposible acceder a tener relación con chicas. Me costaba. Estaba ido por la droga. También estaba harto de esa época, por eso me gasté el dinero de esa forma. Tengo una laguna. Ahora no sé cuánto hace de todo esto. He perdido la cuenta. Llevo un follón con el tiempo, no sé, la verdad, ni me preocupa. Lo bueno de todo ¿sabes qué es?, mira, estoy limpio de droga. Después de ese mogollón dejé de tomar anfetas. Sí, gracias a que nunca me metí coca ni caballo, si no yo no podría estar aquí ahora hablando, tendría la cabeza como un queso gruyer. Aunque el *speed*, si yo ya estaba desequilibrado, me desequilibró aún más. Me fue fácil cambiar. Nunca he tenido problemas para dejar las anfetaminas. La última vez que tomé fue en julio y no tengo ningunas ganas de tomar. Mira que he tenido ocasión, pero no. No. Eso ya está. He tomado, ¡puf! El camello venía a mi casa cada jueves y me traía, no pongas la cantidad, por favor, casi la mitad era para invitar, ¿eh? Podía estar cuatro días o más sin dormir y sin comer, solo café y tabaco. Ahora lo pienso y, ¡qué pereza eso otra vez! Durante mucho tiempo fue mi compañera, para lo bueno y para lo malo. A todo eso yo continuaba con la música, pero con ordenador. Solo. También leía, dibujaba, estaba en plena creatividad, bueno, buscando. Lo que ganaba durante la semana, me lo gastaba el fin de semana. Seguía leyendo a Baudelaire, Oscar Wilde, que, por cierto, tiene cuentos para

niños preciosos, te los regalaré para que le cuentes a tu niña, también leía a Huysmans, este también te lo regalaré, Camus, es imprescindible leerlo, Guy de Maupassant, también te lo regalaré, te voy a traer así de libros, Bécquer, también leía metafísica. Y sin quererlo, todo me metía en lo mismo: la mujer, la música, la poesía, todo era para mí la misma búsqueda. Yo no iba mal encaminado, pero sí equivocado. Sí. Parece contradictorio, pero, la vida es contradictoria. Lo que quiero decir es que no iba mal encaminado, pero la forma era equivocada, sí, porque me metía mucha química. Transgredía constantemente, como un cobarde, de ahí mi culpa. Las formas. Y mi relación con la prostitución. Como no tenía relación con chicas y me volvía loco por acceder, y eso era vital para mí, entonces tenía que pagar. Con la broma de las drogas estuve cuatro años sin relaciones. Sí. A veces iba solamente para que me tocaran en el hombro, para oler, para sentir, y luego me ponía a dibujar como un loco. Podía estar cuatro días sin dormir y dibujando. No me gustaba el sexo con ellas, iba por otras cosas. A veces para hablar, curiosidad por sus formas. Encontré de todo. Había de todo. Al final iba siempre a la misma y nos hicimos amigos, ella sabía lo que yo quería. A veces quería llorar. Solo eso, pero no podía. Lloraba después, en casa. Ahora no lo sé. Tenía ganas. Durante mucho tiempo, el deseo de una relación se enquistaba y se hacía enorme. La pregunta es si he llorado. No. No lloraba, en aquella época. Bueno, ahora tampoco. Lloro por dentro, sin echar lágrimas. En general, las prostitutas eran frías, no se comprometían, era su trabajo y ya era bastante duro, mantienen la distancia, te dan una forma de relación artificial. Ahora me gustaría dar un paseo. Sí, contigo, claro. Vale, cuando acabemos. ¿Sabes por qué te dije que sí? Sí, claro, tenía ganas de hablar, eso también, pero, porque eras una chica.

Luego, las formas cambiaron. ¿Cuándo fue? En el 85 u 86, me quedé sin trabajo, y tenía un amigo, un dibujante de cómics transgresores, digamos, y yo le dije: «Si te enteras de algo, dame un toque, que estoy parado». Un día me llama y me dice: «Tengo un trabajo para ti, pero no es de pintura». Resulta que tenía unos amigos-socios que hacían *sadomaso*, películas. En dos fines de semana hacían media docena de pelis *sadomaso* y las vendían por correo. En aquella época, ese era un mundo cerrado, difícil de acceder, no como ahora. Y se sabía que, si se vendían a diferentes puntos muy concretos de España, había rendimiento. Era ilegal, por supuesto. Me lo propuso, faltaban amos y que, si quería, me pagaban cuarenta mil pesetas cada fin de semana, estaba muy bien. Mentí, dije que tenía experiencia y me metí. Ni me lo pensé. Me gustó la idea. Acceder a algo que no conocía y además había sexo, que era mi gran pasión, y buscar nuevas cosas y encima cobrando. Quedamos en una casa de prostitutas, céntrica, habían alquilado una habitación a la madama y allí era el

plató. Éramos ocho personas: tres mujeres, un hombre, un ayudante, dos cámaras, yo y los productores. Eran gente normal, tranquila, nunca te los hubieras imaginado así. Yo ese día me había metido *speed* por un tubo. Me dijeron lo que tenía que hacer. Había un pequeño boceto, y ahí improvisar, todo muy normal, lo que se buscaba era naturalidad, como si estuvieses en el comedor de tu casa. Cámara fija. Yo era amo, había otra ama, profesional, y entre los dos nos repartíamos las películas. Ella me ayudó mucho. A mí me dio ahí un ataque de creatividad, proponía cosas, me gustaba, y me propusieron si quería escribir yo los guiones. Lo hice. Me metí de lleno. El *speed*, sus efectos, me daba muchísima claridad.

Un día me entero de que una de las chicas, que era la sumisa, o sea la que recibe, pues, que no cobraba, pues fíjate, sí, lo hacía por amor al arte. Ni le interesaba cobrar. Ella ya tenía su trabajo. Le gustaba, sí. Todo era de verdad. Sí. De verdad. Las hostias eran de verdad, las hostias y más allá. No había actuación. Eran películas de verdad. Entre ella y yo hubo un enamoramiento. Ella se dejaba hacer casi todo y yo tenía curiosidad. ¿Cómo podía aguantar? ¿Y por qué tanto dolor? No lo sé. Se dejaba golpear con látigos, palos, de todo. Tenía en los labios vaginales dos aros y allí le colocaban unas pesas pequeñas y unas pinzas metálicas con cadenas, y ella lo aguantaba todo. Yo estaba en catarsis, estaba totalmente ido. Estaba dentro de esa fiebre que tenía cuando era pequeño. No sé explicarlo, sí, me recuerdo como si siempre hubiera estado con fiebre. Al parar las sesiones, cuando acabábamos, el equipo se quedaba en la casa de citas hasta el día siguiente y yo me quedaba vigilando, con ella, y ahí nos enrollamos. Hubo de todo. También mucho amor. No es vicio, el *sado*, ¿eh? Es una forma muy intensa, pero no tiene por qué ser malo, según cómo lo hagas. Al cabo de un mes me fui a vivir con ella y con su hijo pequeño. Vivían en un lugar precioso, en medio de la montaña, en un pueblo. Estuvimos juntos casi un año. Nuestras actividades sexuales estaban dentro del mundo del *sado*. Nos gustaba. Ella quería ya romper con eso porque llevaba muchos años, lo hacía por amor al arte. Recibía unos castigos increíbles, acababa con el cuerpo morado. Mi amor por ella era por saber por qué hacía esto. No lo descubrí. Quizá mi amor por ella, mi amor, suena raro, ¿no? quizá, nos unimos por otras razones, ¿no? Sí. Ahora me doy cuenta, sí. Ella buscaba unas cosas y yo otras. Pero no sé. Tendría que pensar. Seguro que cuando te vayas me quedaré pensando. Mi dolor y el suyo. No sé, chica. Ella tenía un hermano yonqui que vivía del cuento, cuando él estaba ahí, ella me cogía dinero y no me lo decía, me daba cuenta después o al día siguiente, se lo daba a él, eso, yo me estaba hartando. No sé por qué lo hacía, ella tenía su dinero, tenía un puesto de trabajo importante, no estaba necesitada, lo del *sado* lo hacía porque quería.

Pero mira, eso también lo pensaré después, el dinero para su hermano tenía que salir de mi bolsillo porque ella, consciente o no, lo decidía así. Y yo nunca se lo pregunté, nosotros no hablábamos mucho. No teníamos mucha comunicación. El niño no se enteraba de nada, de nada. Bueno, ahora que lo pienso, se enteraría de otra manera, ¿no? Yo qué sé. A ella le costaba expresarse, se expresaba mal. Cuando hablábamos del *sado* no sabía por qué lo hacía, decía que la sobrepasaba y era, creo recordar, que entraba en un estado que iba mucho más allá del placer. Y yo, yo sí sabía. A mí no me gustaba. Sí. No me gustaba. Lo hacía porque ella me lo pedía, pero, al golpearla, yo entraba en un estado, bueno, me excitaba, me excitaba lo nuevo, lo desconocido. Era como ir en un tobogán y no poder parar. Yo la ataba, se llama *bondage*, esa era la técnica: inmovilizar. Hubiese preferido otra forma de relación, pero ella me gustaba y me lo pedía y, aunque al principio no quería, yo entraba en ese estado de no poder parar. Ese estado de fiebre. Esa fiebre de la que ya te he hablado.

Es curioso porque yo esto lo había dejado, bueno lo hice alguna otra vez, pero lo había dejado, y ahora lo vuelvo a hacer. Esto no te lo he contado. Desde hace poco, con mi relación actual. Ella me lo pide. Se enteró y me pidió que quería probar, no sé si quiero seguir hablando. Me gustaría salir a pasear contigo. Ya continuaremos otro día.

VALLCARCA, 10 DE LA MAÑANA
EXTERIOR. EN LOS JARDINES, CON PABLO

25 de abril de 2003

Tenía muchas ganas de que vinieras. He tenido fiebre. El otro Pablo, ya te dije, el Pablo de la fiebre. Era una fiebre de verdad. ¿Sabes que aquí hay cámaras? Claro, claro que lo sabes. Unas pequeñas cámaras en todas las habitaciones. Si llamo por móvil también lo ve la cámara. Esta es otra película. Tú escribes el guion. Si quieres puedes cambiarlo. Puedes decir que estamos en mi casa, en la terraza, y que yo voy a preparar un café mientras tú te sientas en mi sillón verde. ¿Qué te parece?

Aunque hoy te pida que salgamos a pasear, no te preocupes, es mejor que, sí, tengo ganas de hablar. Es como si estuviera escribiendo algo y me hubiese quedado a medias. Necesito continuar, ya te he dicho que tenía muchas ganas de que vinieras. Estábamos en el *bondage*. Sí, por ahí estábamos. Ya he hablado con mi novia, no le

importa que te lo cuente. ¿Sabes cómo la inmovilizo? Con lazos, con cinturones y con esposas. Los nudos de los lazos tienen que ser bonitos, delicados, no se ata de cualquier manera, no, todo tiene un porqué, es todo un mundo, un arte. La persona inmovilizada es un objeto. Un objeto del otro. El *sado* también es una metáfora. Hay dos roles: uno, el que ejerce libre albedrío con el cuerpo atado, y dos, el que está a tu merced. ¿Te suena? Uno manda sobre el otro y el otro no solo está de acuerdo, sino que le gusta. Es una transgresión muy intensa del placer. Aquí yo hago lo que me da la gana y ella no sabe nunca lo que le va a ocurrir. Lo que le va a ocurrir es una sorpresa. Y los dos roles se llevan al extremo. No hay límites. Si se te va la mano, la matas. Ha habido muertos, sí. El que hace de amo, si eres muy buen amo, sabe cómo subir el tono hasta delirar y que el placer y el dolor sea una misma cosa sin que te pases. Yo he ido aprendiendo poco a poco. ¿Estás incómoda? A mí me gusta contarte esto. Me excita. Me gusta. Ahora no me malinterpretes. Yo no soy un *sadista*, no, yo soy un curioso. No tengo necesidad. Nunca he tenido necesidad. Es la curiosidad. Y mi novia también es curiosa. Eso es todo. Un día me vio, encontró una peli y le gustó, le conté y enseguida me lo pidió, también por curiosidad, sí. Yo sé pegar. Yo no saco mi rabia en esas actividades, para mí es una forma preciosa de amor. Lo vivo muy natural. Y tengo mucho cuidado. Es muy bestia transgredir la relación normal y corriente. Yo he visto cosas muy bestias y no es así la forma en que yo lo hago, para mí es una forma más, me divierte, es muy excitante. ¿Sabes por qué te lo cuento? Porque tengo ganas de que esto se sepa, porque el *sado* no es lo que la gente cree. El *sado* es un juego. Además, hay grados. Sí, puede haber un poco de peligro, pero yo soy un osito. Es un juego permitido entre los dos, acordado. El rol puede cambiar, ¿ves? En la vida no es fácil cambiar los roles porque no son acuerdos. Esto es un juego, yo puedo cambiar el rol, ser el que recibe. Me gusta, es excitante, es nuevo. Siempre todo dentro de ese ritual, de ese contexto. Fuera de ahí, no. Me gustan los elementos del *sado*. Yo no uso látigos, eso no. Uso una pala de madera o de cocina y pego suave, pico. Hay formas. Depende de lo que te pidan. Mi novia está empezando, le va. Todo esto no influye en su vida privada. Ella está separada y tiene dos hijas adolescentes. Es una buena madre. No nos sentimos monstruos.

Son formas. Nada más. Formas adictivas, si quieres. Pero la vida es una adicción, ¿no? Yo creo que sí. Más, más, más.

Estos días he estado pensando algunas cosas. Me gustaría, en cuanto salga de aquí, yo creo que salgo ya, pues hacer meditación, ¿qué te parece? Y también me gustaría hacerme vegetariano. Uno de mis compañeros de grupo es vegetariano y me estuvo hablando, dice

que eso te da más calma, él cultiva sus propias verduras, se va el martes. Vive en las afueras de Madrid y me ha invitado a su casa. Se hizo vegetariano porque, bueno, esto es otra historia, mejor te la cuenta él si quiere. ¿A ti qué te parece?

También he estado pensando en la felicidad. Hay dos cosas que para mí son muy importantes ahora: mi casa y la relación con mi novia. Tengo que centrarme en eso y olvidarme un poco de sacar de mí esos otros Pablos. Es que son muchas cosas, guapa. Dime tú. Muchas cosas, pero en el fondo todo es lo mismo. En el fondo siempre estoy pensando que me equivoco. Tengo una cosa clara, la explico, sí, y en el fondo sigo pensando que me equivoco. Cuando empecé la película del *sadomaso*, era casi el mismo punto de otras cosas que hago. ¿Qué mismo punto? Ah, en eso estoy. De una forma abstracta. La búsqueda de una cosa y todo lo que me lleva a esa búsqueda forma parte de lo mismo. Cualquier instrumento me sirve para buscar, para saber quién soy. Ahora empiezo a pedir cosas sencillas, no tan transgresoras, como el cambio de alimentación, aunque ser vegetariano es muy transgresor, quisiera dejar de fumar, de tomar café. ¿Qué? ¿Dejar el *sado*? No, ya te he dicho que eso son juegos. Lo pensaré.

En el *sado* yo casi siempre soy el que manda, a veces recibo, pero no aguanto tanto el dolor. Mi novia, sí. Aguanta y aguantaría mucho más. A veces me pide cosas que no puedo. No me gusta infligir dolor. Lo hago porque ella me lo pide. Porque el amo, de alguna forma, también es un sumiso. A veces le pido perdón. Y no sé por qué. Siempre estoy pidiendo perdón. Lo hago y pido perdón y lo siento, no sé por qué. Bueno, es que cuando no hago lo que me piden, cuando dejo de hacerlo, hay mal rollo, igual es por mi forma de decir no, igual es que no lo digo bien. Ahora mismo me he quedado en blanco. ¿Qué me decías? Ah, no sé, pero estoy ya harto. Estoy cansado, pero no sé por dónde tirar. Me dejo llevar, ahora por la nueva corriente vía, ella, no sé, guapa, y tampoco me gusta cómo me lo estoy haciendo. Estoy pidiendo a gritos un cambio, ¿no crees? Ahora es un buen momento para ponerme las pilas. En vez de gastar dinero en cosas de *ansioso*, podría hacer caja y meterme en terapia, dejar el tabaco, ir al gimnasio, no pesas, ¿eh? Tener una disciplina. Creo que nunca he hecho nada por mí. Bueno, aquí estoy, ¿no? He entrado por mi propio pie, más o menos, pero podía no haber venido. No es obligatorio que esté aquí. Y voy a irme cuando me lo digan, cuando me digan: «Usted, Pablo, ya puede irse. Ya puede irse a pintar su casa». Y yo llamo a mi novia y me viene a buscar, y luego te llamo a ti porque tengo un montón de libros que regalarte y uno para tu hija. Y luego voy a buscar un lugar para quedarme quieto. Eso es. Lo que pasa es que, en cuanto salga de aquí, lo primero es buscar un buen trabajo, ¿tú sabes

cuánto cuesta estar aquí? Pues sí. Me gustaría contarte más cosas, pero ahora empiezo a estar un poco espeso para seguir. Esta es mi historia. Quedan muchas cosas, pero para mí está bien así. Mañana no puedo verte porque tengo grupo y luego ya está, luego creo que ya salgo de aquí y te llamo porque tienes que leer, sin falta, a Huysmans. Ahora si te quiero pedir que demos un paseo; aunque antes te he dicho que no, ahora sí, aunque sea un paseo corto, por el jardín. ¿Te puedo pedir otro favor? Me gustaría que hoy pusieras que hemos estado paseando en los jardines. Como en una película.

Así: «Exterior. En los jardines, con Pablo».

OPUS DEI IN MEMORIAM

—

BARCELONA, 2 DEL MEDIODÍA
EN EL DESPACHO

31 de agosto de 2010

El primer recuerdo que tengo es este:

Estuve sin poder dormir bien desde los ocho años hasta los catorce. Cuenta. Y antes de eso no recuerdo nada. A los ocho me llevaron a un colegio de monjas, un colegio de clase media donde había dos especies: las del pueblo y las otras. Yo era de las del pueblo, y de repente surgió una especie de preparación de festival y había que hacer *Blancanieves*, y por supuesto había una profesora que hacía el *casting* y todas venían con sus disfraces y ensayaban y, claro, iban seleccionando a las más monas. Lo que ocurrió es que a la que escogieron para hacer de Blancanieves lo hacía de pena y no le salía llorar cuando había que llorar, y yo alcé así el brazo y dije: «Yo, yo». Me escogieron. Ahí cambió todo y me convertí en la *prota*, en la líder, conseguí hacerlas reír a todas, creé el grupo llamado Mano negra; si alguien quería entrar, tenía que darme lo que yo le pedía, si no, nada. Mira lo que pedía: chuches. La *prota*, la líder. No pisaba el suelo, me llevaban siempre a caballo y, claro, empecé a tener problemas con las monjas, no me interesaban los estudios y suspendía. Me volqué en la gimnasia, esa era mi pasión. Por lo demás, tenía de todo. Solo tenía que pedir. Yo les gustaba mucho, les encantaba que contara historias: «¿Dónde has estado?», «En la China», y me lo inventaba todo, se divertían mucho, hasta sus madres querían que fuera a merendar a sus casas. Las monjas llamaron a mis padres. Lo que más solía suspender eran las matemáticas, es curioso, ¿no te parece?

Yo soy matemática.

Mi padre no soportó que suspendiera y me hacía la croqueta y el zumo del zueco. «*Vols probar el suc*?». La *croqueta* eran patadas por todo el pasillo y el *zumo*, imagínate. Cuando me daba en los pechos

pensaba: «Me quedaré sin pechos»; cuando me daba en la cabeza pensaba: «Me quedaré tonta».

Hoy es su cumpleaños. Lo llamo: «Felicidades», y ya está. Hace seis años que no lo voy a ver.

Fíjate, mis hermanos también suspendían, pero él solo me pegaba a mí; luego: «Perdón, perdón». Decía que yo lo sacaba de quicio, pero que yo era su preferida y «perdón, perdón». ¿Sabes qué hacía mi madre? Se quejaba de mí sin parar hasta que él se ponía hecho una bestia. A los otros no los pegaba, pero cada uno recibió su ración: «Tonto, tonto», «inútil, inútil». Ella, todo verbal. Yo, si me tocan, hago así. Siempre. Tengo esa alerta. Uno de mis hermanos fue durante años al psiquiatra y cuando tenía que hablar de mis padres empezaba a temblar y se ponía muy rojo. Estuvo muchos años enganchado a la coca.

Mis padres son del Opus Dei. Ellos se adoran.

La definición que dan los del Opus es que es una prelatura. En la Iglesia no había un formato en el que los laicos pudieran tener votos y en ese sentido el Opus fue una revolución, una modernidad. Hacen votos y están *en medio del mundo*, eso dicen. Aquí en Barcelona hay cinco o seis colegios del Opus Dei: Canigó, Lavall, Pineda. En el Opus no se mezclan las clases sociales; hay de todo, gente muy humilde y gente muy adinerada. Atacan todos los frentes. La sumisión es doble: apostolado y proselitismo. Los ricos dan dinero al Opus voluntariamente, lo voluntario es el sistema de la empresa. La empresa más rentable del mundo.

Conseguí aprobar y justo ese año va y abren un colegio del Opus en Tarragona y nos meten a todos. Yo me había volcado en la gimnasia deportiva y ahí no había gimnasio, no sabes lo que lloré. A saco. Me entró una rebeldía, me volví muy mala, contestaba, suspendía, no quería estar allí. Nosotros ya habíamos ido a un centro del Opus donde a las chicas nos enseñaban a cocinar, a bordar, pero ir al cole era otra cosa. Un día me cogió una del Opus y me dijo que yo en realidad no tenía ni una sola amiga, que solo eran mis perritos falderos, y me lo creí tanto que empecé a cambiar. Eso era una manera de captar. Me disciplíné y buenas notas. Entonces mi padre empezó a pegarme por cualquier cosa, algo con la cuchara y ¡zas!, el pie y ¡zas!, ¡zas! Yo siempre estaba así con las manos y él insistía en que era su favorita. Un clásico eso de que quien te quiere te hará llorar. Esa frase es la que más se oía en mi casa.

Empiezo primero de BUP en el Opus y en Semana Santa me voy de convivencias a una casa estupenda. Una noche nos llaman la atención por poner la música alta y bailar, nada más. Nos dijeron que o cambiábamos o nos echaban. Tú imagínate, eso era peor que

suspender las matemáticas, llego a casa y me matan, así que decido estar atenta a las actividades y ahí pasó algo, hubo una charla de un cura, que por cierto estaba bastante bueno, que dijo que éramos solo unos pocos los elegidos por Dios; que había tres señales: ser inteligente, tener independencia económica y que tuvieras un carácter normal. Estas son las características de la gente que escoge Dios. Lo de que seas independiente es para que no te necesiten en casa y lo del carácter es para que seas sociable y puedas captar a otras personas y si además tienes a tu familia en «la obra», así es como ellos lo llaman, es por algo y que no tienes que tener miedo a decir que sí. Pensé: «Quizá yo sea una de las elegidas de Dios». Yo me consideraba inteligente. Soy inteligente. Cuando suspendía era porque no estaba atenta, no miraba ni un libro. Mira mi trabajo, resuelvo retos empresariales, estrategias, no es fácil. Hubo un momento, ellos cuidan mucho la liturgia, mucho, gregorianos, incienso, misas en latín, yo soy una esteta y toda esa estética me encantaba, los misales, los cantos en latín, era todo de una belleza impresionante y, cuando Dios muere, toda la iglesia queda desnuda porque Dios ha muerto y ponen una hostia consagrada sujetada por un instrumento bellísimo, La Custodia, y en medio está la hostia. Deja que me conecte un momento, ¿lo ves?, mira y este es muy sencillo. Mira cómo van vestidos, preciosos, ideales, toda la liturgia en general es así, me gustaba mucho, es un momento, Dios ha muerto por ti y hacen turnos para no dejarlo solo. A mí me tocó de dos a tres de la madrugada; me levanté a rezar y entonces le dije a Dios que si él me quería, pues que allí estaba yo y al día siguiente le dije a la que nos había dicho que o cambiábamos o nos echaba, por cierto, era una mujer muy guapa, bastante carismática, le dije que creía que tenía vocación y se puso muy contenta. Al día siguiente ya escribí la carta. Hacerte del Opus lo llaman «pitar»; *has pitado*, no sé por qué, es un argot, hay mucho argot, en todo tipo de sectas es importante tener argot y un lenguaje así un poco secreto. La carta la escribes con pluma.

Escribes: «Querido padre».

En ese momento se había muerto el fundador, monseñor Escrivá de Balaguer, y el siguiente era Álvaro del Portillo, ahora es Javier Echevarría. Escribí «Querido padre» en una octavilla, hay todo un estilo, dices quién eres y que deseas pedir la admisión. Es un acto voluntario y es un momento emotivo. Solo te rechazan si eres raro. Ser raro es ser homosexual o lesbiana o asocial, yo conocí a una que acabó anoréxica, hay varias anoréxicas, es que si no es lo tuyo explotas, no lo aguantas, es demasiado.

En el Opus hay varias categorías, está todo muy bien pensado, hay *numerarios* que hacen todos los votos: obediencia, castidad, dinero y

entrega de todo, a algunos el prelado les pide que se hagan curas; y luego están los *supernumerarios*, que están dentro pero se pueden casar y tener hijos; y luego están los *numerarios auxiliares*, que son muy, muy humildes, lo entregan todo y trabajan en las casas limpiando; y luego, los *agregados*, que suelen ser también gente muy humilde y lo entregan todo, pero siguen en casa de sus padres, ya sea por problemas de salud, dependencia, introvertidos, pero igualmente siguen unas normas muy estrictas.

El Opus fue moderno en el sentido de que estabas *en el medio del mundo* y podías tener familia. Nunca cogían a curas de fuera para que todo estuviera en sintonía. No se niegan. Nadie se niega a nada. Lo entregas todo. Y hay un protocolo. ¿Sabes cuál es el protocolo del Opus?

Es este:

Cada semana, charla individual; te explican diferentes temas de la obra que tienes que cumplir a rajatabla: no usar pantalones, no fumar y no ir con chicos. Cuando entré tenía catorce años. No me habían dado ni un beso.

Mis padres, imagina, felices. Hay un saludo secreto que tú dices: «*Pax*», y te responden: «*In aeternum*». Llego a casa después de las convivencias y miro a mi madre, que estaba doblando sábanas, y digo: «*Pax*». Se echa a llorar. Todos emocionados, de repente me querían, me aceptaban. De repente era buena.

Me fui a vivir al centro del Opus. Salí del infierno de mi casa y me metí en un sitio en el que todo el mundo era amable. ¿Sabes?, una de las normas es estar siempre alegre y contenta para hacer felices a los demás. Te hablaré de las normas, tienen cosas muy chulas, claro, para mí fue la gloria, todos contentos, deja que me ría porque ahora me hace gracia. Vivía mejor en el Opus que en casa de mis padres. Dejé de tener miedo y empecé a dormir por las noches.

Tengo otro recuerdo:

Cuando era pequeña, cuando levantaban la hostia, rezaba: «Dios, haz que sea buena, hazme buena como Ana Bonet», que era una niña ni gorda ni flaca, ni guapa ni fea, ni lista ni tonta, normal, yo quería ser así.

En el Opus empecé a sentirme buena, allí me querían como era, dejé de ser rebelde; bueno, una vez me rebelé porque en la clase de filosofía, hablando de Descartes, nos empezaron a hablar de sinceridad y que si la obra esto y lo otro, y yo quería que hablaran de Descartes, ¡coño! Me volví intelectual. Me hace gracia, ahora me hago gracia, déjame que me ría. En el Opus sacaba muy buenas notas.

Estaba todo muy bien pensado. En las convivencias, no te lo he dicho, *pitamos* tres, las tres nos fuimos a vivir al Opus. Todo muy bien

pensado. Dormíamos en una tabla de madera, con una sábana y una manta. Se come bien, pero tienes que comer más de lo que no te gusta y menos de lo que te gusta. Ahí no hay ningún gordo.

Te cuento un día normal:

A las seis y media suena el timbre y saltas al suelo, te arrodillas, lo besas y dices: «*Serviam*». Y te ofreces a Dios. Te pones una bata blanca y limpias una parte de la casa durante media hora; eh, pero los hombres no lo hacen, y solo duermen en la tabla una vez por semana, los demás días duermen en un colchón, después de limpiar, ducha fría, yo nunca pude, y luego media hora de oración y luego misa y luego desayuno y luego a currar o a la escuela. Yo iba al Canigó, no era mixto. Ningún colegio del Opus es mixto. Y, a la vuelta, otra vez el trajín, misa, oraciones, confesión. Así siempre, todos los días, sábados, domingos, eso es una rutina, ¿Qué hora es? ¡Vaya! Tengo que empezar a trabajar.

Seguimos en mi casa.

BARCELONA, 9 DE LA NOCHE
CASA

9 de septiembre de 2010

¿En qué estábamos? ¿Quieres tomar algo? ¿Sabes cuántos años estuve sin probar un refresco? Cuenta. Todo muy sobrio. Muy edificante. Media hora reunidas para contar cosas edificantes. Hablábamos así: «genial», «fenomenal», «ideal». Piensa que teníamos que ser encantadoras. Y acabas siendo encantadora. Feliz.

Esto es lo que hacíamos:

Planchar todas las cosas de la iglesia y siempre con una sonrisa, siempre contenta. En la tertulia cantábamos canciones que se componían allí, ya puedes imaginar la letra: «Somos burritos y patitos», «Un huerto lleno de corazones». Todas las sectas tienen sus rituales, Hitler tenía la esvástica, su forma de comunicarse, los métodos para lavar el cerebro, todo muy bien pensado. Después de la tertulia y las labores y el estudio, hacíamos dos horas de mortificación corporal con el cilicio. ¿Sabes lo que es? Es una malla de hierro con unos pinchos que salen así, afilados, y dos cintas para atar, los pinchos hacia dentro de la carne; te lo ponías en la pierna para que no se viera, aunque tú no salías nunca del centro, pero por si acaso. Eso es una práctica de la Edad Media. Los sábados teníamos otro instrumento, unas cuerdas de macramé muy duras con las que nos

fustigábamos en las nalgas un buen rato, de rodillas, a eso lo llamaban «disciplinas». Hay algunas anécdotas que cuentan que Escrivá se ponía cuchillos y cristales y sangraba, vete a saber si es verdad. Cuando murió, los de la obra escribieron su historia y, dado el carácter positivo que había que tener, estoy segura de que censuraron la mitad, seguro, porque el señor Escrivá tenía bastante mala leche.

Tú no conoces nada de todo esto, ¿no?

No.

¡Qué extraño! Lástima que mi madre me tirase los cilicios y esas cosas, ahora me gustaría enseñártelos. Estudiábamos así, mira, con el crucifijo delante y el cilicio bien ajustado, aquí. La mortificación solo duele al principio, después te acostumbras. Nos hacíamos sangre a menudo. Un día tuve que ir al médico a ponerme la antitetánica, me había clavado el cilicio; me vio las manchas, las ronchas: «¡Pero ¿esto qué es?!», le contesté que era una alergia, no creo que me creyera, yo qué sé.

El problema lo tengo ahora, tengo el umbral del dolor súper alto.

Cuanto más maltratas a tu cuerpo, más se separa de tu mente y así ya no te oyes más a ti misma. Así no oyes ni a tus instintos sexuales, ni a tu amor, ni a tu vacío; así, cualquier mensaje del cuerpo se vuelve irrelevante. Y fíjate, es el cuerpo el que nos manda tantos mensajes, Me acuerdo de que uno de mis hermanos, a los cuarenta, entró en crisis y me dijo: «Mi corazón me engaña». ¡Fíjate! Él aún está ahí. Mi hermana también, la diferencia es que ella es feliz en el Opus. Él no para de escalar montañas, se muere. Se queda ahí porque dice que ya tiene cuarenta años, que trabaja en la empresa de mi padre y que está muy condicionado.

Es difícil irse. Eres un Judas Iscariote. Hay mucha preparación.

Y luego cenas a las nueve y luego otra tertulia. Todo el rato estás ocupada, siempre con el rosario en mano, y cada vez que ves a la Virgen tienes que echarle un piropo, «¡guapa, guapa!».

Y luego están los extras: confesiones una vez a la semana, más tertulias, si te olvidas de alguna jaculatoria a la virgen, la tienes que confesar. A mí me parecía odioso tener que contarlo todo, porque todo es todo, lo que me pasaba por la cabeza, las perezas, los malos pensamientos, toda la intimidad. Nos abrían las cartas y si te enviaban regalos los tenías que entregar y con el dinero que te daban los padres solo te podías quedar algo si tenías que invitar a alguien a un refresco o algo para el autobús.

Luego había una cosa muy interesante: la corrección fraterna. Te chivabas si alguien hacía *algo*, cualquier descuido, como la cama mal hecha; piensa que la cama era difícil de hacer y había que hacerla perfecta, además venían invitados a ver la casa; ah, y no te he dicho que la madera la ponían alta para que nadie se diera cuenta de que dormíamos sin colchón. Te daban la charla y tú escuchabas en un silencio absoluto y luego dabas las gracias.

A mí todo me gustaba, todo, estudiaba filosofía, teología, piensa que ahí hay gente muy inteligente y convencida de lo que hace. Conscientemente no hacen daño, te anulan como individuo, es cierto, pero es porque están muy convencidos. Allí las palabras «quiero» o «necesito» o «deseo» o «me apetece» no se pronuncian, no se usan. Así hasta que llegas a no saber qué quieres ni qué necesitas. No decides nada, no escoges nada.

Me encantaba estar en el Opus porque allí estaba tranquila y todos me querían.

Todos eran muy amables, pero no te confundas, no puedes tener ni una sola amistad, no puedes hacer confidencias ni tener cómplices. Tu corazón no puede estar apegado a nadie excepto a Dios. Tenía una compañera que a veces me ordenaba el armario y eso no se podía hacer; le hicieron muchas correcciones, se chivaban, se sabía todo.

¿Has visto la peli *Camino*? Está muy bien, mi madre es igual que esa madre, igual, lo único que falla en la película son los iconos, las vírgenes del Opus son todas muy guapas, románicas. Lo demás es clavado, el director se documentó muy bien. Ahora hay un grupo de terapia en Madrid para gente que quiere salir del Opus. Eso es imprescindible, yo no lo hice y fue muy duro. Ahí solo hay una verdad y todo lo otro y todos los demás son unos pobres desgraciados. Un gay es un monstruo, un divorciado también. Si estás que te matas con tu marido, tú aguantas hasta el final, el matrimonio es solo para tener hijos, ¿eh?, olvídate del placer. Por eso tienen once hijos o más. El otro día fui a una merienda con las del colegio y para beber solo refrescos y para comer medias lunas, eran del colegio, no del centro, pero ya salen con esa filosofía. Todas casadas, amas de casa y con mogollón de hijos y ni hablaban del marido. Las vi como siempre, sin nada que contar. Hay becas para familias numerosas. Me sentí un bicho verde, yo no me he casado, no tengo hijos y me miraban con una cara, yo que he sido numeraria, pero no me criticaron, piensa que son muy buena gente y no critican nada. «¿Qué has hecho?» y yo les contaba mis historias, mis viajes, pero esta vez eran de verdad. Todos esos viajes que inventé de niña y que fascinaban a mis amigas y a sus madres, ahora eran de verdad. He viajado mucho todos estos años.

Yo estuve ahí bien, te diría que unos cinco o seis años. Había cambios, cada año te cambiabas de centro, pasaban cosas, no era nada

monótono. A los dieciocho años tuve que ir al Centro de Estudios, que es un colegio mayor, una residencia universitaria; es como la mili, te forman, te aleccionan, todos son del Opus y viene gente de fuera a visitarte y la invitas a las actividades, la merienda, tu misión es convertir a la gente. Los que venían no sabían nada. Convertí a una chica que era totalmente atea. Yo tenía gancho, todas teníamos gancho, siempre contentas, alegres, divertidas, y además sacábamos buenas notas. Llamábamos la atención: «¿Por qué estáis siempre tan contentas?», preguntaban.

No teníamos tele, no la podíamos ver, tampoco cine y gran parte de la literatura estaba vedada. Había lo que se llamaba «el índice papal», que ya se suspendió en la Iglesia en el sesenta y algo, pero el Opus mantuvo la lista. Estaba prohibido leer a Nietzsche y el *Ulises*, no recuerdo los otros, pero hay una larga lista. ¿Sabes cuál fue el primer libro prohibido que leí en el Opus? *La espuma de los días*. Yo no entendí nada; decía, por ejemplo: «Una palmada en las nalgas» y yo pensaba: «¡Qué asco!». No sé qué me hubiera pasado si me hubieran pillado. Esto es terrorismo intelectual. El Opus tenía censores que hacían la sinopsis, nosotras leíamos la sinopsis; siempre que cogías un libro, tú preguntabas: «¿Este libro se puede leer?». Este fue para mí un factor importante, no poder leer. Tú ves a los jesuitas, que no están tan *en medio del mundo* y, sin embargo, están más abiertos a otras religiones y a poder leer libros, cuando los del Opus te censuran casi todo. Se podía leer *El Principito*, me acuerdo, y todos los libros del fundador, él escribía mucho. Y de *pelis* podíamos ver *Siete novias para siete hermanos*. Ahora no lo sé, estoy desactualizada, tendría que preguntar, pero si alguien folla, ya no se puede ver. De todas formas, no tienes tiempo de ver películas, solo una cada dos meses y siempre en grupo, todo muy organizado y alguna vez podías ver las noticias. Ellos están enterados, leen la prensa y se habla mucho del mundo, piensa que en el Opus hay gente de todo el mundo. Hay gente de mucho dinero y gente muy humilde, nunca se mezclan. Se ayudan pero no se mezclan, esto lo hacen bien, es que si no fuera así habría mucho trepa. Yo convertí a una chica, me preguntó por qué estaba tan contenta, «porque creo en Dios», le dije, y ella tuvo mucha curiosidad; se lo empecé a explicar y me pidió más información. Le gustó, el entorno es agradable, la gente es muy simpática, fue a las clases y le entró una euforia, se convirtió, fue la directora quien me dijo: «Esta tiene que *pitar*». *Y pitó*, la hicieron *pitar*, sentí que la forzaron y, a los tres años, acabó en un centro psiquiátrico, ya debía de tener algo latente y ahí *petó*, ya te dije que había gente anoréxica, gente que no lo soporta. Mi hermana, por ejemplo, ahora vive en un centro de estos y lo administra, ahí se dedican solo a hacer apostolado con las chicas de servicio y ahí van las que están muy mal a ver si pueden

recuperarse. Hay gente ahí que, es que ahí lo que tengas te sale, no aguantas, puedes caer en una depresión. Me supo muy mal lo de esta chica; cuando me enteré, yo ya estaba fuera.

Estuve bien en el Opus hasta los veintiún años. A los veintiuno decidí estudiar la carrera más difícil, pero era la que más me gustaba: Matemáticas. Me encantaban. Me apasioné. Lo primero que empecé a hacer mal fue que, en la hora de la oración, en vez de rezar empecé a resolver problemas. Pero yo lo iba llevando bien, hasta que la directora del centro me empezó a machacar con la puta humildad; entonces tenía el pelo muy largo y rubio, empecé a destacar y ella entonces me puso a limpiar váteres. En esa misma época decidí estudiar dos carreras a la vez, Matemáticas y Física, y la directora me cortó las alas, me puso a abrir la portería, decía que llegaba mucha gente al centro y que me necesitaban ahí y si estaba ahí, no podía estudiar, no podía concentrarme y empecé a estudiar por la noche; como estaba prohibido, puse un cojín debajo de la puerta para tapar la luz. Me volqué a lo bestia con las *mates* y la física. Y un día, a uno de mis profesores universitarios que vi que era muy religioso, mucho, le empecé a hablar, yo a nadie le decía que era del Opus pero a este se lo dije y me dijo: «Dos cosas, ¿por qué la gente del Opus sale tan mal cuando sale? Plantéate eso y observa si utilizan métodos sectarios. Y la segunda, ¿por qué hacen terrorismo intelectual?». Me insertó ese pensamiento. Yo no lo habría articulado. «¿Por qué no podéis leer?, plantéatelo». Si escogías una carrera como Filología y eras del Opus, pues lees solo los sinópticos, que estaban muy bien hechos, tenían su crítica y comentario, todo, pero no lees los libros a no ser que hayas escogido Filología Clásica, que ahí sí que puedes leer, claro.

Los profesores de la universidad no eran del Opus, claro, íbamos a una universidad normal y corriente. Los del Opus siempre te dicen que eres normal y corriente. Esto es muy interesante porque de normal no tienes nada, ¿eh?, ni de corriente tampoco. ¡Que eres normal! Es de lo más normal estudiar dos horas con un cilicio, darte latigazos cada día, no escuchar a tu cuerpo, dormir en el suelo, comer lo que no te gusta, no tener intimidad con nadie, todo eso es de lo más normal. Este profe fue un detonante, y otro detonante fue un chico. Un flechazo. Subía la escalera de la biblioteca de la Central y choqué de frente, era una escalera estrecha, choqué, tenía unos ojos así de grandes, de ángel. Y yo sentí mi corazón. Y ahí empezó todo. El chico era mexicano y era muy bonito cómo sonaba. Empecé a tener ganas de vivir en el mundo, de ir a conciertos, de tener temas de que hablar, de estar alegre de verdad.

Lo dejamos aquí, que ahora viene lo más interesante.

BARCELONA, 2 DEL MEDIODÍA
EN EL DESPACHO

16 de septiembre de 2010

Hay algo que no te he dicho. No es verdad que estuve bien hasta los veintiuno, en esa época empecé a levantarme por la noche y bajaba a la cocina y me comía pasteles enteros. No decía nada. Luego vomitaba. Cuando vives situaciones límite empiezas a tener manifestaciones psíquicas; la bulimia es una cosa, anorexia es otra, las dos están ligadas al vacío, a la baja autoestima, a la falta de amor. Tenía una ansiedad muy fuerte. Cuando estás en un sitio que no es tu sitio, en un lugar, te leen las cartas, ¡tanto control es brutal!

La contradicción es que eran cariñosos, buenos, inteligentes, por eso era tan difícil entender qué me pasaba. El prelado, Álvaro del Portillo, era un hombre muy carismático, era un *crack*, fue él quien consiguió que el Opus tuviera forma jurídica: fue a Roma a negociar y lo consiguió. Pero entré en crisis y yo tenía inculcado desde mi infancia que si hacía algo malo me daban hostias hasta sacarme *suc* . Aunque yo no veía mal lo que me pasaba, antes no se hablaba ni de anorexia ni de bulimia, ni se sabía qué era. Lo que hacía no lo podía evitar, no lo veía como un pecado, no sé, no lo entendía, no pensaba, me ocurría y lo hacía.

Todo empezó con lo del choque de la escalera, con el mexicano. Me enamoré y él también se enamoró, pero eso no tiene mucha importancia, ese encuentro fue necesario para que algo en mí empezara a cambiar. Yo creía que nadie sabía que era del Opus, pero se ve que lo sabían todos, se te nota, eres un perro verde. Me enamoré y empecé a soñar y yo tenía una amiga muy *heavy* que no era del Opus, la única que no se convirtió, era música, las del Opus son todas muy monas pero muy simples, apenas tienen conversación, ¿de qué van a hablar? pues con esta me encantaba hablar, podía discutir con ella del Apocalipsis, del Antiguo Testamento, hablar de música, me estimulaba, empecé a tener ganas de aprender a tocar el saxo y entre esta, el profe y el mexicano empecé a soñar. Me incentivaron, me sentía a gusto hablando. Soñaba que me iba a México, que viajaba, que conocía a gente. Y ahí, cada vez más, me coloqué otras gafas. Si te pones las gafas críticas, ya estás. Dejé de fustigarme y de ponerme el cilicio, si no lo decía no se enteraban. Empecé a pasar. Empecé a salir. Creo que influyó lo de la directora, que era medio envidiosa, sí, la que me cortó las alas para estudiar. Recuerdo que un día le dije a Dios: «Gracias por todo, te quiero mucho, pero creo que esta relación ya ha acabado. Creo que me has tenido un tiempo porque yo era rebelde,

pero ya se ha acabado». Se lo dije así, como si fuera una pareja. Después se lo fui a decir a esta directora, le dije que yo ya no tenía vocación y que me quería ir. Después se lo dije a mis padres, «no queremos saber nada de ti, desgraciada, más que desgraciada». Y de ahí pasé a hablar con la delegación, todo eran jerarquías, le dije lo de la directora, que me había impedido estudiar, que me cortaba las alas y que estaba hasta los cojones, que me aburría como una ostra y que ya no me interesaba estar ahí. Se quedó muy sorprendida. Me dijo: «Tú eres la que más ha captado el espíritu de la Obra». Me pidieron un favor, que fuera todo el verano a unas convivencias fuera de Barcelona. Me convencieron, fui y ahí había otra directora, muy amorosa, mayor, y también había un cura. Todas las meditaciones de la mañana y todos los sermones iban enfocados a Judas Iscariote, a mí, vaya, muy enfocado. El cura y la directora hablaban entre ellos, estoy segura. Yo cada día tenía que hablar con la directora. Le dije la verdad, que estaba enamorada y eso que solo había hablado dos veces con el mexicano en la cafetería, todo en mi cabeza. Y le dije que yo estaba muy convencida de que no quería seguir ahí. En ese momento empecé a leer el primer libro prohibido, ya te lo he dicho, ¿no?, *La espuma de los días*, leía por las noches; yo ya estaba en otra y, fíjate, aun así me convencieron: «*Possumus. Possumus*». Le escribí al fundador otra carta, que se me había ido la olla, que quería volver, que era consciente de que había sido infiel: «Perdóneme, padre».

Fue entonces cuando me pidieron que no me matriculara en la universidad, que viviera en una administración, que es un centro en el que se dedican a limpiar, cocinar, llevar la casa, es un IEASE, ahí trabajas como una bestia. Y va y a finales de agosto me da una hepatitis superfuerte. Me tuve que quedar unos meses en la cama y entonces me dijeron que me podía matricular y estudiar desde la cama. Me fue muy bien. Empecé a pensar, porque cuando estás todo el rato haciendo cosas no piensas, no tienes tiempo. Entonces me tocó hacer el voto de fidelidad, me tocaba el definitivo. Hay votos de siete años, yo ya los había hecho y este era para siempre, te ponen un anillo y te casas con Dios. Los primeros siete años es un noviazgo. La hepatitis me dejó pensar. Hablé otra vez con la directora de verano, le dije que no, que yo ahí no era feliz y me dijo: «Realmente lo has intentado y, aunque me duele en el alma que te vayas, respeto tu decisión. Pero vas a pasarlo muy mal con tu familia». Sí, mi familia era radical. Esto fue en Navidad. Mis padres me recibieron llorando: «¡Qué nos haces! ¡Qué vergüenza! ¡Cómo se lo digo a mis amigos!». Me hicieron un verdadero drama. Me prohibieron hablar con mis hermanos, me obligaron a ir a misa, a rezar el rosario, yo estaba ya que no podía más de tanta norma. No perdí la fe, pero ya no creía en ese Dios meticuloso que está pendiente a cada segundo de lo que

haces. Quería un Dios con más amor. Dios no podía ser un contable, un auditor, un revisor de cuentas. Quería otro tipo de Dios. Un Dios de fondo. En mi casa empezó lo más duro, no me pegaban, pero era mucho peor; el primer día que me puse unos pantalones, mi padre me llamó puta. *Puta*. Ahora las numerarias llevan pantalones. Yo le parecía una puta. Tenía que enfrentarme a un mundo nuevo. No sabía cómo relacionarme. No sabía qué hacer y no quería contarle a nadie que había estado ahí, quería ser una persona normal. Me metieron en una residencia de monjas en Barcelona, iba a la universidad y vivía en la residencia. Ahí me encontré a una amiga de Tarragona que vivía en Pedralbes con sus hermanos; sus padres le habían puesto un piso ahí para que encontrara un novio rico. Su padre se endeudó y se suicidó, pero eso es otra historia. Bueno, ella era muy ligona, salía todas las noches, para mí era todo nuevo, no sabía nada. La primera vez que me comí unas patatas fritas y una Coca-Cola y me senté así, cómoda, en una silla, en el Opus siempre tenías que estar muy recta, ese día, ah, y además viendo *Miami Vice*, relajada, ¡imagínate! Mi amiga me dijo si quería estar ahí con ella, en Pedralbes, le dije que sí. Mentí a mis padres; bueno, no decía nada y las monjas no controlaban, éramos adultas. Yo iba muy pillada de pasta y empecé a dar clases de matemáticas y física. Cada vez iba menos a la residencia de monjas, me horrorizaba. Mi amiga era muy divertida. Ella luego me ha confesado que no sabía qué hacer conmigo, no sabía qué contarme, qué decirme. Yo creía que toda la gente era virgen, que estudiaba, no entendía nada. Me veían muy rara, claro, nunca sabía qué quería:

«¿Qué quieres tomar?». Yo: «Da igual». «Pero ¿cómo que da igual?» ¡Es que no lo sabía! No sabía si prefería comer queso o jamón, si prefería un té o un café. Todo me daba igual, no tenía ni apetencias ni preferencias. La gente me preguntaba: «¿Dónde veraneas?». Yo: «En México». Otra vez la fantasía. Me subí a una nube. Yo me lo había empollado todo sobre México y como la gente tampoco sabía mucho, «¿Dónde esquías?». «En Suiza». Eran todos muy pijos. Me fui al extremo opuesto, pero me quedé ahí porque no tenía nada más, no tenía a nadie más. El problema de mi vida fue encontrar el cuadro en el que encajaba. Ahí tampoco encajaba, me parecía todo muy superficial, tenía que adaptarme. ¡No les iba a hablar de teología! Estaba muy acomplejada y casi no hablaba. Mis padres no sabían nada de dónde estaba ni de lo que hacía. Era adulta, tenía veinticinco años, nadie me controlaba, las monjas no miraban quién dormía y quién no. Yo era tan naíf que pensaba que todas eran vírgenes. El primer beso, yo tenía un chicle y no sabía qué hacer; no sabía nada y él me llevó a su piso, me tiró en la cama, «¡¿qué haces?!». Ahí me dijo que mis amigas no eran vírgenes y yo pensé que me tenía que adaptar y me dejé. Me taladró. Me hizo tanto daño. Menos mal que no me quedé

embarazada, no tuve ningún cuidado, es que ni pensé, ni caí. Se lo expliqué a mi amiga y acabamos riéndonos. Yo tenía que moverme, irme a otro piso, ahí estaban sus hermanos, no era plan y me fui a casa de otra que también era de Tarragona y estaba en una habitación; quedaba una libre y fui con ella. Esta empezó a tener envidia de mis notas y envidia de todo y me hizo una putada. Dijo que había desaparecido dinero y me acusó a mí, empezó a decir a todo el mundo que, como yo acababa de salir del Opus, pues tenía muchos problemas psicológicos y por eso robaba. Y espérate, que no he acabado. Esta tía también era de Tarragona y la noticia llegó a mis padres: que yo era una ladrona y que salía por la noche con plumas en la cabeza. Mis padres me llaman: «Robar sabemos que no lo has hecho, pero eres una puta, te estás perdiendo, que sales todas las noches con plumas en la cabeza, puta, más que puta». ¡Con plumas en la cabeza! ¡Surrealista! Esa tía me hizo de putadas y yo era tan inocente. Yo no sabía el tamaño del mundo. Pensaba que el mundo real era lo que yo conocí y salgo de ahí y con lo que me voy encontrando es que la gente me repudia, fue muy fuerte. Se apartaban, creían de verdad que yo tenía problemas y por eso robaba. La primera vez que sentí un acto de bondad hacia mí fue que una chica le dijo a esta, a la que me acusaba, que, si era mi amiga y yo tenía problemas, por qué no me ayudaba en vez de estar criticándome sin parar. Yo estaba con taquicardias; pensaba: «¡Qué horror de mundo! Me voy de un infierno a otro».

No encontré mi sitio hasta seis años después. Hasta que me fui a Chile, a los treinta y ahí, por fin, me empecé a sentir cómoda. Ahí me dije que yo construiría mi propio cuadro en vez de adaptarme al cuadro de los demás. Acabé la carrera de Matemáticas con matrículas y notables; de Física me quedó un año y pasé. Solo acabamos tres la carrera. Me vinieron a buscar a la universidad. Una consultoría de negocios buscaba a gente cualificada y me escogieron a mí. A la empresa les dije que estaba dispuesta a viajar. En mi casa empecé a mentir, no quería más insultos y la única manera era mentir, a mi padre le mentía siempre. Me fui a vivir a Grecia, luego a Turquía y luego me encontré en Chile. Viajar va muy bien porque viajas hacia dentro de ti misma.

Durante ese tiempo, todo el tema de las mentiras se me disparó. Mentía siempre. Se me iba la olla, mentía compulsivamente. No sé, lo hacía para adaptarme, me salía, no lo podía evitar. Se me disparó la bulimia y las mentiras. Todo esto continuó hasta que llegué a Chile. Sabes cómo son los chilenos, ¿no? Hospitalarios, amables, generosos. Me calmé. Me di cuenta de que sufría mucho, tenía megalomanía, no podía controlarla. ¿Sabes lo que dice Freud?, dice que es un mecanismo de defensa de infancias con abusos físicos. Yo tenía un gran complejo de inferioridad, no sabía moverme en el mundo. Son

manifestaciones.

Ahora ya no miento.

Tardé cinco años o más en adaptarme. Lo recuerdo como muy duro. No hice terapia ni nada de eso, nunca he ido a un psicólogo, hubiera estado bien pero no lo hice. Ahora los que salen se van directos a una terapia. Sales con un grave problema de identidad. No sabes nada de ti. El Opus me ha dado una cosa muy buena: disciplina. Soy muy disciplinada. Todo lo demás que me ha dado me ha hecho daño. Lo demás me parece bastante malo. Después de salir de ahí, me lo leí todo. Descubrí el mundo, tuve todas las experiencias vitales que quería, buenas y malas. Descubrí el amor, el sexo, estuve con el mexicano, nos enamoramos, duró lo que duró, seis meses. Estuve con un poeta que me tuvo en la cama, no sé la de horas, a mí el sexo nunca me ha importado mucho, no es un gran valor para mí, me gusta, es agradable, pero hay cosas del mismo nivel. Podría prescindir perfectamente. Con ese novio tan intenso, me adapté. Yo me adapto. No es un problema para mí. Parte de mi manera de entender la vida consiste en adaptarme. Yo me adapto continuamente. Me dedico a la innovación y es un cambio continuo.

¿Soy religiosa? No. Soy espiritual. Religiosa viene de *religare*, «ligar», «atar». Soy espiritual. Ahora me han invitado a ir a un retiro zen durante una semana; me apetece, nunca he ido. Me interesa todo lo que sea trascender la materia. Religiosa no, espiritual.

Y con mis padres ya lo sabes. Corté en seco. El otro día fue su cumpleaños. «Felicidades» y ya está. Hace seis años que no voy a verlos. Silencio. No tengo más opción. Me ha costado, pero no me dejaron más opción. Ahora soy una mujer feliz, hace unos años encontré al hombre de mi vida, es mi amor, mi padre, mi hermano, mi compañero, es todo. Es un amor que me da paz, él es más mayor que yo, nos llevamos veinte años, es muy tranquilo, me quiere, me quiere tal como soy.

Esto es todo lo que te quería contar.

LA HISTORIA DE LO

—

BELLEVILLE, 12 DE LA MAÑANA
CAFÉ ZORBAS

22 de mayo de 2003

¿Sabes por qué me gusta tanto París? Porque es Brel y Piaf y luego es Duras y el alcohol y escribir en todos los bares. También podría ser Doris Lessing. Doris Lessing yéndose. Doris Lessing por leer. Tengo una amiga que cada año me pregunta: «¿Has leído a Doris Lessing?». Es nuestra contraseña. ¿Has tenido buen viaje? ¿Tú qué vas a tomar? A mí el café me gusta largo y cargado de agua, que solo me recuerde ligeramente al café. Te estaba contando que mi madre llevaba una doble vida, incluso podríamos decir una triple vida: la vida con mi padre, la vida con sus amantes y la vida en su cabeza. Así nunca entraba en la vida real.

¿Cuál es la vida real, Lo?

La vida real éramos nosotros. Mis hermanos, yo, mi padre. Mi padre. Él era mucho mejor que ella, tenía tres carreras y todas las sacó con sobresalientes. ¿Qué te parece? Además es premio al mejor actor nacional. Mi madre estaba fascinada con él, la acababan de dejar y se fue con mi padre, estaba fascinada.

Tenía trece años y me lo contó, ¿sabes?, se separó. Me llevó a una psicóloga *reichiana* y me lo contó; me llevó porque yo empecé a tener asma. Un día, al salir de ahí me vino a buscar en coche y compartió su secreto conmigo: «Yo siempre he tenido amantes». ¿Yo qué sentí? Sentí a mi padre. Quise irme corriendo, pero me quedé ahí sentada porque ella me había escogido a mí para contarme eso. Íbamos a ser amigas. Cada vez que yo salía de esa terapia, que nunca soporté, me esperaba mi madre, venía en su coche, me abría la puerta y me contaba algo: «No es que no haya querido a tu padre, no es eso, es que

nunca me sentí enamorada». O: «Yo tengo que vivir mi propia vida». O: «Está bien que tú te quedes con él, porque os entendéis bien». O: «Me estoy enamorando».

La terapia nunca fue una manera de acercarme a mí misma, fue una manera de acercarme a mi madre, a su coche, a sus secretos. Estuve así un año y medio.

¿Te gusta estar aquí? Es una de las cosas que más me gusta de París, los bares. Podría quedarme aquí durante horas, leer, escribir y mirar a la gente. Mañana podríamos ir al Café de Flore y esperar a Yann Andréa. ¿Lo has leído? ¿Sabes que se encerró en su estudio blanco cuando murió Duras y no salió hasta que su madre lo vino a buscar? Le traían pizzas y vino tinto. Engordó una barbaridad. *Ese Amor*. Lo tengo en casa, si quieres lo puedes leer estos días. ¿Por dónde iba? Pierdo el hilo con facilidad, tendrás que guiarme. Ah, sí. Yo no me fui a vivir con ella porque yo era la mayor y lo decidió así, ella se llevó a mis hermanos y yo me quedé con mi padre. Lo decidió así. Yo no le contaba nada, pero cuando me venía un ataque fuerte de asma, él llamaba primero a la psicóloga *reichiana* y luego a mi madre. Le veía mover la cabeza así por toda la casa. Me traía Ventolín y luego se iba otra vez a llamar. Discutían, pero yo no entendía bien la discusión.

Mis hermanos no sufrían la separación, no sé. Son distintos. Son ordenados. Los conflictos no parece que les alteren la vida. Quizá cuando se quedaban solos y apagaban la luz, entonces, pero ellos dicen que no. ¿Lo ves? Son distintos.

Yo empecé a llegar tarde a casa porque no soportaba ver a mi padre tumbado en el sofá rascándose todo el rato. Se ve que tenía hongos. Te lo he dicho, ¿no?, que mi padre ganó el premio nacional al mejor actor; sí, y que era psicólogo, sí, era psicólogo. Y más cosas. También era muy presumido y no le podías tocar sus cosas, yo le cogía la gomina y se ponía hecho una fiera; mi madre no, nunca se pintó ni nada, ni se miraba al espejo. Mientras mi padre se cambiaba dos o tres veces de ropa cada día, ella podía pasarse dos o tres días con la misma. Él alguna vez me había pegado por lo de la gomina, hasta que me compró una, solo para mí. Mi madre nunca se ponía así de nerviosa, a ella hasta le podías pegar. Era inofensiva. Inofensiva e *indefensiva*. Nunca nos defendió de él. Cuando eran novios, a él un día le dio un ataque y la cogió muy fuerte del brazo hasta dejarla, imagínate. Yo nunca vi escenas violentas en mi casa, pero sí vi a mi madre llorando mientras él empezaba a hablar, cuando se ponían así, yo me iba a la habitación y me encerraba. La veía ahí, tan poca cosa. Es por eso por lo que cuando ella se fue mi padre no podía creerlo.

A los dos o tres meses de la separación empecé a fumar chocolate. Fumaba y me metía un chute de Ventolín. No contaba nada, a mi

madre le decía que la terapia muy bien, que con papá bien; tenía miedo de que, si yo empezaba a ponerme mal, ella ya no me contaría nada, ¿sabes? Además, yo veía a mis hermanos tranquilos y ¿yo por qué tenía que estar así?

Fumar me relajaba. Estaba siempre tensa. Primero fumaba solo en mi habitación, después entre clase y clase. Era fácil conseguirlo. Todo el mundo tenía algo de chocolate. Lo necesitaba, llegaba a casa, es que mi padre me daba mucha pena, me pedía que estuviera más con él, que no lo dejara, que hiciéramos más cosas juntos, pero yo solo quería irme. A los catorce estaba deseando encontrar un novio con casa. Estuve tonteando, liándome con chicos, siempre muy fumada, pero ¿quién tenía casa propia a esa edad? A los quince conocí a J., me enamoré y me fui a vivir con él. Su casa era ya mi cuarta casa, estaba la de mi abuela, la de mi madre, la de mi padre y la de J. Me gustaba tener cosas en cada una de ellas. En casa de mi abuela tenía el pijama y algunos libros, en casa de mi madre algo de ropa y una lámpara, en la de mi padre estaba casi todo y en la de J. las cosas de la *uni*, algunas mudas y dos o tres discos. Cuando iba a alguna casa y estaban algunas de mis cosas me imaginaba que yo vivía allí. Pero mi cuarto de verdad estaba en casa de mi padre. En casa de mi madre también dejé una grabadora, compresas, algo de ropa interior y, cuando seguí dejando cosas y quedándome más de una noche, ella me dijo que en su casa no había sitio para mí. Que igual podía venir alguna noche, pero dejar las cosas no.

Se me ha olvidado decirte que yo empecé a estudiar una carrera que me hacía mucha ilusión: Historia del Arte. Había heredado de mi padre la capacidad de estudiar y era capaz de absorber los conocimientos con una rapidez impresionante, tengo mucha memoria y no me costaba nada aprobar, pero no acabé la carrera. No le encontraba el sentido. Me faltaba un año y no encontraba ni una sola razón para continuar. Perdona, es un poco tarde, ¿nos vamos a comer? Aquí se come muy temprano. Si quieres podemos ir al mercado y cocinar en mi casa. Vivo con una amiga, ya le he dicho que ibas a venir unos días. ¿O prefieres que busquemos un menú?

No, prefiero que cocinemos y así puedo dejar ya las cosas.

Mejor. París es muy caro.

ST. MAUR, 6 DE LA TARDE
CAFÉ QUATRE COLOURS

23 de mayo de 2003

Ayer se me olvidó algo anterior a lo de J.

Conocí a un chico que vivía en la calle, debajo de un puente, y a veces me iba a dormir ahí con él. Solo dormir. A mí me gustaba porque él era libre, y a la vez, claro, me daba miedo dormir ahí en un colchón, pero también eso formaba parte de la intensidad. Vivía de vender artesanía, pintaba piedras y tocaba la flauta. Cuando llegaba el frío se iba al sur. Vivía así porque quería, no se drogaba ni bebía ni nada. Él me respetaba, me hacía un sitio en su colchón, me contaba lo que pensaba de la vida y nos dormíamos. Un amigo de mi madre me vio con él y se lo contó; le dijo: «Tu hija está embarazada del que vive en el puente». Mi madre le respondió: «Serán amigos». Y luego nos reímos juntas. Ella no hizo ningún drama ni nada. Ahora que lo cuento, yo no sé qué pensar de esto. No sé, me hubiera gustado que me riñera, que se preocupara, que me dijera que eso era una barbaridad, no sé, algo, ¿no? Continué con él todo el verano, hasta que llegó el frío. Fue una historia muy bonita. Después conocí a J. Con él tuve mis primeras relaciones y mis primeros ataques de celos, no soportaba que saliera, que fuera con sus amigos, que tocara la guitarra en un grupo. Pero él siempre me tranquilizaba.

Me decía: «Lo, ¿qué tienes?». Y me tranquilizaba.

Se lo presenté a mis padres y les gustó mucho. Él estaba ya a final de carrera, sacaba muy buenas notas, tenía buena presencia. Gustaba a todo el mundo. Es uno de los mejores hombres que he conocido; cuando me ponía mal me decía que las cosas no eran como yo me imaginaba, que él solo iba con sus amigos a tocar la guitarra, que no pasaba nada más, que esa era su pasión,

Yo no tenía ninguna pasión.

Viví con él casi dos años, siempre con la habitación en casa de mi padre. J. también fumaba, pero no tanto como yo. Yo me despertaba y fumaba. Creo que iba siempre fumada. Me ponía mucho colirio, así que nadie notaba nada. Además, yo hablaba normal, iba a clase, aprobaba con buenas notas.

¿De qué vivías?

J. me daba algo de dinero y limpiaba la casa de mi padre y la escalera, eso me daba para pagar algunas cosas, pocas, pero me arreglaba. Nunca nos faltaba chocolate. Todos fumábamos mucho, pero había *algo* que nos distinguía a unos de otros. Yo no tenía ese *algo*. J. sí; él, si no tenía ganas, pues no fumaba. Y a veces tampoco

bebía. Se iba a leer. A veces me leía en voz alta y luego lo comentábamos.

Empecé a beber un poco por las tardes.

Recuerdo un día que yo había fumado mucho y lo estuve buscando durante horas; no lo encontré, llegué a casa y lo vi en la habitación tocando la guitarra, tan tranquilo, y me eché a llorar. Esas eran mis actividades: fumar, beber y llorar.

A J. le gustaba hacer muchas cosas: pasear, estudiar, cocinar, leer en voz alta, mirarme, escucharme. Le encantaba estudiar. Yo estudiaba unos días antes de los exámenes y lo aprobaba todo. Recuerdo a un profesor que me llamó a su despacho para felicitarme. Había hecho un trabajo sobre *Casa de muñecas* que le había, ¿cómo me dijo?, *descollocat*. Me puso matrícula. Me dio tanta alegría, pero cada vez tenía menos sentido estudiar, yo estaba inmersa en buscar un lugar que me perteneciera, algo que me fuera propio, y poco a poco empecé a faltar a la *uni*, sentía que colgar los estudios formaba parte de ser intensa, como fumar, beber, meterme *speed*, LSD… Me sentía bien fuera de los márgenes. Fuera de todo. Tomar LSD se puso de moda y era muy fácil conseguirlo. Todo, créeme, era muy fácil; además, yo siempre sabía dónde encontrar cualquier cosa. Me encantaba tomar LSD. Primero uno, luego dos y así hasta que dejé de ir a clases; si había algún profesor que me gustaba mucho, iba.

¿Y tus padres no notaban nada?

No. Yo iba a ver a mi padre dos o tres veces a la semana. Hablábamos, bueno, hablaba él, solo. No me notaba nada. Yo creo que él era incapaz de ver eso en mí, se hubiera muerto del susto. No investigaba nada. Me creía. «¿Estás bien?». «Sí». Y a mi madre la empecé a ver menos. Ella me dejaba libre.

Ya te he dicho que mi madre es muy joven, en esa época ella empezó a salir con un hombre aún más joven que ella, casi de mi edad, así que no le hacía ninguna gracia que yo me presentara en su casa sin avisar. Decía que yo era muy sensual, iba sin sujetador, con los hombros al aire, Empezó a rehusarme: «No vengas así a mi casa». O: «Deja que te llame yo». O: «Espera a que te invite a venir». O: «Es mejor que espaciemos las visitas». O: «Lola, no te tomes las cosas así». Pero ella no me llamaba nunca ni me venía a ver a casa de mi novio ni me buscaba. También dejé de ver a mis hermanos, aunque los extrañaba mucho; es que no era capaz de acercarme a ellos. En cuanto los veía me echaba a llorar, sobre todo al pequeño. Tenía miedo de que supieran lo que estaba haciendo. Ellos eran tan tranquilos, tan estudiosos, tan, ¿sabes? Solo se daba cuenta de todo J.

«¿Qué tienes, Lo?», me decía, y yo me echaba a llorar.

Cuando tú me dijiste que querías venir a París pensé que, aunque yo ya no soy esa Lola, sería muy bueno recordarme y que me escucharas.

¿Podemos parar un momento? Es que ahora hay un cambio. ¿Quieres otro café?

Dejé a J. y me fui a Menorca, a las cuevas, porque ahí se podía vivir gratis. Le dije a mi familia que me iba a descansar. Había aprobado todo en *launi*, sin haber ido a clases, creo que los únicos momentos en que no iba colocada era en los exámenes. Me fui a las cuevas con mis amigos *punkis.*Éramos todos muy listos, argumentábamos el mundo, íbamos en contra de todo el sistema, sentíamos que nosotros sí sabíamos de la vida. Muy intensos. Antes de irme había visto a uno del grupo metiéndose heroína y eso, fíjate, no solo no me asustó ni me alejó, sino todo lo contrario, hizo que me sintiera más guay, como si yo perteneciera a algo mucho más radical. J. también lo vio y se asustó mucho, me pidió que me alejara de aquello y le prometí que yo jamás iba a tocar una aguja, pero que no pensaba dejar a mi grupo. Ahí tuvimos nuestra primera discusión fuerte y yo reaccioné mal, le dije que él nunca iba a poder darme todo lo que yo necesitaba. J. tenía una vida propia, igual que mi madre, que mi padre, que mis hermanos. Yo no. Después de esa escena se empezó a alejar y a mí me entró una especie de vértigo, empecé a sentirme tan agotada, tan cansada, ahí empecé a fumar chinos. Me encantaba ir por la calle sedada. Creí que, si me iba lejos, J. empezaría a echarme de menos y me vendría a buscar y todo volvería a ser como antes, por eso me fui a las cuevas, sin despedirme, le dejé una nota.

Vino a buscarme al cabo de un mes. Me pidió que volviera a casa, pero tengo un recuerdo doble de ese tiempo. Irme con él era lo que más deseaba, pero no lo hice, creo que lo dejé ahí tirado. Había hecho el viaje solo para venir a buscarme y ni siquiera le dije que no iba a volver. Nada. No hablé. Tengo un recuerdo doble. Me quedé seis meses en las cuevas. El recuerdo doble es este: una nebulosa de sexo y de drogas junto a uno de los paisajes más bellos que he visto nunca. Me levantaba y me tiraba al mar. Comíamos fruta, nueces, pan negro y fumábamos opio. A veces alguien cocinaba arroz y lo repartía.

Yo le había prometido a J. que nunca me pincharía heroína y no lo hice, fumaba chinos y todo lo demás. Al día siguiente se fue, no sé ni cómo pasó la noche. Durante esos seis meses no llamé a mi madre ni una sola vez ni ella preguntó por mí. Con mi padre hablaba cada semana, le decía que estaba viviendo en plena naturaleza y que estaba muy triste por la ruptura con J. Alguna vez le dije: «Te necesito, papá». Y él, que qué bien estar ahí en la naturaleza y que me quedara todo el tiempo que necesitara. Nada más, si le repetía que lo

necesitaba, no decía nada, había un silencio como si no pudiéramos ir más allá. Más allá era destaparlo todo.

Me enamoré del que traficaba opio. Dormíamos juntos, nada más. Él no podía hacer el amor, se metía heroína y coca al mismo tiempo, dependía de cómo quería estar. Yo tomaba *speed* y opio, lo combinaba. Tomaba cada día. Ahí vi escenas muy fuertes, de monos, de peleas entre los yonquis, pero yo no pensaba en nada. Fumaba y miraba el mar, me bañaba, dormía, tomaba el sol y comía lo que traía mi chico.

Al cabo de seis meses llamé a J., le dije que volvía, le pedí perdón. No recuerdo mucho qué pasó, volví y esperé a que mi madre me llamara, que me buscara. J. no me dio ningún sermón, me dijo que él quería estar conmigo y ya está.

No sé cuánto tiempo estuvimos juntos, unos dos o tres meses. No recuerdo cómo fueron esos dos o tres meses, pero debía de ser, imagínate, un día me dice: «Lo, recoge tus cosas y vete, deja las llaves encima de la mesa y no me llames ni me busques, necesito separarme de ti, si quiero algo ya te buscaré yo». Él se iba unos días hasta que yo encontrara un sitio. No sabía dónde irme y lo busqué por todos los bares, por todos los sitios comunes, en la biblioteca, en casa de sus amigos, pensé que se había ido de la ciudad. Me entró tanto miedo, recogí mis cosas y llamé al chico de las cuevas, que también había vuelto y estaba en Barcelona. Cogí un tren y me fui a vivir con él. Me gustaba, era muy guapo, muy masculino, tenía una cara de salvaje, bruto, maleducado, sucio, yonqui. Nunca hablamos sobre el tema del sexo. Ahí, en Barcelona, empezó la etapa más *heavy*. Aumenté las dosis de todo. A todo esto, hacía unos ocho o nueve meses que no veía a mi madre ni hablaba con ella. Estuve así mucho tiempo. A veces me acordaba de J. Le preguntaba a mi padre. Nada. Un día me metí un *panoramix*, que es un ácido de doble gota, y un *micropunto*. Me subieron los dos a la vez. Creí que nunca más iba a ser normal. Aparecí, al cabo de tres días, en otra ciudad con unas *drag queens*. Era un espectáculo deplorable, mujeres con barba, con el rímel corrido, las medias rotas, colocados o colocadas hasta el culo. Les pregunté qué hacía yo allí. Se reían. Seguí allí no sé cuánto tiempo. Nadie sabía nada de mi chico. Tomamos entre todos una piedra de *speed* puro en roca del tamaño de medio kilo. Raspábamos la piedra con una cucharilla y nos lo metíamos en la nariz. No sé lo que hice. Recuerdo solo dos momentos: uno en el que me encerré en un cuarto de baño y tuve una conversación doble conmigo misma, dos voces, dos persona; el otro es que me vino la regla y una chica me dejó una compresa que llevaba puesta. Cuando salí de ahí encontré a mi chico en la calle, tirado. No lo pude despertar y lo tuve que dejar ahí.

¿Podemos parar? Necesito caminar.

Vamos.

¿Vamos a casa?

Como quieras. ¿Podemos ir andando?

Hay un buen rato, ¿eh? Mientras caminamos te cuento lo último de esa etapa, prefiero acabar con ese recuerdo y así podemos caminar mirando París.

Lo dejé ahí, tirado en la calle. Lo sacudía, le gritaba, pero lo tuve que dejar. ¿Sabes una cosa? Nunca me llamaba por mi nombre. Yo me había acostumbrado. Era un bruto que a mí me trataba bien. Nunca supe casi nada de él. Solo que robaba el opio a unas plantaciones estatales de Córdoba y que una vez a la semana iba a casa de sus padres y se cambiaba de ropa. Su madre le tenía siempre preparada una muda limpia y no le decía nada, no le preguntaba nada. Lo dejé ahí, cogí otra vez el tren hasta Barcelona y ahí estuve dos días dando vueltas, sin dinero, sin comer, sola. Fui a la calle Berlín, a unos bajos, ahí vivía él, con más gente; nada más entrar, su colega me dijo: «No ha hecho más que preguntar por ti». En cuanto lo vi ahí tirado, otra vez chutado, pedí unas monedas y salí corriendo a buscar una cabina.

Llamé a mi madre. Le dije: «Mamá, soy drogadicta».

No se asustó. Me dijo: «Ven a casa. ¿Puedes volver sola?».

No hizo ningún drama, no es su estilo. Tampoco me riñó ni me juzgó. Me estaba esperando en casa con un montón de panfletos de autoayuda. Lo primero que hizo fue obligarme a ir a una conferencia budista. Su novio era monje zen. La reacción de mi madre solo la podía tener una madre que no se siente madre. Me hubiera gustado que me riñera, que me castigara, que hiciera un drama. Me hizo una sola pregunta: «¿Dónde piensas vivir?». Y la siguiente frase: «Estás bastante desmejorada, en la nevera hay comida, come y ve a descansar, ya hablaremos». Al día siguiente llamé a mi padre y no me atreví a decirle nada. «Estoy en casa de mamá». «¿Te lo has pasado bien?». «Sí, sí, papá, todo bien». Ellos nunca hablaron. Aún tengo ganas de echarme a llorar por aquello, pero han pasado muchos años y ahora estoy aquí, contigo, ¿no crees que es una suerte que estemos aquí, en esta fiesta?

Ya está, mañana podríamos ir al Flore. ¿Sabes que Yann Andréa va cada día a tomar una copa? Eso dicen, yo nunca lo he visto. Déjame que te regale el libro.

Nunca se conoce una historia antes de que haya sido escrita. Antes de que haya sufrido la desaparición de las circunstancias (…) y sobre todo antes de que haya sufrido en el libro la mutilación de su pasado, de su cuerpo, de vuestro rostro, de vuestra voz.

MARGARITE DURAS

ST. GERMAIN, 10 DE LA MAÑANA
CAFÉ DE FLORE

28 de mayo de 2003

Fui a esa charla budista. Me impactó. Estaba en primera fila, con mi madre. Todo lo que decía ese hombre, el maestro, me impactó. Al acabar, mi madre se puso a charlar con unos de allí, ella los conocía, claro, y uno de ellos se acercó a mí y me dijo: «Respira». «Soy asmática», le dije. Se me quedó mirando y dijo: «Si quieres volar, ¿por qué no te tiras por la ventana, que es más rápido?».

Al llegar a casa le dije a mi madre que quería meditar, seguir las enseñanzas, lo que fuera. Necesitaba límites, estructura, y el zen era eso. Lo difícil fue encontrar un lugar para vivir. No tenía dinero ni trabajo ni estaba con energía para nada. Mi madre me dio dinero para que fuera tirando durante un tiempo. Todas mis amistades estaban enganchadas o estaban intentando dejarlo. Además, tenía como un radar, yo atraía a los heroinómanos. Me fui a vivir con dos amigas que estaban dejando la heroína. Ahí mi drama no era ningún drama. Me ayudó tanto verlas a ellas tan mal que todo en mi vida dio un giro. No busqué a J., al contrario, empezaron a gustarme las mujeres.

Me atraían, me parecían más dulces, más hermanas. Tuve, digamos, escarceos. Nada serio. Me discipliné con la meditación, practicaba cada día, de alguna manera eso me ayudaba a salir de la realidad, pero sin drogas. Me conectaba conmigo y formaba parte de un grupo. Además, ahí empecé a conocer a otro tipo de gente y yo de lo que más miedo tenía era de que, si me dejaba de drogar, me iba a quedar sola, sin amigos. Tenía ataques fuertes de ansiedad, pero lo más grave que hacía era fumar cigarrillos o comer mucho, enseguida me regulaba.

Estuve seis meses sin meterme nada de nada. Todo un logro. Tenía muchos altibajos, pero los soportaba. Un día que no podía más, porque a pesar de todos mis logros yo no sabía qué hacer con mi vida, fui a casa de mi madre, llorando, y él, su novio zen, se puso muy

nervioso y empezó a soltarme todo un sermón. Le dije que se callara, que yo solo quería estar con mi madre. Mi madre no dijo nada y él que si a ver si me centraba de una vez, que no podía ir así por la vida. Salí dando un portazo. Él vino a verme al día siguiente, me pidió perdón y me dijo que él y yo no teníamos por qué ser amigos. Yo sufría mucho por ello, me daba cuenta de que si no me entendía con él eso me iba a separar más aún de mi madre.

Pasados esos seis meses volví a las cuevas. Necesitaba verlos. No me metí nada. Flipaban. Yo también. Disfruté del mar, del paisaje tan salvaje, tan bello y medité allí. Medité con las últimas palabras que me dijo el novio de mi madre justo antes de irme, otro de esos días en que yo necesitaba hablar con mi madre y él, en medio, me dijo: «Tú me despiertas un montón de rabia y de cólera».

Estaba claro que él no podía soportar mi sufrimiento. Él no podía soportar ningún tipo de sufrimiento y él fue uno de los motivos por los que dejé de ver a mi madre otra vez durante mucho tiempo. Además, yo tenía tanto curro conmigo y con mis amigas de piso que pasaban unos monos tan fuertes, tengo recuerdos muy feos de esa época y también muy bonitos, muy emotivos. Cuando una empezaba a no poder soportar el mono nos abrazábamos las tres. Las dos estaban estudiando Bellas Artes, se chutaban juntas en el baño, pero consiguieron salir de esa. Pintaban mucho. Yo, en esa época, empecé a escribir. De hecho, ya no he dejado nunca más de escribir, me ayuda mucho. Mi padre me propuso que le limpiara la casa, se lo agradecí porque no quería pedir más dinero a mi madre. Él estaba mejor, había encontrado a una chica y eso me tranquilizó mucho.

El marido de mi madre, aún están juntos, se llama Shoen-Sa, es decir, Alfonso. Con él aprendí que nadie se libra de las contradicciones sea cual sea su trabajo o su actividad; ¿has visto *Happiness*?, es fuerte, ¿eh?, la historia del psicoanalista que resulta ser un pederasta.

Empecé a ocuparme cada vez más de mí. Me volví radical, no me saltaba ni una indicación. Empecé a sentirme bien. Mi maestro zen pasó de ser un hombre a ser Dios. Y mi asma mejoró casi del todo. Tenía ataques muy de vez en cuando.

Cuando me sentí bien del todo o casi bien, sin mono, sin ataques de ansiedad, decidí estudiar yoga y para practicar y ganar algo de dinero les daba clases a mis amigas. Necesitaba tener dinero porque me quería cambiar de casa, ellas ya estaban mucho mejor, pero quería aire nuevo. Lo necesitaba.

Lo más importante en ese momento era volver a confiar en mí, aceptar que mi madre era así, poco madre, pero que yo tenía que salir de esta como fuera. Que estaba sola, pero ya no tan perdida. No era fácil volver a confiar, pero mira, lo logré.

Era yo la que me decía: «¿Qué tienes, Lo?, tranquilízate, ya pasó todo».

BELLEVILLE, 7 DE LA TARDE, ÚLTIMO DÍA CON LO CAFÉ ZORBAS

29 de mayo de 2003

Quiero decirte una cosa, lo que hace que yo pueda contarte estas cosas eres tú. ¿Me entiendes? Es esta aparente distancia que tienes la que me hace hablar. Sé que te ocultas, pero que estás ahí con todo. Somos tú y yo construyendo la historia. Ahora no sé ni por dónde íbamos.

¿Por dónde íbamos? Ah, sí.

Sí, cuanto más meditaba, más rechazaba a los hombres. Creo que me enamoré de una amiga, ninguna de las dos lo había probado antes, al revés, nos iban los hombres. Me dejé llevar. También mi amiga se dejó llevar y eso que ella tenía novio. Ella tuvo su primer orgasmo conmigo. Yo solo buscaba. ¿Qué? Lo de siempre, dulzura, comprensión, alguien que me dijera: «Te voy a querer siempre, Lo».

Por eso creo que me enamoré. Ella era muy dulce y me escuchaba, no se drogaba, tenía un buen trabajo, al final se fue con su novio, pero estuvimos tonteando casi dos años. Yo continué liándome con mujeres y a veces con algún hombre.

Ahora tengo un recuerdo mucho más claro de todos esos años. Me doy cuenta de que mis escarceos, por llamarlo de algún modo, no tenían nada que ver con mi inclinación sexual, sino con mi necesidad de sentir a la mujer. Era una necesidad desesperada.

He vivido todo eso para poder saber quién soy. No me arrepiento de nada. Si quiero cambiar algo, lo cambio ahora. Tampoco sabría decir quién soy ni cómo soy, porque cuando me defino de una manera, también me descubro de otra. Pero me conozco más, sé dónde tengo que estar alerta, cada vez menos alerta, más confiada y sabiendo que soy capaz de cambiar lo que no me gusta de mí.

De esa época hay cosas que aún me quedan. Algún ataque de ansiedad fuerte: procuro respirar y si no consigo calmarme, me pongo a comer, pero sé que esta sensación de vacío total no es física y por mucho que coma el vacío continúa igual.

Cuando dejé de drogarme empecé a comer de una forma bulímica. Comía y luego tenía miedo de que mi imagen externa reflejara a un monstruo. El monstruo que yo sentía que era. Si engordaba, si me

hinchaba, si me volvía más grande, eso era un monstruo y por eso vomitaba. Vomitaba hasta sentir que ya no me quedaba nada dentro. No estaba gorda, pesaba unos quince kilos más que ahora, estaba redondeada, con tetas, con carne. Un día me enrollé con un escritor; me acuerdo de que me levanté de la cama y me entró mucha ansiedad, acabé con los restos de la cena, en fin, con lo que encontraba y, bueno, me fui a vomitar y él, no sé, debió de haber intuido algo o me oyó, y me dijo: «Vomita tranquila, Lola, que no pasa nada».

Todo esto me ha hecho pensar mucho en los límites, en mi casa los límites nunca fueron lógicos. Yo podía llegar todo lo borracha que quisiera, pero no podía llevar un pantalón verde con una chaqueta roja porque mi padre se ponía furioso si me vestía así. Si bebía no. Y mi madre nunca me reñía, pero le resultaba muy incómodo que yo me acercara a ella, que la tocara, que la buscara.

Estuve unos seis meses con el escritor, estaba bien, tranquila. Y un día que me pegué uno de los mayores atracones que recuerdo, él estaba escribiendo; me dije: «No vas a vomitar». Y me puse a escribir hasta que conseguí retener ese impulso. Tuve que parar el acto físico para empezar a cambiar el hábito. El acto mental aún lo tengo, pero ya no vomito y no me pego atracones, puedo comer mucho si estoy ansiosa, pero no veinte trozos de pastel o lo que sea.

Comer me relajaba, es que yo me recuerdo siempre tensa, ansiosa, siempre buscando la mirada de mi madre. Ahora también, pero menos y desde otro lugar. No acabo de sentirme nunca cómoda con ella, me cuesta, a ella también y a su novio zen ni te cuento.

¿Sabes qué he aprendido?, que no tengo que ser nadie especial para que me quieran. Tuve que alejarme de muchas cosas para poder encontrarme, pero ahora estoy aquí, recordando que ya pasó todo. Tengo mi propia vida y me gusta. Me gusta dar clases, escribir, soy buena en lo que hago, he aprendido, no puedo bajar la guardia, pero ¿quién puede? ¿Tú puedes? En otras cosas, quiero decir.

¿Caminamos?

Vamos.

Una última cosa. Por un momento me he imaginado que ahora la historia entre nosotras empieza, pero al revés. Eres tú quien me espera en el andén con una flor de tela roja y verde en la solapa del abrigo, eres tú la que lleva una falda larga de color tierra. Y eres tú quien se alegra de verme y me lleva a un bar y empieza a hablar de su madre, de sus hermanos, de su vacío.

Eres tú quien cuenta la historia.

EN LAS MONTAÑAS DE LUCHON

—

BAGNÉRES-DE-LUCHON, 12 DE LA MAÑANA
REFUGIO

27 de marzo de 2010

El único nombre que me dejaron ponerme cuando me lo quise cambiar fue el de mi madre y fíjate todos los problemas que he tenido con eso. Ya está todo dicho. Yo ya estoy de nombres… Has visto mi DNI, ¿no? ¿Quién soy? Ese.

No empieces con esas preguntas de cómo te llamas, de dónde eres, cuántos años tienes, ya sabes que a mí todo lo que está en la anécdota no me interesa. La anécdota es un espacio obsoleto y no creo que hayas venido a eso. Estamos aquí para lo vivencial. A eso has venido, para vivir lo que va a ocurrimos en las próximas horas. ¿Sabes por qué he accedido? Y esto apúntalo, por favor. Te he dicho que sí porque aquí no sube ni Cristo. Solo por eso vas a tener todos mis cuidados. Te voy a cuidar bien. Ahora dime, ¿qué quieres saber de mí?

¿Por qué estás aquí?

¿Físicamente aquí? Mira fuera. Aquí me puedo perder y andar sin estar en un atolladero. No hay nada de ruido, no hay *smoke*. Lo único es que estoy solo, es una contradicción, pero es que *allí* no hay ni un solo lugar donde se pueda respirar; además, aquí tengo mi estudio, ya lo verás, aún hay más silencio, ahí solo pasan los aviones, eso no lo puedo evitar, si vieras el tránsito aéreo de un solo día en Europa fliparías. Bueno, no estoy solo del todo, mi madre vive ahí al lado, ¿ves esa puerta?, si tira un SOS, voy. Pero todo esto es temporal, sí, las casas, los lugares, los espacios, las madres. Lo único que no es temporal es la génesis de uno. Llegas con una génesis y te vas con ella. Yo hablo en abstracto, quiero que lo sepas. Supongo que lo que quieres es que te hable de mis padres, ellos no soy yo, ellos son una

cosa que está fuera de mí, ¿lo entiendes? Pero tú querrás que te hable de ellos, ¿verdad? He entendido dónde está la frontera entre lo que ellos me han dado y lo que yo quería, esto lo puedo decir ahora, es el tiempo, los años, ahora lo puedo decir: ellos han hecho lo que han podido. No sabes qué liberación pensar así, por fin. ¿Sabes qué hace mi padre? ¿Sabes a qué se dedica? No pongas ningún nombre, por favor. Solo te voy a decir una cosa: yo el mundo de los hombres no lo entiendo, esa cúpula de hombres, esa cupulilla, ¡joder! Yo no quería verme ahí, en esa cupulilla de hombres, no. Y ahí empezó mi odisea.

Yo tenía que seguir una tradición familiar y al principio ayudé a mi padre en su taller de escultura y no es que no me gustara la escultura, era la manera; le preguntaba por qué esto, papá, por qué lo otro y siempre respondía lo mismo: «Cuando seas mayor ya lo entenderás». Tuve esa mala suerte de respuesta. Además, era de esa generación de padres que se pasaba todo el día trabajando; se iba muy temprano y volvía muy tarde y cuando llegaban las vacaciones, aunque nos íbamos todos juntos, desaparecía. Teníamos un barquito en la Costa Brava y él se iba a navegar solo. Un día armé la de San Quintín, armé una historia en el embarcadero, es que no lo entendía y él ni siquiera era capaz de explicarme por qué se iba solo, por qué no nos podía llevar a mí y a mi hermana a navegar o ir todos juntos, ¿cómo le haces esto a un niño? Mira, yo tenía la esperanza de que ahora que tiene ochenta años iba a cambiar. Ahora te hablo así de tranquilo, pero ¿yo qué hago con él? ¿Qué hago en su mundo? Además, él ha construido otra familia y yo soy un marciano allí. Sigue ausente. Estar ausente es estar *outside* de la realidad. Yo estuve diez años sin ver a mi padre y ¿sabes lo primero que hice cuando nos encontramos? Me puse delante de él y le dije: «Eres mi origen, tío». Y él no estaba, estaba solo en el qué, en el cuándo, en el porqué. Mi esfuerzo por desplazarme de aquí hasta su casa lo prolongué hasta que me di cuenta de que yo seguía siendo un marciano para él y como dice la expresión: *No merece la pena.*

Decía que nosotros éramos como una factura de ayuntamiento. Eso es lo que hay. Y esa fue su manera, sus patrones, no tenía tiempo ni espacio para crear el vínculo, ¡oh, te quiero tanto!, pero cuando intentas sentir de verdad una correspondencia te das cuenta de que no hay nada. Yo esta pauta humana la tengo clara desde que tengo uso de razón. Quizá por eso aún estoy al lado de mi madre. ¿Para qué generar otra familia? No sé si yo podría vincularme a mis hijos. Eso es lo que hay y por eso estoy acabando como un ermitaño. Mira, yo lo he intentado, he intentado entrar en un orden de trabajo, de vida, pero no puedo. Todo lo que da dinero es algo que ahora mismo no sé hacer, y por más que lo intento y lo pruebo me genera un caos interior tan grande que siento que me estoy suicidando.

A veces voy al pueblo a coger fruta, pensé que para eso serviría, pero ya no se recoge fruta como antes: cogerla, ir a comer con la gente, dialogar, compartir, no, ya no, trabajas sin descanso, duermes en una trinchera de literas y no hablas con nadie, todo para ganar unos pocos euros, como mucho seis euros la hora. Haz números. Son gente de aquí e inmigrantes y ni siquiera pueden cubrir un alquiler. Vivimos en una industria en la que no hay tiempo para fusionar lo humano con lo que nos da de comer. Y vamos directos al caos.

¿Sabes qué hacía mi padre cuando me daba clases de escultura? Me ponía veinte ejercicios y se iba. Volvía para ver si los había terminado y comentaba algo. Cuando salíamos al campo a visualizar, no le quedaba otro remedio que estar conmigo. ¿Sabes cuántas veces hizo eso, lo de salir al campo? No lo digo. *Es pazzesco*. Pero ya no le tengo rencor porque el rencor asfixia y te vuelves una víctima. He pasado muchos años siendo víctima, hasta que un día me dije: «¿Qué estás haciendo?, estás perdiendo tu vida porque el otro es como es»; y a partir de aquí empecé a ser un poco yo. Y a partir de aquí viene el ¿qué haces contigo? Es curioso porque mientras tú te vas cargando a los demás, estás en la sopa boba contigo. Siempre pendiente de su mundo, de sus inversiones. ¡Hostias! ¡Estuve diez años sin verlo! Las cosas por su propio peso. Diez años y me encuentro con lo mismo. ¿Sabes qué dice de mí? Dice que yo hago arte decorativo, cosas para amueblar. Nunca he hecho arte en esa dirección, lo hago por una necesidad anímica. He trabajado mucho esculpiendo, he conseguido vender mi obra y vivir de eso.

Luego subes a mi estudio y lo ves tú misma.

El último día que estuve con él lo abracé lo máximo que pude, por si acaso, pensé, por si es la última. En el fondo, a tus padres los quieres, ¿no? Pero cuando algo es insostenible, pues fuera, sea tu padre, tu hermana, tu abuelo; eso es tan insano que ¡fuera!, mejor ordenar. En el mundo hay muchas cosas con las que coincidir, ¿por qué estar ahí anclado? En esos diez años, él no hizo ni un solo intento de verme. Ni preguntó por mí. Durante mucho tiempo solo lo llamaba yo y un día me dije: «Voy a probar», pasaron diez años. Llamé yo, ¿sabes por qué? ¡Hostia! Ochenta años, va. Y me encuentro con el mismo. Cero evolución. Mi hermana movió todos los hilos para que se produjera el encuentro, y eso que ella ha sufrido mucho más, ella ha sido la mujer, la niña, yo *el hereu*, se obsesionó con eso. ¡Qué *hereu*, si no había vínculo! A ella la castró totalmente. No sabes qué palizas. A mí nunca me tocó. La castigaba constantemente y un día que no llegó a las diez, no sabes qué paliza, no la dejaba salir, ella ha sufrido mucho, ahora tiene esclerosis y nos está dando a todos una lección. Yo vi eso y dije: «Aquí tengo que tomar medidas». Y en vez de salir con mis amigos, de vivir lo exterior, me volqué en los estudios, en séptimo

me becaron. Saqué una nota de promedio espectacular, en octavo excelentes y como premio me enviaron a Inglaterra. Con catorce años, subí solo a un avión, me acuerdo de que iba temblando. Hacía un año que se acababan de separar y yo ahí ya me sentía como una olla a presión. Él se había quedado con mi tutoría y mi madre con mi hermana. En este viaje no sé lo que me pasó, tú, me llevaron a discotecas, salí con un grupo, tú no sabes el miedo que yo tenía, ahí tuve mi primera relación con una chica. Me quité el uniforme. Mi padre me llevaba a Gonzalo Comella Furest, y le decía a la dependienta: «Por favor, vístamelo». Ahí me descalandrajé, conocí a esa chica y me encantó, empecé a vestirme diferente, él me hablaba muy mal de las mujeres y yo me lo creía todo; temblaba con esa chica y me encantó, pensé en mi madre, hacía un año que no la veía, de pronto mi madre me parecía una desconocida y me entraron muchas ganas de verla. En cuanto llegué quise ir a contarle lo de esa chica y entonces… Oye, pero ¿qué es lo que te estoy contando? Esto es una vida como cualquier otra. No quiero continuar. No quiero seguir. No quiero continuar con esto. Quiero que cojas todo lo que has escrito hasta ahora y lo rompas. Sí, rómpelo.

7 DE LA TARDE

El mismo día

Yo ya no soy ese a quien has venido a entrevistar, pero ahora lo he entendido. Tengo dos opciones, colgarme y decirte que no, o continuar. Escojo continuar porque has venido hasta aquí y tu voluntad ya te lleva a todo, prácticamente ya tienes el trabajo hecho. Podemos dejar la discusión, te he entendido, en serio, ya podemos continuar. Sí, en serio. Continúo. No sé, ah, sí, voy a ir un poco para atrás, si te parece. Se separan y me voy a vivir con él y al cabo de unos meses me pone una *nurse* y se va a vivir a Brasil. Eso sí, me deja todo el dinero que necesite. ¡Hostias, aquí me pierdo! Es que luego viví tanto que he perdido las cosas puntuales. Luego me tocó vivir en una jungla tan bestia que he perdido los detalles. A ver, se fue a Brasil a curarse, porque después de la separación intentó quitarse la vida, por eso te digo que mi padre hace lo que puede, es que fíjate lo mal que hay que estar para que ni te importe la familia, toda esa desatención que tuvo conmigo es debido a su propio malestar. De ahí la violencia, de ahí el no poder afrontar nada, ninguna realidad, que era también su realidad: su familia. Y además mi madre se separó porque él se veía con una mujer, con una de las mejores amigas de mi

madre, ahí fue el gran desastre. Yo me casé una vez, ¿te extraña?, con Sara, ella lo sabía todo, pero pensó que podría cambiarme y, claro, nadie cambia a nadie. Creer eso es muy *agosarat*.

Mi madre tuvo que enfrentarse a todo ella sola; sabes lo que era separarse en aquella época, ¿no? Mi madre es una maravilla. Cuando le dije que me iba a Casablanca a operarme, ¿sabes qué hizo?, se desnudó delante de mí y dijo: «Yo ya no puedo más» y salió así a la calle. Eso fue *in extremis*.Yo tenía el billete, todo, lo tenía claro, ella llevaba unos meses a mi lado, lo sabía. Hemos pagado un sueldo bestial. Este ejemplo va con el otro, se enfrenta a mi padre y se enfrenta a mí. De repente ves que tu madre no es una cosa dibujada ni un figurín, sino que es una persona que se desnuda y dice que se va a la calle así porque ya no puede más; la cogí con una fuerza, me salió una fuerza, y eso que yo estaba toda sílfide, y me salió un tío pero espectacular. ¡Vaya salto que acabo de dar! Nos hemos ido casi al final. Bueno, no, porque luego viene la persona que llora y que llora tanto. ¡Todo lo que llegué a llorar!

Retomemos, espera, estaba en la separación, en Inglaterra, ahí me vi fuera del castillo de mi padre, en fiestas extrañísimas en esos galpones, con discos de los Beatles, los Rolling y allí tuve mi primera pelea física; como yo era un poco aristócrata, pues me vino el típico que viene a provocar. Me dio bien fuerte. Ahí descubro que sale más a cuenta escabullirse que dar el golpe. Nunca más me he vuelto a pelear así, con una vez es suficiente. Y eso que cuando estuve en el Villa Rosa tuve muchas provocaciones, pero ya te las contaré más adelante. Volvamos a la separación: «¿Tú con quién te quieres ir?, ¿con el papá o con la mamá?». Y mi hermana enseguida dijo que ella con la mamá. Así que no tuve elección. Mi hermana se ha quedado tocada, es que ni mi madre la podía parar, ella era muy buena en matemáticas, era una *crack*, y, sin embargo, el que se volcó en los estudios fui yo, ellos pensaron que les había salido buen estudiante. No, no, no era eso, es que yo tomé medidas.

En cuanto volví de Inglaterra, la fui a ver. Quería comprobar que no era tan mala ni tan horrible como me decía mi padre; ¿qué me encuentro?, con una persona encantadora que se había quedado sin nada, él se lo quitó todo, le pasó una pequeña pensión para mi hermana. Le dio a escoger: un hijo o el patrimonio. Y él, ¡hostias!, ¿sabes a qué nivel estaba?, era el mejor artista de la época, fue el primero en España que, no lo pongas, no, es mejor, pon solo el mejor artista de la época.

En cuanto se separó, dejó a esa mujer, es que era imposible sustituir a mi madre, dejó a esa mujer y no soportó la separación, lo pasó muy mal, se intentó, ah, ya te lo he dicho, y no quedó bien del

todo. En Brasil había un especialista muy bueno, primero me dice que nos vamos los dos y luego me deja con la *nurse* sin explicarme nada: cuando seas mayor ya lo entenderás. Explícame un poco las cosas, ¿no?, como mínimo. Yo hago mis cábalas: «Se va porque está muy mal, lo hace porque no puede hacer otra cosa, no sabe, no es que no me quiera». Yo viví su convalecencia que te cagas. Un día voy a la clínica y se pone a gritar: «El hereu, el hereu, dexeu-li entrar…!».

Se va y cada mes me envía dinero, ahorraba y de repente me compraba el último grito en bicicletas o de lo que quisiera. No me dio por cosas peores. Imagínate cómo me sentía, con la *nurse*, sin poder ver a mi madre y él otra vez ausente, además era una situación tan fuera de lo normal en esa época que yo no podía contarlo ni en la escuela. Tenía un amigo al que también le pasaban cosas terribles, éramos los fuera de órbita, los raros, los que no jugaban al fútbol, los que no seguían los partidos; mi amigo entonces ya era poeta y ahora me acuerdo de que juntos planeamos un viaje por África, teníamos diez años, imagínate, yo estaba harto de las broncas en casa y decidimos coger todo el dinero que teníamos en la *guardiola* e irnos a África. Teníamos todo preparado, los mapas, yo creo que mi pasión por la cartografía me viene de esa época. Bueno, teníamos una cita a media noche, yo lo tenía todo, la mochila, el dinero, y me coge mi madre por aquí: «¿Adónde vas a estas horas?». Estábamos seguros de que nos las íbamos a arreglar, el corazón me iba a cien mil, «estás siendo capaz», me decía mientras me ponía la mochila. La mano de mi madre. Mi padre, roncando; mi padre no estaba nunca. Me cogió así y yo no había hecho nada de ruido, más que oírme me olfateó.

Yo no tengo familia. Claro que he hecho aquí mi mundo, este es mi refugio, si no estaría muerto. No encajo. No tengo nada. Estoy aquí solo, aislado.

Está tu madre.

Sí, pero a veces paso días enteros sin verla, sin hablar, semanas enteras, a ella le cuesta entenderlo, me voy a mi estudio y me quedo ahí durante días.

En primero de BUP empiezo a sentir que no puedo más, no podía hablar con nadie, ¿a quién le iba a contar y qué iba a contar si no sabía ni lo que estaba pasando? No quería estar ahí solo, la *nurse* era un amor, pero tampoco podía hablar con ella. Yo estoy hablando de desaparecer. Por primera vez empiezo a ir mal en los estudios y mi padre, desde Brasil, me promete que, si apruebo, podré ir a estudiar Bellas Artes a Estados Unidos No desaparezco, pienso. Si a un adolescente le haces una promesa así, la tienes que cumplir y si no la puedes cumplir se lo explicas bien, ¿sabes lo que me costó aprobar?

Estaba en una situación vital horrorosa, ya no era aquel estudiante de *cum laude*. Aprobé todo y no me dejó ir a Estados Unidos. «Dame una explicación, ¡hostias!». Pues no: «Cuando seas mayor ya lo entenderás». Esto me ha quedado, ¿eh? Vuelve de Brasil tan delicado que yo no podía enfrentarme, no podía decir nada y se fue recuperando poco a poco, ¿y sabes qué hace cuando llega el verano?, me envía con unos amigos a la Costa Brava. Yo tenía que tomar una decisión; además, cada dos por tres se iba a Brasil y me dejaba con la *nurse* o con sus amigos. Se me ocurrió ir a Capitanía de Barcelona: «Oiga, ¿a qué edad se puede entrar?». «A los dieciséis», me dicen. ¿Tierra, mar, aire? Un amigo me había advertido que escogiera infantería de marina, que es un mixto. Preparo los papeles, me compro el billete y me voy a Cartagena. Al cabo de una semana llamo a *lanurse* y le digo: «Estoy alistado en el ejército, ya puedes llamar a mi padre y decírselo, pero si no quieres, lo hago yo». Terrible. Ahora tengo un lapsus. Sí, llamé yo a mi padre. Me dijo de todo, que no sabía lo que había hecho, que *quina bestiesa*, Estuve en el ejército dos años. Conseguí un enchufe y tenía permisos extras.

Hay algo que aún no te he contado.

No te lo he dicho, antes de alistarme en el ejército me enamoré, pero es que ahí tengo un lío con el tiempo, sí, sí, me enamoré, antes de esto yo había estado con algunas mujeres, pero conocí a Elisa y ¡un *flash*! Me enamoré de ella pensando que era una mujer y de pronto me encuentro con un hombre. No me resultó extraño, no me asusté ni nada, porque yo me había enamorado de esa persona. ¿Me entiendes?

Esto que viene ahora es muy importante, no sé si sabré explicarlo y me doy cuenta de que estás muy cansada, pero deja que acabe. Mira, yo había estado con algunas mujeres y la sensación que tenía era que yo entraba a ese lugar con una parte de mi cuerpo y energéticamente a ese otro cuerpo le pasaban cosas y eso solo lo puedes sentir con las mujeres. Esa sensación no ocurre entre dos hombres. El *posteriori* con las mujeres es muy diferente. Una mujer es como una madre que te arropa y con Elisa era distinto, era como un cariño entre colegas, claro que había un estímulo, claro que estaba delante de una mujer, pero era una mujer que tenía una polla. ¿Me entiendes? Me enamoré unas semanas antes de irme a la marina, «¡hostias!, ¿qué hago?». Elisa tenía veintisiete años, era venezolana, becada en la Massana y antes de irme me dice: «Vente a vivir conmigo». Yo tenía dieciséis años. Ahora tengo un lapsus, ella llegó aquí de hombre, trabajó en Llongueras, entró de lleno en el mundo de la moda y finalmente en el mundo de la prostitución, pero de alto nivel. Yo la conocí ahí, pero no tenía ni idea de que ella se dedicaba a eso, me enteré después y no me fui a vivir con ella porque me alisté en la marina. Quería ver qué pasaba al volver. Sus padres no sabían nada. Elisa ganaba verdaderas fortunas.

Un día estaba en su casa y me dice: «Vete, que tengo una visita importante». Y me quedé, «Pero ¿tú qué crees que es una mujer con una polla?», me dice. Caí en la realidad: «¡Hostias, me he ido a enamorar de una situación *pazzesca*!». Por eso también me alisté en la marina. Estaba tan pillado. Sufrí como una bestia, pero di prioridad a gestionar mi vida. Además, ya te he dicho, tenía permisos y me escapaba a verla. «Tengo una visita importante», y ¿sabes quién baja de la limusina? Dalí. Él no follaba, pero como ella tenía una cosa, una cosa que le gustaba mucho… no hace falta que explique los detalles. Yo conocía a Dalí en Cadaqués, íbamos a veranear con mis padres, a él le gustaba mucho dar bastonazos a los niños. Cuando veo quién entra me digo: «¡Hostias!». Tuve miedo de que me reconociera. ¡Qué desastre!

Pero qué vida no es un desastre, dímelo tú.

Un día Elisa me preguntó si quería mirar: «¿Te gustaría verme trabajar?». Me encerré en un armario y miré. Ella tenía todo el poder, era muy fina, mucho, casi no los tocaba. Me moría de celos, pero a la vez me gustaba. «¿Quieres participar?». ¡Uf! Empecé a aprender otra manera de amar sin que se me rompiera el corazón. Pasé mi purga. Yo solo participaba cuando alguien me gustaba, cuando había *feeling*. Íbamos a totales, el dinero era para las dos. Todo esto pasó cuando volví del ejército. Empecé con ella y con otro hombre, en realidad éramos tres hombres. Ella me enseñó, obtuve un máster en relaciones públicas, entendí por qué ella podía trabajar a ese nivel y no salí manchado. Todos sentíamos placer. No fingíamos, no falseábamos nada, nos dedicábamos a dar lo mejor de nosotras y que a la vez eso no nos perjudicara. Yo aprendí y si venía un pez gordo, como Dalí, que nunca me reconoció, pues intentaba encontrar el hilo, ahí es donde tenía que ser muy creativa. De todo esto mi familia no sabía nada.

Yo esto te lo puedo contar porque ya no estoy ahí y nunca más voy a estar ahí.

Mira, ahora me doy cuenta de que es interesante verbalizar todo esto contigo. El hecho de comunicarlo, de contarlo así. Nunca, ¿con quién voy a hablar de esto? ¿Quién va a hacer casi quinientos kilómetros para escucharme, para escribir a mano?, no como el periodista ese que vino a entrevistarme con un magnetófono. Ahora entiendo lo que haces. A veces he intentado escribir, pero me pierdo, no sé estructurarlo, por eso no escribo. Esto lo tenía que entender antes, ¿sabes? Antes, cuando te he hecho parar, no sabía lo que estabas haciendo. ¿Lo dejamos aquí? Yo duermo en el local de al lado, cualquier cosa me llamas.

EN EL ESTUDIO DE M.

28 de marzo de 2010

Ten, el regaliz te servirá y bebe a pequeños sorbos. Espero que estés en forma, tú coge la cesta pequeña, ya llevo yo todo esto. ¿Has dejado el móvil? Es mejor. Mira bien, ya verás qué paisaje.

¡Aquí es! ¿Te gusta? No necesitamos nada más. ¿Para qué tener casas, propiedades? El viento lo pararemos con este toldo, ¿me ayudas? Aún no me has dicho qué te parece. Es una de las planicies más bellas de este lugar, yo paso días aquí, no necesito nada más, duermo en la esterilla, con el saco, tengo el hornillo para cocinar y el toldo, es suficiente. Aquí tengo la tierra, el sol y el aire. Lo tengo todo. ¡Qué diferente estar solo o en compañía! Bueno, ¿qué te parece?, no te lo esperabas así, ¿a que no? Y ahora, si te parece, podemos continuar: Lo de Elisa fue un amor intenso y recíproco. Nos hacíamos mucha falta. Los dos estábamos muy solos. Un transexual está muy solo. Y yo también lo estaba. Él, Elisa, no fue nunca capaz de estar con una mujer, su primera experiencia sexual fue con un hombre. La mayoría de la gente ve en un transexual a un hombre con tetas y lo que es en realidad es un hombre con una gran sensibilidad femenina. A Elisa le marcó mucho su primera relación y no pudo continuar siendo un hombre. Me enamoré de Elisa, era un amor, una cosa muy química. «¿Qué nos está pasando? Olvídate de si es hombre o mujer, es el alma, un alma que coincide contigo». Yo tenía diecisiete años, puedes imaginar lo que eso me turbó. ¡La de cábalas que hice! Eché mano de toda mi capacidad reflexiva y lo puse todo en una balanza intentando equilibrar y ordenar lo que no podía entender. ¿Esto qué es? A mí no me lo han explicado.

Y a partir de aquí, como estaba tan apartado de mi familia, opté por escoger la distancia, era lo más cómodo. Es que era una pesadilla, ¡yo era *elpobret*! Me miraban así. Imagínate, el padre que se intenta suicidar y la madre que es una puta. ¿Sabes por qué decían eso de mi madre? Porque ella restableció su vida y empezó a tener una relación. «¡Una fulana!», le decían. Mi madre no era ninguna fulana, y además era mucho más interesante que él.

A la vuelta del ejército empiezo Bellas Artes en Barcelona y decido ir a vivir con mi madre, por edad no podía hacerlo, pero me dije: «¡A la mierda!». No hay ningún pleito. Él aún estaba con médicos, se pasó toda la vida con médicos hasta que apareció la que ahora es su mujer, que es médico, y ahí mejoró. Mi madre siempre había dicho: «Tu padre lo que necesita es un médico, alguien que lo cuide todo el tiempo». Me voy a vivir con ella y con su novio, Andrés, él mantenía

su estudio, era poeta y sabía hacer de todo: sillas, mesas, camas, todo tipo de bricolaje; todo lo que yo sé hacer ahora con las manos me lo enseñó él. Mi padre me educó en el arte y yo lo imitaba, la relación con las formas, pero lo que es coger algo y repararlo, coger una piedra y situarla en un muro, eso fue Andrés. Mi padre quiso enseñarme una forma de relación que estaba obsoleta, solo me relacionaba con un pequeño grupo de personas privilegiadas que iban al club de tenis y luego me dejaba en tutoría. Andrés me cogía y me decía: «Va, coge la bolsa y vamos a una reunión». Me llevaba a ver los partidos de fútbol o a reuniones de gente de la tercera edad, cosas que existen. Una vez me llevó a conocer a las putas del barrio y yo pensé: «Si tú supieras». Yo estaba con Elisa, pero seguía viviendo en la élite, mi moto, mi mundo. Los primeros tiempos con ella fueron muy *lights*, era como una prolongación del club de tenis. Todo eso lo llevé mudo. Es una mudez muy larga que dura hasta que yo decido transformarme. Lo hago público porque veo que ella y yo somos importantes. Es que era una cosa tan grotesca que, si no mellaba, para qué decirlo, para qué hacer sufrir. Con mi madre me sentía mejor, querido, nada que ver con la convivencia con mi padre; yo tenía muchas pesadillas, me despertaba y lo oía llorar, no puedes imaginarte lo que lloraba mi padre. Yo lo había mitificado: tenía éxito, trabajaba mucho, éramos una familia ideal, de alguna manera, y luego es un hombre que llora y que culpa siempre a mi madre, ¡hostias! En casa de mi madre había más un querer sobrevivir a toda esa situación y no me hablaba mal de él, me explicaba que no podía más, las palizas a mi hermana, la violencia, pero no hablaba mal, me explicaba las cosas y él solo hacía que decir: «¡Me ha dejado, me ha dejado!». Imagínate un crío de catorce años hasta los dieciocho así, excepto cuando me alisté en el ejército. Cada vez que lo veía se echaba a llorar, aún tengo la imagen de estar comiendo y él con los brazos cruzados y la cabeza caída en la mesa. Y no salió del pozo hasta que encontró a la que ahora es su mujer. Y ahí ya no sé cómo se lo ha hecho. A los dieciocho empecé a respirar, estaba con mi madre y estaba con Elisa, aunque sentía un poco de dislexia porque no era del todo una mujer pero era lo que más se asemejaba.

Yo siempre he tenido un ramalazo, una onda que me iba por lo femenino. Una vez tuve una relación con un hombre, lo quise probar y ahí me di cuenta de que no quería estar con un hombre siendo un hombre. Ahí lo entendí. «Me gustaría probar —le dije a Elisa— como mujer el estar con un hombre». Me respondió que lo pensara bien. «Esto no es un disfraz, no te confundas», dijo. Yo me disfrazaba, pero era lo mismo, me sentía igualmente hombre, los cuatro trapos no cambiaban nada. Ahora que te lo explico me doy cuenta de que tengo un buen recuerdo de todo eso. Tuve suerte de toparme con personas

que me querían bien. Yo insistí y Elisa me dice: «Yo te quiero, y si de verdad quieres que te ayude, lo haré, pero piensa que luego no hay marcha atrás». Y no estamos hablando de operarme, sino de entrar ahí psicológicamente.

Ya no tenía celos porque dos hombres son dos hermanos o dos hermanas. Quererse, en realidad, está muy lejos de lo físico. No nos éramos infieles, cómo íbamos a serlo. Lo hacíamos todo juntas. Hay cincuenta mil hombres y mujeres, y lo jodido hubiera sido que a uno de estos lo empezáramos a querer, porque tres no funcionan. Quererse es una cosa de dos. Piensa que no éramos homosexuales, ¿qué éramos?, poner título es una cosa muy *pazzesca*, poner afiches, eso es lo que necesita la sociedad para entender a toda esta gente, hay que nombrarlos de alguna manera.

El mundo masculino, cuando se multiplica por dos, no sé por qué no es una cosa infinita. Lo infinito tiene que ver con el mundo femenino. El orgasmo de una mujer es más infinito que el de un hombre. ¿Me entiendes? Entre dos hombres la relación es finita, no se expande. Con Elisa sí, aunque era un hombre, ¿por qué?, porque era un hombre que estaba en el orgasmo infinito, ¿por qué?, porque en su largo proceso de transexualidad estaba en un punto físico que su orgasmo no se limitaba a una eyaculación y ya está, no, se prolongaba, y el pene está ahí y no se para, y no dejas de eyacular como cuando eyacula un hombre normal. La babita del esperma fluye como si fuera un flujo vaginal, y no hay límite, no es algo que salga de golpe y ya está. Yo sí porque todavía era hombre y, por mucho que me disfrazara, no podía. Y por eso digo, bueno, sí. Elisa me avisa: «Si te metes aquí, que sepas que no hay retorno, pero yo te quiero y te explico bien cómo hacerlo, de qué va esto».

Había muchos hombres que lo hacían por su cuenta y eso era fatal. Si ahora lo puedo estar contando es porque lo hice bien, tuve suerte, Elisa me ayudó en todo y me dejó claro que no había vuelta atrás. Me explicó todo muy bien y empecé. Ahora viene una etapa que, ¿quieres que paremos a comer?, ¿no? Vale, luego comemos y descansamos, es mejor bajar la montaña sin que se nos haga de noche.

Las hormonas empezaron a funcionar y me fui transformando. Un día me encontré a un amigo, el único que no me retiró el saludo; dijo: «¡Hostias!, ¡cómo flipo!». Vio en mí un proyecto de mujer. Toda la élite desapareció. Yo ya no iba a ninguna parte ¡Dios me libre de generar una angustia tan terrible! Se escondían, se avergonzaban. Era una puta. Yo iba así y lo único que podía hacer era de puta. Y eso es lo que hacíamos. Yo no sé en qué mundo te has movido tú, pero te sorprenderías si te explicara lo que es ese mundo, el mundo de los hombres, unas desviaciones sexuales, no te lo podrías creer, aunque ya

tienes edad de saberlo. Venían hombres con familias normales y se desfogaban, se confesaban, querían ir a comer con nosotras y hablar. Algunos venían porque estaban de viaje y tenían ganas de pegar un polvo y nosotras estábamos ahí tan a punto, y aún les faltaban días o semanas para regresar, ese era el patrón general y estos eran los más sanos: «Me pica la polla y me duelen los cojones». Los más sanos. De los otros ni te imaginarías.

Empezamos a viajar, París, Milán, lo que quieras, nos íbamos a ver museos y, solo yendo ahí, caminando, sin hacer nada más, como nosotras nos queríamos tanto y desprendíamos tanto sexo, nuestros paseos por la calle ya eran libidinosos. ¡Lo que hacían las hormonas! Me sentía el culo, las tetas, salíamos marcando, ya se te ve en la piel, y éramos dos que empiezan a conocer bien a los hombres. Éramos unas *cracks*. Solo tomar un té en la recepción y el camarero venía con una nota de alguien que estaba sentado: «¿Quieren pasear? ¿Qué quieren?». Ahí vi cómo Elisa gestionaba las historias, había casos muy difíciles. Algunos ni se daban cuenta de que éramos dos hombres y otros no querían darse cuenta, y a otros les estaba estupendo subir con dos mujeres fantásticas. ¿Qué querían? ¡Todo! Ya sabían que teníamos una polla entre las piernas. Y les fascinaba. A algunos les fascinan los transexuales con polla y otros solo quieren si están operados. A mí me persiguió un hombre durante años para que me operara, me daba lo que quisiera si me operaba. «¿Quieres casarte conmigo?, pero entonces te tienes que operar al día siguiente».

También tuvimos problemas. Elisa era más hábil que yo. Una vez me pasó a mí sola y tuve que salir por patas. Estaba en el restaurante del Princesa Sofía y viene un australiano; piensa que yo era un bellezón, tú ahora me ves así y no te lo puedes creer, ¿verdad?, mira qué manos de currar, pues imagínatelas antes, finas y con una cabellera negra hasta las caderas, toda depilada, más rellenita, perfecta con mi triangulito en el pubis; la polla, con las hormonas, entra en un estado blando pero que tiende a la generosidad y eso te permite *ennalgarla* bien, y piensa que se te pone un culo como cuando te viene la regla y te transformas y te desnudas, y hasta que eso no cae para delante, vamos, que podría ser un chichi. El australiano no se dio cuenta, «¿le digo, no le digo?», y lo vi tan lanzado que pensé: «Mejor se lo digo en la habitación». Estaba tan caliente que en el ascensor ya estaba con un pollón espectacular, entramos en la habitación y se me echa encima, lo paro: «Primero el trato». En el trato se hacía ya el toqueteo. Hay gente que no retiene, que no se aguanta, y es tan patético, yo los llamo *polla en mano*. Y no me dio casi tiempo y ¡pum!, y cuando me está casi desnudando y me toca el chichi y yo hartándome, que primero el trato; y él que no se aguanta y se me sale de la braguita, llevaba un vestido muy corto; y él con el dinero en

mano, el tipo no estaba mal, yo no me iba con nadie que no me hiciera tilín, era una *polla en mano* muy peculiar. ¡Hostias, cuando se da cuenta! «Oh, my god!». Es que yo daba el pego del todo, hasta la voz y todo me curré. Me mira y «oh, my god, oh, my god», y lo repite mirándome abajo y, ahora desde el sufrimiento, empieza a gritar: «POLICE!, POLICE!». Y sigue gritando, y yo, gracias a que soy muy rápida, me escurro, fuerza física no tenía, pero habilidad sí, me tiro debajo de la cama, salgo y casi con las tetas fuera, el bolso, los tacones, el ascensor, por suerte estaba abierto, acababa de salir una mujer, ve la escena, ¡imagínate el flipe! Él se quedó en la habitación. Esa fue una de las tantas. Yo quería triunfar, ¿sabes? Y no había día que no triunfara. Yo quería hacer feliz a alguien y que él me hiciera feliz y ganar nuestro dinero. Ganábamos lo suficiente para llevar la mejor ropa, estar en los mejores hoteles y viajar.

Antes de todo esto, en el momento en que me pongo las tetas, entro en un lugar en el que yo lo recojo todo, mis primeras esculturas, lo que había dejado a medias, mis herramientas y toda mi necesidad de esculpir, y lo dejo en un piso. Entro en una diáspora que no puedo parar. Me tira, viajo, me meto en museos de arte, eso sí, pero hasta ahí me salían clientes o clientas. Me gustaba estar con las mujeres, poder intimar, y de los hombres lo que me gustaba era el después, esos que se quedaban conmigo charlando, ahí sí que estaba lo humano y me hacían un poco de compañía. A las mujeres lo que les gustaba de mí o de Elisa era estar con una mujer con polla.

Ellas lo sabían enseguida, ninguna dudaba de que yo era o un transexual o un hermafrodita. Las mujeres son más listas.

Durante un tiempo estuvimos en un burdel parisino, con una madama; ella preparaba a las chicas y si le gustaba alguna lo decía, le encantaban las tías y los transexuales con polla, ella tenía su marido y su burdel. No sé cuánto tiempo estuvimos ahí, no sé, pero ahí Elisa y yo seguíamos muy enamoradas. Nos gustaba París y nos quedamos ahí mucho tiempo. Ahora me acuerdo de otra historia, un día le dije que quería ir a pasear sola, ella tenía otros compromisos, salí, de noche, París era un poco peligroso, de madrugada, para una mujer de bandera, salí, el silencio de la noche, el clac de los tacones, voy así y de pronto siento una presencia extraña en la nuca, me giro y veo a un tío con un destornillador que me lo va a clavar, me coge un subidón, lo esquivo, me saco un zapato y me sale una fuerza con el tacón en la mano y empiezo a gritar, se encienden las luces y se larga corriendo. La gente encendió las luces y empezó a llamar a la policía.

He vivido cada situación con clientes locos, locos de verdad, uno, ¡uf!, aquel italiano, ¡qué fuerte! Me viene un tío de Milán, un tío normal, me siento en el coche, me lleva a cenar, todo normal, me

lleva a su casa, cierra la puerta y ahí me dice: «Tú ya no vas a salir más de aquí». Esto lo ves en películas, pero ahora era real. ¿Qué hice? Le seguí la corriente con todo mi amor: «¿De verdad, cariño? ¿No quieres que salga más de tu casa? Pues eso es lo que yo también deseo». Lo descoloqué, es que vi la película, lo que entendí es que me quería machacar. «¡Hostia!, ¡qué bien!» —le dije—, como me caes muy bien, me quedo aquí contigo para siempre, lo que tú quieras». Él se iba desmotivando porque lo que le ponía era el pánico. Y me dice: «¿Tú sabes que a mí me han dado un permiso y estoy en un frenopático?». Pero yo le seguía la onda y él seguía intentando meterme miedo.

Y era verdad. Me nombró a sus médicos y yo conocía a uno, lo conocía muy bien, eso no te lo he dicho, pero yo he estado en la Quirón, Hospital Clínico, he tenido que hacer muchos test psiquiátricos, me acompañaba Elisa, lo hacía todo a conciencia. Y este loco me nombra a ese médico. Me dije: «Este tío es un *colgao* violento. Me hace el juego de coger un cuchillo y lo deja encima de la mesa», y yo, internamente, pienso: «Te ha tocado». Y me entrego. Me relajo, me siento en el sofá, lo miro bien tranquila, y de repente me dice: «Oye, vete de la casa ahora mismo, que no te quiero ver más y no tardes en irte porque tú eres de las buenas». Cogí, me levanté, caminé tranquila hasta la puerta, pero nada de alargar la cosa. La puta que sobrevive a eso es porque es ágil, ágil en el momento en que te va la vida. ¡Hostia cuando pillé la esquina! Desde el servicio militar que no había dado un *sprint* así. Los tacones los dejé en la esquina. Me encontré con un abuelo que me socorrió, estaba en estado de *shock*, no sabía ni dónde estaba, corrí, corrí, «Qu'est ce que tu as, ¿ma petite?». Y ahí sí que empecé a llorar. Me abrazó y yo peté. Vi que tenía el bolso, los francos, el abuelo me quería dar unos zapatos. Cogí un taxi y me fui a casa.

De París te podría contar tantas cosas… Paremos. Nunca le había contado esto a nadie.

8 DE LA TARDE
EN EL REFUGIO

El mismo día

Te ha tocado el sol, ¿eh? Ten, ponte esta crema, y esta otra para los labios, yo ya estoy acostumbrado. Voy a hacer una infusión y seguimos, que tú te vas ya mañana y quiero contarte que… Es

manteca de cacao, es lo mejor, pruébala, ya verás, antes siempre usaba las mejores cremas para la cara, ahora mira, con esta barba debo de parecer un ermitaño, ¿verdad?, y se me cae el pelo, es que ya tengo mis años, y suerte que no me puse silicona, que si no… Elisa llevaba 180 de medida, era espectacular. A mí eso no me gustaba. Cuando yo la conocí tenía unos pechos de pera preciosos, pero fue a más, a más, a más. Este mundo es así, no puedes parar. Yo me puse la primera vez, no me acuerdo la medida, pero era una cosa bastante discreta, con suero, ahora ha salido algo mejor que es caucho y el cuerpo lo puede asimilar, el suero también se asimila bien. El suero lo ponen en un látex quirúrgico, ¿y qué pasa?, pues sin ir más lejos a una se le reventó en un avión, ¿te acuerdas?, esta es que era burra, burra. Te estoy hablando de la época de Felipe González, en esa época las movidas eran muy finas, Miguel Bosé, Alaska empezaba, Bibi Andersen, muy guapa la Bibi, muy noble, eran catorce hermanos, ¿lo sabías?, y finalmente, cuando su madre se hizo mayor, ¿sabes quién la cuidó?, pues ella. Esa época era una fiesta continua, unos personajes… Estaban Raphael, Camilo Sesto, coincidíamos, estaba Luis Quintero, el que hizo las primeras revistas eróticas en España.

Mira, no se nota nada. La primera vez me los puse en Francia, lo hicieron muy bien, ¿lo ves?, no se nota la cicatriz. No se nota nada. Me hice las dos por el pezón. Las primeras eran como muy de adolescente y las segundas ya eran de mujer, y esta vez en el viaje de avión me sentía fatal, tenía los pectorales que no podía ni moverme, y ya no quise volver más a ese cirujano. La tercera vez fui a otro que me recomendó mi madre. Mi madre al final se tuvo que ubicar, ¿qué iba a hacer?, ¡soy su hijo!, ¿qué haces yendo en contra? Cuando ella cedió a eso, yo ya estaba muy definido. Mi hermana estaba en Madrid con otras movidas, mi padre me dijo que tenía un futuro en el circo muy interesante, así mismo, solo ella estuvo a mi lado. Me volví a hacer los pechos y esta vez fue fantástico, ahí es cuando Elisa y yo empezamos a viajar. Viajamos por toda Europa. Yo diría que ese fue el mejor momento de mi vida. ¡Buah! No éramos drogadictos ni ladrones ni nada. No nos metíamos nada de nada, tú no sabes lo que nos cuidábamos, ni porros ni alcohol, con las hormonas olvídate. Todo eran estrógenos. Nos poníamos todo tipo de cremas, de día con olor a rosa, las de noche a lavanda, los mejores perfumes, estábamos absolutamente al día. Había una perfumería en Calvo Sotelo donde hacíamos unas compras tan buenas, teníamos un cajón en casa lleno de tubitos de muestras, imagínate qué clientas éramos. Lo de cuidarse era obsesivo. Unos baños de sales, nos lo merecíamos, habíamos trabajado duro. No voy a entrar en matemáticas. Depende. De repente un día encontrábamos a una persona que nos solucionaba un mes o más. Siempre llegaba alguien caído de no sé dónde. Piensa que te

estoy hablando de una época de España muy mágica. Empezaba todo, era el inicio de la democracia, donde todo el mundo se liberó de todo, en todos los campos, sexo, relaciones, mundo laboral, drogas, las mesas estaban llenas de rayas, pasaba uno y *rae*, y un cubata. A nosotras nos interesaban los del *whisky*, los de las rayas eran un desastre, esos no nos interesaban nada, esos eran unos suicidas y a la corta creaban muchos problemas. Nosotras hacíamos todo más privado y con poca gente. Dos que llaman a tres y tres que llaman a dos más, un *petit comité*. A algunas fiestas sí que nos hacía gracia ir, como a las de Pedro, Nazario, Ocaña y su novio. Ocaña tenía un *charme*, por eso lo quemaron, los más cercanos tenemos nuestras dudas, es que te pasas de rosca y ya sabes, todos esos son testimonios de la bomba sexual que yo era. Aún me dicen: «¡Qué culo que tenías, ¿te acuerdas?!». Aún me encuentro a algunos que me lo dicen. Pero ahora estoy aquí, solo, apenas viajo a ninguna parte, apenas voy a Barcelona.

Todo esto a ti te debe de parecer grotesco. Yo no sé si alguien, leyendo esto, puede entender el *training*, son tantas cosas, que sin ellas esto no podría suceder. ¿Me entiendes? Mira, mira mi cara, se me desanguló. Nunca me la toqué, eran las hormonas, ellas solas, no pasé por ningún quirófano. Ahora mismo me recuerdo mirándome en el espejo. Y cuanto más entraba en ese cuerpo, en ese cuerpo que iba cogiendo forma, más me deseaban los hombres, y me sentía tan correspondida. Tú puedes entenderlo porque eres mujer, ¿lo puedes entender o no? Imagínate cuando te sube la bilirrubina y además que todo lo estás experimentando como nuevo, la libido en expansión y todo el mundo lo nota y lo recibe bien, esa mano que te toca y se va sola porque ese cuerpo la está imantando. Cuando entras ahí, cuando descubres eso, es un sinfín, no te paras a reflexionar, es un viaje del cual no ves el final y no quieres verlo.

Estuve ahí muchos años. Muchos. No entremos en matemáticas. Y ahora viene lo otro.

Elisa decidió operarse.

Yo la acompañé, estuve ahí velándola. A eso lo llamábamos *ir de parto*, porque cuando una se opera baja del avión así, como cuando has parido, un dolor espectacular. Eso es lo que les decíamos a las azafatas. En Casablanca era legal, en España ni existía. No es que un día decides operarte, es un proceso, llega un punto en que te lo pide la mente, ya te crees que estás ahí. Antes de eso entras en un proceso psicológico y te dicen que lo irrecuperable tiene unas consecuencias físicas, que cuando uno no eyacula, ya no expande y la psique puede tender a cosas negativas. Es muy amplio lo de los psicólogos, no los escuchaba mucho. Estaba tan en la línea que a mí me parecía bien que Elisa se operara.

Yo ahora mismo estoy en un punto de celibato, si no estuviera aquí, en este lugar psíquico, no podría vivir en el monte sin ver a nadie.

Elisa supo cómo, cuándo, dónde y con quién retirarse. Ahora debe de estar acabando sus días, tiene cincuenta y ocho años, pero para un transexual eso es un récord, tú mira el cañonazo físico que te pegas. Hay pocas que estén bien, la Bibi, pero eso son excepciones.

Yo siempre amé igual a Elisa, nada modificaba nuestro amor, íbamos a por todas. No había traición ni nada de eso. Discutíamos, sí, sobre todo porque esos tratamientos hormonales te vuelven muy caprichosa y después de la operación cambió mucho. Entró en una paranoia, hasta mi madre se dio cuenta y me lo dijo. No quiero contar cosas gordas por respeto a mi madre. El postoperatorio fue terrible, un dolor terrible, y a mí se me estaba yendo el alma de mi ser querido, entró en un estado mental frío, metálico, fue un proceso muy largo. No sé si fue el mismo dolor que la volvió hierática, esa es la palabra. Y cuando se recupera no se le ocurre nada mejor que operarse la nariz, ¡hostia, qué adicción!, ¡bestial! Le digo: «Espera un poco, Elisa». Ahí estábamos en el burdel y ella se va con las mujeres y yo me quedo con los transexuales, ¿ves?, ¿ves cómo es el proceso? Se opera, ella antes tenía una nariz griega preciosa, ¿y qué ocurre?, es la más elegida del burdel, hay un tipo de hombres que cuanto más parecen muñecas, más les va, era muy bella, rubia natural, hacíamos muy buena pareja, pero quería tener más y más éxito y esa operación de nariz le produjo de nuevo un dolor. Todo eso nos empezó a separar y, además, después de la operación ella dejó de sentir, conmigo no sentía nada, estábamos en el cariño y el abrazo. Yo me planteaba: «Bueno, ¿qué hago?», y entonces llegaron los americanos. Dos tipos que se enamoraron como locos de nosotras. Elisa me dice: «O te operas y nos vamos juntas o yo voy a tener que irme sin ti. Y si le cuentas algo de mí, te mato». Yo ahí estaba en un punto que no sabía qué hacer y ella en ese momento había reenganchado su carrera de Empresariales y quería acabarla que si no coge y se va con el americano. No fue flis-flas, fue una cosa lenta, lentísima. Para mí fue una tortura porque ella iba desapareciendo. El vínculo conmigo nunca lo cortó, siempre tuvo esa estima.

Me empiezo a plantear la operación. Dudaba sobre todo por todo el proceso psicológico que había vivido con ella y que estaba latente, porque no había día que no hubiera un mal rollo, pero físicamente yo estaba en el punto.

Y los americanos ni se daban cuenta. Él creía que estaba con una mujer. El otro no sé, yo no me acerqué. Y ahora viene todo lo otro,

pero se nos está haciendo tarde y tú querrás cenar, ¿no? Déjame que siga un poco más, ahora me han venido sus padres. He pensado en mis padres y en los de ella. Sus padres eran muy católicos y, como no sabían qué estaba pasando, enviaron al obispo de Venezuela porque Elisa les había dicho que era una mujer. «Pero ¿qué dices, Alfonso? ¿Cómo que una mujer?». Eran de alto *standing*. Llega el obispo y le dice: «Ya dijimos que en Europa te ibas a perder». Estuvo hablando durante horas con nosotras y al final dijo: «Bueno, les diré a tus padres que aquí esto es una cosa muy normal, que no se preocupen». Ellos eran tan católicos, nunca más los vio y ahí fue cuando yo estuve diez años sin ver a mi padre.

Elisa era espectacular, ella era la rubia y yo la morena.

Bueno, en todo caso yo me quedo con los mejores recuerdos. Estoy cansado. Y tú también tendrías que descansar, que mañana te vas bien temprano.

¿Lo dejamos aquí?

7 DE LA MAÑANA
EN EL COCHE, DE VUELTA A LA ESTACIÓN

29 de marzo de 2010

¿Cuándo vas a volver? Me han quedado tantas cosas por contarte… Ahora me viene todo, no puedes imaginarte la cantidad de gente que conocí, gente que pide unas cosas que no puedes llegar ni a imaginar. Un día, este era un italiano que me pidió comerse mi mierda. Me dijo que estaba dispuesto a esperar las horas que hiciera falta, tuve que purgarme. Le dije: «De acuerdo, pero tú a mí no me pones un dedo encima». Accedió con la condición de verlo todo y de que luego yo lo mirara. Preparó la mesa, el plato, los cubiertos, y se puso a comer.

Y este era un pez gordo. Gordo de los gordos.

Ahora no sé por qué te he contado esto.

No me tocó.

Siento que te vayas así, con esta imagen.

BAGNÉRES-DE-LUCHON

6 de junio de 2010

Quiero preguntarte una cosa y quiero que me digas la verdad, ¿tú me ves bien? Dime la verdad. Te lo pregunto porque la mujer de mi padre tiene tres carreras y siempre que me ve me dice que yo soy un *borderline*. Siempre está en el diagnóstico y así no puede ver nada. ¿Te parece que yo soy *unborderline*? Yo aquí estoy bien y me siento feliz, si me quedo en las montañas, no estoy confundido, me gusta vivir aquí, en este silencio y en este aire. ¿Cuánta gente puede decir eso? No necesito casi nada, soy cenobita, y a mí me gusta mucho la gente, pero es que aquí no hay nadie y yo no puedo vivir en el atolladero, ya te lo he dicho. Ya no sé ni dónde nos quedamos.

Estabas a punto de ir a operarte.

Ah, tú quieres continuar con la anécdota, ¿no? Otra vez con eso. Todo eso que has escrito, todo lo que te conté el otro día no es real, ya no existe. El recuerdo no es real, es algo que ya no está en ninguna parte, lo único que existe ahora es este momento y tú estás aquí para eso. Es que no quiero continuar contándote cosas. ¿Quién soy? ¿Qué soy? No quiero continuar, quiero que rompas todo lo que has escrito y que nos vayamos a caminar.

No te enfades.

8 DE LA TARDE

El mismo día

¿Sabes por qué no quiero continuar? ¿Sabes qué me pasa?, que estoy tan agotado. Tan agotado del pasado y tú has venido aquí a recordármelo, mientras que yo solo quiero caminar contigo por las montañas. Pero he pensado que voy a acabar de contarte esta historia y este es mi propósito. Yo no estoy en el propósito. Tú sí. Has venido a eso, ¿no? Este es el problema del sistema: los propósitos. El sistema no permite lo vivencial.

No me operé. Me iba dando cuenta de que desde ese lugar la vida era muy compleja y no solo por todo el sufrimiento que pasé con el malestar de Elisa durante su postoperatorio, no, sino con el mundo en general. A mí me rechazaron todos, desde el primer vecino hasta el último familiar. Todo era complicado. Hacían ver que no me conocían.

Entre cien conocidos solo uno se dignaba a dirigirme la palabra. Cuando podía estar con alguien que me entendía, era tan bonito, pero el agobio era ya muy fuerte, un agobio en general. El desprecio de mi padre me dolía mucho, mucho, se me clavaba muy hondo y ni siquiera podía hablar con mi hermana, ella ponía mucha voluntad, pero le costaba y a mi madre igual, no podían. Imagínate que, a tu hijo, que le has dado de mamar, lo has cuidado, lo has visto crecer, va y se hace transexual. Y no solo eso, sino que yo había dejado de lado toda mi carrera, toda mi obra estaba arrinconada. Todos los que me veían solo veían en mí un problema y no a un ser humano. Se acercaban para preguntarme acerca del problema, no por mi carrera, ni por mi necesidad de volver a crear o a recuperarme ahí, no, y te estoy hablando de los pocos que se acercaban. Nada de hablar de todo lo que había dejado en el piso y no estaba mal, en esa época ya había ganado algunos premios; todos querían hablar del problema que yo era. Y, a raíz de todo este rechazo, de repente me veo solo. Muy solo.

Empiezo a pensar en la posibilidad de ir atrás y ahí me coge, me entran unas depresiones, no sabes lo que lloré, ahí lo lloré todo y mi madre al lado. Yo no quería volver atrás, pero no quería vivir en el rechazo. Había encontrado un punto de equilibrio tal como estaba, me gustaba, me sentía bien, y si decidí operarme era para entrar en un orden social. Era para situar, para aclarar. Si decido que no me opero, el problema es eterno, quiere decir que yo no tengo solución. No podía vivir así. O te castras o te quedas como antes. Castrar, castrato, eso es en el lenguaje médico. Estoy hablando de una reconversión, de cortar un miembro.

No me daba ningún miedo operarme. Yo me sentía tan mujer, pensaba que eso me iba a liberar. Dudaba por todo lo que viví con las que se habían operado. Doy gracias a los guías, o a lo que sea, de que pude vivir y conocer los procesos de las operadas y vi cómo estaban, ¡estaban fatal, un desastre psicológico! Estuve reflexionando durante mucho tiempo hasta que decidí no hacerlo. «Me quedo como estoy, no me opero», le dije a mi padre. ¿Sabes qué dijo?: «Todo lo que estás haciendo es solo asunto tuyo» y que él, respecto a mí, pasaba página. Mi madre vio la posibilidad de que yo me reencontrara y decidió ayudarme. Fue un proceso muy largo, no paraba de llorar, y en estas Elisa se va con el americano y desaparece. Y yo entro en unos años de vómito, no solo por su ausencia, sino por darme cuenta de que tengo que salir de ahí como sea. Hice muchas regresiones, regresiones de *ánimus*. Quería poder comprender, exteriorizar mis sentimientos, pero no podía. Pasé los mismos años siendo varón que siendo transexual. Fui un hombre hasta los diecisiete años y en plena adolescencia, pero ¿qué es un hombre?, ¿qué es una mujer? Mi decisión de transformarme fue espontánea, hubo toda una serie de situaciones que

conformaron ese deseo y puedes hacer muchas conjeturas: decir que todo viene por la separación de mis padres, puedes definirme, diagnosticarme, responsabilizar a, quizá es más simple y todo estaba en mi naturaleza.

¿Ahora qué soy? Pasé los mismos años siendo mujer, eso cuenta.

Me quedé tan solo. Tenía que intentar que el rechazo exterior no se me comiera y la única vía era llegando al origen. Tardé años. Tarde tanto. Tengo la sensación de que hace solo dos días que no soy mujer. ¿Me entiendes? Olvídate, conmigo, del tiempo. Olvídate de estructurar, de hacer planes, de localizar cosas, de saber años, nombres y olvídate de saber el final.

No hay ningún final porque no hay resolución. La resolución del problema no existe, pero sí hay un lugar en el que abrazar el problema. Es ahí donde estoy ahora y gracias a estar en este punto puedo estar en un lugar que en realidad no corresponde a lo que yo soy. No puedo explicártelo mejor ni definirlo mejor.

Definir es entrar en el diagnóstico.

Uno etiqueta o diagnostica porque tiene intención de resolver algo que cree que va mal. Pero si en vez de diagnosticar cojo el problema y lo abrazo y lo quiero mucho, puedo llegar incluso a que deje de tener la forma que yo mismo le doy. Querer darle forma también es diagnosticar. Y eso puede ser gigantesco o puede ser una bola pequeña, un resfriado, por ejemplo. Siempre estamos hablando de lo físico y, si te puedes liberar de eso, todo queda en otro lugar.

Decido volver a mi origen, barajo las posibilidades y todos los recursos que tengo. ¿Cómo puedo vivir mis dos aspectos, el masculino y el femenino? ¿Cómo puedo vivirlos desde un lugar que no me rechacen, desde un lugar social que sea tolerable? Desde un lugar que pueda funcionar. Y es evidente que cuando se trata de algo así tiene que haber una renuncia, saberse ahí en una renuncia así es entrar en una depresión. Me negaba aquello que también soy. Volver a ser hombre. ¿Qué es un hombre?

Luego me di cuenta de que no hacía falta negarme tantas cosas. Trabajé tantos años este gran esfuerzo que ahora, pensando en todo esto que te estoy contando, vuelvo a entrar en un sobreesfuerzo que, como ya no estoy ahí, me cansa. Me cansa reflexionar acerca de algo que el tiempo ya se ha encargado de diluir.

Y ya está.

Ya te he dicho que no hay resolución. Ahora estoy bien, ya te lo he dicho antes. He sido muy paciente conmigo y el tiempo me ha ayudado a comprender que no es tanto lo que construí sino lo que soy. Yo nunca he dejado de ser yo y por eso he podido tener tanta

paciencia conmigo. ¿Qué otra posibilidad tenía? Tenía que salir del círculo del diagnóstico y ponerme a trabajar. Solo había una vía, ¿sabes cuál? El Medicatrix Natura. Decidí retirarme a un valle, irme totalmente solo, pero Laura, una amiga, me acompañó. Laura fue de las pocas mujeres que me abrazó durante mi trayectoria de cambios. Tuve muchas idas y venidas de identidad. Nos fuimos a una casa muy apartada, solos, y ahí empezamos a mezclarnos con la naturaleza. Yo pasé la de San Quintín, los primeros años fueron muy duros, no conseguía aclimatarme, pero después de esos dos o tres años ahí, empecé a ver, a verme. Siempre me veía en dos lugares diferentes y eso producía mucho malestar. Empecé a unificar. La naturaleza me ayudó, estaba en un lugar tan lejos del mundo, más aún que ahora, y solo podía verme ahí. Me di tiempo. Y ahí me dije: «Si ya no estoy en un lugar o en el otro, ¿dónde estoy?». Cuando dejé de perseguirme y de hacerme todas esas preguntas, cuando dejé de no tener ninguna necesidad de seducir o de sentirme seducida o de tener libido, todas esas preguntas dejaron de surgir. Tú no te imaginas la paciencia que tuve que tener conmigo y cómo todos esos pensamientos en plena naturaleza iban cayendo solos.

Pasé seis años así, con Laura. Ella ya no podía más. Nos hicimos pareja, estuvimos bien a pesar de lo duro que era todo, nos hicimos dos almas gemelas, pero ella ya no podía más, se sentía sola, aislada, necesitaba contacto con la gente, yo no. Yo, al revés. En cuanto ella se va, aún recorto más las bajadas a la ciudad y al supermercado, a todos los lugares, hasta que encuentro una extrapolación y no salgo de mi casa. Ahí viene una amiga a rescatarme y me lleva a su casa, una casa en la montaña, pero mucho menos retirada, me quedo unas semanas. Aparece Sara y nos enamoramos, nos vamos a vivir juntos, me caso y vuelvo a la ciudad. Trabajo en mi obra, expongo, vendo, y empiezo a cambiar. Bajo a la civilización después de catorce años de aislamiento y empieza otra vez la diáspora. Ahí empieza otra vez el desequilibrio, te lo puedes imaginar, quiero ser mujer, y yo todo eso no lo vivo como un desequilibrio, sino como algo espontáneo que es rechazado. Voy y vengo. Sara ya lo sabía, pero pensó que no volvería a ocurrir, que ella me cambiaría. Estamos juntos seis años, cuando ya no lo soporta más, se va y yo me vuelvo a mi casa, a las montañas; mi madre tenía ya su casa y se vendían este refugio y el local donde duermo.

En todo este ir y venir he aprendido un montón de cosas. He aprendido a verme. Al principio necesitaba mucho tiempo, pero luego el tiempo se acorta, y ¿qué pasa?, pues que tengo más agilidad en este sufrimiento. Lo reduzco y ahí la vida es un poco más agradable.

Después de todo esto viene más y más soledad, pero siempre la acompaño con un pensamiento de esperanza en una nueva o nuevas compañías de personas o naturaleza.

Se nos ha hecho muy tarde y tú querrás cenar. Ahora ya no quiero hablar más. Si quieres puedes pasar a saludar a mi madre, le gustará, mientras yo preparo algo caliente. Me sabe mal que te vayas mañana, pero yo ya no quiero hablar más, ya te lo he contado todo.

Y esta es mi historia.

LUCHON, 10 DE LA NOCHE

LLÁMAME CANDELA

—

RAVAL, 10 DE LA MAÑANA
CAFÉ DE LAS DELICIAS

26 de noviembre de 2009

Ahora me va a costar que me salga algo por la boca. Ahora mismo no me viene nada más que este café y este cruasán. Yo quiero que esto sea una conversación entre tú y yo, aunque tú no hables, pero así, una simple conversación con el café.

Empecemos por los principios de la vida: me hicieron en Sevilla y me parieron en Madrid, en la Milagrosa de Chamberí, mira lo madrileño que es eso. Aquí, en Barcelona, estoy desde los doce. El tema es que mis padres se separaron y un día mi madre nos cogió a cuatro de los cinco que éramos y nos llevó a Venezuela. Ella ya se había ido antes una vez, porque recuerdo que, cuando el pequeño tenía cuatro meses, se fue y nos dejó a los cinco con mi padre. Se fue a Canarias, con su hermana. Volvió. Pero creo que nunca volvió. Ahí empezaron a dormir separados porque no querían tener más hijos. Era una época que si viene, viene, ¿me entiendes? Mi madre me contó una vez que mi padre se ataba a la cama para que al darse la vuelta por la noche no le dieran ganas de agarrarla. ¡Fíjate tú! Es que la revolución llegó después con los centros de planificación familiar y con la pastilla. La mujer era una esclava. ¡Es que ya tenía cinco! Ella dice que cuando yo llegué, ya no quería más hijos. Cuando estás fértil, estás fértil, y ella se veía ahí pariendo cada año. Yo creo que ellos se querían porque cuando la separación, mira, en cuanto mi madre tenía algún problema, iba corriendo a llamar a mi padre y se calmaba. Y ahora te voy a decir una cosa de la cual no tengo certeza pero que ella a veces, por sus comentarios, me ha dejado caer: mi madre no había tenido ni un solo orgasmo con mi padre. Sé que tuvo dos historias mientras estuvo con él, lo sé porque él decía: «Con vuestra madre tengo que agacharme para pasar por las puertas». ¡Los cuernos! Un día

mi padre empezó a decir que yo no era hija suya y luego, calla, que a mi madre le presentaron a un psiquiatra, fue mi tía, se ve que le dijo que le iría bien. ¿Y qué hizo el psiquiatra? Se enrolló con mi madre. Lo mejor de lo mejor para salvar un matrimonio. Eso fue un polvo en la consulta. Yo no sé si estas cosas se las contaba a él, pero mi padre no paraba de hablar de los cuernos. Y, sin embargo, nunca los vi discutir. Cuando mi padre nos reunió a todos para decirnos que nuestra madre y él se iban a separar, yo empecé a llorar. Tía, mis hermanos no tuvieron esa reacción. Para mí mis padres eran una sola persona y no me lo podía creer. Yo me quería ir con mi madre y lo empecé a decir: «¡Yo quiero estar con mi madre, yo quiero estar con mi madre!». Y encima en esa época salía por la tele Marco, ¿te acuerdas? Pues se separan y nos coge a los cuatro y nos lleva a Venezuela porque ahí tenía un novio de la infancia. A los tres meses nos quedamos sin un puto duro. Recuerdo que comíamos muy mal. A su novio lo empezamos a llamar papá, buscamos colegio y todo, la idea era quedarnos a vivir ahí, pero no pudo ser, tuvimos que llamar a mi padre, él ni sabía dónde estábamos. Mi hermana, la mayor, habló durante una hora por teléfono con él a cobro revertido, nos costó cien mil pesetas de aquellos años. Volvimos los cuatro con mi padre. Cuando llegamos, él estaba con una chica que cuidaba al pequeño, mi madre había tenido que dejar al pequeño, y se enrolló con la niñera, al final, hasta se casaron y tuvieron una nena. Bueno, eso, que nos quedamos los cinco con mi padre. Y entonces lo de Marco era de los Apeninos a los Andes, y yo veía eso, *no te alejes mamá*. Y yo: «¡Mi madre, mi madre, mi madre!». Mi fijación. Solo yo. Ninguno de mis hermanos estaba con esa fijación, lo mío era una cosa…

Cuando tenía quince años, mi padre nos volvió a reunir por segunda y última vez. Yo vivía con él, pero tú piensa que yo iba de un lado a otro, de Madrid con mi padre a Barcelona con mi madre, que ella tampoco paraba, no te creas. Bueno, que nos reunió porque yo me quedé embarazada de uno que se fue a la mili y me dejó el dinero para abortar, pero yo era menor y necesitaba el permiso de mi padre para viajar. Él nos fue diciendo uno a uno lo que le tenía que decir, ya no me acuerdo, pero, cuando llegó a mí, dijo: «Ya sabes con lo que te has cargado». Le dije que no lo sabía y que yo no quería tenerlo, que quería abortar. La cosa quedó ahí y yo lo empecé a llamar al laboratorio: «Papá, si mezclo esto con esto, ¿aborto?». «¡¿Qué vas a hacer? ¿Qué es lo que vas a hacer?!», me decía. Ahí le respondía: «Pues fírmame el pasaporte para irme a Londres». «No te firmo nada». Él no quería ser partícipe de mi aborto. Me fui a Mallorca, que entonces mi madre estaba ahí, a ver si ella me podía ayudar, pero sin pasaporte, sin dinero. Un día a mi madre se le cruzaron los cables, yo ya estaba de cinco meses y aún se podía abortar, en Inglaterra aún se

podía, pues ese día me pegó una paliza de mil carajos. A mí, mi madre, desde pequeña, ya me había puesto a caldo. Solo a mí. Me llamaba saco de pulgas. Ella quería que yo abortara y yo también, pero según va creciendo un nene en tu barriga, pues cuesta, y yo sentía pues bueno, que lo tenía. Mi madre me cogió con un pañuelo y me quiso estrangular y me empezó a pegar patadas en la barriga, y en esa locura me estrangulaba. Yo ese día me fui y dormí en la calle, quince años, embarazada de cinco meses y me levanté con coágulos de sangre en la cara. No me acuerdo de qué hice. Volví un par de días después, pero no me acuerdo de qué hice en ese espacio de tiempo. No, no me pidió perdón. Me llevó a una reunión de mujeres y planteó el problema de la falta de dinero y salieron las cuarenta mil pesetas para ir a Londres. Ahí estaba el problema del pasaporte y la hija de una amiga nos dio el suyo, y me fui sola a abortar. Y ahí otro lío, yo esa semana acababa de cumplir los dieciséis, pero el pasaporte era de una chica de quince. Llego y con quince no se podía abortar si no ibas acompañada. Me dicen que no me pueden hacer la intervención. Mi madre tuvo que llamar, enviar un documento de que yo no era la del pasaporte, que era otra, que yo ya tenía dieciséis. Finalmente aborté. Me desperté de la intervención llorando como una madalena. La noche anterior había sentido muy fuerte a la criatura, la había notado moverse. Igual estaba solo de cuatro, ¿no?, es que si no yo la tenía que haber notado antes, ¿no? Y la noche anterior la sentí. ¡Durito, durito! Sí. Pero no me quedé con ningún cargo de conciencia. Era una liberación, pero vamos, la hubiera tenido, ya que venía. Pero ahora, en perspectiva, me doy cuenta de que hubiera sido un error, más que un error. Cuando llegué a Mallorca tuve una infección de ovarios que te cagas, pero, fíjate, al cabo de unos días ya me enrollé con un amigo, me salía leche de los pechos, lo que no era normal de todo eso era el dolor que tenía, y mi madre no estaba por ningún lado. Ilocalizable. Yo me iba doblando por las calles sin que nadie me atendiera. Me fui de urgencias y me ingresaron un par de días, me dieron antibióticos hasta que me recuperé. Ella, ilocalizable. ¡Dieciséis años! Ahora lo pienso y, era una niña. Después de eso, mi madre se fue, me dejó en Mallorca, me dejó en el piso que ella tenía alquilado y se fue a Barcelona. Y yo me había ido a Mallorca para estar con ella. Siempre detrás de mi madre. También te digo que yo, en esos momentos, no sé de qué vivía. Ni idea. No lo sé. No sé cómo subsistía. A mí, mi padre, creo, no sé, en esa época me tenía decretado pasarme diez mil pesetas al mes. Yo aún estudiaba, estaba en octavo de EGB, pero repitiendo. Claro, nos hemos saltado que en sexto yo estaba en Barcelona, en séptimo, en Madrid, en octavo, el primer trimestre, en Barcelona, el segundo, en Madrid, y el tercero, en Barcelona, con lo cual suspendí. ¡Imposible!

Tú imagínate que, en el colegio de aquí, el Ginebró se llamaba, pues éramos doce en clase, doce personitas, avanzábamos mucho, y en Madrid éramos treinta en clase, luego vuelve a doce, que ya imagínate dónde estaban de avanzados. No me podía poner al día. Aquí ha habido una cosa que nos hemos pasado de largo, una historia del ático de Mallorca. Yo entonces tenía a mis primas y estábamos en la época de la heroína, y mi madre me dejó sola en el piso y toda la gente que venía se chutaba. Yo no. Un día pusieron en un folio las *chutas* colgadas, pegadas con celo y con el nombre de la persona. Una cosa de artistas. Ese día me fui a pasear con la moto de uno de ellos y la anécdota tiene narices, ¿eh?; me paró la *poli*, me pide los papeles y le digo: «Es que la moto no es mía, es de un chico que está en mi casa». En el ático, con el folio. Y me dice el poli: «Pues vamos a tu casa». Yo subiendo con los *polis* hasta el séptimo. Salió el dueño de la moto, yo acojonada. Todos ahí chutados, y que no pasó nada, le enseñó los papeles y ya está. No registraron nada. Lelos totales. Uno de esos días tuve una bronca muy fuerte con uno de ellos, le dije que no quería verlo más por el ático, entonces, cuando me faltaban tres días para volverme a Barcelona, ya tenía el billete comprado, dije: «¡Bah, voy a probarlo, ya que me voy!». Recuerdo que vi a ese chaval, al que le había dicho que no volviera, y de repente, con el colocón, todo era armonía, buen rollo, me había olvidado de todo. Cuando desperté de aquello y me di cuenta de que mi voluntad se había ido a la mierda, cambié el billete de tren para irme ese mismo día a Barcelona. Es que me vi… Si me quedo tres días más, no lo cuento. Pensé que eso era demasiado y que a mí no me interesaba algo que anulara tanto mi voluntad y mi persona. El viaje es: todas las ansiedades desaparecen, todo es armónico y se van los problemas y por fin puedes respirar tranquila. Te estoy hablando de una vez. De un chute. Imagínate que ese día estábamos en el ático, sacamos una colchoneta al tejado, por la ventana, y ahí, todos gozando, qué *bonicas* las estrellas, el cielo, muchos no han tenido tanta suerte. Imagínate el riesgo, era un tejado normal, pequeño, imagínate, nos podíamos haber matado. Éramos unos siete. No los volví a ver nunca más. No sé, algunos estarán desenganchados, otros muertos. Hablamos de una época, pues de cuando llegó la heroína, en los setenta, ¿no? Yo tenía dieciséis años.

Me he dejado algo muy importante, que yo a los doce le dije a mi padre que se fuera ya esa mujer, la que nos cuidaba, se lo dijimos entre todos, pero parece que yo lo manifestaba más y me respondió a mí. Me dijo: «Ahora soy yo el que quiere que se quede». Yo le dije: «O ella o yo, papá». Y él: «Pues ella».

Y ahí me fui, con doce, yo sola, a buscar a mi madre.

12 DE LA MAÑANA

El mismo día

La primera vez que me coloqué fue a los cinco años. Estaba en el patio de la escuela y empecé a dar vueltas sobre mí misma. ¡Me encantaba! Paraba y otra vez.

Y la segunda también fue en el patio, hacía flexiones hasta que se me aceleraba el corazón, entonces cogía mucho aire, mucho, así, mira, y lo retenía al máximo, así hasta perder la conciencia. Pierdes la conciencia y sueñas un montón de cosas, parece una eternidad, aunque solo estás medio minuto. Eso lo hacía muchas veces, como cuatro veces al día. ¡Me encantaba! Molaba porque todo era una mierda. Siempre intranquila. Siempre pendiente de mi madre. Por eso, perder la conciencia, aunque fuera solo un minuto, ¡me encantaba!

RAVAL, 11 DE LA MAÑANA
BAR CANDELA

9 de diciembre de 2009

Miro a ver quién es, ¿eh? Es mi madre, lo cojo, ¿eh?, porque ella no me llama nunca.

Ya está. La llamo luego, que quiere charlar. Este bar antes tenía un dueño holandés, ¿habías venido? Y antes aún era más lúgubre y oscurito. A mí me gusta más ahora, ha pegado un cambio, igual que el barrio entero.

Mientras venía, he estado pensando en lo que me preguntaste, en por qué te estoy contando esto. Es una buena pregunta, y tú, ¿sabes por qué lo estás escribiendo? Hummm, también es una buena pregunta, ¿eh? Las cosas que me han pasado, algunas son muy duras y otras parecen cómicas. Creo que te lo estoy contando para que quede escrito algo de mi propia vida, no sé si servirá a alguien, a mí me hace ilusión poder contártelo. Y, como tú escribes, yo pensé que sería bonito, así, una simple conversación entre tú y yo, y además me está bien recordar, es una forma de sanar. Me remueve y a la vez me alivia. Cuando pienso en enseñárselo a mi madre sé que muchas cosas le van a sonar a nuevo. Y no sé si ella es consciente de otras. Pero no me preocupa que ella lo lea. Lo que me cuesta es todas las palizas que me ha dado y que queden ahí. Pero no me preocupa. El libro será

anónimo, así que nadie sabrá que ella es ella a no ser que yo lo diga. Yo no quiero hacerle daño a mi madre. Ya hemos contado lo del aborto, la paliza en la barriga, que me cogió por el cuello, todo eso, pero hay, que yo recuerde, palizas anteriores.

Cuando yo era pequeñita, unas vacaciones de Navidad, en la sierra de Cazorla, en la plaza del Huevo, en un hotel, mis padres estaban aún juntos, yo tenía cinco o seis años, un palizón, que me cogió, estábamos todos sentados en el restaurante del hotel y estábamos dándole a la cuchara, así, dale y dale al plato con la cuchara, ta, ta, ta, ta, ta, entiendo que debe de ser pesado; mi madre dijo que se acabó y yo continué, porque yo era muy movida. De los cinco hermanos era la única a la que llevaban como a un perro, con correa, porque era un saco de pulgas. Me llevaban así. Yo me subía por todos lados. Solo a mí me llevaban con correa, yo era muy nerviosa, muy inquieta. Y lo que te contaba, lo de la cucharilla, pues yo no paré y con todo el mundo delante, mi madre me cogió y me empezó a dar hostias hasta la habitación; ahí siguió y se me cayó un diente de leche de una de las hostias. Recuerdo todas las hostias, el momento. Me daba en todos lados. Y me dejó en la habitación llorando. Mi padre no vino, no vino nadie. Y ya no me acuerdo de más. Ellos no sé, no sé qué pensaba él de esto porque yo nunca los vi hablar del tema ni discutir. Era muy pequeña, pero recuerdo bien ese momento, me dio hasta que se me cayó un diente, imagínate. Por esas mismas fechas, en Madrid, nos pegó a mi hermano y a mí desayunando porque mi hermano, que era un hijo de puta y lo continúa siendo, empezó a sorber la leche con la cuchara haciendo mucho ruido, y yo, que pares, y él cada vez más ruido, y venga y venga, y estábamos en ese rollo cuando sale mi madre de la cama gritando y empieza a pegarnos que no veas, y ahí se me cayó otro diente. Estuvimos dos días sin ir al cole porque no nos podíamos ni sentar.

Así como mi hermana sí que le echa todas las culpas de todo a mi madre, yo no. Yo no quiero hacerle daño. Porque mi madre es muy frágil. Y yo también. Pero yo he tenido que endurecerme para tirar *pa'lante*. Más palizas. Más. Yo recuerdo que una vez nos seguía a todos con un zueco, pero siempre me pillaba a mí, y, fíjate, mis hermanos no tienen conciencia de que ella les haya pegado. No tienen recuerdos; solo en esa ocasión que te he contado de mi hermano que fue una paliza a dos. Bueno, pues que iba detrás de nosotros con el zueco y ese día había un lápiz en el suelo, se resbaló, cayó de culo y no se pudo levantar hasta que vino mi padre del trabajo. Nos reímos: «Ja, ja, ja, ja, ¡se ha caído! ¡Se ha caído y no nos ha pillado!». Se quedó ahí tirada, en ese pasillo en el que a mí me encerraba cuando yo estaba nerviosa, no he llorado yo nada, en ese pasillo.

No la pudimos levantar, llamamos a mi padre y vino el médico. No

tenía nada más que una buena hostia.

Pese a ser la que más palizas recibía, yo era la única que me quería ir con mi madre. Pues porque era mi madre. Porque era mi madre. Yo siempre mi madre, mi madre. Mi padre no nos ha pegado nunca, a ninguno; bueno, un día le dio un bofetón a mi hermana. A él no le gustaba que habláramos en la mesa y nosotros venga a hablar, y le cayó el bofetón a ella porque se metió una servilleta en la boca para no hablar y empezó: «Agggggggggggggggg» y «ogggggggggggg». Hacía como que no podía hablar y tampoco podía parar. Le cayó un cachete. Es la única vez.

Y mi padre, mi padre era un sufridor de la vida. Él quería ser arquitecto, era su sueño, pero mi abuelo, como era farmacéutico, lo obligó a estudiar Farmacia y estuvo trabajando en una de Sevilla, hasta que se fue a Madrid y ahí trabajó toda su vida en un laboratorio. Igual por eso bebía, bebía pero no era agresivo, era un sufridor. La conciencia la ponía a un lado, con lo cual podía continuar viviendo. Y bebiendo. ¡Qué pena! Mira, me sabe mal no haber podido estar más tiempo con él. Yo me desvinculé de la casa y de él, lo llamaba para el Día del Padre, pero ya. Lo llamaba dos veces al año, para eso y para Navidades, por ejemplo. Él nunca me llamaba. Ah, calla, calla, una vez me llamó. Yo no estaba en casa, estaba mi madre, llamó, ella cogió el teléfono y esta fue la conversación:

—Hola, ¿está Candela?

—No. No está. ¿De parte de quién?

—Soy su padre.

—Ah, yo soy su madre.

Ya está. Esa es la conversación que tuvieron en aquel momento. Él no quería relacionarse con ella porque se había ido. Mi madre, una vez, quiso volver para poder estar con sus hijos y pidió estar sola en una habitación, y él no le dejó. Acuérdate del momento que era. Franco estaba vivo. Se fue ella. Hicieron la partición de bienes con abogadas en el gabinete de Cristina Almeida. Era un momento muy loco en España. Vamos a ver, si yo tenía ocho años cuando se separaron, pues era en el 73. ¿Dónde estamos? Ah, sí, en la repartición de bienes. A mi padre le tocaba darle quinientas mil pesetas y ya está. Ya le había ido dando y, con eso y lo otro, más tarde se compró una casa en Mallorca. Le dio el último medio millón y ahí fue cuando nos fuimos a Venezuela; ah, eso ya te lo he contado. Tres meses, con cuatro niños, pues se pulió todo el dinero. Cuando se quedó sola le fue más fácil, fue encontrando trabajos. Mi madre era maestra de escuela, con la titulación de entonces, claro; ejerció en la escuela de su madre, en Sevilla, pero cuando se casó, mi padre no quiso que trabajara. Ella dice que mi padre le puso una alfombra roja: tenía servicio, una mujer que venía a coser, otra a limpiar y otra a cuidarnos; y que ella no tenía

nada que hacer en casa, y lo que ella quería era trabajar, y venga a parir hijos. Somos cinco y porque se fue, si no eso podría haber sido lo que Dios hubiera querido. La historia de mi madre es tela marinera. Ella se estuvo meando en la cama hasta el día que se casó, incluido ese, hasta los veinte años. Después de casada se dejó de mear. Solo te diré una cosa más, sus padres estaban separados y el novio de mi abuela estuvo abusando de mi madre hasta que lo pillaron, y cuando lo pillaron, la puta era ella. Esto me lo ha contado, que él la pillaba por toda la casa. Ella quería ser monja y, después de eso, las monjas también la repudiaron: «¡Puta!».

Estamos haciendo una regresión, ¿eh?, y es jodido. Estamos aquí tú y yo, aisladas del mundo en este bar, con una música de puta madre, y nadie nos puede oír. ¿Qué será esto que suena? Espera, que lo voy a preguntar.

¿Sabes qué es? ¡Flipa! Es *Don't Panic*, de Coldplay.

¿Sabes qué pienso, Esme? Ahora así, en general y en retrospectiva, que he tenido muchos anhelos, muchas carencias, demasiados desarraigos. Pero yo soy candela. Así me gustaría llamarme en esta historia. Llámame Candela. No porque estemos en este bar, sino porque yo soy una llama. Me veo así. Ahora tengo cuarenta y tres años y dos hijas, una de veinte y otra que está a punto de cumplir dos años. Y ahora de lo que te quiero hablar es del flamenco. ¿Pedimos otro café?

12:30 DE LA MAÑANA

El mismo día

Empecé a bailar clásico español a los seis años y dejé de ir en cuanto se fue mi madre. Eso quedó ahí como una semilla. A los dieciséis años mi madre me metió en una escuela de teatro, en Granollers, a ver si me aclaraba las cosas de mi cabeza. Venía del aborto, la casa de Mallorca, me había metido muchas *pastis*, y entonces lo dejé todo: novio, pastillas, hachís y Mallorca. El teatro me gustaba mucho, me pasaba ahí de cuatro a cinco horas diarias. Estudié los tres años, pero no quisieron darme la titulación, por lo de siempre, no paraba quieta. Yo vivía con mi madre y su nuevo novio, y me tuve que ir de ahí porque la relación entre ellos era terrible y yo estaba ahí recibiendo todo el terror. ¿Sabes qué hice? Me hice un ajuar. No te he hablado del ajuar, ¿verdad? Sí, me hice un ajuar a mí misma para convencerme de que me iba. Quería acabar con la locura de ir detrás

de mi madre. Quería coger las riendas de mi vida. Y me fui. ¡Una locura! Primero me fui a una casa en Sant Celoni, luego a otra, luego a otro pueblo, a Les Franqueses, luego a otra casa, luego a Mollet, y con tantos cambios no podía seguir el curso y no me quisieron dar el título. Pero conseguí un papel para hacer de Lisístrata durante cuatro meses por todos los barrios de Barcelona. Ahí conocí a Víctor y nos enamoramos, y, como él también había estudiado teatro, buscamos algo juntos y nos salió un trabajo, el ayuntamiento nos dio una subvención para hacer *El rey del carnaval.* Forramos un autobús de dos pisos con telas de colores que las cosí todas yo, cogimos garbanzos, los remojamos en la bañera con un tinte de colores y eso lo tirábamos desde el autobús a los niños como si fueran caramelos. Éramos así. Queríamos ser originales, y entonces se renovaron las fiestas de Santa Eulalia, que con anterioridad había sido la patrona de Barcelona y la Mercè le quitó el patronaje, hasta ese año, que se volvió a tomar, y lo llevamos Víctor y yo con más gente. Ahí me tocó también coser. Coser y coser y coser. La historia era ir buscando brujas con un carromato por el Barrio Gótico. Las brujas se juzgaban en la plaza del Rey, ahí había una escenificación del juicio, a la que yo no pude asistir porque hacía *Lisístrata.* Yo, coser y coser. Y encima, cuando fuimos a cobrar, como nosotros no éramos autónomos ni nada, ni teníamos facturas, pues nos pagaron una mierda, no cubrimos ni gastos.

Con *Lisístrata* cobraba lo justo para pagarme el piso y comer. En esa época, si no hubiera sido por mi amigo Pere, yo no sé qué me hubiera pasado. ¿Te acuerdas del Pere? Él siempre me ha ayudado mucho. Me invitaba a comer a diario y me escuchaba. Me encantaba hablar con él. Trabajé en su escuela durante muchos años. Con Víctor había momentos muy bonitos, pero él no estaba, ¿por qué?, porque era una bala perdida. Estaba en el día a día de su día. Estuvimos juntos cuatro meses, para mí fue muy intenso y muy importante, era mi primera relación de vivir con alguien y para él también. Estaba y desaparecía y yo lo pasaba fatal. Un día, una amiga me dijo: «Borra a Víctor de tu corazón y pon otro nombre». Y eso hice. Puse: Lukas. Lukas era un austríaco que acababa de conocer y me gustaba. Ya va llegando lo del flamenco, ¿eh? Bueno, quedé un día con Lukas, no teníamos un idioma en común para hablar, así que nos fuimos a pasear por el puerto, todo muy bonito, hablábamos con gestos. Cuando ya nos íbamos a casa, él también vivía por el Pi, pues yo me había dejado las llaves y era muy tarde para despertar a alguien, así que me fui con él a su casa. Estaba solo y ahí empezó. Y ya está. A partir de ahí, tres años más. Él se iba a Austria en unos días y antes quería pasar por Madrid, y yo le dije que me iba a Madrid con él. Fuimos a la casa de mi padre, que no estaba, estaban solo mis hermanos pequeños. Dormimos en la cama de mis padres y ahí

encontré mi taburete rojo. Nosotros teníamos cada uno un taburete de un color, cinco taburetes distintos. Solo quedaba el mío. El rojo. Lo abrí y dentro estaban aún mis castañuelas.

Entonces él se fue a Austria y quedamos en volver a vernos. Nos escribíamos mucho y yo me dije: «¿Qué hago aquí?». Ya había *acabadoLisístrata*, todo. Quería continuar haciendo teatro para ganarme la manduca. Y pensé: «Me voy a verlo». Me habían dicho que allí les gustaba mucho el flamenco. Antes de irme yo, tomé unas cuantas clases con la Fernanda, que era un travesti que daba clases en su casa, en un pasillo daba clases de sevillanas, y con eso me fui. Me cogí casetes de música flamenca de Lole y Manuel, de Manzanita, de Triana, y mi amigo Pere me compró un vestido fucsia precioso, yo le cosí lunares con diferentes telas, y con un radiocasete chiquitito que me dejó el Pere. Y ya está. Yo, ya. Me pinté un lunar aquí y a veces otro aquí y me fui al centro de Viena, al lado de la catedral, con mi vestido fucsia, todas las pintas y mi casete pequeñito. Me quedaba allí, sin moverme, hasta que un japonés me dijo: «You dance?». Algo así. Y yo le dije: «Sí, para ti». Y empecé. Y ese día me gané cinco mil pesetas. De entonces, ¿eh?, ¡cinco mil pesetas! No veas cómo volví a casa. Libertad total. ¡Me puedo ganar la vida! Una sonrisa, Lukas, en casa, acojonado porque yo iba a bailar en la calle. Cuando llegué se puso muy contento porque yo estaba feliz. Él nunca me acompañó a bailar en la calle. A mí no me importaba. No era algo que ocupase espacio en mi cabeza, ¿eh? Eso era verano, yo tenía diecinueve años y llegué a Viena el día de su cumpleaños, acababa de cumplir veintiuno. Otro dragón. Mi segundo dragón. Era tan guapo, ese hombre. Era hermoso, bonito, perfecto. Ojos claros, pero era una belleza muerta. Sí. Inexpresivo. No tenía él las emociones, no lo sé, la verdad es que no lo sé, lo pasé mal, ¿eh? También lo pasé bien, pero al final fue todo muy dramático.

Aprendí dos idiomas: el francés, que lo aprendí con él porque era lo más cercano al catalán, y el alemán. Hablando. Hablando con la gente. Me puse a dar clases de sevillanas clásicas y flamenco improvisación. En Austria, Lukas me presentó al director del grupo de teatro Serapions. Yo los había visto actuar aquí, en el Romea, y me había encantado. El director me dijo: «En septiembre puedes empezar con nosotros». Fue una experiencia de la hostia, en todos los sentidos; aunque no me pagaban, yo estaba contenta, aprendía y, mientras, me ganaba la vida dando clases. Me pasaba horas en mi casa ensayando, mirando vídeos, improvisando. Con Serapions aprendí claqué y lo mezclé con el flamenco.

Y aquí hay un cambio. El director me dijo que me iba a hacer un contrato, ¡imagínate! ¡Yo estaba tan feliz!, pero me ocurrió una cosa terrible con él. Piensa que yo aún no sabía hablar bien el idioma y

tenía una persona que se ocupaba de organizarme las clases, los cursos intensivos y todo, y un día vino al teatro a hablar conmigo y, cuando se fue, vino el director y en alemán me echó una bronca de la que no entendí casi nada. El traductor lo resumió: que él no quiere que traigas a nadie al teatro. Y a mí eso me asustó mucho, cuando lo vi en esa actitud me entró la paranoia porque me recordó al compañero histérico de mi madre, y me entró un miedo, y ahí me entró un brote. No era el primero. Es que, imagínate, para él sería una bronca normal, pero para mí fue terrible. Y yo no quise un contrato con este hombre. Creo que entonces me volví a España.

El brote es un tiempo, luego se va. En aquel momento no me dejaba secuelas. Me recuperé en un mes, pero fue duro porque en un país extranjero yo no me enteraba de una mierda.

¿Lo dejamos aquí?

BARRIO GÓTICO, 10:30 DE LA MAÑANA BAR DEL PI

15 de diciembre de 2009

Antes de que me fuera a Austria por primera vez, unos días antes, empecé a sentirme extraña. Lukas se acababa de ir. Habíamos pasado unos días juntos en Madrid, eso fue un relax, yo nunca había sentido eso, nunca lo había tenido. Sí, de repente, en mi vida, un relax. Pues unos días antes había empezado a notar los labios acartonados y me dolía el pelo, sí, y se va Lukas y a la semana, de repente, no puedo moverme de la cama, no me podía levantar, se me cruzó la vista; si tú estás en esa situación y eres consciente, te tapas un ojo y ya te puedes mover. Llamé a mi madre que estaba por ahí. Por ahí la localicé y me llevó al hospital. Estuve cuatro días ingresada. Tenían que hacerme una punción lumbar para ver qué tenía. No me la quise hacer. ¿Para qué? ¿Qué hubiera cambiado? Si no tenían ni puta idea de qué hacer con eso. Pedí el alta de forma voluntaria. Me daba rabia toda esa gente hablando por los pasillos sin explicarme nada, sin que yo pudiera enterarme de nada. ¡Los médicos! Se me pasó. En Viena no me ingresaron, me recomendaron cama, baños de lodo y buena alimentación. Me duró un mes, ¿eh?, pero se me empezó a pasar. Yo iba tirando y no me importaba saber qué tenía. En aquel momento no. Yo lo que quería era tirar *pa'lante*. Además, no había tratamiento, no se sabía nada y yo no quería hacerme pruebas y pruebas, que eran, además, muy agresivas. Entonces no había resonancias. Y ahora que ya saben más cosas no tienen ni idea del porqué. Los motivos.

Me quedé en Viena hasta que estrenaron la obra de teatro. Yo hacía un personaje que no hice, claro, porque yo no quería nada con ese hombre. Vi la obra y me vine. Serapions me dio sesenta mil pesetas que me vinieron muy bien. Había trabajado un año sin cobrar, y ahora que me iban a contratar pasó eso y me lo pensé mucho, pero es que veía a ese hombre y me entraba un miedo. Ese dinero junto con las veinte mil que me había dado mi padre me ayudaron a volver y estar un tiempo tranquila. Me vine a Barcelona, tenía todas mis cosas el Pere. Tanto ir de aquí para allá se pierden muchas cosas, casi no tenía nada. Por suerte mi relación con Lukas continuaba, él pensaba venir pronto, luego iría yo, y así. Mi idea aquí era estudiar flamenco en serio y me puse a estudiar cuatro días a la semana, y mientras buscaba piso viví en casa de Pere con sus dos hijos. Un sábado me levanté, le pedí a sus hijos que me acompañaran y me dije: «Hoy lo encuentro». Entramos y ellos dijeron: «Oh, ¡qué guay!». Les encantó y dije: «Pues este piso va a ser». El piso estaba en el Raval y valía dieciséis mil pesetas. El contrato se hizo a nombre del Pere. A mí ¿quién me iba a dar credibilidad de pago? Estaba en la calle Peu de la Creu. Y con ese nombre, realmente fue el *pie de mi cruz*. Hacía todos los trabajos que me salían para poder vivir: desde modelo en la escuela del Pere, clases de máscaras de teatro, algunas clases de baile. Y gracias a que Lukas me enviaba algo de dinero me pude sacar el graduado escolar. Acabé ese ciclo, por fin. Porque ahora yo no sé si esto lo has escrito, porque como voy de aquí *pa'llá.* ¿Hemos hablado del internado? No hemos hablado del internado. Nos ingresaron a mí y a mi hermana mayor en Mallorca, yo tenía catorce o quince. Un año ahí. Un año entero sin ver a mi madre ni a mi padre. Sin una llamada. Bueno, mi madre sí, alguna vez vino a verme, pero no se ocupaba. Esto no le va a gustar, pero es verdad, en ese momento fue mi tía la que se ocupó de nosotras, la que le presentó al psiquiatra, ¿te acuerdas? Ahí estamos. Mi padre no llamó ni una sola vez. Y cuando se acabó el internado, pues resulta que mi madre no lo había pagado y a mí no me dieron el libro de escolaridad, por lo que nunca supe lo que había aprobado y lo que no. Luego, como me fui a Madrid y me quedé embarazada, aunque me apunté a un colegio nocturno, pues tampoco saqué nada.

En Barcelona me presenté por libre y aprobé algunas, y las que me quedaron me fui a estudiarlas a una escuela. Podía estudiar porque estaba tranquila, teníael corazón cubierto y ya podía pensar en otras cosas. Porque con el corazón loco y dando vueltas en busca de cobijo no hay manera de estudiar. Yo quería cerrar ciclos, tener un mínimo de estudios, no dejar cosas pendientes. De hecho, mi vida es así. Es difícil, la estabilidad. Un día me hicieron la carta astral y me dijeron que todo se me retarda. Era afirmar algo que era evidente.

En esos momentos, las personas que más me ayudaron fueron mi amigo Pere y Lukas.

Yo creo que mi madre no podía estar cerca de mí, ni siquiera apoyarme, porque ella era una adolescente. Es igual los años. Ella ha sido una adolescente hasta muy tarde. Para ella, mismamente, la vida ya era una cosa muy complicada. Hay algunas cosas de esos años que me cuesta mucho contar. Porque si te lo cuento, cuando ella lo lea, yo no quiero hacerle daño. Yo siempre se lo he contado todo, bueno, casi. Pero podría parar, ¿no? Yo qué sé. ¡Es mi madre!

Solo te diré que hubo una época en que mi madre echaba mucho de menos al pequeño, lo había abandonado cuando era aún un bebé, ¿te acuerdas? Nos llevó a los cuatro a Venezuela, pero luego, cuando nosotros volvimos y nos fuimos yendo, ella nunca se pudo ocupar de él porque no tenía ni dinero para alquilarse una casa, iba de aquí para allá, y yo no sé qué hizo, pero se lo trajo. Lo fue a buscar a Madrid y se lo trajo. Nadie sabe qué hizo, ¿me entiendes?, qué tuvo que hacer. Fue una época muy dura, yo la veía sufrir, sola, sin sus hijos, sin casa, sin tener un trabajo fijo, y no paró hasta conseguir traerlo. Yo estaba en Granollers, haciendo teatro, y me acuerdo de que me quedaba cada dos por tres bloqueada, me venía mi madre a la cabeza y me quedaba muy tocada. Era raro. Esto nunca lo he hablado con ella. Luego se me pasó. Pero recuerdo una escena en esa época, con mi hermano; es que él no se enteraba de nada, ella se desgañitaba por él, y ahí le había salido un trabajo de cuidar ancianos y limpiar pisos, ¡ella era maestra de escuela!; bueno, pues mi hermano soltó algo muy desagradable de mi madre. No lo voy a decir. Muy desagradable. Y yo le di un cachete y él me pegó una hostia que me perforó el tímpano. Acabé en el hospital.

Suerte que encontré a Lukas en esa época. En cuanto pude me volví a Austria a bailar en la calle. Antes de ir ocurrió que yo acababa de montar un espectáculo en la librería Tartesus, la de la calle Canuda, ¿te acuerdas?; yo era muy amiga del dueño y me propuso que bailara, pues con el chico que bailé, que nos entendíamos muy bien, nos fuimos juntos a Viena. Igual que la otra vez, en la calle, con mi vestido fucsia y con un casete, y nos viene la policía y nos dice: «Nos parece muy bien que estén ustedes aquí bailando y todo muy bonito, pero lo queremos con músicos de verdad, con casete nada». Viena era la ciudad de la música. Pusimos un anuncio y apareció un venezolano que cantaba y tocaba la guitarra. De flamenco sabía poco, pero bueno, el hábito no hace al monje, pero da el pego. Y ahí estábamos, ¿no? Ahí estábamos. Fue bien. Ese verano Lukas se había ido dos meses a Venezuela. Nada más llegar yo, él se fue. Yo lo sabía, ¿eh?, se iba a hacer el final de su carrera. Su carrera de verdad, la del corazón, era la fotografía y se fue ahí a hacer unas prácticas de fotos. Y entonces

¿qué pasó? ¡Ah! Pues que el compañero que me había traído de Barcelona se enamoró de un guitarrista húngaro de la calle. Y entonces yo, un día, invité al húngaro a tocar y al final me enrollé yo con el húngaro. Y ahí la cagué. Fue una pena que la cagara ahí. Lo bueno de eso es que ahora tengo una preciosa niña de veinte años, la Raquel. Yo estaba en casa de Lukas y con eso, decidí irme, me cogí una habitación por mi cuenta y luego me fui a vivir con el húngaro. Fui de aquí para allá, como siempre. En cuanto llegó Lukas de Venezuela se lo dije. Recuerdo que él estaba en la bañera y me agarró y me metió en la bañera, vestida. ¡Dios! Yo estaba enamorada de Lukas, pero ¿por qué no dejé al húngaro? Pues, ¿por qué, por qué? No lo sé. Quizá yo ahí con él pues le veía sentido a mi vida artística y con Lukas no. Lukas me decía: «Estudia maquillaje y así completas mi profesión». Yo lo que quería era bailar. Después de los brotes que tuve prioricé totalmente el hecho de bailar. El húngaro me pidió matrimonio repetidas veces. Y entonces ¿qué pasa? Pues que el muro no había caído. Yo pensé: «Lo que quiere es venirse conmigo para salir del Este». Yo creo que eso es parte, mismamente, de la historia. ¿Si él estaba enamorado? No lo sé. Yo estaba con los dos. Durante los ocho meses que estuve en Viena, estuve con los dos. Enamorada de Lukas y, no sé por qué, liada con el húngaro. Un día, Lukas me dijo: «¿Por qué no nos vamos lejos tú y yo y desaparecemos?». Era bonito, sí. Pero era una ilusión. ¿Irnos dónde? Yo tenía que actuar, tenía que trabajar, y eso se quedó ahí. Y me quedé embarazada del húngaro y decidí volver a España con él. Y eso me rayó toda la vida. Bueno, toda la vida no, pero un buen rato. Pasó mucho tiempo, hasta que se me quedaron los líquidos mentales regulados. Pero todo tiene su qué. Me vine a España y me casé. Él tuvo que volver a Hungría para formalizar la situación. Cuando volvió le pregunté si había estado con alguien. Me dijo que sí, que en una borrachera, que en una actuación, que en un piso. A mí se me cayó todo el compromiso. Se fue todo al carajo. Yo quería apostar por eso. Me dije: «Apuesto, apuesto». Y creo que cuando él vino ya se había caído el muro de Berlín. Estoy segura de que se casó por eso. Sí, puede ser que también me quisiera. Yo no paraba de pensar en Lukas. Es como si hubiera llevado una vida paralela: lo que hubiera podido ser y lo que era.

Al año siguiente, una amiga mía bailaora me propuso dar un intensivo en Austria. Lo primero que hice al llegar fue ir a ver a Lukas, nos fuimos a tomar algo, me contó que acababa de conocer a la mujer de su vida. Me alegré por él. Charlamos, me acompañó hasta mi casa y me dijo: «No nos vamos a besar ni aunque quisiéramos». Y no. Ni queriendo.

Aquí fue la primera vez que quedé con Lukas, en este bar. Que me dejé la llave de mi casa, y luego nos fuimos a Sitges. Fuimos a la playa

y estuvimos todo el rato mirándonos, fue tan así que se nos quedó la mitad del cuerpo roja, roja. Así, una mitad roja y la otra blanca.

Ya no volví nunca más a Viena. Nos despedimos como buenos amigos y cerré otro círculo. No volvió a venirme a la cabeza el pensamiento de lo que podría haber sido.

Cerré. Clic.

12:30 DE LA MAÑANA

El mismo día

No sé si mi madre sabe algo de esto.

No sé.

Estábamos en Granollers, yo tenía trece años y ella estaba con su novio argentino, ese que me daba horror. Hubo una discusión muy fuerte y yo me metí, y él me cogió del pelo porque yo era lo peor de lo peor y me tiró al suelo, y yo ahí le mordí el tobillo. Me iba a dar y mi madre me cogió, me metió en el coche y nos largamos casi con lo puesto. Nos fuimos a casa de unos amigos suyos. Estábamos en el salón y recuerdo que mi madre se empezó a liar un porro y me lo pasó. Mi primer porro. Había dos hombres. Uno de unos treinta y algo y otro de veintiocho. Pusieron música y mi madre se fue a una habitación con el de treinta. Yo me quedé ahí y este, el de veintiocho, empezó a tocarme.

No sé si ella se lo imaginó. Nos levantamos muy tarde y no me preguntó nada. No sé si mi madre sabe algo de esto.

RAVAL, 11 DE LA MAÑANA
EN CASA DE CANDELA

12 de febrero de 2010

¡CRAC!

Bueno, una lámpara menos. ¿Qué? No, no, ella, que se ha caído, se ha despiezado. Bueno, tú quédate ahí, que ahora bajo la maleta.

¡Aquí está la maleta! Es mi vida. Mira, ¿de cuándo será esta mantilla? Huele. Sí, es de cuando bailaba. Aquí tengo mi pasado. ¿Y esta carta? ¡Joder, es del año 67! ¿Por qué tengo yo una carta que

escribió mi madre? Mira, es una carta a una de sus amigas, así que no la envió. ¡Oh! Huele. Royal Ambree. La guardo porque la botella es un caballo y yo soy un caballo. Ahhhhhh, aquí hay otro caballo, ¡joder!, pensaba que lo había perdido, es un caballo de piedra que me regaló Lukas. Es que mira, es un caballo de Egipto, ¿lo ves? Le tendría que dar la carta, pero le dolería, su amiga ya falleció. Una carta que nunca llegó, eso es extraño, algo que escribiste para el otro y no le llega y se muere sin saberlo. Bueno, déjame que siga mirando la maleta. Mira: *La vida es una enfermedad terminal*, esta libretita es de 1980, aquí apuntaba lo que pensaba, como un pequeño diario, mira, ¡puf!, esto no sé qué es, papeles, papeles de actuaciones, proyectos, ¿por qué he guardado todo esto? Esto es un dibujo de la Raquel, mira, el Papá Noel y un mar, y esto es un dibujo de la casa donde yo vivía en la montaña. Tengo que hacer una limpieza de las cosas del pasado. De las cosas físicas, materia, porque esas también son las cosas interiores. Son cosas que mueven cosas. Papeles y cosas que me cuentan mi pasado. Y aquí mira:*En caso de accidente llamar al Pere*, mira, y el teléfono del Pere. No a mi madre, ¿lo ves? No. Ella nunca ha pensado que si me pasaba algo yo la podía llamar. Otra agenda: *Agenda 1986 dona emakume, dijous 2 trucar al Piti*. Era la época del baile, el teatro, el circo. Mira aquí, mira quién hay dibujada: Margarite Duras, la del amante, ¿verdad? Yo no lo he leído. Mira: *Septiembre a la una con Lukas ir a Serapions.*

Uno ha vivido cosas y está bien. Está bien haberlas vivido. Las miro con nostalgia, duele que tantas personas de las que he conocido ya no estén en mi vida, ¿y por qué?, pues porque se han ido a su propia vida. Desaparecen. Nena, hay gente que desaparece, como las calles. La calle Cadena también ha desaparecido, San Jerónimo también ha desaparecido. Eso es una de-sa-pa-ri-ción. ¡No existen! Las personas existen y, de repente, ¡ostras!, hace veinte años que no te veo, ¡qué fuerte! Te dije lo de las castañuelas, ¿no? Sí, pues mira, mira qué montón de castañuelas, fíjate. Desparejadas. No hay ni una que vaya con otra. ¡Tremendo! Desaparecidas, como las calles. ¡Increíble! Otra agenda, aquí solo hay un corazón, 4 de febrero, Lukas y un corazón. Esta maleta es mi memoria, las agendas, los teléfonos de mis alumnos, la colonia, las castañuelas, un maillot, yo hice acrobacia, ¿sabías?, ¿y esto?, ¿esto por qué lo tengo?, ¿para qué lo tengo?, mira, una camisa con chorreras, esto es del principio, ¡oh!, esto lo voy a poner en marcha, un pañuelito que huele a antiguo. Mira, huele. Hummm. Y esta es la llave de Peu de la Creu, mira cómo pesa, nada, para lo grande que es no pesa nada. Huele esto, esencia de Lotus. Mira qué cruz, la hizo un niño y me la regaló cuando yo estaba de monitora en una granja escuela. Escucha, otra agenda del 87: *Lukas, cariño, cuántos momentos lejanos, cuánta esperanza dormida, cuánto futuro*

pasado y presente futuro y cuánto Amor, 24 de enero del 87. Y aquí, mira, anotaba todo lo que le debía al Pere: *3.500 pesetas, Pere: 2.500 pesetas*, él me iba dejando, siempre se lo he devuelto todo, y mira, diapositivas de baile, ¿ves?, se ven mal, ponlas a la luz, igual, ¿no?, se ven mal, pues nada chica; otra agenda, esto debe de ser de Mallorca, pero vamos, no hay nada y además está escrito en alemán, mira, acércate, para que veas cómo escribo en alemán, aprendí en un intercambio de sevillanas-alemán, y luego trabajé en una agencia de viajes en Mallorca y ahí sí que aprendí. ¡Qué pasado que está el pasado, ¿eh?! Mira, maratón del espectáculo. Ya tampoco existe La Marató. Cuando empecé a salir con mi marido de ahora tiré todas las cartas que tenía de Lukas. Lukas y yo nos escribíamos mucho. Tiré unas cuarenta cartas. Cuando lo pienso, como las calles, ¿por qué las he tirado si son parte de mi historia? Eran cartas preciosas. Me quedé solo con una, con la primera. Fue un acto de honestidad conmigo misma, una ruptura, tantos años pendiente de esa historia, de vivir una vida como si fuera que no. Pues ya está. Esa historia aún me mueve cosas, por eso no hago nada por verlo, me gustaría, pero no hago nada. Yo sé que nada que ver con lo que fue, pero me mueve cosas.

Mira, otra carta. Es de mi madre. ¿Por qué tengo yo estas cartas? Deja que la lea.

¡Vaya! ¡Qué fuerte! Ahí mis padres eran felices. Lo que dice de él y ella, feliz con su primer hijo, yo creo que todo se torció cuando se trasladaron a Madrid, cuando mi abuelo echó a mi padre de la farmacia, tenían muy mala relación, y ahí mi madre daba clases y luego enseguida nací yo. Pero ahí sí que estaban felices, ¿verdad?

Creo que voy a cerrar ya la maleta. Tendré que limpiar la maleta otro día. Esto de tener los recuerdos metidos en una maleta, no, hay que andar más ligerito. Sí. La cierro, ¿eh?

Y al final hoy tampoco hemos hablado del flamenco.

RAVAL, 11 DE LA MAÑANA
CAFÉ DE LAS DELICIAS

26 de febrero de 2010

Raquel nació el año que cayó el muro de Berlín, en el 89. Nació en el Hospital del Mar. Lo recuerdo todo muy duro. Él, Lazlo, no te había dicho el nombre, lo vi muy frágil, muy débil. Yo recién parida y él en la habitación del hospital pidiéndome que lo cuidara porque se había

resfriado, la niña no cogía la teta, me tenía que sacar la leche y dársela en el biberón, y yo le quería dar el pecho, pero tenía tal desesperación con la subida de la leche, con él, con la niña, que no cogía y no cogía, me cogió una depresión. Me vinieron cuatro médicos, eso recién parida, y me preguntaron si yo me drogaba porque la niña tenía muchas convulsiones, que estaba muy nerviosa para ser un bebé, y le dije a uno de los médicos: «Mira, me la habéis sacado con fórceps, me rompisteis la bolsa el día anterior, a mí y a las otras cuatro mujeres que estaban ahí, estoy agotada y yo no me drogo». Fue un parto denunciable, si nos hubiéramos juntado las cinco, hubiéramos hecho un buen expediente. Si te rompen la bolsa, te adelantan el parto. En ese momento una está tan vulnerable, el tema es que vinieron los cuatro y que si yo me drogaba, y además de lo del parto, el padre pidiéndome a mí una manta; bueno, bueno, me entró un bajón ahí, un desespero, la niña no quería mi pecho. Y Lazlo *out*, muy *out*. Los médicos me dijeron que iban a enviarme a alguien para que me ayudara a darle de mamar a mi hija. Les dije que no, que en cuanto llegara a mi casa la niña empezaría a mamar. Y efectivamente, fue llegar a casa y mi niña empezó a mamar. A partir de ahí, medio año. Y ahí íbamos, *pa'lante* con nuestras historias personales. Había que trabajar. Vivíamos de los ahorros de Austria. Mi madre vino alguna vez a ver a su nieta y hasta nos hizo algún caldito. Luego ya no. Me ponía muy nerviosa por una parte porque ella no tenía dinero y porque fumaba mucho hachís, pero mucho, mucho. Una vez la dejé un ratito con la niña, y cuando volví, la niña parecía que se salía del cuerpo, y eso pasó las dos únicas veces que se la dejé. Fumaba en la habitación, con un bebito, ¡imagínate! De verdad que parecía que se salía del cuerpo, la nena. Nos fuimos a Mallorca y yo me encontré trabajo. Sí, me encontré porque nadie dio la cara por mí, yo solita. Vi un anuncio en el que buscaban a una persona con nociones de alemán. Total que me puse mis tacones y me fui a la oficina. Sí, sí, acto seguido me cogieron y acto seguido la nena dejó de mamar. Lazlo trabajaba de *maître* en un hotel. Ahí estábamos bien. Lo que pasa es que siempre estuvo ahí el fantasma de Lukas; hasta que no llegó mi marido de ahora no se fue el fantasma de Lukas. Yo soy muy dependiente. Yo soy así. Como yo misma. Es la vida la que me ha hecho así. ¿Por qué? Porque tengo mucha falta de padre. No, de madre no. Me faltaba mi papá. Siempre de hombre en hombre, un día me di cuenta: «Tía, para ya de tanto hombre».

Estuvimos trabajando en Mallorca durante ocho meses. De vez en cuando hacíamos algún bolo en casas privadas de alemanes. Lazlo tocaba la guitarra y yo bailaba, eso era bonito, nos unía; bueno, era lo que nos unía, y la niña. Y era muy buen padre, pero lo que nos pasaba, en el fondo, es que no teníamos química. Los olores, el tacto,

hacías el amor porque lo haces, porque tienes la persona al lado, pero a veces lo hacíamos dormidos, sin conciencia, y esas veces empezaron a ser siempre. Durante años hicimos el amor así, como algo que se hace por inercia y por necesidad. Yo no me lo pasaba bien, la verdad. ¿Tú sabes lo que yo disfrutaba con el Lukas? Y luego estoy con Lazlo y no funciona, a veces nos tomábamos un *speedy* sí funcionaba, pero ¿por qué?, porque metes química en el cuerpo, claro. Si no hay química, metes química, y entonces hay química porque has metido química. Eso no falla.

Cuando Raquel cumplió tres años, yo hice un intento de separarme. Empecé yo porque él nunca; él nunca, a mi modo de ver, se hubiera separado, hubiera aguantado, lo sé, es una certeza. Yo empecé a actuar en un tablao, me contrataron por tres meses en el Patio Andaluz y me enrollé con el cantaor, y ahí empezó ya la disgregación de la pareja. Lazlo, en Mallorca, porque estábamos mal, y ahí le salió un contrato para actuar. Se me acaba el contrato en el tablao, con el cantaor nada que hacer, estaba claro que me había metido en esta para salir de la otra. Y se lo dije a Lazlo. Me pasé cuatro días sin aparecer por casa, «ocúpate tú», le dije, «que yo estoy muy liada». Es que no podía más, yo traía toda la pasta, pagaba todo, me ocupaba de la niña, y él, músico, artista, tocar en casa y tocar en casa, muchas escalas. Autista. Yo no podía más, desaparezco, no estoy, hay que aclarar las cosas. Pero yo me fui detrás de él a Mallorca. Aparezco, se va él, me quedo yo con la nena. «Y ¿Y qué hago yo aquí con la niña de tres añitos y ella sin ver a su padre?». Era difícil. Ninguno de los dos tuvo bien la cabecita para planear eso. Se iba él y la niña se quedaba conmigo, y me iba yo y le dejaba a la niña. Llegué a Mallorca y empecé a bailar con él en hoteles, restaurantes. Nos fue bien, sí, un tiempo, hasta que acabó la temporada.

En todo este tiempo yo no tuve ningún brote. Fue nada más volver a Barcelona, las preocupaciones, los nervios, y todas las cosas que hay que pagar en la vida. ¿Qué cosas? La vida, que es muy cara. Tuve el tercer brote. Este me dio en las cuerdas vocales, tenía que hablar así, como de estómago, me costó mucho volver a recuperar el habla, te quedas como, es que, claro, todo es muy así, piensa que había hecho un intento de separación y un intento de volver otra vez y tener que darme cuenta de que lo nuestro no iba a ninguna parte, y así, con este cuadro, me voy a Sevilla. No lo cuento, no sé lo que me pasa, y ahí me enrollo con mi primo. En Sevilla, el brote me empezó a aumentar, esta vez solo me cogió el habla, apenas podía decir nada, pero ni yo ni mi primo le dimos importancia, nos enrollamos, ocurrió y fue tan bonito que yo volvía en el tren de vuelta feliz, feliz como hacía tiempo, años, que no me sentía. Poco a poco se me fue el brote. Yo no sabía lo que me pasaba. Hablé con mi médico, le dije los síntomas y me dijo que

me fuera a la Vall d'Hebron. Me ingresaron. Creo que esto que te estoy contando es ya de otro brote, ahí sí, el del habla se me pasó y en unos meses me dio otro, me cogió la mitad del cuerpo. No me paralizaba del todo, yo daba clases de flamenco en la Vall d'Hebron, en La Casa Groga. Recuerdo que salí de clase y me fui directa al hospital, me ingresaron para hacerme una resonancia. Ahí salió. Me llamó el director del hospital y me dio el diagnóstico por teléfono. ¡Un chulo! No creo que esas noticias se tengan que dar por teléfono: «Tienes esclerosis múltiple». Ni puta idea de lo que era. «Súbete y te explicamos aquí todo». No me lo explicaron muy bien. No saben mucho del tema. Solo saben de fármacos. No se sabe la causa. Nadie la sabe. Mi hermano el mayor también tiene, a él se la detectaron mucho más tarde, él pierde la memoria, trabaja con números, es economista y se le va la memoria, la olla y la conciencia. ¡Vaya tela la poca conciencia que tiene mi hermano! Ha dejado a mi madre colgada. Sí, sí, ha invertido todos los ahorros de mi madre, los de su vejez, en rollos suyos, y lo ha perdido todo, ¡el listo!, *¡usurería!* De algo se ha vengado, sí, sin tener ninguna comprensión hacia mi madre. Porque hay motivos para tener comprensión, motivos de época, de España, de la época que le tocó vivir.

Yo la justifico, sí. No me gusta culpabilizar. A él sí. A él sí lo culpabilizo por su falta de conciencia. Mi madre tampoco la ha tenido, pero ella nunca ha dejado de pensar en nosotros.

Yo también podría estar culpabilizándola de malas cosas. No lo hago porque no me sienta bien. Podría, y con motivos sobrados, lo sabes.

Me diagnostican y empiezo a tomar interferón durante cuatro años, y eso, lejos de ayudarme, lo que hacía era anularme. Me pinchaba en el culo dos días por semana. Y esto me imposibilitaba físicamente, me daba estados febriles, era tan complicado tirar *pa' lante*. Con este cuadro estaba dando clases, actuaba en la Costa Brava, iba cada día a Calella, Pineda, Arenys, Blanes, iba y volvía. Iba en tren y volvía en coche. Y en este medio año me enrollé con los camareros, con mi jefe, aquello que dices «esto ya no». Lazlo no hacía ningún intento de nada: «Oye, Candela, sentémonos a hablar», nada. Y yo ya vi que no. Se lo dije yo. Él nunca quería hablar. Al final le dije: «Tú y yo nos vamos a separar, hagámoslo bien por la nena». Y, a partir de ahí, dormíamos juntos y todo, a partir de ahí, dos meses y se acabó. Me encontré con el que ahora es mi marido. Le conté todo. Todo. Él había sido uno de mis novios de los dieciséis. Quedamos un día en el Otto Zutz y, al irnos, cuando ya recogíamos las cosas del guardarropa, lo miré y le dije: «Oye, ¿cómo fue nuestro primer beso?». Y ahí me besó y ya fue imposible separarnos. Empecé a ir a su casa y me separé de Lazlo.

Te digo lo de mi enganche a los hombres, mi necesidad de tener

alguien ahí, de no estar perdida en el abismo. El abismo de no tener a alguien que me eche un cable. Un cable. Una persona que esté ahí. Al principio él se quedó con la niña. No lo vivió muy bien, solo y con una niña, no sabía ni cocinar, tardé quince días en ir a buscar a mi niña. La compartíamos, eso lo supimos hacer muy bien. No quise hacer lo que mis padres hicieron conmigo.

Lazlo lo pasó muy mal, pero nosotros, siempre pendientes de nuestro tesoro, la niña. Eso lo hicimos muy bien y lo seguimos haciendo muy bien. Mi hija tiene ahora veinte años. Lazlo llamó el otro día para mi cumpleaños, me cuenta lo de siempre, que está investigando a ver cómo sale con la música. Desde hace unos años ya no vive aquí, se ha ido a vivir a Hungría, ahí tiene una casa. Y aquí no había manera. Su última etapa fue un calvario. Pero fíjate que él nunca me pidió de volver ni nada. Yo creo que me quiere, pero como a la madre de su hija. Y yo lo quiero mucho porque es el padre de la Raquel. Seguí bailando. El flamenco era para mí algo de las entrañas. Mis raíces están por ahí, mi tía bailaba, mi tío era cantaor. Me sale de dentro. Me transformo. Es como entrar en mí misma, en mis adentros. Lo mejor era bailar con gente, sobre todo con cantaores y bailaores que ya habían grabado discos, que era un nivel. Yo me recuperaba de cada brote, pero nunca del todo. Me subía al escenario y siempre creía que me iba a caer. Nunca me caí. Siempre esa cosa de no acabar de disfrutar del baile. Mi cuerpo estaba fatal. Un cuerpo en el cual yo no quería vivir. Estaba rígido. Siempre había disfrutado del baile, del movimiento, de las clases. Me he sentido tan feliz dando clases. En esa época empezaba a no poder con mi alma, lloraba antes de dar clases y ahí estuvo mi marido para hacer lo que fuera para que me sintiera mejor.

De repente, la vista. Me quedé un mes ciega de un ojo. Tenía un brote al año, un brote fuerte. Cuando me recuperé de un ojo se me fue al otro. No ver. O ver doble. Ahí empecé a hacer regresiones y me fueron muy bien, llegaba al médico viendo doble y salía viendo bien. En las regresiones pude ver lo que me pasaba. Vi la separación de mis padres, uno para cada lado, como mi visión. Hice varias y me fueron muy bien, me hicieron tomar conciencia.

Mi madre no reaccionó. No. No sé.

En 2004 me operaron en Madrid, un 25 de marzo, casi dos semanas después de cuando las bombas en Atocha, el atentado, ¿te acuerdas? Me hicieron una escalenotomía, que es cortar los escalenos anteriores. Piensa que tenía los pies y las manos heladas y eso iba a más, iba subiendo. Era una sensación de «vaya mierda vivir en este cuerpo». Me iba a quedar congelada, paralizada. Y fue despertarme de la operación y sentir los pies calientes, las manos calientes.

No he tenido más brotes, casi seis años sin ningún brote.

Tengo pequeñas cosas, he perdido tacto en las manos, pero antes ni siquiera podía abrir un bote ni lavarme los dientes. Ahora ya sí. *Cap* problema.*To pa' lante*. Ahora me cuido, no es un escándalo, ¿eh?, lo que yo me cuido, ni mucho menos, pero me cuido.

Ya no bailo. A veces bailo en casa, pero para mi niña. Bailar como antes ya no. No podría, no me siento tan fuerte como para enfrascarme en todo lo que significa actuar. Lo eché mucho de menos. Lloré mucho. Escuchaba flamenco y me moría de pena. No podía. En cambio, ahora lo escucho y me gusta. Me acuerdo de eso y qué pena, sí, no poder bailar. Yo me recuerdo antes siempre con el ¡ay!, esa forma de sumergirme en la pena. En una pena conmigo misma.

Tengo buenos recuerdos, también.

Estoy feliz. Sé tirar *pa' lante.*

12:30

El mismo día

Solo un detalle antes de acabar.

Mi madre me dejó de pegar a los quince años. Sí, ahí fue la última paliza. La cogí y la paré. Le dije: «¡Ya no me tocas más!».

Y no me tocó más.

Verbalmente sí, eso no hay manera de pararlo. Fíjate, en el momento en que le hice así con las manos, que la paré físicamente, a partir del momento en que yo la pude frenar, se acabó.

«Ya no me tocas más», le dije.

Una última cosa, Esme, ¿cuándo podré leerme?

Cuando quieras.

No, cuando tú me digas, aunque mejor cuando esté alumbrado. Sí, la luz viene cuando hay algo que hay que alumbrar, pero si ese algo se ha dispersado, luego la luz no sabe adónde ir.

JANA HIKIKOMORI

—

20 de julio de 2010

Este es mi dominio, lo veo todo, lo sé todo, y si algo no me gusta, lo elimino. Allá *afuera* pueden hacerme daño; aquí, si alguien me molesta, lo bloqueo y ya está. Soy Dios. Me identifico con el término de *hikikomori*, pero no soy extrema, salgo de casa para ir a la universidad, aunque allí no me relaciono con nadie. Dudo que alguien como yo quiera hacer una entrevista presencial. Es demasiado real. Este es mi lema: «Al socializar, estoy propensa a ataques epilépticos»; y este otro: «A mí no me importa a qué raza pertenece, si es blanco, negro o amarillo. Es un humano y no puede haber nada peor».

Dime cómo puedo ayudarte.

FACEBOOK

22 de julio de 2010

He tardado en responderte porque lo he estado pensando. Sí, accedo. Me parece bien. Te mando mi correo electrónico. Podemos hablar todo el día. Yo estoy conectada desde las 12 h hasta las 5 o 6 p.m.

EN MI HABITACIÓN

25 de julio de 2010

Te escribo de madrugada porque es cuando mejor funciona mi mente.

Nací en Tamaulipas, México, un 6 de junio de 1992. Vivo con mis padres y mi hermano mayor, que también pasa muchas horas conectado. Estoy bien con mis padres, aunque mi madre dice que yo soy una persona muy egoísta y que quien se case conmigo tendrá que amarme mucho para poder soportar mi modo de ser, eso dice, todos lo dicen, que soy difícil de tratar y que siempre estoy a la defensiva. Yo siento que todos los que intentan acercarse a mí lo hacen por conveniencia o porque quieren molestarme. Creo que se van a burlar. Por eso me comporto así y no socializo.

Y a veces creo que todo esto me ocurre porque paso mucho tiempo conectada. Me gusta. Siento que las personas que se adentran en Internet saben muchísimo más que las otras. Siempre me digo que yo no soy extrema, que voy a la universidad, que hago mis clases de Enfermería. Es verdad que desde que estudio ahí estoy en un continuo debate, porque no tengo nada que ver con las personas que me encuentro. Amo la idea de ser enfermera, de ser útil, y sé que, cuando acabe la carrera, al fin me respetarán porque podré ayudar, hacer cosas por los demás. Lo que no me gusta es que tendré que ser sociable, salir de aquí, lo cual en los últimos años no me está siendo fácil. Siempre me digo: «No vas a poder, Jana. No vas a poder».

Tengo la manía de ordenar a la gente por grupos. Es algo que hago de forma automática. En cuanto veo a alguien, lo agrupo y lo clasifico. Algo me ha pasado que ha marcado así mi vida. No sé aún qué. Aquí los niños entran a preescolar a los cinco años, sin embargo, yo entré a los tres porque era muy apegada a mi hermano; mi madre habló con la directora para que me admitiera, pero me pusieron en un salón de clases diferente al de mi hermano y no conseguí hacer ningún amigo y no conseguí hablar con nadie, de hecho, mi maestra creía que yo era muda y le preguntó a mi madre; ella le dijo que no, por supuesto. Y luego cambié, empecé a sacar buenas notas, mis calificaciones eran puros 9 y 10; no sé cómo califican allá, pero eso aquí es pura perfección. Los maestros me adoraban y empecé a ser la niña más popular de mi salón de clases (al contrario del jardín de niños) y todos querían ser mis amigos, todo iba muy bien, yo estaba muy contenta y así fue toda la primaria. Luego no sé qué pasó, ahora que lo escribo, lo pienso, lo analizo, pero no sé, durante toda la secundaria, que es desde los doce hasta los quince, no sé por qué razón me volví la mascota de la clase, lo cual me intimidó demasiado, era como un chiste para todos, y yo no era la típica niña gordita o de lentes o con algún problema para que se burlaran así de mí, creo que soy una persona del promedio, del montón, no tengo ninguna particularidad para que sucediera eso.

En todos estos años solo hice una amiga. Y, durante toda mi vida, las únicas personas que me sostienen en los momentos desagradables, donde me tengo que enfrentar a la realidad, son mi madre y mi prima, que vive enfrente de mi casa, aunque ahora ella vive en un mundo distinto, claro. Vive en el mundo real. Y solo hay una persona que ha entrado en mi corazón, a él no sé cómo describirlo, es alguien que no entiendo pero que amo. Es el único que ha logrado que quiera vivir allá afuera, donde todo está mal. Él vive a veintiséis horas de mi ciudad, lo conocí por Internet y hace ocho meses vino a visitarme, pero las cosas con él no me resultan fáciles. Antes te quiero decir una cosa: las personas que más amo en el universo son mis gatas, creo que es porque no hablan, no tienen quejas contra mí y parece que siempre me escuchan, y cuando no tienen ganas de estar conmigo, pues se van.

Yo me adentré en Internet en la secundaria. Me hice un *fotolog* y me di cuenta de que ahí podía decir todo lo que quisiera sin que nadie se burlara de mí, sin que nadie me hiciera callar, hasta había personas que estaban de acuerdo conmigo. Y ahí fui haciendo amigos y vi que no necesitaba encajar en ninguna parte y que en este mundo de Internet tenía muchos amigos que no se cansaban de mí, quizá tuviéramos desacuerdos, pero era más fácil pedirnos perdón, obviamente no sentíamos la vergüenza que se siente al pedir perdón frente a frente.

Después entré en foros y luego me metí en el mundo de los juegos de rol en el que aún sigo y en el que he hecho muchos amigos, incluso tengo amigos de la misma ciudad, no los conozco y no los conoceré en persona, pero aun así es muy lindo todo.

Te tengo que dejar, me hablan por el Messenger y los estoy ignorando. Saludos.

EN MI HABITACIÓN, COMO SIEMPRE

26 de julio de 2010

Me preguntas que por qué estaba tan apegada a mi hermano. Lo sigo estando. Porque somos muy parecidos, él no se relaciona nada con el mundo de afuera, menos que yo. No sale de su habitación y yo me identifico con él, me ocurre desde que éramos pequeños, nos gustan las mismas cosas, nos divierten los debates inteligentes y sarcásticos y cuando estamos en una reunión familiar nos burlamos de la escasa inteligencia de los que nos rodean. Es como si él y yo no encajáramos en este mundo. Mi hermano, aunque no socializa, es

admirado por muchas personas jóvenes y adultas. Y yo, como él, no soy amable con las personas que tengo seguras, las que sé que me quieren. Con las desconocidas suelo ser más amable e incluso alegre, y eso es lo que muestro hacia afuera. Contigo soy amable porque te has acercado con un fin muy claro, personal, y porque necesito hablarte. Puede ser que lo que más admiro y a la vez más me asusta son las personas directas, las que dicen las cosas muy claras. Y aunque yo no socializo, sé todo sobre el mundo de afuera, sé lo que ocurre en cualquier parte del mundo, de lo que se habla sobre cualquier tema, acerca de cualquier cosa. Una persona sin acceso a la web no sabe nada. ¿Lo ves? Pensar así es lo que me hace ser tan engreída. Saber que, en cualquier momento del día, solo con desearlo, puedo aprender acerca de lo que sea, no importa qué, y me convenzo de que el mundo de la red es más completo que el de ahí afuera.

Te respondo a la segunda pregunta, clasifico a la gente en tres grupos: las personas que odio, las personas que quiero y las personas que están en el mundo de afuera. Las personas que odio, bueno, no es que las odie, es que me molestan, son aquellas que se creen mejores, y que se burlan de mí. A las que quiero, ya te lo he dicho, soy dependiente de ellas y, aunque necesito saber que están, cuando estoy físicamente delante de ellas no me siento bien. ¿Por qué? Antes de verlas me imagino cómo será el encuentro y eso nunca sucede, nunca llega a cubrir mis expectativas. Por eso prefiero que el encuentro no se dé. Así no hay nada que lamentar. Este es otro de mis lemas: «Para que nada nos separe, que nada nos una». Y las otras personas son las que están ahí afuera, en el mundo real, como tú. Son un aparte.

Solo me relaciono con una amiga que hice en secundaria, pero nuestra relación se fortaleció por Internet, pasábamos horas platicando y aún somos muy amigas. La gente me pregunta si existe, si es real, dicen, incluso mis amigos de Internet cuestionan su existencia. Cuando ella habla de mí, sus amigos también tienen esa duda, le dicen que yo no existo, que todo es producto de su imaginación. Ella y yo también nos parecemos mucho, solo que ella a veces es sociable, cosa que me molesta mucho.

Mi madre dice que tengo que hacer amigos, lo dice con frecuencia, insiste mucho; yo sé que mi madre es de las personas más inteligentes del mundo y que a ella no le puedo esconder nada, no sé cómo pero sabe todo sobre mí aunque yo no le diga nada, es como una fuerza más allá de lo normal, pero me molesta que insista en lo de los amigos, porque yo no quiero tener amigos reales y se lo digo, le digo que la gente es agresiva y que se burla de mí. Y si los juzgo es porque ellos me juzgan a mí, y porque sé que yo les desagrado. Aun así, mi madre insiste. Mi padre no dice nada, prefiere que esté en casa, dice que afuera está el alcohol, las drogas y ese tipo de excesos. Si por él

fuera, yo me quedaba aquí hasta los setenta años, lo dice; dice: «Yo sería feliz si tú te quedaras con nosotros para siempre». Me gusta que diga eso, pero no logro entenderlo.

Dices que te hable del único hombre que ha entrado en mi corazón. Pero eso es un mal recuerdo, me duele, ahora no lo veo, solo platico con él de vez en cuando, cuando él me busca, yo no lo hago, creo que si siente que lo necesito se alejará. Una vez vino a verme a mi ciudad y se quedó dos semanas. Nos vimos cada día y tuve contacto físico con él. Duramos un año. Terminó porque él no pudo seguir, dice que conmigo todo parece un cuento de hadas y que a su edad él ya tiene que ser realista. Las personas siempre me ponen de excusa eso de ser realistas. Lo real. No sé cuál es su problema. Aun así, lo dejamos y no platicamos durante un tiempo, luego volvimos a hablar, no sé qué pasa, no sé qué quiere. Lo virtual no es bueno ni malo, eso depende de cada uno, de cómo lo maneje y desde qué ángulo ve el mundo.

Te respondo a lo de la escuela; cuando todos se burlaban de mí, yo pedí ayuda a mis padres y me llevaron a dos psicólogos, y también sentí que los psicólogos se burlaban. La forma en que me planteaban las preguntas me ponía histérica por dentro y de eso deduje que la única forma de sentirte bien en tu mente es hablar contigo misma y no decir a las personas cómo funcionas. Esa experiencia me hizo desconfiar más aún y confirmar que era mejor expresarme en el *fotolog* e ignorar todo lo que me hiere. Ahí también dejé de escribir en mi diario. Ahora tampoco escribo en el *fotologporque* me entristece mucho leerme. Ahí están mis fotos, mis deseos, mis poemas, mis canciones, no sé, no puedo volver a ello, me entristece mucho leerme, en fin, ahora prefiero los juegos de rol, ahí puedo inventarme, ser otra, a veces soy una curandera y otras soy un arquero. Me entretengo y me divierto. A veces puedo pasarme veinticuatro horas seguidas jugando. Es muy adictivo, así que intento tener cuidado y parar al menos para descansar.

Bueno, creo que eso es todo por hoy. Gracias por mantener mi mente ocupada. ¡Espero tu correo!

2:30 DE LA MADRUGADA
EN MI HABITACIÓN, COMO SIEMPRE

Martes, 21 de julio de 2010

Mi hermano también se burla de mí. Dice que soy infantil. A mi madre eso le disgusta; dice: «Siempre rivalizáis». Le expliqué que estaba haciendo esto y se enfadó. Me dijo que aún seguía confiando en la gente. Quizá tiene razón. No creo que tú me hagas daño. Yo solo me relaciono con mi familia y con mi amiga Daniela. Sí, con ellos soy fría y distante porque pertenecen al grupo de los que quiero. Ahora que te escribo otra vez empiezo a pensar en los porqués. Prefiero distraerme.

Hay una cosa que no soporto de mi madre, cuando se enfada conmigo, la más mínima señal de desprecio por su parte destruye en un segundo todo mi mundo. Puedo despertarme contenta y feliz, pero si ella está enojada y se desquita conmigo, me duele mucho, sí, mucho y no soporto ese control absoluto que tiene sobre mí. Mi padre es todo lo contrario, nunca se enfada ni me regaña, jamás me dice que no a algo que le pido, sin embargo, cuando algo no le gusta de mí no es capaz de decírmelo, se lo dice a mi madre. Preferiría que no hiciera eso porque entonces ella también se desquita conmigo. Así me vuelvo más distante. Y esas son mis armas y las que temo. Por eso estoy aquí, y me parece bien. Aquí, detrás de la pantalla, en mi dominio. Y me molesta que me encasillen, que digan lo que dicen cuando me ven en un rincón, alejada de las multitudes, sin hablar, sin hacer escándalos. No soy una retraída ni nada por el estilo.

Si tú hubieras venido a mi ciudad para hacerme esta entrevista, yo hubiera querido verte, pero igualmente te hubiera dicho que no. Por las expectativas, por la imagen mental que me habría creado y por el temor a fallar, a no poder cumplir lo que imagino. Te hubiera dicho que no porque sé que lo real me sienta mal, me produce mucha tristeza, y si no quiero perder, es mejor no intentar ganar. Esa es mi opinión en los aspectos sociales.

Te hubiera dicho que no, aunque hubiese querido decirte que sí.

Y es obvio que los demás no pueden ayudarme, porque no han pasado por esto, no se han caído como yo. Solo mi madre puede entenderme, y cuando no puedo más acudo a ella. Antes discutíamos mucho porque a ella le molesta, le incomoda que yo pase tantas horas en el ordenador y encerrada en mi habitación. Antes me ponía límites, me obligaba a apagar la luz a las diez de la noche, pero como ellos se iban a dormir a esa hora, yo lo prendía a escondidas. Lo prendía y lo apagaba una hora antes de que se despertaran. Con el tiempo dejó de importarme si dormían o no. He ido a la escuela muchas veces así, sin haber dormido. Ahora no me dicen nada, apago la *laptop* entre cuatro y seis de la madrugada, y si no tengo clase, duermo hasta las doce. No me canso, a veces tomo café con soda, es horrible, pero me pone hiperactiva, me pregunto cómo puedo pasar tanto tiempo conectada, sin moverme, viviendo fijamente en una pantalla, no lo sé, se me olvida que existe el mundo, se me olvida que existo yo.

Quiero decirte algo antes de acabar; cuando Alfonso vino a verme, eso para mí fue completamente nuevo, es mi primer amor, mi primer amor por Internet, y cuando él quiso darme un abrazo yo le dije que se me hacía muy raro y se quedó muy confundido. Para él todo era muy tierno y para mí, una completa vergüenza. Ahora ya no me llama porque sabe que odio el teléfono, me estresa, no me gusta, lo oigo sonar y no lo cojo, mi madre se desespera y solo respondo cuando la tengo a ella detrás gritándome que lo haga. Pero ya no me llama casi nadie. No me gusta salir de mi habitación, de la pantalla, y hablar por teléfono. Me incomoda tanto como que alguien se me acerque demasiado, que intente tocarme. Me incomodan los abrazos, los besos, sentir que tocan mi piel, incluso cuando lo hacía Alfonso. Mis padres me abrazan de vez en cuando, no me gusta pero lo soporto, les dejo porque sé que ellos lo necesitan, y aunque sus necesidades no son las mías, les dejo. No sufrí nunca ninguna especie de violación ni nada por el estilo, algunas personas me han preguntado eso.

Y lo último, ya no escribo porque si antes lo hacía para superar lo que me ocurría y encontraba alivio en eso, ahora me pasa lo contrario, es como si alguien asesinara a mi madre, lo grabara en vídeo y me lo fuera mostrando y yo optara por verlo todas las noches. En estos momentos eso es lo que significa para mí escribir. Escribirme. Por eso me borré del *fotolog*.

Espero tu correo, si no estoy conectada es porque estoy durmiendo. ¡Hasta la próxima!

FACEBOOK

27 de julio de 2010

Jana no es mi nombre real. Me lo puse porque en mi escuela todo el mundo se olvidaba de mi nombre y empezaron a llamarme así, y decidí quedármelo. Ahora todos me llaman Jana. El apodo me lo puse yo: Jana Hikikomori.

¡Hasta pronto!

EN MI HABITACIÓN, DE MADRUGADA

28 de julio de 2010

Sí, leo en Internet, y el cine también lo miro en el ordenador. No leo nada en papel porque tendría que ir a comprar los libros. Hay gente que se queja de que le duelen los ojos si lee en Internet, a mí no me pasa, de hecho, fue gracias al ordenador que me hicieron falta gafas.

Nunca te he hablado de la violencia de mi país, supongo que allá lo saben, este es un lugar terrible, pero no es por eso por lo que estoy siempre en mi habitación, quizá haya influido, pero no es la causa. He visto historias que me han perturbado, gente muerta en la calle, y ahora las cosas se han puesto peor, todo es debido al narcotráfico. Hace unos meses se cancelaron las clases debido a las balaceras que han sucedido por toda la ciudad, incluso los maleantes entraban en las universidades a refugiarse, y en estos días ha habido más balaceras, avientan granadas en distintas partes de la ciudad. En las noticias no dicen casi nada de estos sucesos, solo había un periódico local que tenía agallas para informar de verdad y les aventaron una granada en sus oficinas y mataron al director. Desde entonces no informan nada. También hay mucha violencia intrafamiliar, pero con todo esto del narcotráfico casi nadie le da importancia. Mi país es muy, muy violento. Por eso a mi padre no le parece tan mal que yo no salga de mi habitación y mi madre se cansó de decirme, de ponerme límites, aunque ella sigue ejerciendo una gran influencia emocional sobre mí. Y ya te lo he dicho, cualquier gesto suyo de indiferencia o algo así me hace llorar. Si ella me dijera un día que salte por un acantilado, creo que yo lo haría, no sé, quizá por eso me protejo aquí. Me gusta. Me siento bien las quince horas o más que estoy conectada. Excepto cuando voy a clases, claro, entonces paso menos horas. Yo lo que deseo es que el tiempo pase muy rápido, acabar ya la carrera, hacerme mayor y ver qué hago con mi vida. Espero que mi inteligencia me ayude a poder relacionarme cuando salga de aquí. Tendré que salir algún día. Deberé tener fe en que puedo hacerlo.

Me preguntas en qué ocasiones estoy con mi familia. No lo sé, ya no lo recuerdo. Como y ceno aquí, solo mis padres comen en el comedor. Desde pequeños, mi hermano y yo nos acostumbramos a comer cada cual en su cuarto, nos gustaba comer viendo películas o jugando a videojuegos. Antes de eso yo no era así. Me gustaba cocinar y compartir lo que hacía con mi familia. Eso era cuando vivía mi abuelo, él me enseñó a cocinar, pero cuando murió ya no tuve ganas, ahora ni me acerco a la cocina, no sé, se me quitó el gusto. Y además mi hermano odia los espaguetis, que es lo que más me gusta cocinar, es que eso tiene resultados negativos en el peso, ja, ja, ja, ja, ja, pero nada que no se pueda resolver. Ahora ya no vamos de vacaciones, a mi hermano y a mí no nos gusta, así que no sé en qué ocasiones, quizá

alguna vez cuando nos proponen salir a comer a la ciudad, pero son muy pocas veces. Ya te he dicho, lo que más me gusta es estar aquí, no me canso, y si me canso cambio de postura; a veces me duele el cuello, pero como estoy en la *laptop* puedo estar acostada y usándola al mismo tiempo.

Lo primero que hago cuando me despierto es encender el ordenador y me voy a lavar la cara, ya no desayuno porque me despierto muy tarde, doy solo dos comidas. Y aquí me quedo hasta que mi madre me trae la comida. Y así estoy hasta pasadas las cinco o seis de la madrugada.

No sé si mi madre se da cuenta de que a veces paso noches sin dormir, supongo que sí, pero no me dice nada. Y no entiendo por qué no me dice nada, no lo había pensado.

Ah, los abrazos o besos por escrito no me molestan.

¡Hasta la próxima!

DONDE SIEMPRE

30 de julio de 2010

Mi habitación tenía dos ventanas, pero como sufrí mucho de migraña no soportaba ni la más mínima luz ni el menor ruido, así que quitaron las ventanas y, aunque ya no sufro de migraña, se quedó así, sin ventanas, y a mí no me molesta, me gusta. No pienso en que me gustaría que fuera de otra manera, en volver a las ventanas. Estoy cómoda, es espaciosa y aquí viven mis dos gatas, una ardilla y dos cuyos; nos hacemos compañía y no nos molestamos. Por mí podría pasar aquí el resto de mi vida, tengo de todo, mi familia es buena y hay confianza, lo malo vendrá cuando tenga que vivir allá afuera, en ese universo de villanos y monstruos. En este lugar no hay ninguna clase de maldad, es el único sitio donde todo está bien. A veces me gustaría ver a algunos amigos de Internet, sí, alguna vez sueño con eso, luego despierto y veo que es una tontería.

Me preguntas qué hago cuando me quedo sin conexión, pues escribo o dibujo o me pongo a escuchar música (todo en el ordenador), acomodo archivos, borro cosas que ya no uso, me entretengo así hasta que llega la conexión.

Ah, y no voy de vacaciones porque en mi ciudad hace mucho calor, demasiado, y cuando nuestros padres nos preguntan, mi hermano y yo siempre decimos que no. No nos gusta salir, a mí no me gusta

broncearme y no soporto las multitudes. Mis padres tampoco se van.

¡Hasta la próxima!

OTRA VEZ MI HABITACIÓN

31 de julio de 2010

No sé cuál será mi futuro. Creo que es mejor no esperar nada, ni siquiera sospecharlo, así no habrá nada que pueda decepcionarme. No pienso en eso. No me gusta. Mi mundo es este, dentro de mi casa o en mi cabeza. Si escribo, pienso, y ahora me vienen los problemas de adaptación y no quiero salir de aquí. Claro que me gustaría ser libre, independiente, sí, definitivamente sí, quizá algún día pueda serlo, quizá. ¿Sabes por qué me gustaba tanto mi abuelo?, porque era un ser libre, le gustaba andar por el campo, me quería, me contaba historias, con él podía hacerlo todo, cocinábamos juntos, salíamos, me hacía reír, me daba consejos, su muerte fue muy dura para mí, además creo que ya te lo dije, coincidió con todo lo del colegio. Con las burlas y eso.

Y eso es todo. Si tú no me preguntas nada más, a mí no se me ocurre contarte nada más. Espero que te haya servido. A mí me ha servido mucho porque me hizo pensar, de hecho, sigo pensando y también me hizo recordar. Y eso que yo no quiero recordar y no quiero escribir.

Gracias por todo. Avísame en cuanto esté el libro.

¡Hasta luego!

YO SOY MANUEL

—

GRÀCIA, 11 DE LA MAÑANA
CAFÉ VIRREINA

17 de diciembre de 2010

¿Qué quieres tomar?

No, no, voy yo a pedir, que quiero comprar tabaco, ¿tú qué quieres?

Un café.

Qué putada lo del tabaco, en *veintipico* días no se podrá fumar en ningún sitio, tendremos que seguir en la calle si aún te importa mi vida. Bueno, tú dirás por dónde empiezo.

Lo primero que me quieras contar, lo primero que te venga a la cabeza.

Lo primero es mi padre. «Si te pasa algo, no iré nunca a verte». ¿Y crees que no lo hizo? Lo hizo. Mi madre tampoco. Yo les escribía cartas: «Queridos padres, estoy vivo, estoy bien». Yo soy de tu quinta, más o menos, y nací en un pueblo de Lleida, Agramunt. Mi madre se casó con mi padre porque a los treinta se quedó viuda, digo yo que se casó por eso, era muy pobre y, en esa época, sola y con dos hijos, no hablábamos mucho, pero yo me lo imagino, porque no la vi nunca feliz. Con mi padre tuvo a mi hermano, a mi hermana y a mí. Éramos cinco. Éramos. Mi hermana se tiró de un ático. Todo suposiciones, pero yo siempre he creído que ella no lo hizo, que la tiraron. Yo no sé cómo vivieron eso porque yo ya no estaba en casa. Me llamaron y yo me dije: «En cuanto salga, voy y me los cargo a todos». Pero cuando salí no estaba para hacer eso y poco a poco me fui olvidando de mi

hermana.

Luego murió mi otro hermano. También me avisaron, pero yo no podía salir y, murió de cirrosis, así que ahora somos tres. Uno que es obrero, puro obrero: trabajo, trabajo, trabajo, me compro un coche de alta gama, tele de último modelo y este plan. No es que no me guste el plan, pero es un plan muy esclavo, ¿no crees? Y el que queda vive con él porque es discapacitado, es retrasado, vive con él desde que ingresaron a mi padre. Mi padre ahora es más feliz que un cochino, no conoce a nadie.

Y luego estoy yo que soy una víctima. Te lo digo en serio. Mi padre ahora no me conoce, pero tampoco me conocía antes porque yo en realidad nunca he vivido con ellos. Siempre he estado en la calle, a mi madre la ponía en *tripi*. Me iba y ella descansaba. De pequeño pensaba que me habían puesto ahí los ovnis. Te lo digo en serio. Me sentía así: un extraño.

Me iba y todo mejoraba. Mi padre era albañil y, en esa época, te estoy hablando de los años sesenta-setenta, eso era una buena profesión, se ganaba mucho, pero siempre estaba ocupado, todos estaban muy ocupados. Lo mejor era desaparecer. A los cinco años me iba de casa y me ponía a perseguir pájaros, veía un águila y me iba detrás, recuerdo que un día mi primo me dejó unos prismáticos y flipé, debí de pasarme horas hasta que me encontraron unos vecinos: «Señora, que se le ha perdido el niño». Mi madre no se había dado ni cuenta.

Antes no pensaba en esas cosas, pero te haces mayor y te vas dando cuenta de que eso no va así. Mi madre no se acercaba nunca, solo una vez, cuando la fui a ver a la clínica, ella estaba a punto de morir y me cogió la mano, pero en toda mi infancia nunca hubo ningún acercamiento, nada afectivo. Y luego tampoco, claro. Mis hermanos lo único que hacían era darme dinero y darme cobertura: «El chaval estaba con nosotros». Ellos también estaban en la construcción, me daban dinero y yo me iba con mis amigos. Me iba a Montjuic, me compraba juguetes, ropa, ahí debía de tener unos once o doce años y ya no iba a la escuela. Estaba inscrito, pero no iba. Y cuando decidía ir me echaban. ¿Te acuerdas de lo del pasillo? Apenas empezaba la clase: «Manuel, al pasillo». Yo qué sé, me abstraía. ¡No me he llevado pocas hostias por eso! Es que me abstraía, me ponía a pintar y no me enteraba de nada, y se ve que la maestra me llamaba, *la cocodrilo* la llamábamos, se ve que no la oía, hasta que me cogía por la patilla y me levantaba al aire, yo no pisaba el suelo. Empecé a pasar y mis padres ni se enteraban o hacían ver que no se enteraban. Me pasaba el día en la calle, con mi grupo, una pandilla que tampoco iba al cole.

Y ahí ¿qué pasa? Pues que uno de ellos viene un día y nos dice:

«Mi hermano vende una cosa que la queman, la mezclan y se la fuman». Fuimos a buscar el lugar donde escondían esa cosa, lo encontramos y cogimos una placa. Empezamos a fumar y no nos tragábamos ni el humo. Y seguimos fumando. Era una moda. ¿Te acuerdas del lema? *Sexo, droga y rock and roll*. Y yo eso me lo creí.

Un día, mi padre llega, nos pilla y la única pregunta que hace: «¿Eso se inyecta?». «No». «Ah, bueno, vale». No tenía ni idea. Y tampoco le preocupaba no tenerla. Su vida era la obra y su huerto, llegaba a casa y se quedaba dormido. Y mi madre, como que daba gracias al cielo cuando yo desaparecía del piso. La ponía en *tripi*. Se ve que yo no me estaba quieto, los demás no la ponían tan nerviosa, no sé, serían más obedientes o se movían menos.

Yo estaba a gusto en la calle, no me causaba ningún problema, me juntaba con los gitanillos, porque eran los únicos que estaban en la calle, y ¿qué hacíamos?, pues empezamos a hacer gamberradas, pequeños hurtos, ¡qué íbamos a hacer! En casa molestaba, estudiar lo veía inútil, pues a la calle. Es que era entrar en la escuela y, en cuanto *la cocodrilo* abría la boca, yo empezaba a dibujar y a fantasear, no sé, a ella eso se ve que la ponía nerviosa. Siempre me he sentido extraño, y de pequeño, decidí pasar desapercibido. Yo no entendía a la gente y ahora tampoco. No entiendo el rollo materialista, el rollo este de tener dinero y querer guardarlo, el rollo de: «¡Esto es mío!». Yo nunca he sentido que nada fuera mío. Tú me pides algo y yo te lo doy.

No fui nunca más a la escuela. Es así de resumible. Se acabó y entonces empezó lo otro. La otra escuela, chica. De los pequeños hurtos pasamos a robar coches. Yo lo hacía como un juego, no como un acto delictivo. Tenía doce o trece años y eso está en mi recuerdo como un juego. Me gustaba el juego y me gustaba que nos persiguiera la *poli*. Yo era un niño sin un puto límite, ahora me doy cuenta. Me divertía robando y chuleando a *lospolis*. Me gustaba correr, ponerlos en *tripi*. Era una medida. Una medida de las cosas. De ver quién eras tú y quiénes eran ellos. ¿Sabes cuáles eran mis modelos? Los modelos del cine: *Bonny and Clyde* y la mafia, ¿sí o no? Era atractivo. Los delincuentes hacían lo que querían, mandaban, acuérdate de *El padrino*, ¿es cierto o no? Ves una peli así y te la crees y quieres ser uno de ellos. Y un día llega a Agramunt un legionario, empieza a hablar con nosotros y nos reúne: «Mirad lo que tengo. ¿Queréis ver cómo mola?». La probamos. La probé y me encantó. Ahí debía de tener unos quince, no me acuerdo, pero me recuerdo ahí muy joven. Tengo dos recuerdos raros de ese momento: me recuerdo muy bien, muy enrollado, y a la vez me recuerdo fatal.

Yo he sido siempre buena gente. No sé si me crees, pero te lo digo muy objetivamente. No soy una persona agresiva ni peligrosa, aunque haya jugado a serlo, era una forma de escapar, de hacer creer a mis

colegas que era alguien, necesitaba tener un reconocimiento en algún sitio. Ser alguien. ¿Me crees o no? No hace falta que respondas. Me encantó la heroína. Empecé a tomar de dos a tres veces diarias. He sido muy extremo. Muy extremo. Estoy aquí de milagro. Empiezas a tomar y la cosa, claro, va *in crescendo*, ya no paraba en casa, nunca había parado mucho, pero ahora ya desaparecía dos o tres días y nadie se preocupaba de mí. Ahí mi madre lo único que decía es: «Como te cojan, verás». A ella le daban miedo mis amigos, pero no hizo nada, creo que lo que más le preocupaba era la vergüenza que podía pasar si me cogían. Yo no veía ningún peligro en nada de lo que hacía. Me gustaba drogarme y me drogaba. Me drogaba y estaba lleno. Y además eso era casi un estatus, ¿sabes lo que te digo? Empecé a tener el bolsillo lleno de hachís, *tripis*, hongos y básicamente heroína. La coca no corría. La coca es un apartado. Un libro aparte.

¿Te importa que deje el móvil encendido? Estoy esperando una llamada de mi futura mujer, me caso en unos meses. O atraco un banco o me caso. ¿Qué hago? Ella gana la nacionalidad y yo le pido solo la mitad, se está cobrando de cinco a seis mil euros por eso, yo le cobro la mitad. Hemos acordado que si a mí me va todo bien, paso de cobrarle. Casarme así es una manera ruin, pero lo necesito como el aire. ¿Adónde voy sin dinero? ¿Te imaginas moverte ahí fuera sin dinero? ¿Te cuento cómo es? ¡Imagina! Así que no me muevo, no salgo. Estoy buscando un trabajo de lo que sea, pero me veo tan humillado que lo dejo: ve aquí, ve allá, ve aquí, ve allá, en enero empiezo unos nuevos cursillos, ya soy celador sanitario, y carretillero.

Cuando empiezas a salir no es para que te vayas de vacaciones, es para formarte.

A mí me gustaría irme a Austria. Ahí está Marlen, mi mujer; bueno, ya no es mi mujer, pero igual la llevo aquí, y Viena es mi campamento básico, está Marlen y están mis amigos. Hace unos meses que he pedido el traslado y me han dicho: «¿Tú de qué vas, de qué vas?». Les enseño todos los papeles de las ONG donde he trabajado y lo único que dicen es: «Tú ahí ¿qué has estado haciendo? De mercenario, seguro». Y yo ahí hice de todo menos de mercenario. Pero estábamos en mis quince años, ¿no? Me llaman, perdona, que es mi mujer, bueno, mi futura mujer.

Belinda, ¿me puedes llamar más tarde?, que ahora estoy ocupado. Vale, gracias.

En los quince. Quince, dieciséis, un chaval, un adolescente que iba con todo eso en el bolsillo, y eso, fíjate, me hacía sentirme bien. Yo siempre he tenido complejo de niño pobre, mi madre había pasado mucha miseria y siempre estaba con esto no se puede, esto tampoco, esto no y esto no, y midiéndolo todo, y por otro lado, el dinero de mis hermanos, que ganaban mucho y me daban sin problema. Eso me ha

quedado muy marcado. Mi madre estaba desubicada, la mujer tuvo sus primeros zapatos a los dieciséis años, era la mayor de nueve hermanos; a su padre lo mataron los nacionales, se lo llevaron cuando aquello de Asturias, ¿te acuerdas?, y le perdieron la pista; su madre se quedó viuda con nueve hijos y mi madre tuvo que hacerse cargo de todo. Nunca superó eso, era una sufridora, esa medida siempre con todo, la comida que no se tira, esto que no lo podemos comprar, esto tampoco. El mensaje era: por aquí no hay dinero y por aquí se despilfarra. Y yo, como les caía simpático a mis hermanos, pues me llevaban de fiesta a Barcelona, me colaban en todos lados, me daban dinero y todo el mundo se reía mucho conmigo. Se ve que era muy gracioso.

Empecé a atracar cada día. Desde los quince hasta los diecinueve, cada día. Me despertaba y, si no había dinero, había que ir a buscar a los colegas y hacer algo. Empezamos a atracar con revólver, con escopeta, con cuchillo, Solo una vez hice daño, me vaciló un tío y le di con el revólver en la cara, tuve que imponerme, ¿no ves que éramos unos críos y nosotros no íbamos de tiros? La *poli*, sí. A mí nunca me dieron, pero el coche sí que lo dejaban bonito. Éramos unos críos, y si te encontrabas con un moraco, te tumbaba, teníamos que imponernos.

Los atracos los hacíamos a farmacias, joyerías, fábricas, supermercados, no éramos selectivos. No fui selectivo hasta que fui mayor. Ahí seleccioné: solo bancos. Yo seguí así hasta los diecinueve, ahí hubo una muerte en Santa Coloma, estamos en los ochenta y en esa época había muchas muertes, era la época de *Perros callejeros, El Vaquilla, El Torete, El Nani*, tanta gente, ¿te acuerdas? Esos son los menos relevantes, esos eran *pescaíllas* como yo. Había atracadores muy serios y peligrosos. Yo era un *pescao*. Hubo una muerte y, como había una alarma social, la policía tenía que cerrar esas cosas y me cogieron a mí de cabeza de turco y cerraron el caso. Creí que iba a salir enseguida porque yo no lo había hecho. La única agresión que he hecho en mi vida fue ese culetazo de revólver. Me cogen y me empiezan a dar, sabes lo que es llegar a la brigada de Homicidios y los *polis* decir: «Pero ¿qué le estáis haciendo al chaval?». Para que confesara no me dejaban dormir, me sacaban por la noche del calabozo y me daban hostias hasta en el carné de identidad, o en cuanto pillaba el sueño me empezaban a hablar. Una noche me sacaron, me pusieron las esposas y me llevaron a un descampado: ¡coches en fila!, ¡focos!, me quitan las esposas y oigo cómo recuperaban las armas, me dan una patada y me dicen: «¡Corre, hijo de puta, corre!». Hacían ver que me iban a fusilar. A algunos los mataban, a mí no sé por qué no. Hacían eso y me volvían a meter en el calabozo. Tres días así. Tú no sabes lo que son tres días, no tienes noción del tiempo, entre el cansancio, el mono, el no dormir, no tienes

ni idea del tiempo que llevas allí.

Y de ahí me pasaron al depósito de detenidos. A la espera de ver qué hacía el juez conmigo.

Ahora me gustaría cambiar todo eso que he hecho. Es un pensamiento absurdo, claro, qué voy a cambiar, ¿no? Un poco iluso. Soy lo que soy. Lo que he hecho. Estar fuera tampoco cambia mucho las cosas, parto de menos diez.

El juez dictaminó veintiséis años de prisión.

Entré en el año 83, me fugué en el 89 y me entregué en el año 2002. Me quedan aún cuatro años para salir. Es mucho. Yo no soy el mismo. Ahora ni se me ocurre fugarme. Lo que quiero es acabar con esto y moverme tranquilamente por el mundo. Anhelo vivir tranquilo. Acabar, y sé, ya te lo he dicho, que parto de menos diez, por lo menos. Parto de muy abajo, tengo una desventaja increíble. Yo no podía creerme esa sentencia porque además no me cogieron a mí solo, nos cogieron a dos y el otro salió a los seis meses. ¿Sabes las vueltas que le he dado?, ¿por qué a mí?, ¿por qué me dejaron a mí solo? Quizá yo era el más subversivo, me movía por todas partes, me juntaba con cualquiera cuando necesitaba dinero, cambiaba de ambiente, y los demás eran más localizables, estaban siempre *en la esquina del mismo barrio lo vi pasar*. Yo me relacionaba con los anarcos y, para ellos, esos también eran subversivos. A mí es que no me situaban. Acuérdate de que Franco había muerto, pero la policía aún funcionaba con el mismo esquema franquista. La condena la elevé al Tribunal Supremo, con toda seguridad de que me iban a dar la libertad. ¡No había pruebas! No hay pruebas. Yo no lo hice, ¿entiendes? Las pruebas eran de aire. Me inculpó la mujer. Ella lo cuenta así: «Yo estaba en la butaca viendo la televisión y oí un jaleo en la puerta del piso y me levanté, abrí y vi a mi marido tumbado en un charco de sangre, me asomo a la escalera y veo salir a unos individuos, uno de pelo largo y otro de pelo rizado». Ya está. Eso es lo que vio desde un cuarto piso, desde ese ángulo de visión, y el dato es que la mujer llevaba unas gafas de muy alta dioptría. ¿Qué ve desde ese ángulo? Dos medios cráneos, uno de pelo largo y otro rizado. Y dice que nos reconoce a los dos. Y al otro le dan la libertad y a mí no. ¿Por qué? Llevo toda mi vida de adulto preguntándomelo. Yo tenía testigos de dónde estaba ese día, pero el juez no quiso valorarlo. A nadie se le ocurrió coger las huellas. Ni una puta huella. Cualquier prueba me hubiera exculpado.

Cuando yo digo que soy inocente, ¿sabes qué piensan?, que soy un tipo duro y que no lo quiero reconocer. Eso ha sido una baza mía en prisión, para ser un tipo duro sin serlo. Hace un año, en prisión, en el patio estábamos hablando de hacer un robo, esas son nuestras propuestas diarias, y uno de los presos dice: «Conmigo no contéis, yo ya no quiero estar en eso, además tuve una muy mala experiencia

hace años». Nadie comentó nada. Otro día empezamos a hablar de nuestras causas y estaba él, estábamos un histórico, él y yo, y sale el tema, el caso de no sé quién que estaba pagando un delito y no había sido. Y yo dije: «Pues como yo». Y él: «Venga, va, tío, qué dices». ¿Ves? Nadie se lo cree. «¡Ya, venga, tío!» Y el otro, el histórico, que lo sabía y ese me cree, le dijo: «Sí, tío, que es verdad, que Manuel está pagando por la cara». «Las muertes son conocidas. ¿Cuál es tu *mullao*?». Y se lo cuento. «Uno de Santa Coloma». «¿De qué año? ¿En qué fecha?». Y lo dice. Le sale del alma: «Manolo, si he sido yo». «*Whatttttttttttttttttttttttt*? ¿Qué dices?».

Tengo claro que no voy a decir nada. Me llevaría una pasta que te cagas. Una indemnización altísima. Hablamos de toda una vida destrozada, pero no lo voy a hacer. No lo hago por: número uno, ya está pagado; número dos, él a mí no me ha hecho ningún daño, ha sido la justicia, el sistema; y número tres, eso comportaría que él tuviera que pagar todo esto.

¿Quieres algo más? Yo tengo que ir al baño. No te vayas, ¿eh?

No, claro que no.

Yo tenía un contacto con un abogado que tiene acceso a los archivos secretos, pero todo eso está vinculado con los de Fuerza Nueva, ellos tienen acceso a los lugares donde se guardan las pruebas de muchos casos. Me ofreció moverlo si yo le daba un buen porcentaje, pero yo no quise ni quiero tener nada que ver con los de Fuerza Nueva. Esos, entre otras cosas, son los que especulan con la inmobiliaria, unos de tantos, y los que echan fuera de sus casas a las abuelitas. Mala gente.

Solo mi amigo Miguel Ángel me ayuda. Él sabe que lo que digo es verdad.

Todos somos un cúmulo de cosas. Y todo lo que te estoy contando es irrelevante. Lo único que importa es que yo no he sido. Que esa noche yo estaba con una mujer y ella insistió en ir al juicio, en dar su testimonio, y eso se desestimó. Pero yo ya he pagado muchas cosas que no he hecho y me estoy acostumbrando. Al principio, en la cárcel, fue muy duro, a las dos semanas de entrar tuve una bronca muy fuerte con un guardia. En esa época, en Barcelona, estaban los etarras en prisión, ellos en la categoría de políticos, yo en la categoría de delincuente común, pero teníamos todos el mismo abogado y, cuando nos llamaba el abogado, una vez por semana, pues ahí estaban ellos. Todos juntos. A ellos les daba recados y cosas. Los de ETA

funcionaban como un comité y no se les podía ni tocar ni gritar, tenían mucho estatus, podían incluso reunirse en una celda, y yo les empecé a caer bien y me invitaban a las reuniones. Les caía bien y a mí, en ese momento, también, me atraían. Ahora, nada. En aquella época eran otra gente, ahora son niñatos. Pues el guardia veía eso y no podía. Se ponía enfermo de ver que yo tenía las mismas prebendas: poder salir de la galería, ir a la suya, ir a reuniones, y un día llegamos a las palabras, me dijo que yo era un chulo de mierda y un desgraciado y yo le dije que él era un maricón y otro desgraciado. Era el lenguaje típico. Ahí funcionaba lo de hombre: «¿Tú eres un hombre o eres un maricón?». Si tienes huevos, te retas con el guardia en una celda, que es lo que hice, pero el hijo de puta mira qué hizo: me mandó a la mafia de la galería y me dieron una paliza que casi me matan. Lo hicieron por una caja de cerveza y algo de hachís. Llevaba ahí solo dos semanas y me dieron la paliza de mi vida. Me quedaron señales, sí, pero de eso ya hace mucho. Pero todo tiene su qué. Eso me ayudó. Esto pasó en la Modelo, yo estaba en Menores, y nos trasladamos a la Trinidad, y ahí, cuando llegué, la gente sabía lo que pasó y reconocieron el abuso, y como yo no delaté a nadie, eso me supuso un reconocimiento. Eso y el delito. Estar ahí por una muerte da mucho estatus y más aún el que yo lo niegue. El no reconocer algo, lo hayas hecho o no, da mucho prestigio. Se llama *ponerse en negativo*. Es como negar a muerte que yo estoy ahora aquí sentado contigo. Y me dicen: «Estás con esa mujer». «¿Qué mujer?», digo. Eso da estatus. Se puede confiar. Nunca te va a delatar alguien así. Tú estás escribiendo esto y yo lo niego todo el tiempo. Digo: «Estoy solo, hablo solo. ¿Una mujer con una chaqueta verde? No sé de qué me hablas». Eso denota que yo no voy a delatar a nadie.

Yo, aunque me salga caro, soy de confianza.
¿Tú me crees o no me crees?

21 de diciembre de 2010

¿Manuel?

Sí, soy yo.

Tenía que llamarte hoy, ¿recuerdas?

No.

Quería saber si te iba bien quedar mañana.

Es que estoy entrando y ahora no puedo hablar.

¿Te puedo llamar más tarde?

Sí, dentro de media hora.

¿Puedes hablar ahora?

Sí.

¿Te va bien que quedemos mañana?

Por la mañana tengo psicóloga y estoy muy liado, podemos quedar por la tarde. Pero oye, ¿tú quién eres?, ¿eres mi mujer?

No, no, me has confundido. Soy Esmeralda.

¡Hostias! Perdona, creí que eras mi futura mujer, Belinda. Perdona, es que estoy muy liado. La psicóloga la tengo a las once, pero salgo a las nueve y a esa hora no tengo nada que hacer. ¿Es muy temprano para ti? Podemos quedar en un bar que hay en Sant Pau esquina Raval, a la derecha, ¿te va bien ahí? Solo una cosa, lo que puede pasar es que no me dejen salir, me lo dicen a las nueve: «Tira *pa* aquí o tira *pa* allá». Depende. Y no quiero hacerte una putada, esperar ahí con el frío que hace. ¿Me puedes llamar a las nueve?

Sí, claro que sí.

Gracias, que oye, una cosa.

Dime.

Que buenas noches.

Buenas noches, Manuel.

EL RAVAL, 9:15
BAR LA PACIENCIA

22 de diciembre de 2010

Aquí vengo mucho. O tiro para aquel lado, para el rollo Gótico, o tiro para este que es más acogedor, más cálido, también es más *heavy* y patético, ¿no?, pero menos frío que el Gótico y que Gracia. Gracia me gusta porque allá está mi amigo Miguel Ángel. Yo ahora vivo en Petritxol, me lo ofrecieron gracias a Dios, sí, un día, sin más, me lo ofreció la mujer de un amigo.

Por la noche estoy en la cárcel y por el día voy a mi casa. Estar dentro y estar fuera es una locura, no estás en ninguna parte. Y a veces me voy antes a la cárcel porque no sé qué hacer aquí fuera. ¿Dónde nos quedamos? En la fuga, ¿no? Sí. En el año 89 me fugué porque me lo pusieron a huevo. Entró una mujer como pedagoga, eso era inusual, ¡una mujer!, y ella tenía ganas de hacer cosas diferentes, creativas, y me preguntaba a mí y yo le daba ideas. Hicimos dos revistas llamadas *Esa Modelo*, fue una revista que hicieron los etarras y yo era el colaborador. Ellos escribían y yo la ilustraba. Escribían de política, de la reforma del Código Penal, me gustaba, y me gustaba cómo me integraban en un grupo de élite. Era un reconocimiento, para ellos yo valía. Siempre me ha gustado dibujar, a *la cocodrilo* eso la ponía en *tripi*, yo dibujaba en todas partes, dibujaba en la revista y eso me hacía sentir bien, entonces los etarras eran gente que valía la pena. Un momento, necesito un cenicero, yo sin un cenicero no soy nadie. ¿Sabes que van a prohibir fumar en todos los bares a partir del 1 de enero? ¡Joder! Eso va a ser una ruina, se lo van a pasar por el forro, ¿no? Bueno, pues esa mujer, la pedagoga, tenía mucha confianza en mí, y a los dos meses o así mi madre se puso muy enferma y la tuvieron que hospitalizar. La pedagoga habló con el director y consiguió que me dieran un permiso para ir a verla. Un permiso y el dinero suficiente para viajar a ver a mi madre. Fue un *flash*. Hacía seis años que no la veía, seis años sin salir de la cárcel. Salgo, me dejan en un aeropuerto, cojo un avión porque ellos ya no vivían en Agramunt, se habían ido a Granada, llego, me recogen y me llevan directo al hospital. Verla, fatal. Un *shock*. Ahí es cuando me cogió la mano y me dijo: «¡Hijo mío!». Era la primera vez que me cogía la mano y que me decía eso.

Lo demás no lo tengo muy claro en la cabeza, ahora lo pienso y quizá me lo he imaginado todo, que me decía eso, ella estaba en coma, pero yo recuerdo que me lo dijo, lo recuerdo así. No sé cuánto rato me quedé. Nadie comentó el tema mío. Ni mis hermanos ni mi padre me dijeron nada. Solo un tío me palmeó: «Ya te has hecho un hombre». Yo iba de duro, tenía que ir de duro, no mostrar mi debilidad, ir de duro es lo mismo que ir de gilipollas, pero es lo que

tocaba. Además, era una época muy *heavy*, la cárcel no era como ahora, antes era muy dura y por eso, pero yo no era duro ni lo soy ahora. Salí del hospital y me vine a Barcelona, aquí tenía algunos amigos y me quedaban seis días de permiso, mis amigos me dejaron estar en un piso. Ahí empecé a darle vueltas, lo pensé mucho, hablé con mis amigos, se me hacía todo muy difícil y empezaba a estar muy confuso. Decidí no volver, volver ahí era lo menos sano de todo. Me quedé en el piso esperando a que me hicieran unos papeles falsos, me cambié el nombre, Raúl. Mi mujer aún me llama Raúl, ¡he dicho mi mujer!, ella está en Hamburgo, está bien, está muy bien, ahora está con el capitán del barco de Greenpeace, y me alegro.

Tuve que quedarme en ese piso durante meses porque no llegaban los papeles, estaba todo el día encerrado, y solo, a veces venían mis amigos, pero lo peor es que yo me estaba quedando sin dinero. En la cárcel me había desenganchado, estaba más por los porritos, mis estudios, lectura, ahí me saqué el graduado escolar y el acceso a la universidad, sin dificultad. En la cárcel empecé a leer mucho, me encantaba, tenía una amiga que venía a verme, se hacía pasar por mi mujer, y como era profesora de literatura me recomendaba libros. También venía a verme un amigo filólogo; los dos eran de mi barrio, pero vivían en Barcelona y eran del movimiento anarcosindicalista de aquella época, ¿te acuerdas? Leí a John Dos Passos, Tennessee Williams, no recuerdo los títulos, tengo un grave problema de memoria. Pues estaba en eso y pasaba de drogarme, en la cárcel te puedes seguir drogando, entra de todo. No estaba enganchado a nada, pero tampoco estaba desenganchado de nada. Era un *poliadicto*, que se dice. Hablo en pasado, ha ocurrido eso y te lo estoy contando, luego vienen más cosas, ¿cierto?, no nos dejemos encasillar.

Estuve dos o tres meses esperando los papeles. Y en esos dos meses robé un par de cosas, un banco y una cooperativa. Lo hice solo, para eso no hace falta organizar mucho. Imperiosa necesidad. Necesitaba dinero para irme. ¿Cómo iba a conseguir dinero para irme? No quería pedir más dinero a mis amigos y, qué iba a hacer, ¿montar piezas de flores o algo así? No podía ni moverme del piso, me podían pillar en cualquier momento. Yo conocía a gente y le pedí a un amigo que me dejara *algo* para salir adelante; me dijo: «Yo no tengo nada, pero te presento a un guardia jurado que te presta un arma sin problemas si luego le das algo a cambio». El guardia estaba allí, mira, en esta misma esquina, allí. Me dejó el revólver sin problemas. Cuando se lo devolví no le pude pagar y me dijo: «No pasa nada, tío, la próxima». Todo el dinero que conseguí en los atracos me lo gasté. Me gasté toda la pasta, no para irme, aún no tenía pasaporte, no se concretaba nada, y en vez de guardar ese dinero, es que me reventaba algo dentro, todo el día encerrado en el piso, sin salir, sin poder hablar con nadie,

empecé a conseguir cocaína, se me iba la cabeza y ni me acuerdo de lo que hacía, era un placer gastar dinero, gastar, no comprar cosas, ¿eh?, sino gastar. Te he contado lo de mis hermanos, ¿no? A los once años me daban mil pesetas para mí solo y luego llegaba a mi casa y mi madre que lo medía todo y que compraba lo más barato. Ahí empezó a gustarme tener y gastar, sobre todo gastar. Con el dinero de mis hermanos me compraba Adidas, me disfrazaba de pijo.

Empecé a tomar coca, pero no me enganché. Engancharse es depender totalmente y no poder parar, y yo podía olvidarme del tema; si estaba en otra cosa, me olvidaba. Se arregla lo del pasaporte, se me presenta el histórico, el jefe de célula del Partido Comunista Revolucionario, ¿te acuerdas de que lo legalizaron? Pues ese señor me dio todos los contactos para llegar a Nicaragua y trabajar de ilustrador en el periódico *Barricada*, era el periódico oficial del Frente Sandinista. Todo arreglado. Llego al aeropuerto de París, dejo todo mi equipaje para ir a comprar tabaco, veo un bar, está cerrado, me voy a otro bar, voy mirando el equipaje, ahí, en el asiento, dudo si ir al otro bar, voy. En esa época estaba el Telón de Acero, ¿te acuerdas? Y claro, había mucho movimiento de gente rara, si ibas a Rusia, eras comunista o tenías afinidades, eso era suficiente para que todo el mundo te mirara raro, y a mi edad y con mis características, sí, yo sentía que todo el mundo me miraba raro o quizá yo creía eso. Además, papeles falsos, huyendo, suficiente para sentirme raro y vigilado. En mi equipaje estaba todo, los contactos, direcciones, consigo el paquete de tabaco, y cuando vuelvo, ¡una humareda!, todo lleno de gente y el lugar coincidía con mi equipaje; me acerco y veo a los *polis* cercando mis cosas, que se estaban quedando en cenizas. Alguien debió de advertir: un joven deja una bolsa ahí y se larga. Lo explosionaron. Y me quedé con lo puesto, el dinero y el pasaporte, todo lo demás destruido. Tenía un tique para volar a Moscú y de ahí a Cuba. Llego a Cuba, estamos en el año 89, entonces estaban las brigadas de barrio muy jodidas, había mucho miedo a la contrainsurgencia, a los contrarrevolucionarios; bueno, llego y conozco a una cubana que me rompió todos los estereotipos: rubia, ojos verdes. Me enamoré locamente. Era todo amor, aquello, *mi amol*. No la pude sacar del país porque yo no tenía trescientos o quinientos dólares, no me acuerdo. Ahí me empecé a mover con los chavales de los barrios, todo era precioso, de una casa hacías la manzana entera, entrabas por una habitación y salías por otro barrio, así, corriendo cortinas, y yo, el típico gringo loco. Me sentí muy bien acogido, ahí podía recorrer el país, sin problema, me pasaba el día con los chicos cubanos y la noche con mi amor. Allí nunca robé. A la gente jodida ¿cómo la vas a joder más? Yo seguía queriéndome ir a Nicaragua, quería ser guerrillero y todas esas cosas. Aunque suene muy fantasma.

Ahora ya no. Ya he aprendido. Me ha costado mucho aceptarlo. Ahora quiero ser una persona normal, muy normal.

Voy a pedir una cerveza. ¿Quieres algo más? Hoy invito yo, ¿eh?

Al final conseguí ir a Nicaragua. Podía haberme quedado en Cuba, pero yo no podía parar quieto. Estoy en el aeropuerto y, ¿a quién veo?, a la inglesita. «Hostia, hostia, ¿dónde vas?». «A Nicaragua». «Yo también». Y ahí pude enfilar el hilo. Casi nadie iba allí, solo los cooperativistas, etarras, instructores militares y todo tipo de gente rara. Yo le había echado el ojo a la inglesa en Cuba, pero me fui con la cubana y ya no la volví a ver, y me la encuentro ahí. Ella iba de cooperativista y sabía muy bien dónde iba. Nos hospedamos juntos en la residencia Arlen Siu, era el nombre de una de las activistas más recordadas que había caído en combate. Ahí leí a Gioconda Belli, *La mujer habitada*, me gustó mucho, leía ese tipo de lecturas, Rosario Castellanos, no me acuerdo del título, pero las vivencias son parecidas a la manera de descubrir esa realidad, no en la forma, pero sí en el fondo. Leí mucho de por allí. Los autores latinoamericanos eran mis preferidos, el primero Cortázar, el libro gordo ese, *Rayuela*, los cuentos, que me fascinaban, yo veía el mundo con él, la imagen en el paisaje; luego Borges, a él lo he leído mucho, *El Aleph* lo recuerdo especialmente por mis experiencias con la droga, de ese cuento me acuerdo, ¿quieres que te lo cuente?, ¿puedo?, ¿me dejas escribirlo? Me gusta mucho escribir. Déjame escribirlo. Así descansas un poco.

Es un señor que se retira al sótano de su casa a meditar —o así lo recuerdo—; en este sótano, el señor visualiza el sentido del universo a través de un haz de luz que se cuela por entre las rendijas de la madera a modo de prisma, es decir, entraba el hilo de luz y se descomponía.

Mira a ver si lo entiendes. Borges es superior. ¿Qué hora es? ¡Hostias!, se me pasó la psicóloga de las once. No importa, porque la de las once no me sirve para nada. La otra sí, la de las doce es una mujer venezolana que tiene más de setenta años, pero parece una chavala, y me entiende, además es muy cercana, muy cálida. Seguimos media hora más, que a la otra psicóloga no me la quiero perder.

Me incorporo a la Revolución Sandinista con el grupo de la inglesa y unos cuantos guiris, yo era el único español. Hacíamos de escudito; a nosotros, los europeos, no nos podían matar, era muy jodido si nos mataban. Así me he pasado toda mi vida en América, haciendo de escudito.

¿Qué teníais en común ese grupo?

La inglesa y yo follábamos como locos, los otros no sé, no sé qué es lo que los unía. Nadie preguntaba mucho. Me gustaba estar ahí, no gastábamos nada, con la inglesa, que sabía español, pasábamos horas charlando, riendo, follando, y yo allí no me drogaba nada, me sentía lleno, bien, ni siquiera me fumé un triste porro. Se me acabó el dinero y la inglesa me propuso compartir el suyo, pero cuando se le acabó a ella ni me planteé seguirla. No quería volver a Europa. Estuvimos ahí más de un año, siempre bien, no recuerdo discusiones ni conflictos entre nosotros, nos dimos las señas, pero no la volví a ver porque en otro aeropuerto otra vez lo perdí todo.

Extravío las cosas, no las pierdo, las dejo, las olvido, las regalo. Les sienta bien a los otros encontrarlas.

Y ahora viene un gran cambio. De *guais*. Cambié de dirección totalmente. Me despedí de la inglesa en el lago Atitlán, eso era un *cementeriohippy*, el último reducto *hippy*, como Goa. Era un lugar bellísimo, había doce pueblos y cada uno era el nombre de un apóstol. El mío era San Pedro. Ahora van los alemanes pijos, antes no se le hubiera ocurrido a un pijo meterse ahí, por la guerrilla y porque la gente era muy desaconsejable, gente como yo, drogadictos, fugados, evadidos de la justicia, a nadie le preguntabas de dónde vienes ni a qué te dedicas. Por cierto, ¿qué hora es?

¡Hostias! La psicóloga.

CIUTAT VELLA, 11 DE LA MAÑANA
CAFÉ SILENUS

28 de diciembre de 2010

Yo llegaba a una prisión y me quedaba a la espera de extradición, te dejan la opción de rechazarla porque yo la pena la estaba pagando aquí. Si iba a Madrid, hablaba con el juez X. Miguel Ángel fue a hablar con él y ahí me dieron la opción de aceptar la extradición o rechazarla. Me estaban juzgando por otro delito en Austria, eso aún no te lo he contado. En Austria me pedían quince años por un robo, pero conseguí que me juzgaran aquí y mi amigo Miguel Ángel le llevó al juez X todos mis dibujos, un curso que había hecho de enseñar español a los alemanes, todas las cosas que él consideró interesantes, se lo curró cantidad. Se compró una chaqueta para ir a ver al juez. Nos caímos bien. La conversación fue: «En Austria te reclaman por atraco a un banco». Y yo: «¡¿Quéééééééé?!». Y él se reía. Es muy gay y eso era como si estuviera hablando con un chaval, aquello de que a mí no me

la vas a dar, pero esto que está pasando aquí no da igual. Al final parece que ya estaba mareado y dijo que me aplicaba todas las eximentes para reducir la pena: drogadicción, trastornos psíquicos, que yo no era responsable de mis actos, etcétera. Mi respuesta siempre era: «No lo sé». Yo no le quería tomar el pelo, pero tampoco iba a entrar ahí, no iba a convencerlo porque eso es lo peor que puedes hacer con un juez. X es uno de los mejores jueces que hay en España. Me sumó un año y medio de cárcel por lo de Viena. Sin esta, me quedarían ahora solo dos años y medio. ¿Te imaginas? ¡Qué sé lo que haré cuando todo acabe! Acabará. No soñemos que luego duele. La táctica es ponerse siempre en lo peor y todo lo demás va a ser liviano. Eso va en contra de pensar en positivo, lo sé, pero es que, si no, te llevas unos palos.

Con todos estos movimientos he perdido tantas cosas, todos mis libros, ropa, cartas. Se pierde. Ir de conducciones reporta eso. Abren el maletero y un listo se lleva tu bolsa, cualquier mango, preso o guardia. Lo que peor me sabe son las cartas. No me han pegado pocas palizas por las cartas. Antes solo podías tener en la celda uno o dos libros, un par de mudas, una libreta, un lápiz, y listo. Aprovechaban cuando te ibas a duchar para registrarte y un día me dieron una paliza, hice una similitud del sistema de prisión con la Inquisición. Lo escribí y cuando subo a la celda me encuentro a tres o cuatro con el papel en la mano. Antes eso era la máxima. Es como el síndrome de Estocolmo. Las palizas eran lo que te ponía en tu sitio. Te dicen quién eres tú y quiénes son ellos. No te vayas a confiar. Aún pegan, tremendo, pero lo hacen más aislado. No lo ve nadie porque ahora no entran de afuera a trabajar, todo queda allí, antes los de afuera contaban las cosas, se sabía, ahora todo queda dentro.

Los carceleros son de todo tipo, desde el más cabrón hasta el que es buena gente que acaba con una crisis de identidad. Sí, ahí también hay buena gente. Ahí conocí a Miguel Ángel, no sé por qué fue a hacer de monitor a la cárcel. Le estilaba el morbo, digo yo. La cárcel es un morbo para la gente que no la conoce.

¿Dónde estábamos el otro día? En el lago Atitlán, ¿no? Eso fue todo un episodio. ¿Has visto ese lago? Allí empecé a tirar de la nada, estaba sin dinero, sin trabajo, sin nada. Yo, rápido, le vi el color. ¿Aquí qué hago? Vender droga. Todo el mundo venía ahí a fumar. Ahí un porrito era la hostia, yo vendía solo marihuana y fui tirando, sin problemas. Un día, un indio, cacique y maestro de tres o cuatro pueblos, me pidió que llevara el bar, y aquello fue un despelote. Todo el mundo se ponía hasta las trancas. Yo los dejaba hacer, ellos apuntaban lo que tomaban y lo pagaban. Yo no vivía del bar, no ganaba nada, era mi punto de estar, de relacionarme, es que antes era muy cerrado, ahora un poco menos. Ahí conocí a mi mujer. Ella era

austríaca, iba viajando desde Norteamérica y ahí se separó de sus amigas para seguir viajando conmigo. Lo curioso es que eran tres y yo me había enamorado de una que escribía; a ella, a mi mujer, la miraba y me decía: «¿Dónde vas, Manuel? Esta no es para ti». Era demasiado fina, muy delicada, ¡preciosa! Ella no se drogaba nada de nada y en esa época eso era muy raro. Se fueron y enseguida apareció ella, sola, suelta la mochila y se me tira a los brazos, y a la noche hubo que cerrar el bar. Un flechazo. Ella no sabía nada de mí, no hablaba el mismo idioma, ella en alemán y yo en español. Se llama Marlen. Nos entendíamos por señas y como podíamos hasta que yo aprendí alemán. Me pasé tres años de infierno en Austria hasta que aprendí, el alemán es muy difícil. Con ella, todo muy bien, exageradamente bien. Estuvimos viajando unos diez meses, hasta Brasil, ella tenía dinero y yo iba trapicheando, estafando *traveler's checks*, coca, marihuana, hasta que Marlen se puso muy enferma en Brasil, pero muy enferma, eso fue después del carnaval y tuve que llamar a su padre, y se fue a Nueva York. Y «ven», «voy», «ven tú», «no, ven tú», «ven», «voy», así hasta que me decidí y me fui a Viena. Ella ya estaba allí.

Pero antes habían pasado muchas cosas, yo me había movido mucho, estaba en Colombia y ella vino a verme, a la isla de San Andrés, y me vio cómo estaba y dijo: «Te vienes conmigo». Me había enganchado a la coca, pero brutal, estaba tan enganchado que cobraba en coca, ni comía ni dormía. Cada tres días caída, ¡puf!, el cuerpo no aguanta más. Yo me la fumaba y montaba tal guirigay que un amigo me dijo: «Pero qué haces, tío, mira». Y me la piqué. Ah, pero yo muy místico, ¿eh?, en cada viaje me veía con la muerte. Cuando tienes la medida cogida, cerca de la sobredosis, la medida exacta, te vas, pero no te vas, ves la muerte cómo viene a llevarte, no sé por qué me gustaba eso, porque ahora me parece la cosa más imbécil del mundo. Me atraía. ¿Por qué? Ah, era algo tan fuerte. Yo vivo de milagro. Me han hecho analíticas y me han dicho: «Tío, si tú no tienes sangre, tienes coca. No estás vivo. No existes, chaval».

Marlen estaba desesperada, siempre detrás de mí. Yo iba por épocas. De repente estaba bien y de repente ya no. A veces lo conseguía y a veces no. Ella se daba cuenta enseguida. Aún está en ello. Me escucha hablar por teléfono y sabe lo que he hecho, sabe si me he tomado un coñac o una raya. Ella es una pasada, la próxima vez te traigo una foto y verás, todavía ha estado viniendo a verme dos veces al año, ella ya con su marido, a verme cuando estaba preso.

Me sacó de Colombia, me llevó a Austria y ahí estaba bien. Ahí pude estar bien, pero había algo, no sé, siempre había algo dentro de mí que no me dejaba en paz. Estábamos en un colectivo, Arenas, ahí trabajamos un chingo de gente haciendo desde decoraciones en verano para eventos, cine de verano, *performance*, pasaban muchas

cosas ahí. Yo estaba bien y mal. Cómo andaba yo lo sabían solo dos o tres personas. Yo veía algún control, algún rollo, y ya pedía irme. Me vestía correcto para pasar desapercibido ante la policía. Estaba bien y no estaba bien, Marlen me protegía totalmente, quería pagarme la vida, que yo no me preocupara por el dinero, por nada, y yo eso no lo podía permitir. Yo llegaba a casa con droga para vender. ¿De qué otra manera podía buscarme la vida? Tenía papeles, pero no podía usarlos para trabajar, me ofrecieron la tirada cómica de un diario y era una pasada de sueldo, y no pude porque mis papeles eran falsos. Nadie podía darme un trabajo, ¿me entiendes? Todo lo que conseguía era así. En el colectivo Arenas sí que podía trabajar, me daba para vivir, pero solo un tiempo. Y mi mujer era: «No te preocupes, no te preocupes por nada». Ella en esa época gestionaba la MENSA de la universidad, donde se hacen los actos culturales, conciertos, eventos, cuando la conocí estaba estudiando Antropología, esto lo hizo después. Yo me quería ir. «Que te paguen la vida, tía». Yo no pude. Eso degenera una relación. Yo tengo un ritmo de vida que te cagas, empezaba a gastar y no tenía noción de lo que era el dinero; si ella gastaba diez euros al día, yo quinientos, un símil. Me encantaba no tener noción, se me caía, lo perdía, era un gozo, eso me producía placer. Por eso se enamoró de mí, éramos todo lo contrario. Yo antes era más agraciado. No me iba mal. Ahora no, ahora no lo soy. O es o no es.

Me fui de Austria unas cuantas veces, a Colombia, a México. Ella me venía a buscar donde fuera, era un amor bestial y no soportaba que me fuera, y me venía a buscar donde fuera. Me encontraba enseguida. Yo también sufría la separación, solo que yo no conocía eso, lo descubrí con ella. Esto lo he trabajado con la psicóloga, su conclusión es que yo no creo merecer ser querido por nadie. Y también es mi conclusión. Me viene de pequeño, de haber estado solo toda mi niñez, de haberme escapado de mi casa continuamente y sin que me echaran en falta, de no pertenecer a esa familia, como si yo fuera un bicho raro. Luego he recapacitado, en cuanto alguien me quería, yo mostraba rechazo. Sobre todo, con las mujeres.

Marlen me sacaba de donde estaba, de lo peor, y me volvía a llevar a Viena. Llegaba y se plantaba, venía muy determinada: «El vuelo sale pasado mañana». Eso fue así hasta el 95-96. Si yo no hubiera pasado por el juicio, a los veinte años ya hubiera estado exento, pero al ser delito de sangre eso no prescribe jamás. Desesperas. ¡¿Hasta cuándo?! Una noche, en Viena, oí un coche a las dos de la mañana, oigo la puerta, dos puertas, bum, bum. Pilas. Todo preparado. Me asustaba mucho. Siempre con eso pegado. Y la gente que no lo vive no lo puede entender, pero alégrate, pim-pam, mira qué bien te va ahora, pim-pam, puedes vivir bien, sí, claro, ahora sí, pero dentro de media hora.

Estuvimos juntos durante once años. Eso no iba a ningún lado porque yo siempre me quería ir. Yo no pertenecía a eso, todo muy *happy*, muy bien, pero para mí no. No podía estar tranquilo, no podía viajar por Europa, solo Latinoamérica, era más abierto, nadie tiene tanto control como aquí, iba siempre con papeles falsos que me los iban cambiando sin parar, tenía una restauradora de arte que tenía una mano increíble, pero estaba harto, harto y hasta las pelotas de todo. Desesperaba: «¡Que se acabe esto, que se acabe del todo!».

Nos separamos en Viena. Se lo pedí. Llevábamos un año sin cruzarnos, plis-plas, plis-plas, ella se iba tres días y yo ni cuenta. Iba por fases, me daba un bajón y me pillaba lo que fuera, y ella no podía más. Le costó muchísimo, no podía más y, sin embargo, se lo propuse yo. Yo veía cómo le condicionaba la vida: «¿Qué estás haciendo con la chavala?». A ella le costó mucho. ¿A mí? A mí me costaba todo, eso no, todo. Era una suma. Todo empezó porque ella quería tener hijos, yo también pero tenía que ir a Italia a limpiarme el semen, no me gustaba ir a Italia, era peligroso del copón y además esa manera, y yo no estaba preparado. Ahora sí lo estoy.

Marlen ahora está muy bien, tiene dos niñas. Está bien.

Voy a pedir un coñac.

Me alegro de que esté bien. La echo mucho de menos, ¿sabes?, pero la tengo aquí, ¿eh?, yo la siento y ella también, cada vez que me pasa algo me llama. Es muy premonitorio. Bueno, seguimos, ¿no? Estábamos en 2000, por ahí. En medio de todo eso había pasado lo de Chiapas, que no te lo he contado, y eso me lo estuve currando un montón y me pegó un bajón. La corrupción. No poder creerme ni aquello. Yo me sentía culpable por vivir en la mentira y luego resulta que todos eran una banda de. Yo era muy bienvenido, claro, llegaba con dinero como si fuera todo de la plataforma, y yo: «Si supieran que esto viene de traficar, y estos con unos principios de la hostia», y luego ¡joder!, ¡qué mierda! Aunque me sirvió de mucho, me sirvió para desmitificar a los que tienes en el altar, ves que no tienen nada de especial ni son tan distintos. Aun así, Chiapas fue muy rico. Fue una experiencia riquísima, Marlen iba viniendo a Chiapas. Iba y venía. Igual que yo. Y en una de esas veces, en el año 2000, entonces hice el atraco al banco, este que estoy pagando; recuerdo que ahí me dije: «O te paras o te paro». Es que me moría. Me moría seguro. Me salió un herpes en todo el cuerpo. Cada vez jugaba más con el límite y yo sentía que me iba, que me iba, y aquello que ¿te querrás ir o no? Me volvía a despertar. Y aquí estoy. Pero no paré ni hubiera parado, era imposible. La puta coca podía más que yo. Y mira que me iba bien, yo me decía: «¡Anímate, chaval!». Y no, no podía. Siempre jugando con la muerte, espíritus, sombras. No hacía nada. Solo drogarme. Me daba

asco. Era absoluto. Todo era eso y todo era para eso. No había nada que me motivara. Nada. Pensaba en mi mujer y: «¿Dónde vas, chaval?». Era todo ajeno a mí. Todo limitado.

Fui a que me pararan. No podía más. Me fui a la embajada de España, en México, y me cogen los del CNI y me proponen quedarme allí tranquilamente y pasarles información de toda la actividad, de toda la gente que pasaba por allí, de Chiapas y de todo, que había mucho vasco, ahí. Mira lo que te proponemos: «Que te quedes de informante». No daban crédito. Y aquello que te levantas y «señores que me tengo que ir». Me ponían dificultades para entregarme. «¿No me van a detener?». «No. Esto no funciona así, danos los datos y vuelve mañana». Y volví. Yo estaba determinado. Salí de allí y, ¡pumba!, a por coca. Yo: «Para, chaval, para». Yo siempre lo he hecho todo muy bestia. Me he quitado de la heroína yo solo. Me meto en la cama, y ahí, aguantando como un cabrón. Pasar un mono a pulso deja secuelas. Yo lo de la metadona no, un año, dos años, ¿qué dices?, si la decisión es ahora.

Estoy llegando al final, ¿eh? Así en dos trazos ya te lo he contado casi todo. ¿Nos vamos a otro bar?

RAVAL, 2 DE LA TARDE
CAFÉ LE ROUGE

El mismo día

He pensado en el nombre y no quiero que pongas ni Andrés ni Raúl ni Diego, No quiero llamarme más de ninguna otra manera. Yo soy Manuel.

Estamos en México. Vuelvo al día siguiente y no me cogen. Yo: «Llevadme de una puta vez al calabozo, a la puta mierda, ¡joder!». Y no. Yo quería que me esposaran. Y no. Tenía que esperar meses. No sé por qué no me querían detener y me tuve que pagar un billete a Madrid, eso fue lo más surrealista que he vivido en mi vida, salí con un salvoconducto porque si no era un delito más. Me esperaba la policía en el avión. Me pusieron las esposas y ya estaba detenido, ¡por fin! Es de la única acción que me avergüenzo. Entregarme. Me sentí la cosa más fracasada del mundo.

Y fue verme en prisión y entrarme las ganas de fugarme. Un desquicio. Casi nadie sabe que me he entregado. Yo digo que me cogieron. Entregarse es impresentable. Entré en Soto del Real, en

Madrid. Llegas ahí y eres un fugitivo de trece años y resulta que eso es un rango. Te meten en un módulo y ves cómo te consideran ellos, y te lo crees. Yo era un chaval de barrio y estos te hacen un guion de una película de malo, y tú eres el más malo y eres peligroso. ¡¿Yo?! Yo soy un *pescaílla*. Empezaron: «Infraestructura internacional». ¡¿Quéeeeeeeeee?! Ni que fuera a salir Jean Paul Belmondo por la puerta. Ya parten de la base de que te toman por un asesino, sin serlo, eso te trastorna. Eso de entrada. Yo solo he robado cuatro mierdas y de entrada, ¡pum! Y luego lo malinterpretan. Y yo voy de algo que no he sido y eso lo transforman en: «Qué pedazo de cabrón, qué hijo de puta. ¡Este cabrón que no dobla!». Venga psicólogo, perfil. Y yo diciendo la puta verdad. Nada más sencillo que la puta verdad. Te pones en su lugar y es jodido. Ellos machacando porque para ellos eso es la sentencia del juez y tú no eres nadie. Y yo que no. Me consideran un agudo muy inteligente, muy cabrón, muy criminal. Esta vez no me tocaron, las otras veces sí.

Creé una atmósfera de respeto. Leía y ya flipaban. Antes los presos no leían. Ahora sí, más. Antes encontrabas puro chorizo. Ahora no, ahora está más diversificado y más mezclado. Antes no veías un violador, y el que aparecía moría a la media hora. Ahora está lleno de violadores. Y tan tranquilos. Y de maltratadores. ¿Gente interesante? Sí. Eso siempre. Yo he hecho grandes amigos, aunque sean rollos del momento haces un circulillo y vas a muerte. Problema de uno, problema de todos. He tenido mucha suerte, desde que entré, en 2002, he encontrado a gente muy interesante. A un abuelito de setenta y cuatro años, toda la vida delinquiendo, era poeta, con él podías hablar y hablar y hablar. Estar ahí encerrado en esas cuatro paredes y poder hablar, ¿sabes lo que te digo? Lo tenías que haber visto recitar. Ahora, ese sí que era un liante, liaba a Dios y a su padre, argentino, setenta y pico, se las sabía todas. A un uruguayo, trotamundos, ese se ahorcó, el delito no tenía nada que ver con él, no te metas si no sabes, y la pagó. Un tío de uno noventa que se ahorque en una cama, imagínate, doblando las piernas para arriba. Me lo contaba. Y lo hizo. Y además ya estaba saliendo. Es muy difícil salir de ahí, ¿qué haces fuera? No empiezas de cero.

Empezar de cero, qué bonito sería.

Ahora va a hacer ocho años. Me faltan cuatro.

Yo creo que ya está, ¿no? Dale tú un repaso a ver.

¿Qué quieres hacer cuando salgas, Manuel?

¿Sabes qué es lo que quiero?

Quiero que no me pregunten eso. Quiero no tener que responder.

Quiero estar en paz. Sé que eso es un estado interno. Tengo muchas alertas. Camino por la calle y, ¿sabes qué me digo?

«Cálmate, Manuel, que ya no te busca nadie.».

UN MUNDO INTERIOR

—

BARCELONETA, 11 DE LA MAÑANA
EN EL BAR DEL MERCADO

22 de junio de 2010

Acabo de oír tu llamada, pero te he reconocido antes.

¡¿Cómo?!

Dijiste que dejarías un libro encima de la mesa y he visto el libro.

Es verdad. ¿Te parece bien aquí o prefieres otro sitio?

Está bien.

¿Qué quieres tomar?

Lo que sea.

¿Lo que sea?

Sí. Lo que sea.

Bueno, tendrás que pedir algo.

Lo que sea.

Un agua con gas.

He hablado con tu educador social y…

Sí, ya lo sé. Me parece bien.

Entonces ¿podemos empezar hoy?

Está bien.

¿Hasta qué hora tienes tiempo?

Hasta las dos, hoy no trabajo, aunque por la tarde empiezo a editar.

¿A editar?

Estoy rodando un documental. ¿Empiezo?

Sí, cuando quieras.

Ahora está bien.

Yo creía que iba a haber una guerra en España y entonces eché a andar, me puse a andar, me fui por el Empordà, me, o sea, yo quería salvar el honor de mi familia y quería conocer a los que, me cuesta un poco continuar, es que si lo escribes no me puedo concentrar. No puedo seguir, a lo mejor si me ayudas a organizarme un poco. Es que yo vivo en un mundo en que cualquier idea me lleva a otra. Yo veía en una tienda, por ejemplo,*Muebles Molina* y ya creía que era un mensaje. Y esto lo veía en todo, me pasaba con todo. Como si fueran mensajes del cielo. Todo quería decir algo. ¿Por dónde sigo? ¿Me puedes ayudar?

Empieza por el principio, dónde naciste, quiénes son tus padres…

Yo nací en Nuestra Señora del Pilar, en el año 74. Mi padre era un estudiante colombiano que vino aquí a estudiar Ingeniería y mi madre le alquiló una habitación. Ella se ganaba la vida haciendo bisutería y alquilando una habitación, en esa época ella vivía con mi abuela y mi hermana. Mi madre murió el año pasado, ahora vivo solo con mi padre, aquí, en la Barceloneta. Mi hermana es de otro padre, de uno que se portó muy mal con mi madre, un falangista radical que al final la dejó por otra. Le alquiló la habitación y empezaron a conocerse. Mi hermana se llama Olga, ella me cuida económicamente, pero no quiere que yo conozca a sus hijas. Creo que mi hermana está muy

asustada porque una vez la llamé por teléfono y le dije que era una hija de puta porque yo tenía unos dolores muy fuertes y que era ella la que me los provocaba. Alguna vez me llama, pero casi no la veo. ¿Por dónde sigo?

Tu padre vino aquí a hacer una carrera, ¿la acabó?

No, no era buen estudiante. Yo tampoco. Mira, mi madre quiso que yo fuera a un buen colegio y me llevó al Sagrados Corazones, en Sarria, y a mí lo que me gustaba era estar con mis compañeros y ver las series de entonces. Estudiaba lo justo para aprobar y poder tener tiempo para ver *Star Trek*, que era una nave espacial que se dedicaba a explorar otros mundos; *Cosmos*, de Carl Sagan, que era un documental divulgativo científico y también hablaba de otros mundos, yo veía todo esto con doce o trece años y me fascinaba; ah, también *Alfred Hitchcock presenta*, que era una serie de media hora de historias diferentes, de cosas extraordinarias; *La dimensió desconeguda*, de esta me acuerdo muy bien porque era un hombre enamorado que se va al espacio a hacer un viaje interestelar y durante los ochenta años que dura el viaje solo piensa en la chica de la que está enamorado, y cuando vuelve se encuentran y ella ya es muy mayor, no me acuerdo del final, solo que él piensa siempre en ella. Eso era lo que más me gustaba y mi madre me dejaba ver todas las series que quería, le parecía bien, no me ponía límites porque ella era muy permisiva conmigo.

Cuando yo tenía cinco años no sé qué pasó que mi padre se fue a vivir a Colombia, me dijeron que aquí no encontraba trabajo, y volvió cinco años después. Nunca más volvieron a vivir juntos. Yo no recuerdo nada, no sé qué me pasó a mí, era muy pequeño, sí recuerdo que él me envió una carta para que fuera a verlo y ella no me dejó. Yo no podía hacer nada y además yo era muy de mi madre, la admiraba mucho porque era muy bonita, era muy bonita en su manera de ser. Luego él volvió y todo cambió, es que él tuvo un problema con mi hermana, es un poco íntimo de contar y yo todo eso lo supe más tarde. Antes de que él se fuera, mi hermana tenía diez años y se ve que abusó de ella alguna vez. Y cuando llegó, todo cambió, él se quedó en el piso de la Barceloneta y nosotros nos fuimos al de mi abuela, nos dividimos. Íbamos todos los días a comer o a cenar con él. Discutían mucho, pero a veces también se querían, tengo algún recuerdo muy bonito: los dos haciendo una paella y hablando, los recuerdo entendiéndose y eso me producía a mí felicidad. Sí. Otras veces discutían porque él no tenía nada para comer y ella llegaba tarde, y es que a mi madre se le acumulaba el trabajo y él se enfadaba, a mí me dolía mucho que discutieran, sí, me dolía. Yo no decía nada. Nunca.

Veía una tormenta y esperaba a que pasara la tormenta. Mi madre tenía razón, pero se excusaba, no se enfrentaba, le decía: «He tenido que ir a una tienda a vender».

Ahora mismo, con mi padre hablo lo justo para que no se enfade. Para que haya un buen ambiente en casa, lo que hago es no hablar. Me ha dicho que a lo mejor se va a Colombia a pasar su vejez, pero yo creo que si lo necesito no se irá, que se quedará conmigo. Yo sé que él me quiere. Mi madre era un amor diferente, más sincero. Ella ahora me estaría esperando en el balcón y me diría: «Hola, David». Me estaría esperando. Él a veces me ha abrazado y a veces me dice de ir a dar un paseo, y eso me gusta. Yo creo que antes era muy machista y ahora se ha ido reciclando. Como las botellas. Sí. La vida lo ha moldeado un poco.

Nunca he hablado con él de los abusos. Él lo que me ha explicado es que ella iba detrás suyo. Mi hermana dice que él abusaba. A mí no me gusta hurgar. Lo que me explican es lo que sé. No hurgo en las heridas. Es posible que sea bueno hurgar, pero yo no he aprendido eso, no soy así. Yo tengo mi dibujo y con eso vivo. Ese es mi puzle. Mi hermana ha conseguido tener éxito en la vida, quizá por lo que le pasó se ha distanciado, se volvió muy independiente, no lo sé, yo la veo feliz. A veces me escribe correos porque ella me da dinero, pero no me explica nada. Esto me lo explicó porque era obligatorio. Yo preguntaba: «¿Por qué no quieres ver a mi padre?». Y ella me lo dijo. Recuerdo que fue mi abuela la que le dijo a mi padre que se fuera a otra casa, porque un día se encontraron y mi hermana cogió una botella y se la quería tirar a la cabeza. Ella sí que se rebeló. Mi abuela sabía lo de los abusos, pero no hizo nada, no. Mi madre todo lo que me explicó es que un día se los encontró en la cama. No sé cómo lo veían ellas, lo verían de otra manera cuando le dejaron volver a casa. A mí esto me ha hecho ser más hermético, no querer contar mis cosas, aunque ahora te las estoy contando, creo que me va bien, creo que esto de mi hermana me ha hecho más retraído. A otros niveles no sé en qué me ha afectado. Todo el mundo tiene problemas, esto es lo que me ha pasado a mí.

Mi madre me lo contó y me dijo algo más, pero no lo recuerdo. Sé que ella estuvo mucho tiempo muy preocupada, pero no sabía bien qué hacer. Mi hermana se ponía furiosa con mi madre por cualquier cosa; ella se ha puesto muy triste cuando se ha muerto, pero no la quería igual que yo. Mi hermana puede vivir sin ella y para mí ha sido muy fuerte. Nosotros estábamos las veinticuatro horas juntos menos cuando me dieron los delirios y me iba de casa, me iba a caminar por ahí y la dejaba sola. Eso fue un fallo mío. Tenía que haber estado más por ella. Ahora me siento culpable. Me siento culpable, sí, pero es que

empezaron los delirios.

Empezaron en el 99, empezaron suaves, pero me fui a la mili y ahí me explotó todo. Todo se empezó a rebelar. Se empezó a expresar.

Nosotros hemos sido de palabras justas. Yo nunca he hablado más de la cuenta. En el delirio es mi mente la que habla sin parar, pero todo es interno, yo no hablo. Me doy y me quito la razón continuamente, pero no me pongo a hablar. No es una mente escindida, eso es un mito de la esquizofrenia. No es una doble personalidad. Tú siempre te sientes igual, pero ves las cosas diferentes. ¿Me entiendes? No estás escindido. Te crees que todo es causal y crees que hablas con los políticos y con la gente que habla por la tele. Oyes voces que vienen de todas partes. Cuando oigo voces me siento muy extraño, todo me empieza a dar asco y creo que me van a robar.

¿Puedo pedir más agua con gas?

Claro.

Mi madre me cuidó tanto, ya ves que me llevó a un buen colegio, a una escuela de pago. En tercero de BUP tuve un problema, suspendí el curso porque me había enamorado tanto que no podía estudiar, y no le decía nada a la chica porque siempre he pensado que si hablas más de la cuenta te va a ir mal. Eso lo he tenido siempre. Era muy tímido y solo hablaba con mi madre. Pues ahí estaba tan enamorado que no me podía concentrar en estudiar, y como mis amigos se iban a estudiar a Estados Unidos mi madre me buscó un contacto de una mujer que me podía acoger para que yo también me fuera a estudiar, sabía un poco de inglés y ahí aprendí del todo. Eso fue lo mejor que me ha pasado en la vida, irme allí. Estudiar no me interesaba, nunca me había interesado hasta ahora, ahora me interesa mucho, ahora estudio Biología, Química y Matemáticas, me cuesta mucho concentrarme, pero me lo impongo. Yo quería ser bioquímico, que es la biología de la vida, lo quería hacer porque mi idea era hacer productos audiovisuales científicos. He estado muchos años en BTV colaborando durante seis años, reportajes del barrio, de Ciutat Vella, noticias para los informativos,

Cuando volví de Estados Unidos estudié en la UNED, estudié Química, pero aprobé solo Biología, con un *bien*. A mí lo que me gusta es aprender, pero no soy bueno memorizando y por eso no me veo capaz de sacarme una carrera, no puedo memorizar porque mi dificultad es la falta de concentración, en cuanto me aburro me desconcentro. Y en BTV lo que me pasaba es que todo era entretenido y no estaba solo en una habitación estudiando. Tuve que dejar la

carrera de la UNED, preferí el trabajo de la tele. Ahora aprendo solo y eso me gusta, voy a mi ritmo. Tengo la bibliografía de la universidad y me guío con eso.

Y aunque mi madre no está, yo siento que ella me está ayudando desde donde está, que me da fuerza; mira, justo al morir me dieron un trabajo. Me lo recomendó la novia de mi mejor amigo. Y también fue él quien me aconsejó que fuera a buscar el certificado de discapacitado, eso fue hace tiempo, pero no lo hice porque mi madre no quería que me lo dieran, eso era aceptar que yo estaba enfermo y ella no lo aceptaba. No quería que me medicaran, pero cuando ella se puso enferma nos quedamos sin dinero y mi padre insistió en que me lo dieran para que cobrara una paga; yo no tenía nada de dinero, mi madre tampoco y mi padre tampoco. Estábamos todos sin trabajo. Cogí el certificado y más tarde me fui a esa empresa a por el trabajo. Si me hubieran dado el trabajo cuando mi madre estaba viva, no lo hubiera cogido porque yo quería estar con mi madre. Ella se quedó sin habla. Murió a los setenta y nueve, era veinte años mayor que mi padre, eso no te lo había dicho. Se conocieron cuando él tenía veintitrés y ella cuarenta y tres. Él la iba a ver a la residencia, pero no era como yo, no sentía como yo. Todos los domingos íbamos juntos a verla. Yo creo que mi padre la quería a su manera, sí, porque ha tenido novias, pero nunca ha vivido con nadie. Dice que ella es una persona muy buena, que tenía mucha bondad. Solo los vi juntos para comer y cenar. No sé si tenían relaciones, ni idea.

Yo nunca me he acercado a decirle nada a una chica, no me atrevo. Puede que el amor de mi vida sea mi madre. En el entierro, una tía me dijo:«La teva mare n'estava molt de tu». Solo me separaba de ella cuando hacía algún viaje, y no la echaba en falta porque tenía tantas cosas nuevas que vivir que no me daba tiempo. Y también nos separábamos cuando me echaba a andar. Su muerte también ha sido una liberación porque ya no era como antes, no podíamos hablar y me dolía tanto verla así.

Mi padre a veces me dice: «A ver si eres marica». Pero no, me gustan mucho las mujeres, solo que me pongo muy nervioso. Hay una chica, la que trabaja conmigo en el aeropuerto, que me gusta; me hice ilusiones, pero resulta que tiene novio. Yo tengo dos amigos, uno que es profesor de piano, y a veces hacemos audiciones en su casa, y otro que es cinéfilo como yo, y con él veo todas las películas. Nos gusta el cine de autor. Me gusta mucho una directora iraní que ha hecho *La manzana y La pizarra*, Samira Makhmalbaf, y de aquí Buñuel e Isabel Coixet, también Kubrick, Billy Wilder, Bergman no, no mucho, no sé, no, y no me gustan nada las de persecuciones ni las de lucha, no me gusta el mensaje que dan. Me gusta el cine reflexivo, *The Visitor*, es americana pero no tiene los tics del cine americano, me gusta mucho

el cine DOGMA, sí, y *Los 400 golpes* me gustó mucho, también los documentales creativos, por ejemplo, *Fronto linija*, de Audrius Juzenas, de Lituania, el cine experimental, Chris Marker, hizo *La Jetée*, es una película de ciencia ficción, es un experimento en el tiempo después de una guerra atómica. Me gusta mucho el cine, esto es lo que estoy haciendo ahora, sí, un documental sobre la esquizofrenia, sobre mi experiencia, todos somos *amateurs*, a mí no me gustan los actores *actores*, trabajo con la gente de la calle, y luego, cuando acabe, me gustaría hacer otro documental sobre una mujer que luchó en la guerra civil en el bando de los anarquistas, Concha Pérez, ¿la conoces? Y luego también quiero hacer uno sobre la Iglesia evangélica, me gustaría mucho enseñar cómo es esta iglesia por dentro, es una iglesia cristiana pero protestante; hay muchas de las cosas que dicen que no me gustan y otras me dan asco, sí, están a favor de la pena de muerte, eso no me gusta, pero ir a una iglesia te hace reflexionar, estar contigo mismo, y te ayuda a tener ideas buenas en la vida. Sobre esto me gustaría hacer un documental. Antes de que mi madre se pusiera enferma íbamos juntos a la iglesia. Ahora, como no está, no tengo ganas de ir. Prefiero dedicar el tiempo a otras cosas, a leer, por ejemplo, no puedo leer mucho rato porque me desconcentro. El hijo de Concha López me recomienda libros, él siempre está leyendo. Acabo de leer *Guerra y paz* y *La isla del día antes*. Ahora leo *Cuestiones cuánticas*, son escritos de físicos del siglo pasado, y *Teorema de Pitágoras*, este me da un poco de risa, pero encuentro que me puede dar ideas, lo que dice no tiene mucha consistencia, pero me da ideas. Me cuesta mucho leer, pero me lo impongo y luego me gusta.

¿Tienes cámara y equipo de edición?

Todo gracias al club social donde voy, ellos han conseguido una cámara y un equipo de edición. Es un club para gente con problemas mentales, estar con gente que tiene tus mismos problemas te alivia mucho. La política de hacer un centro donde la gente se pueda relacionar con otros enfermos es muy buena. Antes te llevaban a un manicomio y eras un loco sin salida.

Yo sé que estoy enfermo. Eso es lo que no quería aceptar mi madre, ella no quería que yo dijera eso. Hay gente que coge diabetes y yo he cogido esquizofrenia. Y lo he aceptado. Me ha costado sobre todo por ella porque yo me ponía de su parte, decía que todo era una tontería, pero me empezaba a dar cuenta de que yo no estaba bien. Cuando mi madre se puso enferma, yo pude empezar a aceptar mi enfermedad. Cuando ella murió, yo me dije: «Oye, si tú no te pones bien lo vas a pasar fatal». Ha sido un punto crucial, sobre todo cuando empezaron los delirios. Un día que me estaban atacando mucho las

alucinaciones me puse a llorar de tanta rabia, no podía más, y yo no suelo llorar, no es una vía de escape para mí. Mi vía de escape es hacer lo que me gusta. Antes me venían las alucinaciones y tenía que gritar. Gritaba muy fuerte y tenía que irme, a andar, a dar largos paseos, si me venían en la iglesia, salía y caminaba desde Santa Coloma hasta casa o desde aquí hasta La Maquinista o Diagonal Mar, me metía por Badalona, por la Mina, por el río Besos, caminaba unas tres o cuatro horas y eso me calmaba. Caminar me calma mucho. Gritaba en casa, solo, no me gusta gritar delante de la gente, llegaba hasta casa y ahí gritaba. Alguna vez, si no he podido más, he gritado delante de mis padres, pero yo prefiero gritar solo.

BARCELONETA, 11:20
BAR LA CEPA

28 de junio de 2010

Siempre me han gustado mucho los animales y ahora los echo en falta porque mi padre no quiere cuidar a ningún animal, no quiere tenerlos. Yo tenía perros, gatos y también canarios. Me gustan porque representan la naturaleza, como una creación de Dios, como nosotros, pero en otra vertiente, como las plantas, los árboles. También me gusta mucho el mar y el bosque. Te lo cuento porque yo estoy muy a gusto con los animales, necesito estar con ellos, con un perro es solo el placer de estar y de sentir esa fidelidad, pero mi padre no quiere, dice que le dan trabajo. Él no es un vago, no, es ocioso. Siempre está delante del ordenador, mira Internet, películas, también le gusta hacer *sudokus* y jugar al ajedrez, pero no es un vago, hace la comida cada día y no se queja. Yo no juzgo. Eso lo debo de haber sacado de mi madre. Las cosas así las he sacado de ella.

Tengo ganas de contarte cuando me cogen las alucinaciones. Empiezo sintiendo miedo a quedarme sin tabaco o a que nos corten la luz. Empiezo con la paranoia de pensar que un día no voy a poder fumar y que soy ya muy adicto, ese es uno de los síntomas. Otro es el temor a que un día ya no pase el autobús y no pueda regresar a casa. O que pierda las llaves. Y cuando eso empieza siento una extrañeza de mí mismo. Me vienen cada dos días, más o menos.

Y si estoy normal pienso en cómo va a ser mi vida dentro de diez años, qué es lo que me gustaría hacer. Tengo dos sueños, crear una productora audiovisual de temas científicos y formar una familia y poder tener una casa en Figueres, es que a mí me gusta mucho esa

ciudad. Cuando estoy normal no pienso en cosas perjudiciales, no tengo paranoias, sino que tengo ganas de hacer muchas cosas, de estudiar, leer y prepararme para el futuro. También me gusta ver las retransmisiones deportivas, sobre todo porque las veo con mi padre. Y ahora, sobre todo últimamente, hay cosas que ya no me gusta tanto hacer como antes, antes en esta época ya estaba bañándome en el mar, ahora prefiero leer, estar más en casa o ir con mis amigos. Ya te he hablado de mis amigos, ¿verdad? Del cinéfilo y el músico. Uno me da la música y el otro el cine, dos partes muy importantes de mi vida. Me gusta todo tipo de música. Ahora estoy escuchando un grupo de los noventa, Happy Mondays, de Mánchester, «Los lunes felices». Me voy a discotecas de Girona; antes, cuando hacían el Antisonar, también iba, ahora los han prohibido, es raro porque desde que está Iniciativa per Catalunya el gobierno lo ha prohibido, y antes que estaba Convergencia i Unió, no. Parece que los de izquierdas tengan que dejar más libertad, ¿no? Yo soy de izquierdas, pero en algunas cosas soy un poco conservador; por ejemplo, si ha de haber algún cambio, que se haga solo porque sea necesario. Yo creo que el mundo va cada vez mejor, sí, a pesar de la crisis, creo que somos más humanos, más comprensivos, en general, ¿eh?, no digo particularidades, cada vez somos más solidarios. Por ejemplo, prohibir los toros nos hace más humanos, que se casen los gais, también, es una libertad propia, y el aborto lo entiendo en el sentido de que una mujer no esté obligada a tener un hijo que no desea. Aunque hay cosas terribles en el mundo, yo veo las buenas.

Mi abuela era franquista, ¿sabes qué decía?: «Yo soy de izquierdas porque los de izquierdas son los que no tienen nada». Era una franquista rara porque defendía que se hablara en catalán. Yo digo que por eso los de izquierdas son más generosos, si no tienes nada no te importa repartir, si tienes algo te cuesta más. Yo creo que cada uno tiene razones para hacer lo que hace, puede ser que yo un día me comporte de forma egoísta. No lo juzgo. Ni a mi abuela ni a mi padre. Juzgar a una persona es como si tú criticas a alguien porque hace una cosa, debe de ser porque tú ya lo tienes superado, ¿no?

No me siento con derecho a criticar, solo si es algo muy flagrante, muy claro.

Lo que no sé no lo juzgo. No sé qué pasó con mi padre y mi hermana, no lo sé, yo no estaba en esa situación. Puede ser que se enamoraran, ella tenía trece años y él veintidós, era la juventud, lo carnal, no lo sé. Y, de pronto, me he quedado en blanco, no sé qué contarte ahora.

¿Cómo te recuerdas de pequeño?

Siempre muy tímido. Me gustaba estar en grupo y hacer *hooligan*, pero era muy tímido. Mi manera de ser ha sido siempre así, aunque eso no me impedía hacer amigos, lo único que al ser tímido me costaba mucho expresar mis sentimientos y mi gran problema es que me enamoraba con mucha facilidad y me lo pasaba solo. Me daba tanta vergüenza sentirme vulnerable, que pudieran reírse… Una vez me atreví a decírselo a una chica y me dijo: «Vete, pesado». Siempre me he sentido rechazado por el sexo contrario, excepto por mi madre. Me dijo que era un pesado y yo tenía quince años, fue uno de mis primeros fracasos. Los compañeros me animaban. Eso me pasó en Inglaterra con una suiza. Yo fui dos veranos a Inglaterra a aprender inglés. Ahí, los viernes por la tarde, íbamos a un parque y comprábamos bebidas, ginebra, ron, whisky, y nos lo bebíamos, era el botellón de ahora, vomitábamos y nos pasaba de todo; a mí no me gustaba beber, pero era para coger el puntillo de morado, como si dijéramos. Solo tomábamos alcohol. Fue aquí en Barcelona que empecé a fumar. Y luego tuve un problema en Estados Unidos, la familia me preguntó si fumaba, les dije que no, y yo, cuando me enamoraba, me entraban ganas de fumar, y en Estados Unidos me enamoré y tenía muchas ganas y fumaba en la habitación, y me pegaron una bronca, se enfadaron mucho, decían que la casa era de madera y no tenían un seguro contra incendios y yo podía haber quemado la casa y se podían haber quedado sin nada. Eran un poco exagerados. Cuando pensaba en la chica que me gustaba me entraban ganas de fumar. Aquí tenía dieciséis y ya me tocaba volver a Barcelona. Acabé el COU, pero no me lo convalidaron y lo tuve que repetir. Llegué con diecisiete porque yo cumplo en julio, soy Cáncer, cangrejo.

Ahora ya no se me ocurre nada más.

Ah, sí. Sí. Por ejemplo, yo iba a un colegio de pago y, claro, mis amigos tenían bastante dinero, tenían casas de veraneo y yo también tenía la de la Barceloneta, pero me daba vergüenza, como era un barrio pobre pensaba que se iban a reír de mí, y lo que hacía era no decir que iba a la Barceloneta. Con el paso de los años me he dado cuenta de que es un lujo tener una casa en la Barceloneta porque es un lugar de veraneo tan bueno como la Costa Brava. Entonces no les decía dónde vivía y ellos nunca venían a mi casa.

Otra cosa: me acuerdo de que en 2001 hice la mili. Yo hice el último reemplazo, y lo quise hacer porque me habían empezado los delirios, aunque muy suaves, yo estaba en la televisión de Barcelona de colaborador y no me pagaban, y estaba muy enfadado y no veía futuro si no me pagaban. ¿Qué hago con mi vida? Me cayó la carta de la mili y me fui a informar sobre la objeción de conciencia, y entonces

salió un hombre que me preguntó; le dije: «¿Dónde se hace la objeción de conciencia?». «Aquí», dijo, «al lado del restaurante chino». Y a mí me sonó como si me estuviera llamando chino por no querer hacer la mili. Me senté a pensar en un banco del puerto: «¿La hago o no la hago?». Y me decidí a hacerla. No me di cuenta de que era un delirio. Yo quería hacer algo por mi país y ser objetor también es hacer algo, pero me sonó que no era lo mismo.

Uno de los primeros delirios que recuerdo fue que estaba hablando con una chica por teléfono y esa chica que me hablaba me preguntó cuál era mi teléfono y luego dijo: «No sé por qué te pregunto tu teléfono si lo estoy viendo»; eran de esos que salía el número cuando llamabas, era el principio de eso y yo me imaginé que ella estaba viendo lo que yo veía. Que ella estaba dentro de mi mente y que ella veía lo que yo veía. No me asusté, me pareció normal, coherente con todo. Pensaba: «¿Cómo que me está viendo? Ah, claro, porque ella está dentro de mi mente». Me pareció normal. No se lo conté a nadie. Hasta que mi madre no cogió la enfermedad, yo no sentí la cabeza: «Ah», me dije, «esto no es un chiste».

Lo de mi madre fue un golpe tan duro que reaccioné.

Yo nunca le conté a mi madre las alucinaciones, pero hacía cosas raras; un día rompí un cristal porque pensé que los vecinos me estaban insultando y los insulté, y ahí mis padres se dieron cuenta de que pasaba algo. Ella me llevó a acupunturistas, a una que hacía Reiki, me llevó a médicos, pero siempre naturistas porque no creía en los médicos normales. Mi padre sí, él quería que fuera a un psiquiatra, pero mi madre no quiso y yo fui haciendo hasta que ella enfermó. Ahí me di cuenta de que los delirios no eran la realidad, eran una mentira.

En la mili empezaron los delirios fuertes. Pensé que la radio hablaba solo conmigo y que habían descubierto que yo era de ETA y no me lo decían para alargar más la tortura. Me parece que nadie se dio cuenta. Todo lo llevaba por dentro. No lo comentaba con nadie porque era algo íntimo y no quería que nadie lo supiera. No quería que nadie supiera mi intimidad. He empezado a hablar hace poco, primero en mi documental, también en el hospital de día, en terapias en grupo, y ahora contigo. Hace unos años no te hubiera hablado porque estaría en la plenitud de mis delirios y pensaría que tú eras alguien de la CIA que quiere enterarse de cosas para meterme en la cárcel.

Me parece que un hermano de mi padre tiene esquizofrenia. Mi padre tiene nueve hermanos. No sé muy bien qué problemas ha tenido, sé que es violento e irascible. Yo no. Yo no soy violento, mi padre sí, es más irascible, sí, cuando le tocan la fibra es capaz de pelearse físicamente, conmigo no, pero él busca más la pelea que yo, se enfada más: «Esos putos cabrones», siempre está insultando. Dice

muchos tacos. No es violento; bueno, más que yo sí.

Yo no hablo mucho con él, no le pregunto cosas que lo puedan herir porque no quiero ningún elemento perturbador en nuestra convivencia.

Antes me daba más miedo que me etiquetaran. Hay gente paralítica, gente diabética, y este es mi problema de salud. En ese sentido lo he superado. Antes sí que me daba miedo que la gente se enterara. Lo del estigma. Yo no me siento estigmatizado.

¿Hay algún tema recurrente en tus delirios?

Sí, la guerra. Creo que va a haber una guerra mundial y que va a volver a pasar lo de los judíos. En la mili notaba que había dos bandos, uno nazi y otro judío. Yo a veces pertenecía a un bando y a veces a otro, no sabía bien. Me acuerdo de que un día estaba fregando los platos, y si entraba uno y me decía «¡qué bien!», yo pensaba que me consideraba judío por eso, y cosas así, paranoias, delirios. Y a veces me sentía de ETA y a veces del otro bando.

Hay algo que no te he contado. De joven empecé a fumar porros con mis amigos. También probé *tripis* y éxtasis. El *tripi* es más alucinógeno y el éxtasis te da euforia. Pero eso es otro tipo de alucinaciones. En los *tripis* veía cosas, que se movían las estrellas, que chispeaban, y me daban muchas ganas de reír. Nos reíamos mucho. Era un poco tonto, pero a mí me gustaba reír así, a carcajadas. Me gustaba fumar porque me sentía *high*. Solo fumaba los viernes. Mi madre lo sabía y me decía: «No fumes chocolate», pero no se enfadaba. En la última época, íbamos juntos a comprar chocolate. Es que yo no soportaba la iglesia y fumado la soportaba mejor. Iba porque me gustaba ir con mi madre y estar ahí con ella. Yo a ella nunca le he deseado ningún mal, ni en las alucinaciones ni en ningún sitio. Nunca. Al principio tomaba drogas para hacer lo que hacían mis amigos, aunque poco a poco los dejé de ver y fui perdiendo el contacto porque ellos tenían mucho dinero y yo no podía seguir su ritmo. Tomaban muchas drogas, sí, éxtasis, cocaína, *speed*, y alguno probó la heroína, yo eso nunca. Ahora hace unos ocho años que no tomo nada, recuerdo que un día una monja de mi escuela me dijo: «A ti te van a encontrar un día en la calle lleno de pinchazos y muerto de sobredosis». Me lo dijo porque yo no estudiaba. Un compañero de clase me dijo: «Es muy fuerte lo que te ha dicho». Yo le dije que a lo mejor tenía razón la monja y él me dijo que eso nadie lo podía saber y que igualmente eso no se decía. Ella lo dijo en voz alta, en mitad de la clase. Decirlo así delante de todo el mundo es tan humillante. Por suerte no ha acertado.

Ahora, con la medicación estoy mejor. No tengo delirios, solo

alucinaciones.

Lo que tengo ahora son voces. Gente que me habla y me dice: «No hagas esto», «no hagas lo otro», «eres tonto». Hacen un juicio sobre mi actitud. Antes, cuando tenía delirios, era como si eso enmascarase las alucinaciones y no las notaba, pero, ahora que no tengo delirios, cuando me cogen las alucinaciones tengo una sensación tan extraña, todo me da asco y pienso que voy a perder las llaves, la cartera, que me van a robar. Lo paso mal.

Un delirio es como pensar que todo lo que sucede lo hacees por una razón y tú alimentas esa causalidad y acabas pensando que eres alguien de la realeza, alguien muy importante o que eres un terrorista y la CIA te persigue y cosas así. Y una alucinación es oír voces que te dicen cosas, ver caras en las paredes, en el suelo, caras que se ríen o que se enfadan. Esa es la diferencia básica. Y el delirio me tapaba la alucinación, la enmascaraba.

Yo creo que lo que me ha pasado, que ha sido una mezcla, las drogas, la genética, y mi manera de ser. No sé cuál de ellas ha sido la causante. Las tres.

¿Puedo pedir más agua con gas?

Claro.

Le he dicho a mi padre que me ibas a hacer una entrevista para hacer un libro. Me ha preguntado si eras guapa, si eras joven, si tenías novio. El siempre está buscándome una novia. Ahora me tengo que ir a lavar los platos y a leer *Platero y yo* y *Els hereus de la terra*, es sobre una guerra que hubo entre los constitucionalistas y los realistas. Parece que me gustan las guerras. Me gusta mucho *Guerra y paz*. No sé por qué. El libro está muy bien escrito. También leo poesía, me gusta mucho la poesía de Rimbaud y Foix y Juan Ramón Jiménez. Ahora me tengo que ir a lavar los platos.

BARCELONETA, 11 DE LA MAÑANA
ELS FOGONS DE LA BARCELONETA

30 de junio de 2010

¿Me puedo sentar?

Claro, si te estaba esperando.

Como he llegado antes.

¿Agua con gas?

Está bien.

Me he olvidado de decirte una cosa, que las alucinaciones solo me dan por la noche. No sé si eso me pasa solo a mí, en el club no hablamos de esos detalles porque a los demás no les gusta o a lo mejor es que yo no me atrevo a preguntar, no sé. He leído que hay cosas en común. A todos nos habla la tele. Y que tu madre o tu padre te quieran hacer daño también es algo común. En mi caso es mi hermana la que me hace daño. Ella siempre salía en mis alucinaciones y me hacía daño físico, me daba golpes en la espalda y a veces en la pierna, pero más en la espalda, y se reía de mí, y de las cosas que yo hacía. Yo me levantaba por la mañana y tenía un grupo de gente que estaba conmigo, y cada cosa que hacía, ellos lo comentaban, me decían cosas: «¡Flipa, cabrón!». Y tiraban una bomba a Irak. Mi hermana me decía: «Me vas a comer la cabeza, me vas a comer la cabeza». Ella lo decía en mi mente.

Yo la quiero, a mi hermana. Y creo que ella también. Nunca me viene a ver a casa porque no quiere ver a mi padre. Cuando vivía mi madre, a veces venía a verme, pero se enfadaba mucho con mi madre, siempre se enfadaban mucho. Ahora casi no la veo. ¿Sabes qué es lo peor de mi enfermedad? Que no hay relación, no hay un vínculo entre lo que vivo y las voces. Ayer me dio una, por ejemplo. Se lo cuento a mi padre, él quiere saberlo para ver si encontramos algún vínculo, para ver por qué me dan, pero no lo encontramos. Ayer empezaron cuando apagué el cigarro: «¿Lo has apagado bien? ¿No se te va a quemar la casa?». Son voces de otros, ya lo sé. Antes aparecía mucho mi madre y ella siempre me daba la razón y me daba consejos, mi madre no me hacía daño. Aún aparece, pero ahora no me gusta. No, porque yo sé que no es ella, que es alguien inventado por mi imaginación. Es una opinión externa.

Cuando sufría los delirios me gustaba. Estaba las veinticuatro horas hablando con un grupo de gente y me divertía, era como si fuera por la calle con un grupo de amigos, incluso me sentía orgulloso de que viniera tanta gente conmigo. Lo malo es cuando se ponían a discutir y se pegaban y me pegaban. Había uno que me decía: «Estamos anclados en el inmovilismo». O decía: «Estamos condenados al ostracismo». A mí me hacía reír.

Era como si yo cogiera la personalidad de cada persona y le diera su carácter. Mi propia mente les daba esos caracteres. O me decían

también: «Lo llevan en volandas». O: «¿Qué?, ¿queréis *snuff*?». Yo lo interpretaba de dos maneras: una, las películas esas que graban en vídeo de violaciones y asesinatos, o también como si esnifara cocaína.

Ahora estoy tranquilo porque sé que, como me dieron ayer, ahora tardarán unos días. Y ahora yo soy muy disciplinado con la medicación, eso es muy importante, así sufro menos, empiezan y me tomo la pastilla, en una hora ya me duermo y por la mañana ya se me han pasado. Es un antipsicótico.

El problema de cuando empiezan los delirios es que nadie se da cuenta hasta que son muy fuertes. Un día estaba escuchando música con unos amigos, pasaron unos aviones, estábamos en El Garraf, y yo pensé que los que iban en el avión leían mi pensamiento y le dije a un amigo: «¿Tú crees que los aviones están escuchando esta música?». Y me dice: «No creas que vas muy desencaminado». ¿Ves?, no le pareció raro. Y eso era un delirio. Y luego recuerdo que estaba en una charla de presentación de un proyecto sobre el futuro de Europa, querían quitar las fronteras entre el Este y el Oeste, que Rumania pasara a ser de la Comunidad Europea, y ahí había un chico de Núremberg que me miraba y yo pensaba que me quería pegar. Estaba convencido, pero no decía nada. Me lo quedaba todo dentro y lo pasaba mal, pero también me divertía, era como una aventura que llevaba por dentro. Estaba siempre solo. Yo no parecía enfermo ni hacía cosas raras, ahora tampoco lo parezco. Me acuerdo de que siempre quería estar solo. Solo con mis voces.

Una vez, en pleno delirio, me puse a andar como un loco. Me fui hasta l'Empordà por carreteras por las que pasaban los coches al lado. Me llevé un saco y me ponía a dormir al lado de la carretera, fue hace tres veranos. Me eché a andar para tener más experiencias para mis compañeros de viaje: las voces. Y porque andar me calmaba. Ahora no me echo a andar, prefiero saber adónde voy y no perderme. Cuando vivía mi madre me iba por las noches a la playa y nadaba hasta las boyas y mi madre se quedaba sufriendo porque pensaba que me iba a ahogar. Y yo me iba porque tenía ganas de nadar, yo me había entrenado mucho, hacía natación y era un buen nadador. Ahora, desde que me meédico, me he vuelto más sedentario, no tengo ganas de nadar ni de caminar ni de hacer ejercicio físico. Me iría bien, pero no tengo ganas. Ya no tengo la condición física.

Me fui a andar tres días porque pensé que quizá era una manera de ayudar a mi familia. No sé por qué pensé eso. Recuerdo que comía poco, *crackers* y queso, estaba muy delgado, caminaba sin propósito; bueno, el propósito era llegar a un pueblo. Y me acuerdo de que un amigo mío me pegaba en las alucinaciones y me decía: «¡Ay, mi David!». Paré en casa de los padres de un amigo a pedir algo de dinero y no me lo quisieron dar, luego paré en otra casa también de un amigo

y sus padres me dejaron entrar y dormir ahí; por la mañana me dieron un poco de dinero, pero no notaron nada. No se nota. Yo sí me lo noto, tengo más ojeras y estoy muy cansado y ojos de desesperado. Pero a mí nunca me han preguntado nada de si te encuentras bien, si estás bien.

Volví a casa después de encontrar el pueblo que buscaba. Recuerdo que había una noche estrellada y estaba el carro, una agrupación de estrellas, y eso me dio que era el signo de que yo había hecho algo importante. Saqué el saco y me quedé a dormir en el vallado de una casa, y a la mañana siguiente cogí el tren. Cuando llegué a mi casa estaban muy preocupados, pero no me riñeron ni nada. Mi madre había llamado a la policía y a todos los hospitales, y después de eso, a los dos meses, a mi madre le dio la embolia. Se había quedado muy preocupada por mí, sufriendo. Me sentí muy culpable. Sé que yo tengo parte de culpa de que ella cayera enferma. También por eso empecé a pensar que tenía que medicarme. Ahí solo me tomaba una pastilla, Zyprexa, pero no me lo tomaba en serio. Ahora sí, me inyectan. Me inyectan Risperdal, es, no sé, esto no sé qué es, un antipsicótico también.

Cada vida es, ya te digo. Hay tantas experiencias en cada vida,

Me quedan solo tres cosas por decirte, ¿te las digo? Vale, una que me llames David, la otra que mi relato se llame *Un mundo interior*, y la otra es que me dejes leer a tu lado lo que te he contado.

¿Cuándo?

Ahora no porque tengo que ir a fregar los platos y además estoy un poco cansado. El próximo día, aquí mismo, yo ya sé lo que te he dicho, pero quiero leerlo a tu lado, ¿puede ser?

Sí, claro que sí.

Y también me gustaría que miraras el texto que acompaña a mi documental, ¿puede ser?

Me gustará leerlo.

Gracias, ¿cuándo podrás?

¿En una semana?

Está bien.

BARCELONETA, 11 DE LA MAÑANA
ELS FOGONS DE LA BARCELONETA

1 de julio de 2010

¡Qué puntual, David!

Ya hace rato que estaba por aquí, estaba haciendo tiempo porque me acabo de inyectar y no quería ir a casa. ¡Hola!

Hola. ¿Nos sentamos?

Ah, sí.

¿Un agua con gas?

Ya te lo sabes.

¿Estás bien?

Sí, ¿por qué?

Porque estás temblando.

No.

Bueno, este es el texto, ¿has traído el tuyo?

Aquí está.

Anota lo que consideres.

Tú también.

[Leemos].

No sabía que escribieras tan bien, David.

Yo tampoco.

Me ha gustado mucho.

Hablo de mí. Perdona, es el Risperdal, me da muchas ganas de sacar la lengua.

Y te hace temblar.

No.

Mira tu brazo.

No. No veo nada raro.

Bueno, ¿y a ti te ha gustado lo que has dicho?

Sí. Ahora me tengo que ir a fregar los platos y a leer, antes te quiero preguntar una cosa: ¿tienes alguna amiga así como tú, con la que pueda hablar? Yo no sabré muy bien qué decirle, pero lo quiero intentar. Y ahora me tengo que ir, te dejo mi texto.

¿Qué vas a leer?

Un libro de física que me han dejado. Ahora me tengo que ir. Cuando esté el libro me avisas, y si alguien me reconoce y me dice: «¿Oye, tú eres ese del libro?», yo le diré que sí y que si quiere que seamos amigos. ¿Pondrás que me llamo David?

Sí.

¿Y *Un mundo interior*?

También.

Gracias. ¿Crees que es bueno mi texto?, ¿lo podrías poner?

Deja que lo piense, habrá que reducirlo un poco.

Me parece bien. Hazlo tú, ¿lo harás?

Lo haré.

¿Vendrás a ver mi documental?

Sí.

Gracias, ¿eh?

TEXTO ESCRITO POR DAVID PARA SU DOCUMENTAL

Mis alucinaciones de ahora no tienen nada que ver con todo lo que he vivido con anterioridad. Las sensaciones son diferentes; ahora noto cuando las alucinaciones me invaden. Son las paranoias y los pensamientos depresivos los que no me dejan concentrarme. Siento una profunda angustia existencial, lo veo todo tan difícil y negativo que querría morir. Pero en un momento dado todo se para. Duermo y cuando me vuelvo a levantar todo ha acabado. Paz.

Antes no era así. Años atrás, con mamá, cuando aún vivíamos los dos juntos, cuando nadie era consciente de mi enfermedad, mi vida transcurría en un trasfondo donde solo daba importancia a las voces de los delirios, a las imágenes de las alucinaciones y a las intervenciones de mis compañeros de viaje. Todo era un continuo juego en el que yo me sentía el protagonista, me sentía valorado, me sentía amado. No es que me faltase el amor de aquellos que me rodeaban, pero esta experiencia era más emocionante. Mi vida pasaba por un tamiz en donde todo era interpretado por mí y mis compañeros de viaje.

En este juego de interpretaciones, lo que yo vivía cobraba una gran trascendencia. Yo hablaba con alguien real y me colaba por los intersticios del discurso, y desde ahí pedía opinión a mis compañeros de viaje. No era yo solo, éramos yo y las voces: todos los que me acompañaban. En mis delirios se mezclaban las noticias que escuchaba, los libros que leía, la música que oía, la gente que me encontraba, todo. Mi mente estaba inmersa en una amalgama de ideas de donde yo sacaba mis conclusiones y me convencía a mí mismo de que yo era alguien imprescindible para el destino de la humanidad. Sé que mi enfermedad es crónica, sé que no me curaré nunca, sé que tendré que soportar a las voces hasta que me haga viejo.

En mi vejez, ¿cómo será mi vida? No me da miedo, creo que será interesante. Me la imagino llena de recuerdos. Cada experiencia vivida se convierte en una suma más de recuerdos que habrá que añadir al día, a los que se le suman los del día siguiente, y el otro, y así hasta el

final. El recuerdo de la celebración de mi sexto cumpleaños se hará cada vez más pequeño, más olvidadizo en el conjunto total de recuerdos que almacena mi mente, y cada experiencia repercutirá en mi historia pero, ¿vendrán también estos malos viajes?

Las voces y yo formamos un grupo. Quizá el grupo que siempre me hubiera gustado tener. Amanezco con ellos y me voy a dormir con ellos. A veces el grupo es divertido y me siento orgulloso, pero otras se ponen en mi contra y no puedo, quiero que paren, que cesen de infligirme daño, y no puedo, entonces empiezan a pegarme y estoy atrapado.

Estoy hablando de una memoria que se da cuenta de lo que es la vida, antes de esta memoria yo tenía una memoria virgen. Y estos pensamientos de ahora vienen sin que yo los pida, se instauran en mí y les ruego que se vayan, que no me hagan más daño, que yo ya les he dicho todo cuanto tenía que decir. Que ahora, por favor, me dejen ser yo. Yo mismo.

Estas son mis porosidades mentales. Tengo que enfrentarme a estas paranoias que salen o entran en mis grietas. Como quien juega al póquer y se da cuenta de que han descubierto su farol. Como quien se sabe inferior, guarda un secreto y lo revela a última hora. Y eso le hace completamente vulnerable a las torturas más impropias que se le pueden hacer a un ser humano.

Qué juego tan ilusorio este de la mente, nos permite tener conciencia a la vez que nos planta trampas y paradojas. Nos engaña con percepciones que yo he creído divinas. Continúo a pesar del infierno porque de repente llega una chispa de luz. Una voz que me dice: «Tranquilo, que pronto acabará todo». Esa voz sé que no viene de mis alucinaciones, sino de mi conciencia o quizá de algún otro lugar, pero sé que la puedo escuchar, que no hay peligro. Y a la mañana siguiente me despierto y todo ha pasado, preparo café y todo parece tranquilo, he conseguido esquivar las voces del desencanto, de la desesperanza. He conseguido una vez más esquivar a la muerte.

Me pregunto si todo esto tiene que ver con mi madre. Con ella yo vivía en el sueño de los infantes. Era inocente, no había caído en las telarañas del delirio. ¿He caído por una necesidad?, ¿por una carencia? No lo sabré. Mi madre era mi base emocional. Estoy orgulloso de ella. Es ella quien me moldeó, quien me curtió para llegar a ser quien soy ahora. Y es también por ella que lucho. Es por ella esta fuerza y esta esperanza.

DAVID M.

YO TAMBIÉN TENGO MI HISTORIA

—

CIUTAT VELLA, 9 DE LA MAÑANA
INTERIOR

10 de noviembre de 2002

Nací en Córdoba, en el año 52.

Soy la segunda de cuatro hermanos, dos mujeres y dos hombres. Todos nacimos en casa, tú sabes que antes se nacía en casa, ¿verdad?

Mis padres se conocieron en el campo. Vivían cerca, separados solo por un río que partía la finca. Él iba a recoger aceitunas al cortijo de mis tíos, mi madre vivía allí, con ellos, la criaron desde niña, y aunque a ella le gustaba otro muchacho, no hubo nada que hacer porque era aún más pobre y las familias no estaban de acuerdo, y, como mi padre era un poco más rico, decidieron hacer un apaño. Entonces eso se hacía mucho. Mi madre se pasó la vida diciendo que no se llevaban bien porque eso fue un apaño y que los habían casado por *los dineros*. Se casaron así y se fueron a vivir a la huerta con los padres de él, porque él era mucho de sus padres y lo fue hasta que se murieron. Entonces él quiso pegarse más a su mujer, pero ella ya no estaba dispuesta. No quería.

Yo nunca los vi salir juntos. A los cincuenta años mi madre se fue a dormir a otra habitación. Aún hoy, que ya es tan mayor, cuando le pregunto; «Mamá, ¿por qué no cambiaste?», siempre me dice igual: «Porque fue un apaño». Yo he sufrido mucho con eso.

Creo que mi mamá se quedó obsesionada con aquel muchacho.

Cuando llegaba el tiempo de la cosecha, los hombres vareaban y las mujeres cogían las aceitunas del suelo, y cuando los hombres les llevaban ventaja de varear, porque tú sabes que eso cundía más que recogerlas, entonces el muchacho que pretendía a la chica se bajaba del árbol, se iba a su lado a ayudarla y así empezaban a hablar, y si se gustaban y la familia estaba de acuerdo, de ahí podía salir una relación. Entonces los chicos podían ir donde ellas, a los cortijos, y

hablar. A veces no pasaba nada de eso porque lo decidían las familias. Yo tuve suerte. Mi madre, no, pero ella podía haber cambiado, lo podía haber intentado, ¿no lo ves tú así? Con los años nos empezó a decir que a mi padre le gustaba una de la otra aldea, y él nunca la mentó y nunca mentó nada de eso. Y ella, a raíz de los años, lo empezó a decir cada vez más. No hubo manera de que dejara de pensar eso.

Yo me quedaba anonadada mirando a las parejas que salían juntos. Me gustaba mirarlos. Cuando mis padres discutían, él se iba y volvía a la noche o de madrugada, y siempre que había algo importante, un bautizo, una comunión, un convite, ellos empezaban a discutir y él no venía. Nunca los vi felices. Tengo mucho dolor por eso.

Tengo cincuenta años y aún no puedo hablar con mi madre. Ella dice que es porque me parezco a él. Siempre dice «él», no dice «a papá» o «a tu padre», «a él», y que es por eso por lo que ella no me entiende. Es que mi mamá, no sé, no puedo hablar y eso es, ¿tú sabes lo que es eso?, ¿te pasa a ti? Fíjate que cuando se casó mi hermano conseguimos que vinieran juntos a la boda y les pedimos que se dieran un beso para la foto y lo hicieron. Recuerdo que yo me quedé mirándolos porque nunca los había visto darse un beso. Ella torció la cara. Ni un día así me ha dado. Ni un día de salir todos juntos. Si yo le digo a mi madre que lo pasé mal, se pone muy nerviosa. Aún hoy no me ha dicho ni una palabra amable.

Ella a veces se queja de lo que le hizo su padre, pero mira, eso se hacía mucho entonces, lo que le pasó de pequeña era normal, tú no lo sabes, pero eso antes era normal. Mi mamá eran seis hermanos, y su tío, el hermano de su madre, no tenía ningún hijo y le dijo a su hermana: «¿Por qué no me das a una de tus hijas?». Así que su padre cogió a mi madre, que tenía seis años, la montó en un caballo blanco y, sin darle explicaciones, la dejó ahí, en casa de sus tíos. Ellos tenían un cortijo y estaban bien. Cuando falleció su padre, ella tenía trece años y su madre la fue a buscar, pero como mis tíos se habían encariñado tanto con ella y ella ya empezaba a ganar *dineros*, pues no se fue. No la dejaron. ¿Ves, tú?, antes los niños no se criaban como ahora. Ella a veces se queja de que mi tía le daba guantazos, la castigaba sin cenar y la dejaba llorando. Dice que no tenía ningún cuidado con ella, pero yo lo que me digo es que ella de mayor podía haber cambiado. Podía haber cambiado. O que se hubiera separado. Yo tengo aquí el problema, *clavao* en el corazón. Mi padre era muy trabajador y muy buen padre, era apegado a su familia, sí, pero no era un mal hombre, podían haber estado bien. Podía haberlo intentado, ¿verdad?

Cuando nació mi hermano Pablo, ella cogió debilidad por él. Él se

encasquilla, no sé si será por eso, que le ha visto más indefenso. Y luego él dio con una muchacha con la que no se lleva bien; ¿ves?, si parece la misma historia, ahora me doy cuenta, es la misma historia. Todo lo que yo pienso de mi madre es lo que ella le dice ahora al Pablo, que se tenía que haber separado. Él aún sigue en el pueblo, no prospera, no sale de lo mismo, se quedó a la antigua, con su cortijo, su huerta, pobre, y cada vez se encasquilla más. Un día, mi madre me dijo que su hijo se tenía que haber muerto porque él es tan desgraciado como ella.

Nosotros no teníamos más que una huerta, pero en ese momento de posguerra eso era estar bien situado. Si trabajabas fuera de casa, dabas la imagen de que ya no tenías nada.

No sé, igual a ti esto que te cuento, igual no es importante. No sé, mi vida no tiene nada de particular y lo que a mí me hubiera gustado ser no es lo que soy.

¿Te parece que mi vida es importante?

CIUTAT VELLA, 12 DE LA MAÑANA
INTERIOR

16 de noviembre de 2002

Me he quedado pensando que eso que le hicieron a mi madre le afectó mucho, pero ¿tú no crees que ella tenía que haber cambiado? Antes eso era lo normal, se morían de hambre y mi tío tenía un buen sueldo, sembraba todo lo que había, lo que hiciera falta, criaban, tenían olivos, con eso, el jornal, las cuatro fanegas de tierra y el huerto vivían bien, a mi mamá no le faltó nunca de nada. Pero ella se queja, dice que hubiera preferido comerse un bollo con sus hermanos que estar ahí. Y ahora lo dice más, cada vez más. Me dice: «Eso lo he pasado yo y eso no lo olvido». Pero es que sus padres eran muy pobres y por eso la dieron al hermano. Pero lo que yo me digo: uno no puede quedarse anclado en el pasado, ¿no lo ves tú así?

Luego su papá enfermó del corazón y murió sin verla. Es que, ahora que lo cuento me doy cuenta, pero era la posguerra, a mi abuela no le llegaba, iba a lavar por todas las casas, pero ni así le llegaba. Se lo digo a veces y me responde que mi tío lo que debía haber hecho era ayudarlos. Yo no digo que eso no tenga que afectar si era una criatura, pero luego, de mayor, ¿por qué no cambió?

Mi mamá siempre ha sido muy fría. Nunca he podido hablar con ella, tampoco nos hemos tocado nunca. Ni un beso. Y el no poder

hablar, ni escribirnos, ella no sabe leer ni escribir, quiero decir que no hay manera de comunicarme. Mi padre sí, a él le pusieron un maestro para llevar las cuatro cuentas de la huerta porque tampoco mis abuelos sabían leer ni escribir. Ella dice que sus tíos la tenían que haber llevado al colegio, eso era en el año 1945 y allá, en los campos, no había colegio, que la tenían que haber llevado y no tenerla ahí trabajando desde los ocho años.

Yo tuve suerte, fui a un colegio de escolapias. En cuanto voy a mi pueblo las voy a visitar. La directora era sobrina de los señoritos y por mediación de ellos entré yo en el colegio. Me gustó mucho. Había una monja que me quería mucho y, un día, yo tenía cinco o seis años, tuvo la idea de vestirme de monja y llamaron a mi madre para que me viniera a ver vestida de monja, y recuerdo que ella se asustó mucho. Se quedó hecha una pieza. Ella no era religiosa y se quedó allí parada, sin decir nada. En casa me dijo que cuanto más va uno a la iglesia, más malo es, fíjate. Y otro día hicimos el Nacimiento de Jesús y me vistieron de virgen. A mí me gustó mucho. Mi mamá tampoco dijo nada.

Un día, esa monja se fue a Roma y no volvió más, y vino otra y me cambió la vida. No es que fuera mala, es que era muy recta y lo quería todo perfecto y se ve que yo no le caí en gracia. Yo era la última de la fila. Me esforzaba mucho con la faena, pero a ella, cuando me la revisaba, no le parecía bien, no le gustaba, ella quería que todas fuéramos las primeras, las mejores, y yo, aunque le ponía atención, pues no se me daba bien, yo no era muy buena estudiando. Siempre me ha gustado más trabajar que estudiar. Y ella nos metía mucho miedo, tú fíjate, en una de las habitaciones del colegio tenían la estatua de una niña y nos decía que esa niña había sido mala y se había convertido en una estatua de piedra. Nos lo creíamos. Yo sí. Yo presencié una vez cómo esa monja le despegó una oreja a una niña. Se enfadó porque no había hecho bien la labor y le tiró de la oreja hasta que se la despegó. Vino la madre de la niña. «¿Y qué?», le dijo la monja madre Irene. «¿Y qué? Se ha portado mal». No sé cómo acabó, pero eran otros tiempos. ¿Tú lo comprendes?

Otro día, una niña que iba siempre cabizbaja, parece que la estoy viendo, no llevaba bien la labor, no la sacaba, tenía que hacer punto de cruz y es que no le salía, y la niña ya le había llevado varias veces el trapo para que se lo viera. ¡Mira!, la madre Irene la miró y le dijo: «Alza la cara». Y cuando la tenía alzada le empezó a dar de guantadas. La niña, otra vez cabizbaja, se bajó de la tarima y empezó a llorar. Hoy en día nadie haría una cosa así. A veces esa monja te hacía sentar en la falda y te empezaba a dar azotes en el culo con una saña… Yo nunca había visto pegar así.

De ahí todas salimos bordando bien y algunas salieron estudiantes.

Yo pensaba siempre en la otra madre, nunca más supe de ella y apenas recuerdo su cara. Estudié con la madre Irene hasta los catorce años, teníamos una enciclopedia, mira, aún se me ha quedado el nombre: Enciclopedia Álvarez. Aprendíamos la historia de España, la historia de José Antonio, claro. Había una biblioteca donde se juntaban las mujeres de la Falange, pero nosotros no teníamos relación con ellas. En mi casa no se hablaba de eso, pero quedaba claro que nosotros ahí no íbamos. Mi padre, cuando llegó la Seguridad Social, dijo que él ahí no se apuntaba, que viniendo de donde venía no creía que eso pudiera ser bueno. Él se juntaba con los hombres en la barbería y ahí se enteraban de todo. Nosotros vivíamos aislados, sin radio, sin periódicos, sin nada. Para leer solo teníamos un candil con una torcida, no había luz y por eso no teníamos radio. Mi padre leía mucho, papel que encontraba, papel que leía. Cuando los diarios estaban cumplidos, él se los traía de la barbería y se echaba a leer, me acuerdo del diario *El Popular*.

En 1961 mi padre llegó con una radio, me acuerdo de que estábamos debajo de una parra y la colgó en una rama; era una radio de pilas y la primera noticia que escuché me impresionó mucho, fue lo de Kennedy y lo del zar de Persia. Aún me acuerdo, parece que lo estoy oyendo, el zar destronó a su primera mujer, ¿tú sabes por qué?, pues porque no le daba hijos, y se casó con otra, con la de ahora. A mi abuelo no le gustaba la radio, venía de lo hondo de la huerta a quitarla. Nosotras, en cuanto se iba, la poníamos a toda voz para escuchar el serial de *Matilde, Perico y Periquín*,era muy graciosa y, como no había otra cosa, esa era nuestra novela. Él nos la apagaba, pero luego se hacía el sordo. Es el único abuelo con el que he vivido. A mi otro abuelo no lo conocí ni en foto. Y mi mamá nunca fue a ver a su madre, ella vivía en Belén, viejecita y sola. Era muy pobre. Mi madre estaba tan enfadada con ella que no quería; al final parece que se arreglaron y yo, ya de grande, pude conocer a mi abuela.

Franco fue una vez a mi pueblo porque Solís era de allí, de Cabra, y venía mucho. Los señoritos estaban muy contentos, a ellos les iba todo muy bien. Cuando iba a llegar Franco parecía que iba a venir Dios, ¡la que se lió en el pueblo!, yo nunca había visto algo así. Yo entonces no estaba muy informada, pero me daba cuenta de que Franco se aprovechaba de mandar y no solo él, tú sabes que una sola persona no puede hacer todas esas fechorías y maldades. Mi abuela me contaba que ella había visto los camiones llenos de presos y cómo los fusilaban de madrugada, que lo oía desde la cama. En mi familia mataron a un tío de mi cuñada, que era comunista; mi madre me contó que lo último que dijo fue que lo mataran como a los hombres, cara a cara. Luego, al acabar la guerra, cada uno se fue por donde pudo.

Esa fue una época muy dura, no como ahora, aunque algunos políticos, en cuanto empiezan a mandar y a mandar, algunos se empiezan a parecer. Mira, a mí me gustaba mucho Felipe González, siempre me pareció una persona honesta, pero tú sabes que en algún momento también se rodeó de mala gente.

Yo no sé muchas cosas porque no he leído casi nada, y me gustaría porque a mí las historias me gustan mucho. Me gustaría leer más, saber más. No he hecho más que trabajar.

¿Podrías dejarme algunos libros de historias?

CIUTAT VELLA, 10 DE LA MAÑANA
INTERIOR

23 de noviembre de 2002

Esto de contarte mi vida me hace pensar mucho en cosas que yo tenía olvidadas, tú fíjate, me he acordado mucho de mis amigas del colegio, de Mercedes Mesa y Carmen Ortiz. Como entonces los pupitres eran alargados nos sentábamos las tres juntas y luego en el recreo nos juntábamos todas, pero ellas eran mis únicas amigas. Siempre íbamos juntas, hablábamos de los chicos, que eso era tabú, y lo teníamos que hablar a escondidas. Mercedes Mesa era de familia bien, su padre era profesor de escuela de alto oficio, por eso ella entró en esa escuela, y yo, como tú ya sabes, entré por los señoritos. Pero fíjate tú, Mercedes Mesa, tan bien situada que estaba y que luego fue artista, pintora, pues cuando tuvo su tercer hijo se tiró por el balcón. Dicen que se levantó, le dio el biberón a su bebé y se tiró por el balcón. Y pintaba muy bonito, yo me quedaba como boba mirando lo que hacía. A Carmen Ortiz la dejé de ver cuando me casé y ya no sé nada.

Yo te voy a decir una cosa, me da apuro, pero te la voy a decir. A mí, la verdad, lo que me hubiera gustado ser en la vida es ser monja, y eso aún no se me ha quitado. Lo pienso y me viene ese recogimiento que hay en el convento, esa dedicación a los demás. No monja como la madre Irene, como esa no. Una monja como la madre Jesús, con esa dulzura. Yo sé que hay de todo, sé que muchas mujeres se metían ahí desengañadas o por problemas de familia y que por vocación hay poca gente. A mí me gustaría sentir con más fuerza esa vocación. Ser como la madre Teresa de Calcuta, ser alguien capaz de sacrificarse así. Me parece que a ti lo de la Iglesia no te gusta, aunque no lo sé, me lo parece, pero yo te voy a decir una cosa: ahí dentro también hay

personas buenas. Ya te lo he dicho. Aún no se me ha quitado eso, cuando lo pienso, pero creo que me voy a quedar con esa espina. Cuando me enfado con mi marido se lo digo: me voy a meter a monja de clausura, de las que no salen. Sí, le digo, me voy a ir ahí a hacer bizcotelas y dulces y sobre todo a bordar, que es lo que a mí más me gusta. Él se ríe. A lo mejor todo esto me viene porque la madre Jesús, de pequeña, me vistió de monja, no sé por qué será, o a lo mejor es porque me trató así con tanta dulzura y yo la admiraba mucho. Pero también pienso, y eso me ha ayudado, que para servir a Dios no hace falta meterse a monja, a lo mejor el señor ha querido que lo sirviera casándome y queriendo a mis hijos.

Delante de casa de mis padres estaba el convento de clausura de las Agustinas y yo me quedaba mirándolo. Cuando vuelvo al pueblo, lo primero que hago es ir allí a rezar, las oigo cantar por una reja y me entra una paz y una tranquilidad que siento que me gustaría quedarme allí, estar allí con ellas. Pero yo te digo todo esto y la verdad es que nunca he hecho nada por intentarlo. Antes no sabía adónde acudir, si hubiera estado la madre Jesús, sí, ella me hubiera ayudado. Mi mamá y mi papá no se interesaban por esas cosas y no le echaron importancia. Para nosotros todo era trabajar en la huerta. Yo voy allí y me quedo mucho rato, pero yo no me confieso, yo ¿qué tengo que contarle al cura? Además, siempre tengo los mismos pecados. Tú sabes que hay pecados mortales y pecados veniales, yo mortales no tengo, y veniales, ¿quién no los tiene? Así que, si algún día tengo un pecado grave, me confesaré.

Cuando le cuento todo esto a mi marido, esto de la fe y que me gustaría tener mucha fe para saber renunciar a cosas, él se me queda así mirándome y a veces se ríe o no me dice nada o dice: «Eso son tus fantasías». Yo tengo mis fantasías, como todo el mundo, fíjate que me imagino ir un día al convento y preguntar si necesitan una señora de la limpieza y así me voy metiendo poco a poco. Eso lo pienso mucho y no lo hago porque yo no soy muy decidida. Me gustaría, te lo digo y me doy cuenta aquí, me gustaría, es un pálpito que tengo. Me gustaría porque el mundo es, siempre nos estamos dando la lata, total, para qué, siempre chinchándonos, con la de cosas bonitas que se pueden hacer, por ejemplo, hacer cosas por los demás, ayudar, hacer labores, trabajos manuales, aunque es verdad, ahora que lo pienso, se puede estar chinchando igual haciendo labores, pero tú me entiendes, yo sé que ahora me entiendes.

Lo de ser monja se me pasó un poco cuando conocí a mi marido. Yo tenía catorce años y él quince. Un día se arrimó a mí y me empezó a hablar, me sonrojé, me entró algo aquí y ya no lo olvidé. Él vivía en el campo y no podía venir al pueblo cada domingo, así que no

teníamos manera de vernos. Tú fíjate que estuvimos sin vernos tres años porque no teníamos manera, hasta que él, cuando cumplió dieciocho, se compró una moto y entonces venía los fines de semana y se acercó a mí más seguido y más en serio. A los diecisiete míos y los dieciocho suyos nos encontramos de nuevo, después de esos tres años, y ya no se quitaba de debajo de la ventana. Yo era reacia. Me gustaba, pero es que, que no tenía las ideas claras, yo quería ser monja. Yo creo que es porque mis padres se llevaban tan mal que eso me influía. No me quería casar. Y no sé, la vocación no la tuve nunca muy fuerte, eso me sabe mal. Si me hubiera llegado, yo lo hubiera dejado todo. Aún hoy estoy arrepentida de no haber sabido luchar por meterme a monja. Mi marido me dice: «No te vayas a creer que ahí vas a encontrar esa paz que tú te crees». Yo siempre busco el hecho de ser monja. Creo que ahí hay una paz que yo necesito. Y que ahí aprendes a que no haya maldad. ¿Tú me entiendes? Yo no estoy a disgusto con mi vida, solo que tengo siempre esa cosa ahí. Cuando nos volvimos a encontrar, ya no nos separamos nunca más. Es que mi marido insistió, insistió, siempre pegado a la ventana. Yo recuerdo que él era muy bruto, no sé ni cómo me enamoré de él, porque yo tenía muchos pretendientes; fuera de broma, es que yo siempre estaba muy colorada cuando era mozuela y eso gustaba mucho. Bruto no de malo, sino de torpe en el hablar, él insistía tanto conmigo… Venía a verme y se paseaba por la puerta. Yo me iba asomando de vez en cuando a la ventana, imaginaba que venía y me asomaba, así hasta que venía de verdad. Yo no bajaba. No pude bajar hasta que él habló con mi padre. Yo acababa de cumplir diecisiete años y me sentía bien con él, no era un hombre guapo, la verdad es que era más bien feo, estaba muy moreno, tostado de tanto trabajar en el campo, y además no era un chico que llamara la atención. Y era pobre. A mi mamá le decían: «Tu hija podía haber esperado; otra cosita». Ella no respondía nada, yo creo que, como sufrió mucho, no le importaba si el muchacho era pobre o feo, sino que yo estuviera a gusto. Y yo estaba a gusto. Él tiene algo que gusta, es tan sencillo que a la fuerza lo tienes que querer. Eso es mucho en la vida.

Desde los catorce años hasta los veinticuatro estuve trabajando en la huerta, hasta que me casé no dejé de trabajar ahí ni un solo día. En invierno recogía las aceitunas y en verano, las patatas, habichuelas, todos los días. En octubre empezaba a verdear y nos subíamos a unas escaleras y cogíamos las aceitunas verdes y las llevábamos al molino. Cuando llegaba la primavera preparábamos la tierra y encalábamos la casa, bordábamos y cosíamos, y en los ratillos libres me subía a la habitación y leía novelas rosas.

Nada más echarme novio me quité de leer y empecé a bordar sábanas, así me ganaba algo de dinero y, con lo que me daban, me

compraba tela para hacerme algo de ropa. Yo no añoraba nada, pero ahora me doy cuenta de que me hubiera gustado pasar esos diez años de otra manera. También dejé de ver a mis amigas, ya te lo he dicho que, en cuanto nos echamos novio, dejamos de vernos. No, no. Nada. No me pasa nada. Es que yo casi nunca me paro a hablar así, me vienen los recuerdos y el olor, me viene la huerta, mis amigas, mi hermano Juan, el otro no, Pablo no, ni mi hermana tampoco. Mi madre dice que ella parió dos y dos. Yo me llevo con mi Juan. Y el Pablo con mi hermana.

Lo de mi hermana te lo tengo que contar.

CIUTAT VELLA, 5 DE LA TARDE
INTERIOR

13 de diciembre de 2002

Yo no te he dicho nada que no sea la verdad.

Me da apuro hablar de mis hermanos, pero es también la verdad. Es verdad que mi madre siempre lo ha querido más a él quizá porque de pequeño estuvo muy enfermo del corazón y de mayor se empezó a encasquillar, no sé. Yo apenas hablo con él porque no tiene diálogo, no le sacas del: «Hola, estoy bien, todo bien». Igual no quiere hablar porque se encasquilla, no sé. Mi marido, de novios, siempre me decía: «Mira que es raro tu hermano». «Es así», le decía yo. Con la enfermedad de mi hermano mis padres estaban peor, discutían mucho y mi padre nunca acompañó a mi madre a Córdoba ni siquiera la primera vez que lo llevaron. Yo no sé por qué actuaba así, quizá, al no llevarse bien, él tiró más para su familia porque todo eso lo estaba amargando y mi padre ya de mayor tampoco se llevó bien con mi hermano. Yo me entiendo con mi hermano Juan. Con ella es, es mi hermana y, me da apuro contar lo que pasó. Ella y yo somos muy distintas, ya de pequeñas ella solo buscaba un novio que fuera guapo y que tuviera un buen oficio. Cuando íbamos a enristrar ajos conocimos en el campo a un muchacho que tenía mucha gracia, se llamaba Francisco, lo llamaban *los Colinos* porque se llamaba Colino de apellido. Y me dijo: «¿Tú tienes novio?». «Yo sí», le dije. «¿Y tú?», le preguntó a mi hermana. «Yo no», dijo. «Ah, pues yo tengo un hermano de tu edad que está en la mili y a ver si cuando venga se arrima a ti». Es que este otro era mayor. El hermano estaba en Ceuta. Se conocieron. Mi hermana tenía las ideas muy claras, él era guapo y de oficio, maestro de obras, tenía dinero, era lo que mi hermana quería,

lo que había estado esperando, y también era muy salado. Ella solo se preocupaba de estar bonita, se pasaba arreglándose, comprándose suéteres… ¡Y fíjate ahora!

Mi Juan siempre ha sido mi preferido, lo puedes poner porque es verdad, ponlo, sí, es verdad, me entiendo muy bien con él. Podemos hablar, me entiende y yo a él, y podemos hablar de un montón de cosas. Cuando yo me casé, él tenía quince años; te tengo que traer fotos para que te hagas una idea de cómo somos. Somos una familia normal, normal, no hemos hecho nada del otro mundo, nada especial, quiero decir. Yo no estoy enfadada con mi vida, pero me gustaría haber hecho otras cosas, ser alguien, me refiero a haber hecho algo, escribir, ser profesora, algo que yo pueda enseñar a los demás. Yo no sueño con nada en concreto, pero con ser algo sí. ¿Tú me entiendes? Yo no sé por qué tú te has fijado en mí. «¿Qué tienes tú que contar, mamá?», me pregunta mi hija.

«Yo también tengo mi historia», le he dicho. ¿Sabes qué es lo que más me gustaba hacer de niña? Subirme a lo alto del árbol y quedarme quieta, en soledad. Si no me buscaban, podía pasarme así más de una hora, esa soledad me gustaba mucho, no sé por qué. Miraba a lo lejos y sentía la paz del campo, y eso me llenaba mucho.

Me casé con veinticuatro años recién cumplidos. Mi marido se había venido a Barcelona después del servicio militar, a los veintidós, solo nos veíamos en Navidad y en verano, pero nos escribíamos cada día. Te he traído las cartas por si las querías ver. Ah, no importa, las puedes leer, no éramos muy románticos, él me escribía a veces algún verso, aún me acuerdo. Y de vez en cuando nos llamábamos por teléfono. Cuando faltaba un año para casarnos pusieron un locutorio en el pueblo y nos llamábamos cuando podíamos, es que no tenía ni un duro. Las diez pesetas que me daba mi mamá para ir en coche a la huerta, que estaba a seis kilómetros, nos las guardábamos mi hermana y yo y nos íbamos andando, y con el dinero podíamos comprar hilos para coser o bordar; bueno, mi hermana se compraba pinturas. Hasta los veinticuatro años no supe lo que era tener dinero.

Mi marido se vino a Barcelona, eso para nosotros era otro mundo, sabíamos que ahí había trabajo y que se podía prosperar. Él estuvo dos años ahorrando y en cuanto pudo buscó un piso y dio ciento veinticinco mil pesetas de entrada. Cuando yo vine a verlo, aún estaba la familia dentro porque era un piso de segunda mano, y para mí fue, imagínate, yo no había tenido nunca voz ni voto, yo era siempre una más y ahí sentí que yo iba a tener algo mío por primera vez. Algo que nunca había tenido. Y sentí que yo ahí iba a estar bien, muy bien. Me pareció un palacio. Entraba mucha luz y mucho sol. Yo quería eso porque venía del campo; «que tenga luz, que tenga luz», me decía para mis adentros, «que tenga luz y que estemos solos, ni con su gente ni

con la mía». Me sentí muy feliz, aún tengo ese piso y he sido muy feliz en él. Porque a veces la vida es como es. Ahí pasó lo de mi hermana, pues yo, al revés, yo recuerdo lo bueno de mi piso. La verdad que sí. Para mí siempre fue mi palacio. Y yo ahí era libre.

Mi marido lo arregló todo. Lo empapeló, lo limpió. Mi papá me dio doce mil duros y compramos el dormitorio, que nos costó cuarenta y cinco mil pesetas, y el resto lo gastamos en el comedor. Y yo llevé todo lo que había juntado: las cortinas, la colcha de novia, las sábanas, toallas, *laspeinaderas*, en fin, nada de exageración, pero yo había hecho un buen ajuar. Me faltaba un mes para casarme. Mi suegra me dio cuatro mil pesetas para el vestido y me fui con mi hermana a comprarlo, muchas cosas me las compré yo sola porque mi mamá no quería acompañarme. Yo, al menos en estas cosas, he intentado no parecerme a ella. Mis hijos a veces me dicen que me parezco, «a la fuerza me tengo que parecer», les digo.

Nos casamos el 7 de agosto de 1976, en Cabras. Me gustó, pero luego no me acordaba de nada, me pasé toda la boda como en una nube. No me di cuenta de que me había casado hasta que vi las fotos, todo pasó muy rápido y como si no me estuviera pasando a mí. De lo que sí me acuerdo es de que mis padres llegaron separados. Mi madre llegó con mi tía y mi papá por otro lado. Parece que lo estoy viendo. Mi papá se fue solo al convite. Yo iba en el coche y lo vi, y le dije a mi marido: «Pero mira a mi papá que va por ahí solo». «Pare usted», le dijo mi marido al cochero. Y se subió al coche con nosotros. No había manera de que se pusieran de acuerdo para hacer las cosas. Eso en mi casa ha fallado mucho.

Por la noche salimos de viaje de novios hasta Córdoba. Teníamos reservada una habitación en un hotel. Cuando llegamos —yo llevaba el neceser todo el rato en la mano—, en el ascensor se me abrió el neceser y se me cayó todo. Se ve que estaría nerviosa; además, tú fíjate, me había bajado la regla y llevaba pocas bragas y mi marido me tuvo que dejar unos calzoncillos. Me vestí con mi bata especial, con un camisón de encajes blancos debajo, a juego, él me esperaba. Me metí en la cama y ya no me acuerdo de nada. Lo que sí, es que fue muy tierno, él nunca me ha obligado a nada, a él le gusta que yo tenga ganas, que yo participe, si yo no respondo, él no quiere. Él es una persona que nunca me ha obligado a nada.

Se me ha ido el hilo. Yo hoy quería contarte lo de mi hermana y me he ido por otro camino. Será que me cuesta porque no es nada agradable, pero es mi historia. Esa también es mi historia. Además, yo no tengo nada que esconder, es la verdad.

CIUTAT VELLA, 5 DE LA TARDE
INTERIOR

20 de diciembre de 2002

¿Por dónde íbamos?

Sí, pero antes aún van otras cosas. Lo de mi hermana es casi al final. Te estaba contando lo de mi boda. Después de mi luna de miel volvimos al pueblo. Mi padre se alegró de vernos. Mi madre no. Ella, nada. A mí no me dio ninguna pena irme. Ni gota. No hubiera vuelto ni aunque me hubiera ido mal de casada. Volver, ni pensarlo. Y eso que en el pueblo siempre se decía que en Barcelona la gente iba corriendo a todos lados. Y yo le dije a mi padre: «¿Sabes por qué, papá? Pues porque llegan tarde».

Llegué a Badalona el 20 de agosto, llegué asustadilla. Intenté entrar a trabajar en la fábrica de betún que entonces había en Sant Adrià del Besòs, El Búfalo, pero no me cogieron y, como yo sabía coser un poco, pues empecé a buscar en un taller, también en Sant Adrià, no me acuerdo del nombre, y me dieron una blusa para hacer la muestra, me daban la tela cortada y yo la cosía. Les gustó y me dieron doce camisas, a setenta pesetas cada una. Así hasta que me quedé embarazada. En cuanto me puse «mala» vino mi madre, me metí en la cama y enseguida tuvimos que pedir un taxi, y fue entrar al hospital, subirme a una mesa y no llegué ni a la sala de partos. Ni me enteré. Con el niño lo pasé peor, durante el embarazo se me encajaron unos dolores muy fuertes en las ingles y me entró mucho dolor, pero de mi niña ni me enteré. Mi madre estaba ahí porque en los pueblos se hacía así, las madres al lado, mi papá no vino.

Yo trabajaba todo lo que podía. Pasamos unos años malos porque mi marido tuvo problemas en la fábrica. Tú no sabes lo que es eso. No sabes. Cerraron la fábrica y los trabajadores se encerraron dentro. Eso era en el año 1981; fue duro porque un hombre que sale cada mañana de su casa para manifestarse y vuelve sin conseguir nada, nosotros no conocíamos eso. Unos estaban a favor de vender la maquinaria y repartirse el dinero y otros de juntarse con otra fábrica, y al final sacaron las máquinas y se juntaron con la fábrica Texcasesa, en Poblé Nou. Fueron los de los sindicatos quienes dijeron que los trabajadores tenían derechos y empezaron a trabajar de nuevo. Se iba a las cinco de la mañana y volvía a las siete de la tarde, también los sábados y domingos porque hacía guardia una vez de tarde, una vez de noche y otra vez de mañana, y todo eso sin cobrar un sueldo fijo. Cada dos meses se repartían algo de dinero. Estuvimos así unos tres años. Mi marido, en esa época, se quería volver al pueblo, decía que así no quería vivir y yo le decía que de aquí no me iba, que con lo poquito

que yo ganaba y lo que él iba trayendo, ya andábamos. No gastábamos nada, íbamos saliendo con la esperanza de que se arreglara todo. Cuando mi hija hizo la comunión, él empezó a ganar cien mil pesetas al mes. Vendieron Texcasesa y se juntaron con otra fábrica, y ahí empezó a trabajar en Cano y Segura.

Mi hermana llegó a Barcelona en el año 89. Ya vino casada. Yo no sé. Se ve que de los partos, porque otra explicación no hay. Pero esa explicación, no sé, yo le he dado muchas vueltas, yo creo que empezaron a ir mal desde la primera hora, es que mi hermana lo hacía todo a la carrera, apenas lo conocía y ya decidieron casarse, y a los dos meses ya se habían casado y antes del año ya estaba embarazada del niño. En cuanto tuvo su primer hijo, ya empezó con las tonterías. Se empezó a fijar mucho en la vecina, se fijaba en todo lo de ella, no sé si debe de ser algún complejo que ella tenía de adentro y le salió ahí. Se obsesionó y empezó a coger manía al piso y a la vecina. Su marido se hartó, vendió el piso y se compró una casa en el pueblo, cerca de su madre, una casa preciosa, y entonces la madre iba cada día a su casa y mi hermana, no sé si fue ese complejo, ella de joven era al revés, yo no sé si es que se sentía inferior o qué, pero en cuanto llegaba la madre, ella, para no molestarlos, se levantaba de la mesa y se iba a fregar. Yo le decía a mi hermana: «Pero es que tú no sabes ponerte en tu sitio, ¿quién es la señora de esta casa? Cada uno tiene que saber ocupar su puesto, ¿no?». Aunque él no tenía que haberlo consentido. Un hombre no debe consentir eso. Y ahí mi hermana empezó otra vez con las manías. Tú fíjate, ella tenía todo lo que debe tener una persona para estar a gusto, pero ella no tenía calor. Le faltaba eso, él estaba siempre muy ocupado y me decía a mí que yo tenía mucha suerte, que mi marido sí que estaba por mí, que era muy bueno. Tenía todo lo material, pero la criatura no tenía nada. Yo a él le recuerdo que mi hermana no está sola, que ella tiene a su gente. La cosa es que cuando está mala, ve lo de él, cuando se le quita, lo quiere. El amor, ya te digo, es una cosa que ciega y así no hay que querer. Ella se ha dejado a un lado. A veces, cuando mi hermana me intenta explicar lo que le pasa, él lo quiere explicar por ella y yo le digo: «¡Déjale que me explique ella lo que me está explicando! ¡Chico, es como que la arrinconas ahí!». Y eso, te digo, que mi hermana no era así. Yo creo que eso va en la pareja. Él le ha hecho muchos desprecios. Pero también le digo a ella que lo que él aguanta hay pocos hombres que lo aguanten, pero él se lo ha ganado a pulso, siempre pegado a su madre. Su madre lo hacía todo bien, ¿sabes?, todo, y mi hermana ha sufrido mucho con eso. Luego, eso no te lo he dicho, pero en su segundo embarazo la niña nació con soplo y eso a ella la trastornó aún más. Creía que se le iba a morir y se metió más en sí. No le pudo ni dar pecho, ese año a mi hermana le dio por no hacer nada, cambiaba

los pañales y los dejaba en el suelo. El médico de Córdoba le dio tranquilizantes y eso la dejó aún más chafada. Yo no entendía nada de lo que ella me explicaba, no entendía nada. La llevamos a un especialista, pero nadie le acertaba lo que tenía. Solo calmantes. En el mes de julio me llamó mi cuñado, me dijo que mi hermana estaba mal, muy mal, y me pidió que fuera. Cuando la vi me asusté, no sabía qué le pasaba y vi que mi cuñado estaba muy preocupado. Lo primero que hice es limpiar toda la casa y luego intentar hablar con ella, darle cariño. Estuve pegada a ella cada día y poco a poco empezó a recuperarse. Me quedé hasta que ella se puso bien del todo. Cuando me fui se quedó bien, cogió otra vez el hilo. Eso creí. Al año siguiente, por la primavera, se puso otra vez mal. La niña empezó a no comer.

Yo nunca había vivido una cosa así. A mi hermana le dieron otra vez pastillas. Volví al pueblo y cuando vi a la niña me quedé, pero luego vi que lo de la niña era que ella lo captaba todo de la madre. Hablé con ella, empezó a decirme que se quería separar y yo no sabía qué decirle, cómo ayudarla. Hice lo que pude y me volví a casa. Luego me di cuenta de que ella ya lo tenía todo planeado. Se ve que ella ya pensaba en hacer la trastada. El día de San Juan me llamó a las doce de la noche; yo le digo: «¿Y a estas horas?». «Que estoy muy mala, que la niña». «No te preocupes», le digo, «que enseguida estoy ahí, pero mujer, ve al médico». Al día siguiente me llama otra vez, a las doce del mediodía, yo estaba cosiendo y me dice que coge un taxi y se viene con los niños. Le digo: «Pero ¿tú has pensado en lo lejos que está Córdoba? Y con los niños. Bueno, si es que te quieres venir, vente». Ella quería venir, también por el médico, el doctor Obiols, para los nervios. Pedí hora al doctor y llamé a mi mamá. Estaban todos muy nerviosos. Les dije: «¡Pero haced algo vosotros que estáis ahí cerca!». Mi mamá no sabía qué hacer. Y mi cuñado me decía que mi hermana lo iba a volver loco y que ella solo pedía venir conmigo. Total, que él la cogió, la metió en el coche y se fueron hasta Lucena y ahí cogieron un taxi hasta aquí. *Los dineros* no les faltaban.

¿Sabes tú cuánto les costó eso? Setenta mil pesetas. Llegaron a las seis de la mañana de un viernes, tenían cuentas de pasar el fin de semana; bueno, él no, él enseguida dijo que se iba. Quería dejarla e irse, como el que está cansado y deja ahí las cosas y hala. Mi marido ya había salido a trabajar, yo estaba en bata, planchando, cuando tocaron el timbre, ella no quería bajar del taxi si no me veía, en cuanto me vio se echó a llorar. Me arreglé un poco y me puse a hacer el desayuno para todos. Ella no hacía más que llorar, miraba mis cosas y lloraba, me tocaba, le gustaba lo mío y le gustaba tocarme, mirarme. Yo no tenía manera de localizar a mi marido. Llamé al doctor Obiols, pero no podía adelantar el día, nos había dado para dentro de diez días, le dije que era muy urgente, pero no hubo manera. Luego dicen

que se cuide uno, pero parece que hasta que no pasan las cosas no te entienden.

Hablé un rato con mi hermana, pero no se la entendía apenas. Solo lloraba. Comimos y recuerdo que ella se dejó caer en la cama, la acosté de limpio y se echó a dormir la siesta con la niña. No hacía más que llorar, la chiquilla también. No quería que cerrara la puerta de la habitación. Su marido se dejó caer en el sofá y yo me puse a arreglar a los niños para salir a ver a mi tía, que vivía cerca. En cuanto lo tuve todo listo, los fui a despertar. Ella empezó otra vez a llorar y me dijo que le regalara los pendientes de mi hija para su niña, yo no los encontraba y ella aún lloraba más y fue a buscar a su marido, él se ve que no podía más y que se bajaba a la calle, y antes de irse me miró de una manera como diciendo: «¡Ten cuidado!». ¡Yo qué iba a saber! Yo eso lo pienso después, claro. Mi hermana se puso los zapatos, le dije que se duchara y que se cambiara de ropa; no quiso. Entonces veo que alza la persiana hasta arriba, me pongo a su lado y le digo que vamos a salir, yo iba en ropa interior porque quería ducharme, y me vuelvo para coger la bata y, al darme la vuelta, se tira. Le vi los pies.

Me desplomé. La paró el toldo. Localizaron a mi marido y le dijeron que yo me había tirado por la ventana. Como no los vieron llegar, creyeron que había sido yo. La llevamos al Hospital del Espíritu Santo y luego a Can Ruti. Estuvo ahí cuatro meses, durante ese tiempo yo cuidé a sus hijos.

A él, el hecho de dar calor no le sale, le pasa como a mi mamá.

CIUTAT VELLA, 10 DE LA MAÑANA
INTERIOR

10 de enero de 2003

Mis padres vinieron enseguida. Todos, menos mi hermano Pablo, acudieron por lo de mi hermana. «¿Por qué lo has hecho?» Mi madre no podía entenderlo, aún hoy no puede entender por qué mi hermana hizo eso. Es que antes, ¿quién sabía lo que era una depresión?, esas cosas antes no se entendían. Y aún hoy hay gente que no lo entiende. Lo tienes que vivir para poder comprenderlo. Yo, ahora, solo de sentirla al teléfono ya me doy cuenta de cómo está. Ahora lo noto en otras personas. Y te digo una cosa: hay médicos que tampoco lo entienden.

Desde ese día yo no he querido que mi hermana subiera más a mi casa. «¡Como tengas la dicha de subir, me voy!». Mucha gente no lo

entiende. Ella me dice que yo soy mala. ¿Mala? «Ponte tú en mi puesto», le digo.

Que piensen lo que quieran. «¿Por qué?», me dicen. ¿Tú lo sabes? Yo tampoco. Ni sube, ahora. Yo a ella no la acabo de entender, se lo calla todo y luego explota, yo qué sé. Le digo que hable antes de llegar a eso porque yo no tengo una varita mágica. Yo la ayudé en su momento, pero es lo que te hablo, ni los médicos. Bueno, decidí que no subiera nunca. Mi marido fue el único que se puso a mi lado; dijo: «Si ella lo ha decidido, yo lo veo bien». Aquel año ni fuimos de vacaciones, no lo hice para que me lo agradeciera, lo hice porque sentí que lo tenía que hacer y ya está. Sentí que tenía que estar cerca y yo tenía la esperanza de que se curaría, pero qué va. Lo único que la salva y la está salvando es la fuerza que tiene, pero, claro, lo que entra es más fuerte. Yo tengo que estar detrás de la cortina. No puedo actuar.

Se quedaron a vivir aquí y él, que es un hombre muy trabajador, enseguida de llegar ya se colocó y muy bien. Yo le digo que valore eso, pero que también abra los ojos, que su marido no es Dios. Ella lo idolatra. Y se lo digo: «Nadie es mejor que nadie. Nadie es más que otro». ¿Tú no lo ves así?

Después de eso mi hermana solo quería estar conmigo. El piso se lo compraron en el mismo edificio. Y, con el tiempo, nosotros nos compramos otro piso en un pueblo y ellos compraron otro también al lado, ventana con ventana. Nos vemos por los balcones. Me dio coraje. Ella siempre cerca de mí.

Durante los meses que tuvo que estar ingresada, yo me quedé al cuidado de sus hijos. La pequeña empezó a comer y a llamarme «mamá». Y mi hermana empezó a decir que la niña cada vez se parecía más a mí y que: «Yo quería terminar y que tú te quedaras con mis hijos, porque la mamá es tan desapegada, y nunca me ha entendido». ¿Tú sabes lo que es oír eso?

Siempre me habla de mi suerte, ¿qué suerte?, si yo no paro de trabajar, ¿qué suerte? Yo ni le miento lo mío porque sé que a ella le da coraje. Sé que ella está mala, pero a veces, a veces la tengo que cortar al teléfono. Procuro hacerlo bien. Es que yo no tengo veinte años, estoy más mayor, me afectan más las cosas. Oye, que estoy harta, que ya son así catorce años. Cuando veo cosas así por la televisión o leo algo, pienso: cómo estarán esas criaturas para haber llegado a ese extremo. Y no sé, mi hermana era una muchacha muy fuerte, yo no sé cómo él le metió tanto ahí, dale y dale, al final la muchacha, y aún están ahí, batallando. Ahora mi hermana está mejor porque el hijo es el que le da calor, aunque ella está *acharcada*, sí, que necesita siempre de alguien. Cuando el hijo le falte, yo no sé.

¿Sabes qué pienso?, que esta costumbre nuestra de no hablar, de no tocarnos, de no besarnos, que eso no puede ser nada bueno. Yo con mis hijos hablo, nos tocamos, nos acercamos. A mí me gusta. Y no me gusta ser así como hemos sido en mi familia porque yo veo que las personas necesitamos mucho calor. Pienso que, si fuéramos capaces de decirnos la verdad, no habría tantos problemas. Nos guiamos al revés. Yo le digo a mi hija: «Mira, si a ti te pasa algo, si necesitas algo, lo que sea, tú me lo puedes decir a mí». Sí, ¿sabes por qué se lo digo? Porque yo sé que las historias se repiten si uno no hace nada por cambiar.

Tuve que dejar de trabajar por mi hermana, fíjate. Dejé de coser. Imagínate, sus hijos estuvieron casi dos años durmiendo con nosotros, se venían a mis brazos, no a los de su madre, ella se quedaba muy triste. Salió del hospital a los cuatro o cinco meses, pero no se podía mover, se había roto la cadera, y tuvieron que quitarle el bazo, se quedó muy mal. Aún anda mal.

Yo les iba explicando todo a sus hijos para que lo entendieran. Hasta ahora no lo han entendido, fíjate. Y con todo eso me pasé dos años de los nervios, sin poder trabajar, sin poder salir de casa. Hasta que un día le dije a una vecina que había puesto una empresa de trabajo temporal: «Que a ver si me buscas algo, ¡ciruelo!». Yo ya no podía más. Y te voy a contar una cosa, a mí esto de que lo hiciera en mi casa, ¿sabes qué coraje me da? Un día se lo tuve que decir: «¿Tú qué vas diciendo por ahí?». Es que no contaba bien la historia. Le preguntan qué le pasa y dice: «Me tiré desde la ventana de mi hermana». Ahora ya no. Ahora dice que tuvo un accidente. «Mira», le dije, «como tengas la dicha de volver a decir eso, a mí no me ves más. ¡Ciruelo!». Yo también estaba mal. ¡Qué mala sombra! ¿Te puedes creer que ella no ha pensado en mí ni un solo momento? Que ella estaba muy mal y que lo hizo por eso. ¡Los demás! ¡Ella no piensa en los demás!

Tenía que hacer algo o iba a empezar a caer yo. Tampoco quería coser en casa, y al poco mi vecina me dijo que, si quería limpiar en casa de una mujer mayor, que las tenía a todas aburridas. Dije: «¿Yo sabré?». Y además me daba miedo ir hasta Barcelona, apenas conocía nada. Y así empecé a salir, y a la mujer le gustó mucho cómo yo lo hacía y ella me recomendó a otra y a otra.

Y yo esta historia la he contado muchas veces, pero yo creo que a ti se te ha pegado más al oído. Y ya está, ya sabes la historia.

PADRE CRISTIAN

—

PARROQUIA DE BADALONA

6 de junio de 2019

¿Tú conoces aquella anécdota de un hombre que se tira al mar a salvar a un niño que se estaba ahogando? Se tira y lo rescata y cuando le aplauden y se lo agradecen, él les dice: «Yo no me he tirado al agua, me han empujado». ¿La conocías? Pues a mí me ocurrió lo mismo, me sentí llamado, empujado hacia Dios.

Yo soy un cura viejo, de tercera categoría, viejo lo digo también porque ingresé a los sesenta años al seminario. Solo llevo doce años de cura.

Tengo fe en Dios, soy un hombre cristiano, mi fe es aún débil…, quiero decir…, ¿me entiendes? Los hombres tenemos una fe débil. Un amor débil.

Para mí, Dios es amor, entrega, confianza. Mi madre me llevaba a la iglesia desde niño, me hacía rezar y a mí me gustaba, me sentía confiado, calmado, luego la vida me llevó por otros derroteros, ya te lo contaré luego, ahora quería decirte que este vínculo que siento con Dios, este deseo de entrega y de hacer el bien, de ayudar a los otros, hace que me dé cuenta de que yo no soy nada, solo un ser más en este mundo en el que no hay nadie más especial ni más importante que otro. Yo hago el bien porque es lo que deseo hacer, ayudo a mucha gente que necesita retomar su vida con dignidad. Aquí vienen personas muy necesitadas, de todo tipo, desesperados, gente con mucho dolor, drogadictos que me piden dinero, y se lo doy sabiendo que es para droga aunque ellos lo niegan. ¿Sabes por qué se lo doy? Porque en ese momento es la única manera que tengo de relacionarme con ellos, de que vuelvan, después los ayudo a que salgan de ahí, unos mejoran, vienen a rezar conmigo y otros pues no. También se lo doy porque les creo, aún soy bastante ingenuo.

También he estado ayudando en hospitales, estuve durante años en

el Hospital de San Juan de Dios. Ahora estoy en la Fundaciò Malalts de Catalunya. Ayudo en todo lo que puedo.

Yo estudié en los jesuitas de la calle Caspe. Fui un buen estudiante, nunca sentí presión por parte de mis padres, ellos lo que querían es que fuera un chico feliz, a mí me gustaba mucho estudiar, y tengo muy buenos recuerdos de la escuela, luego estudié economía, me saqué la carrera, soy economista. Siempre he llevado una vida sencilla, estudiaba, rezaba, iba a misa, era profundamente religioso, sentía en mí el acompañamiento de Jesús, el hijo de Dios, del buen Dios. El hijo que bajó a la tierra para que lo palpáramos, el que tuvo que asumir la cruz y mostrarse sin nada, pobre, descalzo, eso fue una blasfemia para la estructura de poder, los judíos querían un mesías rico, poderoso, ¿qué hacía un hombre revelado, entregado, pobre, un hombre que se ponía al lado del otro? Eso es el amor, ponerse al lado del otro.

¿Y si esta historia no hubiera existido nunca?

¡Dios santo, hija mía! ¿De qué otra forma yo te lo podría explicar? Todo es nuestra fe, el espíritu de Dios. Es así como nacieron las comunidades, la Iglesia, San Francisco de Asís… Es difícil razonar la fe. Es un regalo.

Creer es un regalo. He ayudado a muchas personas a que dejen de beber, a que dejen de asustar a sus mujeres cuando llegan a casa. ¿¡Cómo!? Teniendo fe, escuchando, rezando juntos, creyendo, tampoco ellos saben qué les ha ocurrido pero cambian, dejan de beber, llegan a casa y abrazan a su mujer, están sobrios, no les pasa a todos pero esta transformación la he visto, es verdad. El sentido del amor y el sentido de la paz es lo que transforma. Yo también tengo mis baches, mis dudas, mi fe débil como toda persona pero consigo volver a mí, a lo que creo. Rezo para sentirme peregrino en el mundo, para sentir que todos los que me rodean son hijos e hijas de Dios y por lo tanto todos son nuestros hermanos, eso me hace relativizar muchas cosas. Lo importante es convivir por este camino. Esa es la vida del cristiano, darse a los demás. ¿Al lado de la maldad? Escucha, hija, si todos los hombres buenos mataran a todos los hombres malos en el mundo quedarían solo los asesinos. Mira, esta pregunta me la he hecho muchas veces, y por supuesto que a mí también me han tratado mal y me han marginado y he sufrido pero todo eso me ha hecho resituarme, reflexionar, cambiar algo dentro de mí mismo y perdonar. Todos tenemos responsabilidades así que no hay que enjuiciar tanto, no hay que quejarse tanto. Cuando algunas mujeres vienen a pedirme consejo acerca del alcoholismo de sus maridos o de la ludopatía u otras cosas, yo pienso que si ellas pusieran más amor en la relación

eso quizá no pasaría.

Este pensamiento, padre, es muy machista.

Huy, es verdad, es verdad, no quería expresarlo así. Quiero decir que tal vez es la falta de amor, eso sí. Perdón por el comentario. Yo solo sé luchar con amor. No me quejo. Hay mucho que hacer, esta sociedad es muy injusta, hay que cambiar las estructuras sociales, la desigualdad entre hombres y mujeres, lo que estamos haciendo con el planeta, es cierto que hay gente que hace mucho daño y hay que alejarse de eso, solo quiero decir que también nosotros tenemos que incluirnos, que también es nuestra responsabilidad lo que ocurre. Cada uno de nosotros también causa daño al mundo, a los demás. Cada vez que enjuiciamos a una persona hacemos daño al mundo. Los presos políticos, sin ir más lejos, lo que ocurre en Cataluña, ¿qué hay que hacer?, ¿cómo conseguir que España y Cataluña se den la mano? Es necesario no entrar continuamente en situaciones de conflicto. No enfrentarse, estar al lado.

De joven yo era anarquista y me doy cuenta de que todo lo que está pasando ahora es una respuesta a toda una serie de hechos anteriores. Esto no ha nacido hoy, la falta de respeto a las regiones, a los países, a los pueblos, la falta de solidaridad es una respuesta muy antigua, siempre se manifiesta de distintas formas. Ahora no estoy muy metido en política pero de joven me detuvieron varias veces en Madrid y en Barcelona por vender libros sin permiso, eran los tiempos de Franco, y este señor no quiso nunca dar a conocer la lucha social, anuló toda la historia de todos los movimientos obreros. Repartía libros de Zyx, era una editorial obrera contra el franquismo, estaba vinculado a Hoac, que era una hermandad obrera de acción católica, que criticaba muchos aspectos de la dictadura, estos eran los únicos que podían publicar y publicitar temas sociales. Eran libros muy baratos, yo cogía mi Vespa y me iba a repartir, me cogieron y me metieron en la cárcel. Estuve solo dos meses. Al salir volví a repartir, eran unos libros necesarios para reflexionar y animar a seguir luchando por una sociedad más justa. Ahora, en algunos aspectos estamos igual, las condiciones laborales tienen que mejorar, el paro, las pensiones tan mínimas y que aún bajarán, hay que ponerlo todo sobre la mesa. ¿Sabes cuánta gente está sin trabajo, cuánta gente muere en el mundo por una economía injusta, por el enfrentamiento, por el poder? Aún así yo no cuestiono mi fe. No. Tampoco el amor de Dios. ¿Por qué? Hija mía, Dios son nuestras manos. El esfuerzo de Dios es nuestro esfuerzo. La vida está abierta a la utopía. A la utopía de un amor fraternal. Mira, todas estas personas, desahuciadas, enfermas, en paro, inmigrantes…, ellas también tienen su fe, su religión, saben que

es una época difícil pero no decaen si tienen fe.

Hay que profundizar mucho en todo lo que ocurre. ¿Por qué hay refugiados en Europa? ¿Quién los crea? ¿Quién se aprovecha de toda la riqueza de África? Mira cómo atacamos, cómo destruimos, conquistamos, colonizamos, arrasamos con las tierras, el mar. Reflexionemos un poco.

Ya no nos queda mucho tiempo, padre, tiene que prepararse para la misa, pero querría antes hacer una pregunta de otro tema o del mismo tema. El abuso de la Iglesia. El abuso sexual.

La Iglesia tiene que asumir el mal que hace y excluir a todos aquellos que lo hacen. Yo todo esto lo condeno. Te diré también que yo no condeno el matrimonio gay pero si lo digo me mandan a convertir talibanes con un pronóstico muy triste. Yo creo en el amor, en el amor auténtico y sincero. ¿Cómo voy a oponerme a eso? Te diré una cosa, ahora los gays están más aceptados pero antes, en la época de Franco, los perseguían y los mataban, ¿dónde crees que iban, dónde crees que podían ir? A la iglesia, a los conventos religiosos, eran los únicos lugares donde los podían acoger. Yo respeto a los homosexuales. Los abusos, los condeno. Ahora sí que tengo que ir a prepararme. ¿Te gusta la música? Toco el piano, ¿quieres escucharlo? Toco de oído. Yo si no hubiera sido cura habría sido pianista de bar. Te toco una canción y vamos a la misa, si quieres quedarte, claro.

Sí, me quedaré a escucharle. ¿Con quién vive usted, padre?

Somos tres curas, dos curas africanos y yo. Ahora tenemos una chica de acogida, ha venido a estudiar aquí y no tenía a nadie.

Me siento en uno de los bancos de esta iglesia y espero. Miro el techo, la bóveda, el hijo de Dios, los santos, la virgen, los ángeles. Oigo cómo van entrando, miro cómo se santiguan, lo miro todo y me recuerdo mirando el cristo de mi barrio, impresionada con la voz de nuestro cura y con un Dios pintado al que miraba con toda la atención y el desconcierto de que ese hombre hubiera creado el cielo y la tierra. Veo entrar al padre Cristian vestido de blanco y escucho el Evangelio, me pongo de pie, me inclino, me santiguo y abro mis labios a ese pan, a ese cuerpo de cristo, y como todos los demás, pronuncio, después de tantos años: Amén.

11 de junio

¡Ay de aquel que busca solo la riqueza! Es la pobreza, el

desprendimiento y la entrega lo que te permite acercarte a los demás. ¿Has leído el cuento que te he dado? Es un rey muy rico que se desprende de todo para acercarse a la mujer que ama, para que ella lo ame solo por lo que es, ¿te ha gustado?

Entiendo lo que dice, padre, pero creo que tiene usted mucha admiración a la pobreza cuando la Iglesia no es especialmente pobre.

Tiene patrimonio, sí, iglesias, templos, pero es solo un valor patrimonial, no es vendible. Hija, todo está lleno de contradicciones. Yo hago mi labor que es estar al lado de los demás y para eso me he desprendido de todo. La Iglesia tuvo mucho poder político y económico en la Edad Media pero siempre ha habido comunidades, grupos con ese desprendimiento, ahí salió San Francisco de Asís en la época de mayor riqueza, lo dio todo, se desprendió de todo.

Para mí la riqueza es el amor, un amor que ama la justicia, un amor comprometido. Estamos gobernados por un sistema capitalista y este sistema es un sistema horrible. Sabes cómo sufre la gente que no encuentra trabajo y que los desahucian de sus casas, mira el mundo, el desnivel, yo hago todo lo que puedo, pero aún tendría que hacer más. Todos tendríamos que ayudar más. No me gusta este sistema, no me ha gustado nunca esta jerarquía de clases. Yo soy republicano. No entiendo tampoco qué significado tiene la monarquía actual… ¡Ay Dios mío! Sí, lo soy. Soy un cura rojo. De joven me gustaba ayudar a los anarquistas y eso que yo vengo de la burguesía catalana, mi padre era médico, un médico de prestigio pero nunca se metió con mi ideología, ellos sabían que yo buscaba lugares para que los anarquistas pudieran reunirse, vivía con ellos, me veían, lo sabían todo… entonces no quería ser cura, lo pensaba a veces pero no, yo quería estar en Les Petits Frères des Pauvres, ¿sabes qué es? Es una fundación que ayuda a la gente mayor, a la gente privada de recursos, trabajan en comunidad, estuve viviendo allí un tiempo con ellos, en Lyon, me gustaba mucho estar en comunidad, ayudar, rezar, quise quedarme pero una de las personas que lo dirigía me dijo que me lo pensara mejor porque en las oraciones solía dormirme… allí conocí todo el problema de la inmigración, era el año 72, cuando volví me dediqué al compromiso social, colaboré con revistas, divulgué con otros compañeros artículos de justicia, de denuncia… éramos tres los que distribuíamos por toda Barcelona las revistas anarquistas. Ya te dije que me detuvieron y que estuve dos meses en la cárcel, en la Modelo. Pensé que me iba a quedar mucho tiempo y monté una comunidad cristiana, ¡es que me pedían cuatro años de prisión! Mi familia se movió mucho para que saliera. Tuve suerte y también tuve suerte en la cárcel porque en ese momento entró la Asamblea de Cataluña, los

encarcelaron, eran los futuros demócratas, entre ellos estaba Agustín de Semir que era comunista pero católico. Nos hicimos muy amigos. Cuando murió Franco y la democracia ocupó un puesto significativo entré con él en la Generalitat de Cataluña, yo había acabado la carrera y empecé a trabajar en servicios sociales como economista. Salió Convergencia, el presidente Pujol, y estuve trabajando unos quince años, primero en servicios sociales y luego en finanzas de sanidad. Pujol era un hombre que quería el bien para Cataluña, créeme, a mí me trató muy bien, luego no sé, no sé hija mía, no creo que él haya buscado todo eso que le ha pasado, el poder… también te diré una cosa: yo soy un hombre tan ingenuo. Al final me cansé de estar ahí en la política y decidí irme. Tenía cuarenta y cinco años.

¿Alguna vez se enamoró, padre?

Sí, claro. Tuve muchas amigas. Muchas. Ahora tengo una novia oficial. Novia de verdad no. Quiero decir que salimos, nos cuidamos, nos escuchamos pero claro yo soy cura. Te diré una cosa, nunca me imaginé casado. No sé por qué, no me lo imaginaba y es verdad que yo me dediqué a cuidar a mi madre, ella se quedó paralítica, mi padre había muerto, también cuidé de él y estuve viviendo en mi casa, con ellos, con mi madre hasta que murió, yo tenía ya casi sesenta años. Tengo otro hermano, él sí, se casó, tuvo hijos… Yo siempre he estado muy ligado a mi madre… ¿Si me han gustado las chicas? ¡Claro, claro que sí! Pero…

¿Me permite hacerle una pregunta muy delicada?

Dime hija.

¿Ha tenido usted relaciones…?

Sí que es delicada, sí. El tema es delicado. Sí, he tenido relaciones, no con las amigas, siempre hay momentos, ¿verdad?, y el cuerpo es el cuerpo, pero desde que entré en el seminario, no. Y ahora ya tengo setenta y dos años. Yo hice esa renuncia. Sabía a qué me comprometía. La vida del sacerdote no está concentrada en una persona concreta, sabía que mi amor era un amor hacia la humanidad. Hice esa renuncia y eso que yo no entiendo el porqué del celibato. Puedo entenderlo únicamente desde el punto de vista del servicio pero no lo entiendo de verdad, nosotros somos personas y nos enamoramos y creamos vínculos. En la Iglesia oriental se pueden casar. Los apóstoles estaban casados. Aquí estamos siempre más retrasaditos. Yo

no lo sufro, los demás no lo sé, no tengo información porque nosotros no hablamos nunca de eso, no es un tema de conversación.

No puedo decirte nada más.

A los sesenta años me fui de la casa de mis padres. Sí, salí de la casa familiar. Un buen amigo sacerdote me dijo, ¿por qué no entras en la Iglesia? Me veía muy mayor, pero dije, bueno y fui a hablar con el obispo de Barcelona y me dijo: «¡Adelante!». Y con esto ya me has conocido y aquí estoy, soy un ser débil, impresentable, hija. Mi mente a veces no vive en paz. Predico la paz pero no la consigo. A veces en la mente me creo enemigos, adversarios y estos en vez de resolver el conflicto lo elevan, no encuentro soluciones para tantas cosas… Sufro mucho con los enfrentamientos, los míos, los del mundo… con la corrupción, la falta de honestidad, de verdad, con esta política y quiero encontrar la paz, tenemos que conseguirla, hay que hacer un esfuerzo. Necesito el amor de Dios.

¿Sabes cuál es la forma de Dios? Está dentro del misterio. No tiene cuerpo, por eso mandó a su hijo, a Jesús. Nosotros nunca sabremos cuál es la forma de Dios, solo sabemos que se manifiesta con amor. Un amor en mayúsculas. Yo hablo con él. Le pregunto las mismas cosas que tú me preguntas, ¿por qué hay gente tan mala, tan cruel? ¿Sabes qué responde? Responde que él ha dado la libertad al mundo. Él no se impone. No olvides que Jesús también sufrió esa maldad, fue crucificado y Dios no se impuso. No pudo actuar, no pudo liberar a su hijo de la muerte. Era la humanidad la que tenía que levantarse. Una vez muerto, lo fue a buscar, lo resucitó. Esta es nuestra fe.

Mi fe, como la de todos, también se debilita, y a veces, estoy muy cansado y no me expreso muy bien. Me has preguntado cómo es la forma de Dios y yo no sé, como no sé tantas cosas pero sí sé a qué he renunciado y qué he escogido. Mi elección es hasta la muerte y eso lo acepto con alegría y con paz.

SAFURA

—

EN CASA DE SAFURA

19 de junio de 2019

Sí, me parece bien. Es mi nombre creativo. Soy Safura.

Yo quiero hablarte específicamente de una etapa de mi vida de la que apenas he hablado y me ha transformado totalmente, no sé si para bien o para mal. Cuando tenía quince años me hice modelo. Por las mañanas estudiaba en el instituto y luego iba a castings, selección, pasarela, fotos… Vivía dos realidades, la que correspondía a mi edad y la que se me exigía en un mundo adulto muy agresivo. Tenía que ser y comportarme físicamente de una manera que no atendía a mi edad. Entré de lleno en la valoración que depende en exclusiva de tu físico y aunque seas una persona espléndida, inteligente, buena, no importa, el valor está solo en tu cuerpo. Nadie me obligó a ser modelo, lo hice porque quería tener dinero para poder independizarme, pagarme los estudios, la ropa, y lo que necesitara, y además mi hermana ya era modelo.

Mira cómo era de pequeña. Mira esta foto. Soy esta, la gordita, el patito feo, ella la guapa. Cuando íbamos de vacaciones a Mozambique, la familia decía: ¡qué guapa es Kathya!, ¡qué gordita es Safura! Fui gordita hasta los trece años. Recuerdo que pasé un año entero sin querer salir de mi casa, iba de la escuela a casa, estudiaba, leía y escribía. Así hice el cambio, crecí, me estilicé y me presenté al concurso de modelos Ragazza y quedé la tercera. Me había convertido en una chica de quince años que medía 1,80, delgada, negra, exótica. Mi familia y mis compañeros estaban sorprendidos. De patito feo pasé a sentirme válida. Me propuse no dejar de estudiar nunca. Era una negra en un mercado español, sabía las pocas oportunidades que iba a tener, entonces éramos solo dos o tres modelos negras. La musa, el referente a nivel mundial, era Naomi Campbell. En España era el momento de modelos como Vanesa Lorenzo, Nieves Álvarez, Laura

Ponte, Martina Klein…, generaciones posteriores a Judit Mascó, te lo digo porque antes tenías el cuerpo que tenías, no acostumbrábamos a hacer cirugía, estabas tal cual eras y teníamos que cuidarnos mucho. Yo me cuidaba y me sigo cuidando, adquirí esa cultura: como bien, hago deporte siempre que puedo… Mi cuerpo era entonces el lugar de representación del exotismo negro y tuve que esforzarme mucho para trabajarme todo lo contrario, para reforzar mi parte intelectual.

Fui modelo durante diez años. Me gustó, sí, era un lugar rico y también peligroso. Nadie me obligó… quería demostrar que yo también podía y además mi familia es una familia africana. Te acompañan de lejos, no están todo el día pendientes de ti y están a tu lado si te caes, la ventaja es que eso te da mucha libertad.

Yo salí de Mozambique cuando tenía seis años, a mi padre lo destinaron a Lisboa y ahí nos quedamos cuatro años, luego fuimos a Madrid y cuando acabó la guerra civil en Mozambique mi padre regresó, nosotras no. Él iba y venía. Trabajaba en una compañía aérea, y eso también nos permitió viajar mucho, podíamos viajar gratis.

¿Puedes hacerte una idea de lo que es ser negra en una sociedad blanca? He tenido muchas dificultades. Ser modelo supone ser la representante de la estética de una sociedad. Nosotras hacíamos la distinción entre las modelos de publicidad que ganaban mucho dinero y las de moda. Yo era modelo de moda, ganábamos menos pero teníamos más prestigio. Para la publicidad solo podía ir a los castings específicos de: «necesitamos una mujer negra». Y podía ser una modelo, por ejemplo, de Ron Brugal, y todo aquello que representa a la mujer negra o el cosmopolitismo.

Las cosas ahora han cambiado. La sociedad no es tan homogénea. Mi trabajo actual consiste en entender cómo evoluciona una sociedad negra en una sociedad blanca. En realidad todos formamos parte de esta sociedad. Hay una gran necesidad de posicionar, emanciparse y tiene que haber una voz fuerte. Y las hay. El proyecto es dejar de ser objeto de estudio, de observación, de paternalismo a ser un sujeto emancipado.

Ahora las marcas introducen más diversidad. Mira la polémica que hubo con H. M. Un niño modelo, negro, llevaba una sudadera en la que ponía: The coolest monkey in the jungle. ¡Un mono! Mira la sudadera del niño blanco, pone: «Experto en supervivencia de la selva». Es una polémica mundial que haya modelos negras dentro de las campañas publicitarias. Ser modelo ya conlleva una gran complejidad, hay una presión impresionante, no es un lugar privilegiado. Las agencias no se cortan un pelo, no hay ninguna delicadeza ni siquiera si la modelo es una niña. A mí me decían: la modelo de verdad es tu hermana.

Una modelo representa la sociedad. Y un cuerpo joven representa la perfección. Igual que un futbolista joven. Eres válida porque eres joven, guapa. Hablo de esta profesión como de un espacio muy significativo dentro de esta sociedad. La música o la escritura u otras profesiones son independientes, al menos en el aspecto de la creación, en cuanto a la comercialización ya es otra cosa. La moda no. Ser actor tampoco. Ahí estás con tu cuerpo. Con tu negritud.

La moda es la representación estética de una sociedad. Y yo quise hacerme valer desde esa representación, esa estética. ¿Por qué? Lo necesitaba. Quería pagarme la carrera, vivir en un apartamento, viajar. Era más independiente que ahora que no llego a fin de mes. Pero jamás volvería a ser modelo. Creo que tengo mucho más que dar en otros lugares.

Estudié Aeronáutica Técnica por la presión familiar. No me gustaba, la dejé y me apunté a Administración de Empresas. Era difícil centrarme, el trabajo de modelo me hacía ir de un lado para otro pero me zampé la carrera en cuatro años. Tenía que ponerme seria. La escogí porque me di cuenta de que en esta vida todo es una empresa. Y porque estudié ciencias puras en BUP, no tenía prioridad para escoger una carrera de letras, como Periodismo o Psicología. Mi madre se enfada conmigo cuando le digo que todo en la vida es como una empresa. Ella considera que la vida es más fluida, no tan organizada, que yo tengo que relajarme un poco, no vivir con tanto estrés. Para ella soy una rebelde, siempre cuestionando las formas, la sociedad mozambiqueña, todo.

A los veinticuatro años decido dejar Madrid y venir a Barcelona. Diez años de modelo, diez años de castings. Madrid se había agotado. No puedes estar siempre en el mismo lugar. No hay donde rascar. Yo era un producto, si seguía ahí, en las pasarelas, con las cámaras, fotos… tenía que lanzarme a explorar otros mercados, irme a Londres, a Nueva York donde había mercado para modelos negras. Me gustaban las pasarelas, las buenas fotos pero mi cabeza me iba en contra, lo cuestionaba todo, no disfrutaba, no me interesaban las conversaciones, no tenía ganas de relacionarme, empecé a tener otros sueños. ¿Qué me gustaba? El conocimiento. No era fácil. No es fácil crecer en un país tan blanco. No podía desarrollarme intelectualmente, no podía, no me sentía identificada, incluida, interpelada. Soy negra. Soy un sujeto marginal. No hay acercamiento. Estoy hablando de racismo. Hace un par de años escribí un artículo: «Recuerdos de la diferencia». Pedí a activistas negras que me enviaran fotos de su escuela. Mira, ¿ves? Un solo individuo negro entre blancos. Los recuerdos invocan una clara diferencia: las bromas, las palabras hirientes. Eres víctima y verdugo de un sistema que a pesar de las expresiones de pluralidad tiene total aversión a lo diferente. Eran los

años 80 y 90. Diferentes en la apariencia e iguales en la inocencia. El cuerpo de la negritud, el campo de batalla de todos los tópicos.

No estamos representados ni en los medios de comunicación ni… no hay actores negros. Las formas de funcionar son específicas, somos sujetos extremos en el entorno, eso crea un choque. El racismo se produce cuando ese sujeto extremo tiene un cuerpo que la sociedad estipula con una serie de valores y estereotipos.

¿Cómo se crean los estereotipos respecto a la negritud? Viene de siglos. Los territorios de la esclavitud. Como persona negra africana, independientemente de como yo sea, por cómo se ha ido tratando desde Occidente, la negritud primero es esclavitud, después colonización y después inmigración. Sobre mí recaen una serie de formas que tienen que ver con mi cuerpo. Sí, con mi cuerpo. Mi color está en mi cuerpo.

El hecho de ser negra es una suma de: clase, género y raza. La raza atraviesa y condiciona. Llegamos hasta un techo de cristal. De ahí no pasamos. Y eso lo sufres siempre. Yo no me victimizo en la esfera pública, me quejo en privado, eso sí. Estoy cansada y me quejo pero soy de las de Sí se puede. Hay que hacer las cosas, hay que trabajar para transformar, para conseguir lo que tú quieras. En eso es en lo que ahora trabajo.

Llevo un programa de radio, Radio África. Antes estaba en uno de televisión, en Terrícolas. Bueno, tú lo conoces, te entrevisté ahí.

Sí, fue una de las mejores entrevistas.

Gracias. Aunque hay gente que no le gusta que lo diga, lo digo: soy periodista, no tengo la carrera pero lo soy. ¿Por qué? Porque para mí serlo es tener la capacidad de transmitir historias, pensamientos, formas de ser, de estar en el mundo, me gusta el periodismo literario desde la versión ensayística. Me interesa la conversación crítica, filosófica.

Me fui de Madrid, dejé de trabajar de modelo, y ¿sabes qué hice al llegar a Barcelona? Me puse a trabajar en el Buda bar de camarera. Todo es mi *background*. Mío. Y he entendido en profundidad muchas cosas. Mi valoración como persona no depende de lo exterior, de lo que me digan. Lo he tenido que trabajar mucho. Ahora ese tipo de valoración de la belleza no me interesa nada. Yo sé que tengo un cuerpo que está bien pero juego a que no lo tengo aunque lo tenga. Todo eso, mi trabajo de modelo, ser negra, todo eso me ha permitido trabajar en mi intelecto, la envidia, los celos… la comparación

refuerza el sentimiento de envidia.

Ahora vivo en mi pequeño califato. Yo soy la reina de mi califato. No me enfrento, cuando hay una situación rara me alejo. Soy una guerrera dócil.

CAFÉ DEL BORNE

26 de junio de 2019

¿Qué es para ti África?

El lugar de mi tribu. Aunque no vivo allí, cuando voy siento que ellos son mis semejantes. Aquí nunca dejo de ser «la diferente». Mis experiencias son las de aquí y eso es lo que choca cuando voy. Ya no podría vivir en África, a pesar de mis raíces. Yo apuesto por la transformación de la sociedad, y aunque es mi tribu es un país muy machista. No hay negociación posible. La educación es machista, y a eso también contribuyen las mujeres. ¿Sabes cuál es el gran drama de África? La cooperación, el paternalismo, la importación de las creencias de Europa con las suyas. No creo en esa clase de cooperación, de desarrollo. Hay que dejar hacer. No necesitamos que los europeos vengan a decir lo que hay que hacer y cómo hay que hacerlo. Hablo de la no injerencia, de la no interferencia en las políticas públicas, por supuesto que todo depende de cómo lo hagas y hay que entenderlo desde un lugar. Europa ha colonizado a medio mundo. Ha saqueado a miles y miles de personas del continente africano para llevarlas al continente americano. Mira las plantaciones, todo lo que ha creado Estados Unidos con los esclavos. Los ingleses colonizan, ocupan todo el Sur, lo explotan y utilizan al hombre africano como esclavo. La gente negra que existe en América latina son descendientes de esclavos. ¿Cuándo se les ha dado la oportunidad de que hagan su proceso desde otro lugar? ¡Nunca! La riqueza de Europa es debida a la explotación de otras tierras, las que hoy están empobrecidas. No estoy exculpando la gestión de ningún país africano, sino exponiendo una realidad que no se puede omitir. No sé cómo puede romperse la espiral. Esta interdependencia de África respecto a Europa. Es muy complejo. He colaborado con algunas ONG y puedo decir que en muchos casos la cooperación es perversa, se perpetúa la superioridad, la colonización del pensamiento africano. En el año 98 hubo unas inundaciones en Mozambique, intenté ayudar, no pude, no me dejaron, el protocolo era interminable… Claro que hay

aciertos, gente que ayuda de verdad, yo soy radical… hay que preguntar qué necesitan de verdad.

En este mismo libro está el doctor Jaume Ollé, un médico que ha estado ofreciendo todo allí, sus conocimientos y su corazón, entiendo lo que dices, solo quería matizar.

Sí, hay casos, claro, ya te he dicho que es de una gran complejidad.

¿Sabes qué es lo más difícil para mí de vivir aquí? La forma en que las personas se relacionan. El individualismo es muy fuerte. Allí las personas están constituidas como parte de una comunidad y aquí como un ente individual. Lo sufrimos todos pero cuando estás desarraigada lo sufres mucho más. Tú seguro que también lo sufres, Esme, pero tienes una red de amigos. Yo no la tengo. Llegué a Barcelona en 2004. He hecho algunos amigos de verdad pero yo tengo tres hijos pequeños, de seis años, trillizos, mis amigos solo aparecen cuando los niños están con el padre y cuando están con el padre yo aprovecho a trabajar todo lo que puedo. No me quejo, expongo.

Yo lucho para cambiar las cosas. Me gustan los retos sociales. Quiero aportar otras formas de ser y de estar en el mundo. Trabajo con distintas plataformas y disciplinas artísticas. Me considero periodista y productora cultural. En Radio África Magazine, a través de la música introduzco un pensamiento crítico porque tal como está concebida la música no hay espacios para la diferencia. Los estamos creando. Aportamos sonoridades que provienen del continente africano, rompiendo con los estereotipos creados, enriqueciendo el panorama cultural. Hay temáticas en torno a un personaje, entrevistas a cineastas, dramaturgos, DJ… Yo propongo un tema y ellos la música. Mi campo de batalla, de trabajo, es la esfera pública, no voy a lo privado. Estamos todos aportando, ¿no? ¿Dónde están los espacios de la responsabilidad, de la pluralidad de un territorio? Hago investigaciones para museos, proyectos de educación, informes de personas sobre la diáspora africana, organizo mesas de debate, doy clases de posgrado en la Universidad… mi gran tema es la diáspora africana. El añadido es el cuerpo negro.

Toda la narrativa que se ha construido en Europa hace que se visibilice esa superioridad. Digo que es el añadido porque también aquí como en otros países hubo una diáspora interna, «los charnegos» la diferencia de los bagajes culturales añadido a la negritud. Cuando llegó la gran inmigración del siglo XXI se desplazan las clases más bajas y el que se sentía el último eslabón de una sociedad, sube de eslabón. La raza humana es nefasta, competitiva, sin piedad. El dedo acusador a veces no sabe dónde acusar. Yo no puedo acusarte a ti directamente del racismo, ¿entiendes? Puedo acusarte de algunas de

tus actitudes.

¿Qué podría hacer yo que no estoy haciendo?

Entender la complejidad. Comprender las posiciones que cada territorio toma respecto a otro. Es fácil acusar a los inmigrantes africanos de que vengan a beneficiarse de occidente cuando occidente lleva beneficiándose de África siglos y siglos. Ahora se está acusando a los estados de la restitución respecto al colonialismo y la esclavitud.

Es importante comprender, hay actitudes que no me gustan nada, como la prepotencia ante el cuerpo que cosifica, el añadido a la hipersexualidad de la mujer negra. Sé que no es solo una cuestión de color. De donde yo provengo, de la cultura musulmana, se respaldan las actitudes machistas.

Las formas de relación laboral son más testosterónicas. La negociación va en contra de la negociación masculina. Yo también utilizo la autoridad, voy directa cuando algo lo tengo claro pero no voy insultando a la gente, se pueden hacer las cosas desde el entendimiento.

Yo soy una feminista convencida desde que tengo razón de ser pero no me verás nunca con un eslogan, pancarta, no quiero mostrarlo así. Mi lucha está en otra parte, en la igualdad de oportunidades, en la negritud.

Safura, ¿te olvidas a veces de que eres una mujer negra o es una constante?

Me olvido, sí. Según quien tengo delante, claro. A mí me importan las personas y me parece demencial la exclusión por un cuerpo, por un físico. Trabajando de modelo era imposible olvidarme. También cuando trabajé en televisión. Tenía que demostrar doblemente mi valía, primero por ser mujer y segundo por ser negra. Es una exigencia constante, asfixiante. No hay lugar al descanso, a veces, cuando descanso me siento culpable. No me lo puedo permitir, además tengo tres hijos de los que me ocupo. Tengo y quiero luchar continuamente para conseguir la integridad desde otros lugares, eso es una lucha muy heavy. Me separé cuando mis hijos eran muy pequeños. Fui yo quien decidí romper mi matrimonio. Casada, trillizos, y con un rol que no consentía, sin posibilidad de negociar, casa, niños… no podía hacer otra cosa, yo quería un trabajo en equipo, no quería tener una canguro y olvidarme de los niños, quería sumergirme e implicarme en la educación, en entendernos, compartir la vida, las posibilidades. Él tenía una situación privilegiada. Yo no quería dejar mi trabajo.

La maternidad te enfrenta.

DOCTOR JAUME OLLÉ

—

ATENEO BARCELONÉS

2 de julio de 2019

Yo tenía un enfermo que decía: soy inmigrante, soy ilegal, soy negro, soy homosexual y además tengo el sida. Todas las lacras sociales impuestas. Lo traté de neumonía, se curó y se fue, no le he podido seguir la pista. Todas las lacras. ¿Has visto la agresión del otro día? El agresor era un paciente mío. Ha salido en todos los periódicos: un imbécil que ve a un travesti, con pantalón corto y una camiseta femenina, se le encara en un bar y le agrede diciendo: «Te voy a hacer heterosexual a hostias». El vigilante no hace nada. Nadie hace nada. Este ignorante fue un paciente mío, ya vi que era muy agresivo, con unos antecedentes de prisión, coca, en tratamiento de metadona, bueno, le trato la tuberculosis, se cura y se va. Hace unos días una doctora me envía la foto. Yo lo había dibujado, a veces hago dibujos de las caras, este tenía una cara bastante especial. Lo reconocí perfectamente, voy a buscar la ficha y ahí estaba todo explicado: paciente muy conflictivo, agresivo. Le curas y se va. Yo no puedo hacer un seguimiento, además estoy jubilado, trabajo como médico voluntario. Debo tener cuidado con lo que hago y con lo que digo. Esto son solo dos anécdotas, te lo cuento porque pienso de qué sirve el diagnóstico si solo se trata un síntoma o parte de una enfermedad. De nada.

Llegué aquí hace ocho años. La última vez que viví en una ciudad fue en el año 81, en N. Y. Aquí lo que veo por todas partes es que todo el mundo está en contra de todo el mundo. Las mujeres en contra de los hombres, los catalanes independentistas en contra de los otros, los otros en contra de estos y lo que más me duele es que no se puede hablar con calma del tema. Mira, hay una parte de agresividad que es natural, es algo nuestro, animal, es un sistema de defensa. Es la

medida. ¿Por qué este hombre no puede dejar en paz al travesti? ¿Por qué lo acosa de esa forma? Cuando voy al hospital con mi camisa africana se me tiran encima. ¿Qué haces con esta camisa?

Esta agresividad, la violencia, crece con la frustración, con el miedo a la diferencia, al desconocimiento del otro. Hay muchas causas.

Te contaré una cosa: «Cuando vivía en Mali le pregunté a uno de mis pacientes por qué tenía esos cortes, esas cicatrices en las mejillas, queloides se llama en medicina. Aquí todos somos oscuros, dijo. Las marcas nos distinguen de ser de una tribu o de otra. De saber si son amigos o enemigos y en la distancia ya lo vemos si podemos encararnos o huir». Yo ahora vivo en la montaña y observo cada día a los pajaritos que vienen a picar las migas que encuentran, pican y miran, miran y pican, están todo el tiempo vigilantes. Temen que venga otro y les quite la comida. Cuando vivía en Uganda, con los mil problemas que tenía, imagínate, me recostaba en la terraza a mirar la naturaleza, eso era el mayor espectáculo del mundo, la naturaleza más básica, más salvaje, ver cómo el águila se comía al lagarto, el Kingfisher pescador a los peces, el pajarito al mosquito, es una orgía gástrica continua. Nosotros formamos parte de eso.

Jaume, ¿Por qué te hiciste médico?

No lo sé. De pequeño quería salvar al mundo. A los diez años me quería ir a África, a las misiones, lo veía en la iglesia, en las huchas, era lo que había por todas partes, se vendía como el modelo de gente que no tiene recursos. Ese deseo no cesó nunca. Aún lo tengo, cada día visito a un montón de enfermos. Es mi vocación. Y eso que en mi familia nunca hubo ningún doctor. Acabé el bachillerato, fui a la universidad y no dudé en ningún momento. Quería ayudar. No tenía ningún interés en ganar dinero ni en tener éxito, solo en hacer un servicio a los demás. Nunca le he cobrado a un paciente. Siempre me han pagado las instituciones. No he parado nunca de ver enfermos, no cobro por eso, al revés, algunos me cuestan dinero. Tengo setenta y seis años, ejerzo de voluntario y es muy, muy difícil. Mucho. Los médicos somos muy orgullosos, tenemos un ego terrible. Nos ocultamos y omitimos un montón de errores. Yo no estoy de acuerdo la mayoría de las veces ni con la forma ni con el trato, mira, te lo voy a explicar, a ver… No, no quiero que me pongas otro nombre. Es igual. Mira, por ejemplo, la tuberculosis es una enfermedad de contagio muy lento, no se adquiere enseguida. ¿Por qué?, porque hemos convivido con ella, no te infectas fácilmente, yo puedo tener el bacilo y tú no contagiarte, depende de tu sistema inmunológico, cuando empiezas con la tos, sudoración, sangre… ya la tienes y la

curación también lleva tiempo. Los pacientes que se enferman de tuberculosis aquí suelen estar inmunodeprimidos, mal nutridos o toman drogas o llegan de pateras… entonces, además de los cuidados para tratar el bacilo, tienes que tratar a la persona y tratar a la persona es la cura de todas las enfermedades. Y aquí solo nos dedicamos a la enfermedad, lo curas y lo largas. Y todo el problema social que acarrea lo olvidas: el problema familiar, psicológico, laboral… Como el agresor del travesti, el ignorante ese está suelto, está en la calle.

Yo trabajo de tres a cuatro veces por semana, voy a pasar visita, tengo contacto directo con los enfermos, los escucho, los trato y mejoran. Cuando veo algo que no me gusta actúo. No me lamento. Ejerzo. Siempre me he dicho: «¡No llores, haz algo!».

A veces sí, a veces lloro, pero había tanto que hacer, hay tanto que hacer. Mira, hace unos meses traté a una chica del Congo que vino aquí a estudiar español, cogió una tuberculosis muy grave, perdió la regla, se quedó en los huesos, me empecé a ocupar de ella, a tratarla más, a escucharla, hablo francés, así que pude tener más contacto. Se empieza a curar y una de las enfermeras dice: «Podríamos conseguirle un trabajo de modelo, vamos a contactar con alguna agencia, es joven, guapa, exótica». Yo me opuse. Le había visto las cicatrices que tenía en los brazos y por la orientación de los cortes sabía que era una autolesión. Cuando ya estaba totalmente curada de la tuberculosis pedí que la tratara un psiquiatra. Insistí en que era muy importante porque tenía un problema psicológico. No me hicieron ningún caso y la enviaron a casa. Lo otro no era asunto de ellos, la tuberculosis ya estaba curada. Me llamaron al cabo de unos meses porque se había tirado al metro y le habían tenido que cortar las dos piernas. Necesitaba atención, estaba sola, no sabía la lengua, tenía esos antecedentes. Ya la curamos, puede irse, no tiene el bacilo. La fui a ver y conseguí traer a su madre. No le querían dar el visado. Llegó la madre con un permiso solo de dos semanas. Les pedí que la dejaran estar al menos dos meses. ¡Joder, déjala estar dos meses! Imposible. La madre se la llevó a su país. Se acabó la historia. No tenía más de veinte años, había venido a estudiar español. Mira cómo volvía.

Hay muchas más cosas que la pura patología. Alrededor también está todo. Antes no era así, había que hablar con el enfermo para saber cómo estaba, qué le ocurría. Mirábamos al enfermo. Ahora es la tecnología la que hace el diagnóstico y también la que hace el tratamiento. Mira, a mi cuñado le han puesto una válvula aórtica por una vena. ¡Es alucinante! La medicina ha evolucionado positivamente, pero nos hemos olvidado de lo humano. ¿Por qué crees que funcionan las medicinas alternativas? Porque escuchan al enfermo, lo tocan, lo miran, no tienen prisa. Están con la persona. Mira, hace unos años

tuve un accidente en moto. Me rompí siete costillas. Me llevaron al clínico y tenían que ponerme un tubo para que pudiera respirar porque desarrollé un neumotórax, al ponerme el tubo todos los huesos se mueven y el dolor es insoportable. Yo: «Alguien que me dé la mano». El enfermero que había al lado ni se movió, si hubiera sido una mujer no hubiera dudado. Se la cogí. ¿Tú sabes cómo dolía eso? Pues le cogí la mano. No pasa nada, si me daba un beso tampoco pasaba nada. El contacto humano es lo más importante. A mi vecino de cama, el señor Julián, le habían puesto una válvula cardíaca en la sutura del esternón, lo serraron en vertical, ¿lo entiendes? Deja que te haga un dibujo.

Hace un dibujo en mi libreta. El esternón serrado en vertical y suturado con un material metálico, al lado escribe. Le digo que no escriba con esa letra de médico. Se ríe y sigue explicándome lo de su vecino de cama:

Cada día le aplazaban la operación debido a los recortes médicos. Yo le preguntaba si sabía lo que le habían hecho. No. No tenía ni idea. Se lo expliqué. Yo les explico todo a mis enfermos. Es un deber. En África lo explicaba todo. Armé unos jaleos tremendos en el hospital. Había una mujer en la sala de espera que no paraba de llorar. Era de Somalia. Estaba sola. Pude hablar un poco con ella. Nadie le había explicado que le iban a hacer una operación de corazón. Lo más normal del mundo es decirle al paciente qué le ocurre, qué le vas a hacer. Esta es nuestra medicina moderna a pesar de los avances. Claro que no siempre es así. Ser enfermera es el ochenta por ciento de amor y cariño, el resto, el veinte por ciento, lo aprendes. El médico de hoy lo hace el revés, tiene que estar tan al día con la nueva tecnología. No te puedes dormir. No puedes parar de estudiar y al mismo tiempo tienes que mantener el amor y la humanidad por los enfermos. Es muy difícil. No quiero sacralizar esta profesión ni justificarla, pero es que es realmente muy difícil.

Cuando hice el internado en Estados Unidos, cuando ya no había ningún tipo de tratamiento para curar al paciente, entonces tenía que dedicarme a estar ahí, hay que dedicarse a lo otro, al amor. Yo trabajaba tarde día y noche y cuando ya no había nada de nada que hacer escribía en el historial clínico: *Tender Loving Care*.

Yo quería ser cirujano. Me gustaba la ciencia y la parte manual, abrir, cortar, coser. Me desengañé enseguida, era todo muy competitivo, era una guerra. El mérito era conseguir operar. Peleaban por eso. No era mi mundo. No estudié esa especialidad y eso que en África tuve que hacerlo, sobre todo en las quemaduras, me brindé a ayudar a los cirujanos y aprendí ayudando. Estudié medicina interna, medicina general porque el contacto con el paciente es más

prolongado. En la cirugía operas y adiós.

Te voy a dar un ejemplo de lo que es un mal cirujano. Hace unos meses operaron a una chica de un tumor benigno, la localización era muy difícil, era detrás del recto. Van a ver al jefe de cirugía digestiva, el que está mejor considerado de Barcelona, no pongas nombres, la opera, le saca el tumor y la chica después de la operación empieza a tener mucho dolor, no puede sentarse. Voy a verlo con ella y dice: «Oye, la operación ha sido un éxito, yo no tengo nada que ver con eso, el tumor está fuera, ha ido todo bien». Nos sacó a patadas. Yo estaba alucinado. ¡No tenía nada que ver con él! La ayudé a buscar a otro médico en el Vall d'Ebron. La volvieron a operar y se le fueron los dolores. Ahora está bien. ¿Qué había pasado? Yo no lo sé. Las cicatrices, no lo sé. El otro médico es famosísimo, sale en los periódicos, tiene mucho prestigio. ¿Es un buen médico?

Solo miramos las partes. Vamos por partes.

No. Nunca he practicado otras medicinas, bueno, un día fui a un acupuntor. Me dolía mucho el hombro. Fui unas siete veces y no me funcionó, pero vi algo increíble en Mali. Vi una operación que le hicieron a un negro con acupuntura, el negro no sabía nada de nada de medicina china, le extirparon el tumor sin dolor. Eso lo he visto. En la homeopatía no creo. Es así. No creo, no hay ninguna base científica. Y en las medicinas alternativas hay mucho fantasma. Mira, una amiga que tuve, una irlandesa muy fascinada con toda la medicina natural, tuvo una anormalidad en el cuello del útero. No se quiso operar. Mandaba su orina a un médico de Filipinas y este le decía lo que tenía que comer y lo que tenía que hacer. El tumor fue evolucionando, yo la intenté convencer de que la operación era muy sencilla y con pronóstico de éxito. No hubo manera. Era fácil, tirado de resolver. Se murió. Así que creo que, si te va bien, bien, cada persona es diferente. La homeopatía es algo a lo que me he negado siempre. La han eliminado del colegio de médicos. Puede funcionar, sí, por muchas razones. Una, porque hay muchas enfermedades que se curan solas y otras son muy subjetivas. Si un médico naturista, homeópata… te escucha, te trata, tiene una energía… no lo sé, pero sé que puede funcionar, por la subjetividad y porque con el tiempo muchos síntomas se calman o se curan. Una vez hipnoticé a un perro. Tenía una novia que tenía un perro que me traía loco, era uno de estos de trineo y tiraba todo el rato, íbamos a una fiesta y el perro insoportable, lo miré con toda la fuerza que pude, y le dije: «Te voy a hipnotizar», lo miré así como un loco y te juro que cayó redondo. Me lo creí y fui capaz de transmitírselo al perro. Creo que si alguien posee un determinado tipo de energía y se lo cree y la gente capta eso, quizá sí que mejoran.

Mi tío cuando trae las gallinas del Pirineo hasta aquí, un montón

de gallinas en el tren, decía que las hipnotiza. Caían redondas en el capazo y viajaban tranquilamente él y sus gallinas. Me lo creo, tenía una fuerza.

Hipnotízame, a ver si me lo creo yo.

No puedo. Tengo que creerlo.

Otro día.

Sí, porque ahora me tengo que ir. Me han encontrado una piedra en el riñón. No, no me duele nada, pero se puede mover. Me voy pitando en la moto. ¿Cuándo me llamas?

Te llamo esta semana.

9 de julio

¿Qué te dijo el médico?

Ahí está la piedra, pero no se mueve. Podemos hacer la entrevista y luego comer pronto, te invito, luego me voy a una conferencia de neurociencia que me interesa mucho. A mí me interesan muchas cosas, dibujar, viajar, subir montañas, escribir, muchas cosas… pero prefiero seguir de médico. Ya no investigo porque todo me parece muy complicado y muy complejo, pero sigo haciendo lo que considero más importante, estar con el enfermo. Es una relación muy especial. Yo les explico todo, siempre lo he hecho así, en África les decía: «¿Ves esta radiografía? Lo blanco son los huesos». Es el deber del médico, explicar lo que ocurre y lo que vas a hacer. También escribo artículos. Todo lo hago solo. Tenía una niña con un linfoma, con unos dolores terribles, escribo el artículo acerca de ella, con su foto, explicando la urgencia de que lleguen más medicinas, más ayuda a África… He visto unas cosas tan alucinantes… Esta niña lloraba cada día, iba a llorar al departamento de cirugía, reclamando algo para el dolor, se tiraba al suelo y pasaban por encima de ella. No tenían ni un analgésico, pero podían mirarla, decirle algo, tocarla. Nada. Total, decían: «Se va a morir». Yo hacía lo que podía. Bueno, escribo un artículo hablando de su caso, reclamando lo que necesita, lo que se necesita. Era fundamental poner su foto, ver de qué estaba hablando, tenía el cuello totalmente deformado. Lo escribo y me piden, aquí, el permiso de la foto, si la familia me había dado el consentimiento, ¡pero si no tenía a nadie!, a nadie que le importe, vivía en la calle. Para todo me ponen

trabas. ¿Sabes qué tuve que hacer? Falsifiqué la firma de la niña. Era una llamada de urgencia y solo les preocupaba el permiso de la foto. Al final se publicó, no sé si sirvió para algo, pero sé que a la larga o a la corta eso tendrá un impacto, de todas formas yo hago lo que creo que hay que hacer, sirva o no. Me acusan de paternalista.

Yo me mato para reunir cincuenta mil euros cada año. Tengo una asociación pequeña ACTMÓN, para el control de la tuberculosis en el tercer mundo, ponlo como quieras, no se puede decir el tercer mundo, ni negro, ni pobre…, ponlo como quieras, es el mundo de los pobres. La creé en el 92, hace veinticinco años, cuando volví de Haití. No se curaban los enfermos de tuberculosis porque el enfermo tenía que ir al hospital y eso para él era muy complicado. Cambié, dije: «Nosotros vamos a su casa y le damos el medicamento». Necesitaba dinero, bicicletas…, lo conseguí. Nada oficial. No quiero nada oficial. Quiero a la gente que es capaz de dar y de estar, de permanecer y que crea en lo que hace, no en cortar cintas de inauguración y después te recortan de golpe… Lo oficial está contaminado, les interesa más salir en los periódicos. Soy ambivalente con esto que te estoy diciendo. Me molesta el *show*, pero también es verdad que cuando lo hace la gente famosa pues eso tiene un gran impacto, una gran capacidad de movilización. No puedo ser del todo taxativo. He visto tantas barbaridades. La malnutrición, la unidad de alimentación, Haití, las barrigas de los niños, aún están así. Unicef les ha cortado el dinero. Ahora me lo piden a mí. Yo no puedo reunir más dinero, ahora no puedo. Lo intento, eso sí, cada día.

Mi asociación, mi ONG, no vende, no le interesa a nadie. Es un país muy pobre y la tuberculosis está íntimamente ligada a la pobreza. No interesa por muchas razones; está en el culo del mundo, hay mano de obra muy barata. Nosotros manufacturamos cosas a un precio ridículo. No nos interesa que se desarrolle. Es el capitalismo más insultante. Compramos muy barato. Haití es un país con peculiaridades muy especiales, es el primer país negro que se rebeló, que se independizó. Bloqueo total. Temor a que cundiera el ejemplo.

En el año 1860 se liberó a los esclavos en Nueva Orleans, pero no tenían derecho a voto. El blanco ha hecho tantas barbaridades. El negro también pero el blanco tenía más poder y más dominio.

Ayer cené con el que fue fiscal, José María Mena, el que descubrió el caso Pujol, el caso de la banca catalana… lo hicieron callar rápido. Se tapó todo. Me decía: «Tú y yo Jaume no arreglaremos el mundo, pero hay que intentarlo».

¿Te fuiste a Estados Unidos al acabar la carrera?

Sí. Todos queríamos irnos. Acabé a los veinticinco años, suspendí

primero, aquellos tomos… luego no suspendí más. Hice la mili, fue horroroso, pero era un privilegiado por ser de carrera, elitismo. Me destinaron como médico de patrullas antiguerrilleras, en el Ferrol. Todo el día estaban tirando tiros, conseguí sacar de la mili a un par de soldados, uno tenía epilepsia y el otro era sordo. El resto del tiempo lo pasé leyendo, estudiando, no tenía mucho que hacer. De ahí me fui a Nueva Orleans. Me especialicé en enfermedades infecciosas. Yo sabía inglés perfectamente y estudié también otros idiomas. Traté los primeros casos de sida, no se llamaba así, no tenía nombre, eran unas infecciones rarísimas, en personas con un estado inmunológico aparentemente normal, no teníamos manera de detectarlo. El primero fue un homosexual con una infección por un virus que le invadió todo el cuerpo y el otro un drogadicto. Murieron los dos. Ahora ya no se mueren.

Estuve tres años en Nueva Orleans y de ahí me fui a Nueva York, allí estuve siete años. Hice un máster de salud pública. Mientras estaba en Nueva York me fui unos días a Haití, de vacaciones, me quedé tan impactado que les dije: «Si me queréis aquí como médico, vengo». Estuve seis meses. Después me ofrecieron una oferta de trabajo en Barcelona y decidí volver, mis padres estaban mayores y quería estar cerca de ellos, pero tenía claro que no me iba a quedar de funcionario de oro, no me interesaba nada. Estuve dos años trabajando en Barcelona hasta que la OMS me ofreció un trabajo de epidemiólogo en Mali. Fui. Me gustaba el paisaje, la gente y en aquel tiempo no había guerra. Acababa de conocer a Tere, mi mujer, ella iba y venía. Era maestra. Ella tiene un *toque*, tiene aura, algo especial con los niños. Nos gustó estar allí. Es un país muy interesante, es muy rico desde el punto de vista humano. Lo que era muy duro era toda la burocracia. Todos ahí sentados en su despacho cobrando un pastón y firmando papeles. Nosotros viajábamos mucho para evaluar programas de atención primaria. Necesitábamos un equipo, todo era de *gratte papier*.Nosotros íbamos al quinto carajo, a la selva, a evaluar el programa de vacunas, de nacimientos, de partos por cesárea, de todo, y yo preguntaba al médico cuánto cobraba y hacía meses que no había recibido su sueldo. Era una contradicción. A una persona que se le exige tanto y no le pagan y nosotros íbamos a ir a evaluar, ahí, una semanita, con el mejor hotel… una hipocresía. Me sentía un imbécil. Lo dejé de hacer, pasé de cobrar diez mil dólares a setecientos. Me fui a Haití. Allí el trabajo tenía un sentido. Lo duro es ese sentimiento de llanero solitario. No había nada, ni ayudas, ni la conciencia que hay ahora. Fui pionero en todo. Si hubiera estado más preparado, si hubiera tenido más bagaje hubiera sido todo más fácil o al menos un poco más fácil.

He trabajado en muchos sitios. En Mali estuve tres años, siete en

Haití, tres en Bolivia, en República Dominicana, cuatro en Uganda, Etiopía, Somalia y tres en Barcelona. Allí, aunque sea más difícil el trabajo la motivación es mayor, sé que los medios son escasos y no hay un equipo que te pueda sustituir, eres más imprescindible.

Yo sigo ligado a estos lugares a través de mi ONG, financio una serie de programas en Uganda, Haití y Bolivia. Envío dinero a los hospitales, colegios y superviso técnicamente los programas de tuberculosis. No he cortado nunca el contacto. A través de mi esposa Tere hemos conseguido que más de seiscientos niños tengan comida diaria en la escuela y sigan estudiando. Una vez al año vamos juntos a Uganda a supervisar la escuela, a ver qué necesitan y a dar a los niños *Tender Loving Care*. No es fácil estar solos en el mundo. Hay que dar más afecto. Es muy importante la continuación, permanecer, estar y creer en lo que haces. Nosotros creemos, es mi vocación, soy médico.

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·